Título original: *Destin d'une Révolution*

© Amelia Romero, editora
Los Libros de la Frontera
Apartado de Correos 228
08171 Sant Cugat del Vallès (Barcelona)
T 645 808 267 / F 932 178 310
librosfrontera@yahoo.es
www.loslibrosdelafrontera.com

Traducción: C. E. Pardo

Diseño de la colección y de la cubierta: Ferran Fernández

Primera edición: mayo de 2010
ISBN: 978-84-8255-083-1
Depósito legal: B-23585-2010
Impreso en Publidisa

Papeles de ensayo/13

Víctor Serge
El destino de una revolución

Traducción de C. E. Pardo



Barcelona 2010

Índice

Nota editorial

Víctor Serge es uno de los escritores y militantes más fascinantes de la primera mitad del siglo XX. Parte de su obra fue editada en los años treinta, volvió a serlo en los años setenta, y lo está siendo de nuevo, así acaba de aparecer *El caso Tuláyev*, con un prólogo de Susan Sontag... Una parte considerable ha sido vertida al español por el poeta Tomás Segovia, declarado admirador suyo.

Una idea sobre su personalidad nos la puede ofrecer la carta-testamento que hizo llegar a varios amigos franceses (entre ellos André Gide y André Breton), que estaban llevando adelante una campaña para su liberación. En dicha nota, datada el 12 de febrero de 1933, en vísperas de su detención en Leningrado, Víctor Serge, que seguía siendo militante del Partido Comunista de la URSS desde 1919 y que era internacionalmente reconocido como autor de numerosas obras en defensa de la revolución rusa *(Ciudad conquistada, Lenin en 1917, El año I de la Revolución Rusa, El destino de una revolución, Memorias de un revolucionario)*, sintetizaba sus criterios básicos en tres puntos, que estimaba «importantes, superiores a todas las consideraciones de táctica». «Soy y seré, sin importarme los peligros que ello pueda suponer, un resistente absoluto», decía. Luego enumeraba:

I. Defensa del hombre. Respeto del hombre. Es preciso devolverle sus derechos, la seguridad, un valor. Sin todo eso, no hay socialismo. Y, a este propósito, sin borrar una sola línea de lo que he escrito sobre la necesidad del terror en las revoluciones en peligro de muerte, quiero afirmar que considero como una abominación incalificable, reaccionaria, vergonzosa y desmoralizante, el empleo continuo de la pena de muerte por la justicia administrativa y secreta. Para mí, es igualmente abominable e injustificable, la represión por el exilio, la deportación, la prisión casi perpetua de cualquier disidente en el movimiento obrero.
II. Defensa de la verdad. El hombre y las masas tienen derecho a la verdad. No acepto ni la falsificación sistemática de la historia y de la literatura, ni la supresión de toda información seria en la prensa, reducida a un mero instrumento de agitación. Considero que la verdad es una condición de la salud intelectual y moral. El que habla de verdad, habla de sinceridad. Derecho del hombre a una y otra.
III. Defensa del pensamiento. Estimo que el socialismo sólo puede engrandecerse en el orden intelectual gracias a la emulación, la búsqueda, la lucha de Ideas. Considero que el socialismo no tiene que temer al error, siempre corregido con el tiempo por la propia vida, sino al estancamiento y a la reacción; que el respeto del hombre presupone para éste el derecho a conocerlo todo y la libertad de pensar. El socialismo no puede triunfar contra la libertad de pensamiento, contra el hombre, sino, al contrario, gracias a la libertad de pensar y mejorando su condición.

Esta filosofía atraviesa uno de sus libros menos conocidos editado en París (Grasset, 1937), y del que existió una ignota traducción, *El destino de una revolución,* editada en Santiago de Chile el mismo año por la Editorial Ercilla, y a la cual nos hemos atenido con las correcciones pertinentes. Hemos añadido un esclarecedor prólogo de Wilebaldo Solano, líder de las juventudes del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) durante la Guerra Civil, secretario general de dicho partido en el exilio y actualmente presidente de la Fundació Andreu Nin, y como epílogo un escrito final de Víctor Serge de 1947 sobre *el destino* de la revolución, que está considerado como su *testamento.*

Memoria de un escritor combatiente: Víctor Serge

Tuve la suerte de conocer personalmente a Víctor Serge, a mediados de febrero de 1939, en París. Después de una larga odisea que nos llevó desde la Prisión del Estado en Barcelona hasta la capital de Francia, pasando por la cárcel improvisada de Cadaqués, el cruce de la frontera de los Pirineos y el encuentro con el comando organizado por Marceau Pivert y dirigido por Daniel Guérin para salvarnos de un posible ataque estalinista y del campo de concentración, los dirigentes del POUM recobramos la libertad a orillas del Sena. Y, naturalmente, una de nuestras primeras preocupaciones fue abrazar a Víctor Serge.

Durante todo el proceso revolucionario iniciado el 19 de julio de 1936, Víctor Serge había mantenido una estrecha colaboración con el POUM. Desde París o desde Bruselas, Serge no perdió nunca el contacto con nosotros. Colaboraba regularmente en nuestra prensa, sobre todo en *La Batalla,* órgano central del POUM; nos escribía con frecuencia o nos enviaba mensajes para tenernos informados de lo que pasaba en el movimiento obrero internacional, en la URSS de Stalin, en los círculos intelectuales europeos fascinados por el gran combate contra Franco. Todo esto era precioso para la dirección del POUM. Y en particular las opiniones de Víctor Serge sobre las crisis en el aparato de Sta-

lin y la evolución del Kremlin en su política de intervención en España.

Estábamos en deuda con Víctor Serge. Y por eso decidimos celebrar la primera reunión oficial del Comité Ejecutivo del POUM en casa de Serge. Una fría mañana de febrero, Juan Andrade, Julián Gorkin, Pedro Bonet, Jordi Arquer, Josep Rovira, E. Gironella, N. Molins y yo nos dirigimos hacia la casa del Pré-Saint-Gervais donde vivía el autor de *El año I de la Revolución Rusa* y de *El destino de una revolución*. El encuentro fue emocionante e inolvidable.

Sólo Gorkin, Molins y Fábrega conocían personalmente a Serge. Los demás le veíamos por primera vez, pero sabíamos mucho sobre él. De todos modos, no tardamos en evocar la ausencia de las dos figuras más importantes del POUM: Andreu Nin, asesinado por la policía de Stalin en Alcalá de Henares, y Joaquín Maurín, preso en una cárcel franquista. Nos propusimos salvar a Maurín y aclarar lo que entonces se llamaba «el enigma de Nin», es decir, las condiciones en que se había realizado el secuestro y el asesinato de Nin. No fue nada difícil establecer un plan para alcanzar semejantes objetivos. Y, como siempre, las ideas y los consejos de Serge fueron sumamente atinados.

En casa de Víctor Serge hicimos balance de todo el proceso revolucionario español y adoptamos las primeras medidas para ayudar a los compañeros que permanecían en España, tanto en la zona centro-sur, que escapaba todavía al control de Franco, como en Cataluña, donde había comenzado el terror franquista. Serge nos hizo muchas preguntas. Quería saberlo todo. Y, luego, tuvimos un amplio intercambio de ideas sobre la situación internacional y, en particular, sobre la crisis en la URSS, donde continuaban los procesos contra los oposicionistas y se acentuaba la represión estalinista. En fin, aquella reunión abrió un proceso de colaboración de Víctor Serge con el POUM que ni siquiera se interrumpió cuando las tropas de Hitler invadieron Francia, y que prosiguió hasta la muerte de Serge en su exilio mexicano.

De Bruselas a Moscú pasando por Barcelona

Víctor Serge nació en Bruselas el 30 de diciembre de 1890 en el seno de una familia de refugiados rusos, y murió en su exilio mexicano en noviembre de 1947. Sólo tenía 57 años y estaba en plena madurez intelectual. Lo sé por las cartas que nos enviaba con bastante frecuencia al Comité Ejecutivo del POUM residente en el exilio de París y los comentarios que le sugería la lectura de *La Batalla,* el periódico que el POUM publicaba en París. Recuerdo que tenía la nostalgia de París y se preparaba para regresar a Europa, donde había jugado un papel esencial, como se puede ver por ese libro que se titula *Memorias de un revolucionario* y que, por cierto, aporta muchísimo a la comprensión de los acontecimientos que se desarrollaron en nuestro continente en los años veinte y treinta, desde la victoria de la Revolución de Octubre hasta el hundimiento de Mussolini y Hitler.

Como, por desgracia, las jóvenes generaciones europeas conocen poco o mal a Víctor Serge, quizá convenga destacar, aunque sea brevemente, algunos de los principales rasgos de su vida y de su obra literaria y política. A comienzos del siglo XX, Serge fue de la Joven Guardia socialista en Bélgica y muy pronto militó con los anarquistas franceses, lo que le condujo a la cárcel, donde estuvo recluido durante 5 años. Cuando alcanzó la libertad denunció el sistema penal francés en *Los hombres en la cárcel,* se trasladó a Barcelona, donde se incorporó al potente movimiento anarcosindicalista español y se hizo amigo de Salvador Seguí, una de las figuras más importantes de dicho movimiento, por lo que

intervino en la preparación de la huelga general de 1917. Y fue justamente en Barcelona donde se puede decir que nació el escritor Víctor Serge, ya que adoptó el seudónimo para escribir en el semanario *Tierra y Libertad* y lanzar *El nacimiento de nuestra fuerza,* libro inspirado por el movimiento obrero español de aquel entonces.

A finales de 1917, Serge se trasladó a Rusia. Deslumbrado por la Revolución Rusa como tantos otros, se incorporó al bolchevismo sin beatería de ninguna especie, lo que no le impidió conservar su agudo sentido crítico. Joaquín Maurín, líder del POUM, lo conoció en Moscú y, muchos años después, escribió que «Víctor Serge era claro y sincero; señalaba los defectos y las virtudes, los errores y los aciertos». No se podía hacer mejor elogio tratándose de una época en la que prevalecían el culto incondicional o la denigración sistemática. En fin, Víctor Serge desarrolló una intensa actividad en la Internacional Comunista. Fue el principal animador de *La Correspondencia Internacional* (Imprecor), revista prestigiosa en su tiempo. Zinoviev le confió misiones importantes en Berlín y en Viena. Escribió obras como *El año I de la Revolución Rusa, Petrogrado en peligro* (1919) y numerosos ensayos sobre el ascenso del hitlerismo y la Revolución china, la vida en la URSS y los problemas de la cultura y de la literatura en la Revolución. Fue amigo de los grandes escritores rusos de entonces, en particular de los poetas Esenin y Mayakovski, y también de Pasternak y Mandelstam.

Cuando se agravó la burocratización del Estado y del Partido Comunista, Víctor Serge se incorporó a la Oposición de Izquierda y no abandonó nunca la resistencia política e intelectual al estalinismo. En los años 1927-1930, cuando Stalin deportaba al Gulag a los oposicionistas rusos y a los intelectuales inconformistas pero no se atrevía aún a perseguir a los revolucionarios extranjeros conocidos, Serge y Andreu Nin, amigos fraternales desde 1921, constituyeron, con Aleksandra Bronstein (primera esposa de Trotski), el último núcleo de resistencia organizada al despotismo burocrático. Nin fue expulsado de la URSS en septiembre de 1930, y Serge fue detenido y deportado a Orenburgo en 1933. Su liberación y su expulsión de la URSS se produjeron en 1936, tras una campaña internacional organizada en París por los escritores Madeleine Paz, André Gide y Marcel Martinet.

LAS LUCHAS CONTRA EL ESTALINISMO

A su llegada a Bruselas, Víctor Serge asumió con una voluntad de hierro y una energía sorprendente una labor excepcional de desmitificación del estalinismo y de defensa de los escritores soviéticos perseguidos, deportados y asesinados. Poco antes de su deportación había logrado enviar una carta-testamento a Madeleine Paz en la que decía que era «un resistente absoluto en tres principios: defensa del hombre, defensa de la verdad y defensa del pensamiento». Pues bien, en cuanto se produjo el primer proceso de Moscú, Serge creó el Comité de Defensa de la Libertad de Opinión en la Revolución y publicó *Dieciséis fusilados. El proceso Zinoviev-Kamenev-Smirnov,* el primer análisis serio y preciso sobre el terror estalinista y los procesos de brujería que organizó la GPU (igualmente llamada NKDV, OGPU y, finalmente, KGB, policía secreta estalinista que cambió de denominación en diversos periodos) y contra los que sólo se levantaron el POUM en España y pequeñas minorías del movimiento obrero y muy pocos intelectuales de izquierda.

Apenas un año después, ese mismo Comité tuvo que promover una fuerte campaña internacional para tratar de salvar a Andreu Nin y al POUM, sometidos a una cruel represión por orden de Stalin. Víctor Serge prosiguió incansablemente su actividad en defensa de sus camaradas de la

URSS y de España. «Fue verdaderamente —escribió Serge años después— la lucha de un puñado de conciencias contra el aplastamiento completo de la verdad, en presencia de crímenes que decapitaban a la URSS y preparaban la inmediata derrota de la República española».

En el curso de esa lucha, Serge escribió *De Lenin a Stalin, El destino de una revolución, Medianoche en el siglo,* y preparó una de sus mejores novelas, *El caso Tuláyev,* análisis profundo de la mecánica de los procesos y de las *confesiones* de Moscú, obra que al fin se ha publicado en Rusia, donde, por cierto, no se han descubierto todavía los manuscritos que la GPU confiscó al escritor revolucionario antiestalinista.

En espera de que se descubran y se publiquen esos manuscritos, ya es hora de que se vuelvan a publicar las obras de Víctor Serge, que ciertas incurias —por no decir otra cosa— han alejado de las bibliotecas y de las librerías. No estamos ante un escritor más. Es un escritor militante excepcional del pasado siglo. Sufrió cárceles, exilios y toda clase de persecuciones en su gran combate por el socialismo auténtico y libre. Y, aunque murió demasiado pronto, dejó una obra capital para la comprensión de los grandes problemas del siglo XX.

El naufragio espectacular de la URSS, el desplome del muro de Berlín y la descomposición del movimiento comunista internacional, desfigurado por el estalinismo, constituyen un fenómeno sin precedentes, que plantea problemas a todo el mundo: a los defensores del sistema capitalista (incluso a los que dan por terminada la Historia), a los comunistas y posco-munistas, a los socialdemócratas y a los que se disfrazan de tales, y a los marxistas revolucionarios, que fueron los primeros en reconocer la degeneración de la Revolución Rusa y en combatir con las armas de la teoría y de la práctica política la gran impostura estalinista con todas sus secuelas. La vida, la lucha y la obra colocan a Víctor Serge en esta categoría. Él fue

uno de los militantes más clarividentes. Por eso, no hay más remedio que recurrir a sus escritos para comprender o tratar de comprender el carácter y la significación histórica del estalinismo, y el sentido de sus nefastas consecuencias. En medio del confusionismo que reina actualmente en todas las fuerzas de izquierda que no renuncian a la perspectiva de liberación socialista, Serge y su obra constituyen algo así como un faro luminoso susceptible de facilitar la comprensión del pasado para perfilar mejor el porvenir.

Son muchos los que han sostenido que *El año I de la Revolución Rusa* es una de sus mejores obras, un clásico en cierto sentido. Y no faltan los que afirman que el ensayo *Treinta años después,* escrito entre julio y agosto de 1947, poco tiempo antes de su muerte, es algo así como el testamento del gran escritor revolucionario desaparecido prematuramente en México cuando soñaba con volver a Europa para continuar su combate y su obra. Sea como fuere, el valor de *El año I de la Revolución Rusa* es evidente. Por lo que se refiere a *Treinta años después* (de octubre de 1917), lo menos que se puede decir es que constituye un documento muy valioso en el que Serge confirma su honestidad intelectual y su alto espíritu crítico.

Está de moda hoy desfigurar y condenar de una manera inapelable la Revolución de Octubre y el bolchevismo de Lenin y Trotski. Para algunos, todo fue un inmenso horror primitivo y bárbaro que explica el triunfo actual del capitalismo salvaje en Rusia. Figuran entre éstos una larga cohorte de funcionarios *comunistas* que fueron durante luengos años fieles soldados de Stalin, y multitud de intelectuales que vivieron y prosperaron durante una larga parte de su vida rindiendo culto al *jefe genial* y a los otros jefes de menor cuantía. En Rusia y en los países del Este, esos funcionarios y esos intelectuales se han convertido hoy en capitalistas sin el menor esfuerzo y algunos han tenido el descaro de po-

nerse inelegantes disfraces de socialdemócratas para conservar un tufillo progresista. Hay que esperar que no engañen a nadie, después de haberse pasado la vida engañando a los militantes comunistas desinformados y burlados que creyeron en ellos.

Está de moda también en los medios derechistas y reaccionarios declarar con altivez y suficiencia que el hundimiento de la URSS no sólo constituye la prueba definitiva del fracaso total del comunismo, sino que pone de relieve que el socialismo en general es una enorme utopía absurda y peligrosa. Y, naturalmente, esto permite asegurar tranquilamente que no existe otra perspectiva que la continuación (o la restauración) del capitalismo con las reformas que los tiempos modernos puedan aconsejar a causa del desarrollo de la ciencia y de la tecnología y la globalización de la economía.

Sabemos todo eso, pero lo que nos importa aquí y ahora es la reacción o las reacciones de millones de personas que creían o imaginaban que en la URSS y en los países del Este había algo de *socialismo* o de progresismo y que esto podía ser positivo para las tendencias o las ideas de transformación social existentes en el mundo. Estas personas son las que quieren comprender lo que era realmente el estalinismo, cómo fue posible que prevaleciera sobre las tendencias auténticamente socialistas o comunistas y durara tanto tiempo, y, sobre todo, cómo fue posible que una revolución que suscitó tantas esperanzas en el mundo entero acabara en un régimen totalitario y esclavista, que se desplomó por sí mismo en medio de un desastre repugnante y sin precedentes históricos.

El ensayo *Treinta años después* no podía ni puede hoy responder a todas estas dramáticas interrogaciones. Pero al igual que *La Revolución traicionada* de Trotski, *El destino de una revolución* de Víctor Serge y el *Stalin* de Boris Souvarine, aportan elementos de información y de análisis que

pueden ayudar a la comprensión del hundimiento vertical del estalinismo y de la desaparición de la URSS y sus satélites del panorama mundial.

Defensa crítica de la Revolución Rusa

Desde luego, defiende la Revolución Rusa y la justifica frente a todos los falsificadores que «hablan y escriben sin informarse». Los había entonces y los hay hoy. Y la defiende brillantemente, destacando el valor del equipo de Lenin y Trotski, sus aciertos y sus méritos, pero sin eludir ni esconder las fases más dramáticas y los errores y las faltas que cometieron, a su juicio, sus dirigentes. Y esto tiene una importancia enorme puesto que, durante años y años, muchos historiadores y escritores hicieron una apología total de la Revolución Rusa y la presentaron como modelo a imitar o copiar, del que no había que separarse a ningún precio.

Víctor Serge era otro tipo de hombre y de militante. Su temperamento, su cultura y su historia militante hicieron que siempre tuviera los ojos muy abiertos y nunca cayera en la facilidad y la complacencia. Por eso no vacila en decir que la falta de tradiciones democráticas fue muy grave para la Revolución y que, en realidad, sólo los mencheviques de izquierda de la tendencia Martov tenían «una concepción democrática de la Revolución». Esta herejía, que Serge aprueba implícitamente, va acompañada de muchas otras. Cuando abre el capítulo de los errores y de las faltas de los bolcheviques, es muy severo y no se deja casi nada en el tintero. Para él, el error más *incomprensible* es la creación de la Checa, tesis que ya sostuvo en 1939 en su *Retrato de Stalin* y sobre la que insiste con severidad en *Treinta años después*. Y, naturalmente, tras la Checa aparece Kronstadt. Insiste en los argumentos que ya en 1938 le llevaron a una dura polémica y a

la ruptura con Trotski. Para Serge, su criterio sobre Kronstadt fue confirmado por Lenin cuando se proclamó el fin del llamado «comunismo de guerra» y se lanzó la Nueva Política Económica (NEP), pero entiende que los bolcheviques no supieron sacar todas las consecuencias del reconocimiento tardío de sus errores y que en 1921 rechazaron «la reconciliación con los elementos socialistas y libertarios dispuestos a situarse en el terreno de la Constitución soviética» y les colocaron prácticamente fuera de la ley. Por lo demás, no vacila en reconocer las terribles dificultades del poder soviético y su voluntad de sostener la revolución europea, que era, a la larga, la única salida. Ahora bien, piensa que los bolcheviques, prisioneros de su idealismo militante, se equivocaron en lo que respecta a «la capacidad política y la energía de las clases obreras de Occidente y, sobre todo, de Alemania». Y de ahí surgió la teoría del *socialismo en un solo país.*

Frente a los que confunden todo y aseguran que existe una continuidad lógica que lleva fatalmente de Lenin a Stalin, Serge sostiene que hay dos periodos claramente diferenciados: 1917-1927 y 1927-1937. A nuestro modo de ver, el fenómeno es más complejo. Pero sigamos a Serge. El hecho esencial para él es que en 1927-1928, por una suerte de golpe de Estado realizado en el núcleo dirigente, «el Estado-Partido revolucionario se convierte en un Estado policiaco-burocrático, reaccionario en el terreno social de la Revolución». Analiza los dos periodos y pone el acento en la lucha de la generación revolucionaria contra la burocracia estalinista entre 1927 y 1937. Los que hemos tenido la posibilidad de consultar los archivos de Moscú en estos últimos años, sabemos que esa lucha fue mucho más importante y más trágica de lo que se imagina generalmente.

Víctor Serge fue uno de los primeros oposicionistas revolucionarios, es decir, de los que combatieron contra la dictadura burocrática estalinista en nombre del bolchevismo traicionado y destruido, y en nombre del socialismo libre. Primero en la propia URSS, en el seno de la Oposición de Izquierda, que, como explicó en varias ocasiones, era mucho más amplia y menos sectaria que lo que se reclamaba de ella fuera de Rusia. Luego, tras su deportación a Orenburgo y la campaña internacional que permitió que saliera de la URSS y se instalara en Bruselas y en otras partes de Europa. Y, finalmente, tras la ocupación de Francia por las tropas de Hitler, en su exilio mexicano, en contacto estrecho con los españoles y, en particular, con los militantes del POUM. Entre 1907 y 1947, fecha de su muerte, fue un escritor revolucionario y combatiente. En las horas más difíciles, en esa medianoche en el siglo (tal como tituló uno de sus libros), vivió siempre modestamente, con un optimismo creador sorprendente y conmovedor. Corrió muchos riesgos y los esbirros de la GPU trataron de hacerle la vida imposible tanto en Bruselas como en México, donde fue objeto de varias agresiones.

Unos años antes de su muerte, cuando vislumbrara el fin de la Segunda Guerra Mundial, y pensando en volver a Europa, escribió estas palabras:

> Nada ha terminado. Estamos en el comienzo de todo. A través de tantas derrotas, unas merecidas, otras gloriosamente inmerecidas, es evidente que la razón, más que el error, está de nuestra parte. ¿Quiénes son los que pueden decir lo mismo? Solamente al socialismo corresponde aportar mañana, a la revolución iniciada, una doctrina renovadora de la democracia, una afirmación irreductible de los derechos del hombre, un humanismo total que abarque a todos los hombres.

WILEBALDO SOLANO
París-Barcelona

EL DESTINO DE UNA REVOLUCIÓN

Primera parte

LA CONDICIÓN DEL HOMBRE Y DEL ESPÍRITU

I
La condición de los trabajadores asalariados

Se sabe que la dictadura del proletariado, ejercida por el Partido Comunista, convierte a la clase obrera en clase dirigente y que pretende edificar una nueva sociedad sin clases. Diecinueve años después de la revolución, la condición del obrero varía según el grado de instrucción profesional, la calidad política (miembro del partido o de las juventudes, de buena intención, sospechoso, pariente o amigo de un sospechoso o de un comunista que ejerce gran influencia), la empresa y la región. A trabajo igual, los obreros de las grandes empresas están en general mejor pagados que los de las pequeñas. Los de los grandes centros son mejor pagados que los de las provincias alejadas. La extrema desigualdad de los salarios hace equivocarse al observador y permite diversos y posibles camuflajes estadísticos, de los cuales el menor consiste en establecer un salario medio muy por encima, en realidad, de los salarios de la gran mayoría.

Según un informe de Kuybichev, presentado a la Comisión del Plan, publicado el 3 de enero de 1935, el salario medio en Moscú era de 149 rublos y 30 centavos por mes. En la misma época, según mis informaciones personales, la gran mayoría de los obreros de la Fábrica Eléctrica de Moscú (Elektrozavod) gánaba de 120 a 140 rublos por mes. No habiendo sido sensiblemente aumentados posteriormente

los fondos de los salarios del Estado (si se tiene en cuenta el aumento del número de los asalariados), se pueden admitir como los más corrientes en este momento los siguientes salarios mensuales: malos obreros, de cien a 120 rublos; obreros medianos, de 150 a 200 rublos; obreros cualificados, de 250 a 400 rublos; estajanovistas, 500, y por encima, hasta 1.500 y 2.000 rublos muy excepcionalmente. Los salarios femeninos son siempre un poco inferiores, lo que es sobre todo sensible en las escalas más bajas, es decir, para la inmensa mayoría de las trabajadoras. Centenas de millares de obreras soviéticas ganan entre 70 y 90 rublos por mes, salario de miseria, completamente insuficiente para alimentarse. Estamos obligados a manifestar que el Estado empleador considera el salario femenino como un salario de complemento en el presupuesto familiar. La teoría dice bien: a trabajo igual, salario igual; pero se responderá que el trabajo es raramente igual...

Los salarios, en Leningrado y Moscú, al principio de ese año, eran los siguientes: el colaborador científico de un gran establecimiento de estudios superiores, de 300 a 400 rublos; una dactilógrafa que conoce lenguas extranjeras, alrededor de 200 rublos; un redactor de periódicos, 230 rublos; diversos empleados, de 90 a 120 rublos. Muchas de las obreras textiles de Moscú (Krasnaya-Presnia) ganaban recientemente entre 100 y 120 rublos. En provincias, donde ya he vivido, el salario base femenino variaba comúnmente entre 70 y 90 rublos. Un economista ganaba 350 rublos (con un día de trabajo ilimitado); un contador (día de trabajo ilimitado y responsabilidad penal por la marcha de la empresa), de 250 a 350 rublos; un funcionario responsable del Partido, 250 rublos, y así por encima de estas cifras; un director de empresa o jefe de oficina (comunista) de 400 a 800 rublos; los altos funcionarios (comunistas) y grandes especialistas, de mil a 5.000 rublos en las capitales; los especialistas renombrados alcanzaban entre 5.000 y 10.000 rublos por mes. Los escritores tienen presupuesto de esta clase. Los grandes dramaturgos oficiales, los pintores decoradores que retocan indefinidamente los retratos de los grandes jefes, los poetas y novelistas aprobados por el Comité Central pueden alcanzar y sobrepasar el millón anualmente. Estos datos necesitan algunas explicaciones complementarias: el cobrador de un instituto científico no gana sino de 300 a 400 rublos, pero trabaja en dos o tres institutos, lo que le permite obtener al mes 1.200 rublos. El redactor de un periódico, 250 rublos por mes, pero colabora en publicaciones que triplican su renta. El director de una fábrica, con 500 a 1.500 rublos, se hace otorgar primas por ejecución de planes con ocasión de fiestas o de aniversarios. Los funcionarios del Partido y los dirigentes comunistas reciben bonos de vestuario de buenas telas, son alojados por el Partido en habitaciones construidas especialmente, se benefician del veraneo en el Cáucaso o en Crimea, gratuitamente o a precios reducidos. Pero la inmensa mayoría de los trabajadores, los que viven de salarios bajos, está entregada a ella misma, es decir, a su miseria.

Tomemos nota de las extracciones efectuadas sobre los salarios: el impuesto, los empréstitos obligatorios (15 días de salario por año, pagables por lo menos uno por mes), las cotizaciones del Partido, del sindicato, de la aviación química, del socorro rojo (el gobierno prohibió en 1935 extraer cotizaciones a dos sociedades denominadas libres; decisión platónica pero sintomática), solidaridad internacional, para la construcción de dirigibles o de aviones, etcétera. El descuento realizado sobre los salarios alcanzaba del 15 al 20%. Yo he conocido en un hospital (1935) a enfermeras que recibían 25 rublos por quincena, en una época en la que el pan gris costaba un rublo el kilo, y aun se les imponían seguros de vida, a condición de que fuesen bastan-

tes robustas. En las fábricas y los ingenios se imponía el sistema de multas: por mal trabajo, atraso en el trabajo, faltas a la disciplina, etcétera.

Estas medidas son causa de dramas. Cree uno contar con una centena de rublos a fin de mes y la dirección le presenta una relación de multas por 30 rublos. Es triste recordar, a este propósito, que Lenin, en Siberia, comienza su obra de publicista con un folleto que era una requisitoria: *Sobre las multas.*

La propaganda oficial toma en gran consideración el salario *indirecto* representado por los seguros sociales, los cuidados gratuitos en caso de enfermedad, los veraneos, las pensiones de vejez. Lo que aún subsiste como apreciable es el salario, algo disminuido, pagado en caso de enfermedad y también los abonos por embarazo y lactancia. Pero los médicos no reciben, frecuentemente, sino un número limitado de papeletas de enfermedad para distribuir. Los medicamentos de carácter gratuito han sido suprimidos últimamente. La permanencia en la buena casa de reposo no es gratuita sino para los *activistas* muy reputados, por los cuales vela el sindicato; en la práctica, un viaje a Crimea o al Cáucaso constituye un sueño completamente irrealizable para el trabajador que gana de 80 a 150 rublos y todavía hay que procurarse un bono, muy difícil de obtener. Los números publicados confirman plenamente, sobre este punto, la observación personal, ya que solamente 181.000 trabajadores han pasado por los lugares de veraneo en 1934, sobre un total de 24 millones de asalariados.

¿Cuál es la capacidad de compra de estos salarios? La capacidad de compra del rublo equivale, poco más o menos, a la del franco francés o a la del belga, excepción hecha sobre el precio del pan moreno más ventajoso en la URSS (un rublo o 90 cópecs el kilo; cuatro rublos 50 y siete rublos 50 el kilo).

He aquí algunos precios de principios de este año: carne de buey, de seis a ocho rublos el kilo; de cerdo, de nueve a 12; mantequilla, de 14 a 18; salchichón, de siete a nueve rublos; embutidos, 25 rublos; jamón, de 18 a 20 rublos; queso, 24 rublos; arenques, de seis a diez; caviar, de 32 a 40; café, de 40 a 50 rublos; bombones, de nueve a 40 rublos; té, de 60 a 100 rublos; chocolate, 50 rublos; vodka, 12 rublos el litro. Artículos manufacturados: abrigos, de cien a 500 rublos; calzado con suela de cuero, de 80 a 150 rublos; un traje de algodón, 200 rublos; de lana, de 600 a mil rublos; una falda, de 70 a cien rublos; un corpiño de lana, 200 rublos. Combustibles: un metro cúbico de madera de calefacción, con transporte a domicilio y corte, entre 40 y 50 rublos (se necesitan por lo menos seis metros cúbicos para calentar una modesta casa habitación durante el invierno). Arriendo a título privado de un cuarto no amueblado en provincias, de 40 a 50 rublos por mes; un rincón amueblado en casa de familia, 30 rublos; esto es más caro en las grandes ciudades.

A los elevados precios mencionados hay que agregar la dificultad para obtener los productos, como telas, lanas, calzado, maderas. Frecuentemente se está obligado a ir al pueblo vecino para obtener un par de zapatos o una manta de viaje, de la cual se hará un abrigo. La escasez de mercaderías, y también el mercado clandestino, es la causa del alza de los precios; y las prisiones y las deportaciones de los especuladores, durante el verano de 1936, a razón de cien por día, solamente en Moscú, según los periódicos, no remediaron el mal.

El trabajador de cien rublos por mes, gana, por consiguiente, en 24 días de trabajo, un poco más del valor que representan cinco kilos de mantequilla o cien kilos de pan moreno. Como no se puede vivir solamente de pan, por lo menos durante mucho tiempo, no deja de tener hambre y no está muy contento con esta mejora.

Un obrero francés que ha estado durante diez años en la URSS ha tenido la ingeniosa idea de confeccionar, para 1936, un cuadro comparativo de los salarios y de los precios de Moscú y de París, cuadro que permite calcular qué tiempo de trabajo es necesario, por categoría de obrero (malos, medianos y cualificados), para la compra de artículos y objetos de consumo corriente. Y ha llegado a la conclusión de que el mal obrero soviético trabaja 172 minutos por un kilo de pan blanco, que representa 36 minutos de tiempo de un parisiense sin trabajo; que el obrero soviético trabaja 1.584 minutos (el mal obrero) o 930 (el obrero mediano) o 632 (el obrero cualificado), por el kilo de mantequilla que el mal obrero francés gana en 180 minutos, y el obrero cualificado, en 144. Estos cálculos son irreprochables.[1]

¿Vivían mejor antes de la Revolución? La gente de 40 años es unánime en afirmarlo, en este triple aspecto: alimentación, vestuario y alojamiento. La estadística lo confirma. Un obrero de la industria textil, que ganaba, de 1912 a 1914, 300 kilos de pan por mes o un minero que ganaba 600, ganan hoy día 150 como término medio, es decir 150 rublos. Yo he escuchado más de una vez a las madres deplorar que sus hijos no hayan tenido la suerte de conocer el buen tiempo aquél en que con ocasión de las fiestas religiosas se confeccionaban tan buenas cosas: pastelería, confitería, cremas; y a mujeres ancianas quejarse de no tener ni siquiera té para beber. La mayor parte de las pensiones de las viudas de la guerra civil son de ¡30! rublos por mes. En 1926, el nivel de antes de la guerra parecía más o menos acercarse; pero hoy día se halla lejos. Sería necesario, para restituir a la inmensa mayoría de los obreros rusos su condición material de 1926, doblar, en general, los salarios bajos. Pero, según el jefe del gobierno, Molotov, no se puede contar, en los tres o cuatro años por venir, más que con un aumento de algunas decenas de porcentaje; supongamos que sea el 30%.

1. Ch. Ivon, *Lo que ha llegado a ser la Revolución Rusa,* ediciones de la «Revolución Proletaria». Este pequeño libro es, probablemente, el mejor estudio que se ha publicado sobre la condición de los trabajadores rusos.

La aristocracia obrera, que ganaba más de 150 rublos por mes, representaba hace una decena de años el 6% del proletariado. Admitamos, como prueba de buena voluntad, que ella alcance hoy al 10%, a pesar de que las nuevas empresas altamente mecanizadas tienen sobre todo necesidad de mano de obra semicualificada. *De diez obreros soviéticos, nueve viven por tanto de salarios bajos.*

¿Cómo resuelven el problema de la vida? Siendo el alquiler pagado por cuotas, no absorbe sino alrededor de una décima parte del presupuesto. Es verdad que es costumbre alojarse en una covacha. La regla de «superficie habitable» atribuida por cabeza de habitante en las grandes ciudades, es de ocho metros cuadrados y menor en los centros regionales, donde las autoridades locales las reducen a veces a cinco metros cuadrados.

Esto quiere decir que se aloja a razón de una familia por cuarto y que se acuestan en los corredores, en los graneros, en las cuevas; y, como las habitaciones no son apropiadas para una superpoblación, familias enteras ocupan piezas mal aireadas, que otras familias deben atravesar para salir de ellas o entrar. Hay que imaginarse lo que a esta situación ocasiona, además, la falta de ropa, de mobiliario, de ropa blanca, la ignorancia, el alcoholismo y la delación; y después las luchas que pueden desarrollarse, por ejemplo, alrededor de un cuarto donde la ocupante, una mujer anciana, se halla en trance de morir. Muchos obreros de los astilleros viven mucho peor en las barracas. En provincias y en los grandes arrabales, la gente se dedica a la crianza de conejos, cerdos, vacas..., por consiguiente, es necesario

alojar a estos animales en los corredores, bajo las ventanas, y muchas veces en el cuarto mismo, porque el robo constituye una plaga social. Por tanto, se ingenian en esta primitiva escasez para formarse un hogar. Yo he visto interiores conmovedores, muy limpios y casi agradables donde la miseria se revestía de una suerte de blancura. Todo se reducía a andrajos bien lavados y arreglados sobre cajones viejos: el vidrio de la lámpara, remendado con papel transparente; la cama tenía sábanas pero se retiraban para dormir, porque eran irremplazables. Lo trágico era el sufrimiento de los niños mal nutridos, y en especial durante el invierno, por los grandes fríos.

Lo trágico es también el alcoholismo. Hombres, mujeres, viejos y muchos adolescentes, todo el mundo bebe. Sobre la nieve o en las polvaredas de agosto, en los campos o en las grandes arterias de las capitales, no es raro ver caer muertos a los hombres borrachos. Los días de paga o de fiesta, el tercio de los transeúntes dan traspiés, cantan, gritan en la calle. El día de los funerales de Kirov se prohibió la venta de vodka. «Usted comprende —me decía a este propósito un comunista, gerente de una cooperativa—, si las gentes se embriagaran hoy día, se oirían muchas cosas». El alcoholismo del pueblo ruso proviene de su indigente condición. Sin hogar, sin bienestar, con pocas distracciones, la vida se manifiesta sin alegría. Queda el alcohol, que mata el tedio y desenfrena la brutal liberación de las convenciones. El alcoholismo es también, a su turno, causa de una alimentación débil y de dramas sin número. En los hospitales, en los cuales he permanecido, el personal se hallaba muy atareado, en los días de vísperas de descanso, en prepararse para recibir a los de bocas partidas, a los atropellados, a toda clase de heridos. Habiendo vivido con los pobres de este país, no intento reprocharles porque se embriaguen. Conozco muy bien la inmensa tristeza de una vida sin distracción y sin alegría.

Los bajos salarios de un gran número de trabajadores hacen que el trabajo sea frecuentemente deficiente. El zapatero al cual una cooperativa de artesanos pagaría 150 rublos por mes, encuentra más conveniente hacer en forma clandestina, y con el cuero que obtiene a escondidas, reparaciones a domicilio que le reportan ganancias ventajosas y que satisfacen al mismo tiempo al cliente, porque son más concienzudamente hechas. No se preocupa de quedar en situación de hombre sin trabajo, sino que, por el contrario, se esfuerza por ser considerado como trabajador. La especulación, es decir, la reventa de artículos comprados al Estado, concedida por complacencias recompensadas después de pasar una noche a la puerta del almacén, alimenta a millones de hombres. La reventa de un par de zapatos produce tanto como 8 días de trabajo en la fábrica. Para ser inscritos, los obreros van a la fábrica en gran número, pero es la especulación la que realmente los mantiene; y también el robo: se roba por todas partes y lo que se puede. El Partido realiza periódicamente grandes campañas contra el robo entre las empresas industriales y los almacenes. Los procesos son numerosos y se dictan severas condenas. Nada impedirá a la vendedora de 110 rublos mensuales comerse un pan y llevar otro para su pequeño, aun a riesgo de ser condenada a dos años de trabajo forzado. Ni al obrero de 50 rublos llevarse de la manufactura el hilo que revenderá fácilmente a tres rublos la bobina. La especulación explica la huelga disimulada de millones de personas: ella aflige y alivia a las masas; el consumidor padece porque no puede contar con ella en muchos casos, pero como él mismo especula, la ventaja prima finalmente sobre la desventaja.

Robando un poco, revendiendo alguna cosa, un matrimonio obrero con salario nominal de 200 rublos (el marido 130 y la mujer 70), que tiene dos hijos, dobla casi su entrada si sabe arreglárselas. Se alimenta de legumbres, frescas en el

verano y saladas en el invierno, y de un poco de carne uno o dos días a la semana, leche cuando no es muy cara. El tener una vaca o una cabra significa casi el bienestar, a pesar del mal olor del estiércol que llena la morada. Los problemas más difíciles son los que se refieren al vestuario y a la calefacción. En provincias se roba la madera de los parques y los cercos. Yo he visto desaparecer varias veces el cerco que circundaba un hipódromo militar.

Es cierto que la triste condición de los peones del ferrocarril es una de las causas del deterioro de los medios de transporte. Las líneas que unen al extranjero son las únicas bien conservadas. Vienen enseguida algunas líneas centrales; pero desde que uno se aleja de Moscú, los trenes, siempre atestados, son sucios, sus conductores son pobres diablos en los que la sola apariencia revela una desesperante indigencia. Los empleados ferroviarios encuentran, sin embargo, un suplemento para su entrada en los servicios ilícitos que prestan a los viajeros y en el transporte de mercaderías para la pequeña especulación.

Se sostiene frecuentemente que no existen en la URSS ni huelgas ni sentimientos de inseguridad para el trabajador. La verdad es que falta, sobre todo, la mano de obra, por la razón de que está mal retribuida. Cualquiera que busque trabajo en un pueblo de la URSS sabe que siempre se termina por encontrarlo, pero también es cierto que bajo las peores condiciones. Quien haya viajado conoce las olas de emigración que llenan las estaciones, formadas evidentemente de gente que no irá ni a la fábrica ni a la oficina ni a los campos a la mañana siguiente. La huelga de masas, del carácter de la de los países capitalistas, no existe en estos momentos; pero hay otras formas que la estadística gubernamental ignora intencionadamente y que afectan a millones de trabajadores. La inseguridad, en estas condiciones, reviste también otra característica que no se encuentra en

Occidente. Sin reservas ni economías, se vive en una gran inquietud, ya que una despido seguido de un corto periodo de falta de trabajo (sin subsidio) puede convertirse en una dura prueba. Además, el trabajo no alimenta enteramente y de ahí resulta una inseguridad tal que la prisión se convierte en la cosa más corriente para todo el mundo.[2]

En el pueblo, la pareja cargada de familia tiene una vida muy dura. El hombre debe *trabajar* para tener una situación legal, después de lo cual debe desenvolverse para poder vivir. Las casas de expósitos para niños, las lavanderías y otros establecimientos de utilidad pública no sirven sino a una minoría privilegiada. La condición de las masas es triste y pesadamente primitiva.

En resumen: desigualdad excesiva de salarios en la clase obrera misma: de uno a 15.

La mayoría de los salarios son muy bajos, sensiblemente inferiores al salario medio de las estadísticas y completamente insuficiente para la conservación del trabajador. El salario medio (superior, podemos repetirlo, al del mayor número) asegura un nivel de vida inferior al anterior a la guerra y muy inferior al del la inmensa mayoría de los obreros de Occidente. El aumento previsto de los salarios, demasiado lento. Un gobierno, por poco cuidadoso que fuera de los intereses reales de la clase obrera, debería preocuparse de llevar a breve plazo los salarios base al nivel de 1914,

2. La economía de la URSS ha vivido hasta 1934 sobre la inflación, y vive todavía sobre los salarios bajos. La reedificación de los salarios es una necesidad vital; la valoración del rublo, es decir, la reforma financiera, igualmente. La desocupación no ha sido reabsorbida sino por una suerte de inflación del personal, consecutiva a la inflación monetaria. Es muy probable que el regreso a un presupuesto estable, calculado en valores reales, obligando a las empresas a disminuir sus gastos generales, hará liquidar todo el personal superfluo y llevará así a la desocupación, que no parece poder desaparecer realmente sino de un organismo social mucho más armonioso y de tendencias más igualitarias.

hasta alcanzar los de 1926. El régimen burocrático prefiere acentuar la diferenciación social creando diferentes categorías privilegiadas en detrimento de las masas desheredadas.

Los técnicos gozan, con relación a los obreros, de una situación netamente privilegiada. Sus salarios son raramente inferiores a 300 rublos, y más frecuentemente varían entre 500 y mil rublos, suma que muchas veces sobrepasan. Los ingenieros más cualificados ganan varios miles de rublos por mes. Se benefician de primas. Poseen habitaciones confortables, construidas según sus deseos. Tienen clubes. Establecimientos científicos, fundados en gran número, tratan de suministrar los medios de perfeccionar la técnica. No están autorizados, todavía, para formar asociaciones. Todas sus investigaciones son vigiladas. Su condición parecería excelente si no existiera la carga, frecuentemente abrumadora, de las responsabilidades penales que pesan sobre ellos. La dirección de las empresas pertenece a los comunistas, quienes no hacen sino ejecutar las directivas de los organismos centrales. ¿Estas directivas resultan inejecutables? ¿Son, como consecuencia, imprevistas e importunas? ¿Los bajos salarios perjudican el rendimiento del trabajo? ¿Es el proyecto un compromiso? ¿Se le permite, en fin, al ingeniero el formular objeciones? ¿Se calló, por prudente complacencia, en la víspera de una experiencia mal llevada? En todos estos casos y en muchos otros, el personal técnico acusado de incapacidad, de negligencia, de mala voluntad, de espíritu contrarrevolucionario, o de complot, es objeto de sanciones pesadas que se traducen siempre en arrestos y que terminan frecuentemente en ejecuciones.

II
La condición de los obreros. El trabajo

Los bajos salarios no deberían durar indefinidamente: cuestan demasiado caro a la colectividad. Aumentan los gastos generales de la producción en lugar de disminuirlos. He conocido una manufactura de confección en la que el mal trabajo alcanzaba tales proporciones que fue necesario rechazar todas las entregas. Los obreros ganaban allí entre 80 y 150 rublos. Ninguna incitación los estimulaba; las sanciones y las multas agravaban más bien el mal. Toda obrera que conocía un poco de costura se apresuraba en dejar la fábrica para confeccionar en casa camisas de algodón, las que vendidas en el mercado le daban mayores beneficios. El plan no ha tenido más ejecución que en el papel. Se juzgaba en el club de la empresa a los obreros acusados del mal trabajo. Los sorprendidos en flagrante delito de robo iban a la prisión. Unos y otros pasaban años de sufrimientos, y la fábrica perdía así algunos trabajadores cualificados. Las obreras dejando el trabajo a las diez de la noche, se veían obligadas a elegir en la calle al suboficial un poco ebrio para que las llevara a cenar. De las minas de Donietz a las grandes fábricas, los mismos males arruinaban la industria. En abril de 1931, las grandes empresas textiles de Ivanovo Voznesensk entraron en huelga. Todas sus reivindicaciones se concretaban en este grito: «Tenemos ham-

bre». Cientos de comunistas de la base habían guardado el secreto sobre la preparación del movimiento. Las autoridades centrales cedieron en todos los puntos e hicieron caer sobre las autoridades locales la responsabilidad por un abastecimiento insuficiente. Las fábricas recibieron víveres, recomenzó el trabajo y la depuración empezó suavemente. Se me aseguró que los oponentes (trotskistas) habían sido fusilados bajo la acusación de sabotaje y traición. Nada se divulga por la prensa, salvo en la extranjera.

Hasta la valoración del rublo,[3] los dirigentes de la industria intentaron compensar la mala calidad y débil intensidad del trabajo suprimiendo a los ociosos. A esto se redujo la acción de las brigadas de choque y de las brigadas de entusiastas. Jóvenes obreros entrenados por los propagandistas y estimulados por las primas y las concesiones de diversos privilegios (comidas un poco más nutritivas, ligero mejoramiento en el abastecimiento, cinema fuera de turno, etcétera) se constituían en brigadas decididas a trabajar hasta el límite de sus fuerzas. Estas brigadas rivalizaron entre ellas, y esto fue la emulación socialista. Después se volvió al empleo de los sábados comunistas del tiempo de la guerra civil, jornal de trabajo voluntario consagrado a la causa común. Pero en 1919-1920 no se daba en suma sino el salario del sábado y se descansaba el domingo. En 1935-1936, los obreros fueron, bajo diversos pretextos, invitados al trabajo no asalariado; en tres días de descanso sobre cuatro. Se fijaron los jornales *voluntarios*, por decisión del sindicato votada en asamblea a mano alzada... para llenar las «brechas del plan», «alcanzar y sobrepasar» a otra empresa, reparar los errores, sostener al ejército, la aviación, las escuelas. En

3. Véase, más adelante, la pág. 225: *Un cambio: la valoración del rublo.* Los billetes de pan fueron suprimidos el primero de enero de 1935, y el rublo tuvo, a partir de ese día, el valor real de un kilo de pan de centeno.

los 75 últimos días de la construcción del Metropolitano de Moscú, 500.000 trabajadores suministraron jornales de trabajo voluntario y gratuito (prensa soviética). Hay que observar, por otra parte, que siempre, según los periódicos oficiales y por la misma época, la criminalidad fue relativamente elevada entre los constructores del Metro.

La valoración del rublo hizo posible el regreso a los métodos de explotación puestos en práctica en los países capitalistas. Salarios a destajo, minuciosa racionalización, cronometraje, trabajo por equipos.

Las empresas equipadas de maquinarias de acuerdo con la última palabra de la técnica tenían un rendimiento más bajo que los viejos «chincheles» de los alrededores de París o Londres, en los cuales, por cierto, el tornero no pasa hambre. A una señal del Comité Central, el movimiento estajanovista brotó de la tierra armado de éxitos superiores, asombrosos. La producción normal de una mina del Donietz era de siete toneladas de carbón mineral por día y por picador (la media de las del Ruhr era de diez toneladas y el máximum de 16 a 17), pero Aleksis Stajánov produjo, el 31 de agosto de 1935, cien toneladas en un día. Se hizo célebre al día siguiente y toda la maquinaria de publicidad funcionó a una señal. Se veía por todas partes su fotografía. La telegrafía sin hilos propaga sus propósitos. Deja la mina para dar conferencias. Bobkov, mientras tanto, produjo 159 toneladas en un día; después, Isachenko, 200 toneladas el 10 de septiembre; y en fin, Borisov, ¡800 toneladas! En Francia y en otras partes, algunos mineros más competentes que yo han juzgado severamente estos récords, que se aprecian mejor en presencia de los resultados generales del stajanovismo en las mismas fábricas. En Gorlovka, la producción media que se obtuvo, después de un esfuerzo sostenido durante 220 días, fue de 34 toneladas. Muy lejos de las 800, y aun de las modestas ¡cien toneladas de Stajanov!

Pero, en octubre de 1935, la mina en la cual había trabajado Stajanov no daba sino un aumento de producción del 7%. En la de Donietz, este aumento fue del 15 al 20%.

El Comité Central del Partido simuló acoger con sorpresa la iniciativa de los obreros. Explicó su pasión de trabajo por el mejoramiento de las condiciones de existencia y *decretó* la revisión de todas las reglas de trabajo. Los técnicos que hicieron observaciones fueron tratados como saboteadores. Los carteles mostraban a un Stajanov gigante derribando las antiguas normas con pretensiones científicas. La renovación de los contratos colectivos de trabajo fue aplazada por varios meses. Los obreros comprendieron enseguida a qué se regresaba:

1.º) Al aumento de las reglas de producción sin aumento proporcional de los salarios.

2.º) A la creación de una aristocracia obrera poco numerosa y bien pagada, que daría los cambios en la condición del trabajo en general y que ayudaría a los dirigentes a hacer marchar a las masas.

En todas partes reaccionaron duramente. Los estajanovistas afrontaron la lucha. Hubo muertos. El joven comunista que por recibir primas y dejar enseguida la producción intentaba batir récords fue considerado como un traidor por sus camaradas de taller. Se quebranta esta resistencia por medio de la represión y se atenúa el estajanovismo, generalizándolo. Como consecuencia, se generaron muchos desórdenes en las empresas. La palabra *estajanovismo* se desconceptúa rápidamente, en algunos meses, en medio del engaño, del abuso y del ridículo. Los comités del Partido reaccionaron duramente contra las exageraciones de tal sistema. Yo he conocido un director de hospital que había imaginado para sus enfermos estajanovistas un tratamiento

de favor... ¿Qué queda de esta campaña llevada a cabo con un ardor totalitario? Un aumento de normas que en el conjunto no debe sobrepasar mucho el 10%, y un aumento más sensible de la desigualdad entre los trabajadores, de los cuales un pequeño número ha adquirido la posibilidad de agregarse a las capas privilegiadas de la sociedad. De una manera general, no se obtendrá un mejor rendimiento de trabajo si no se mejora más efectivamente la condición material de los trabajadores.

No he leído algo más falso sobre el stajanovismo que estas cortas líneas acogidas en una revista francesa:[4] «En este ambiente creador por excelencia, una idea colectiva y anónima ha debido germinar, la que ha hallado por azar y en la persona de Stajanov, su primer audaz realizador». He subrayado las palabras más falsas de esta frase, en las que se revela una suficiencia más grande todavía que la incompetencia del autor. Y me he preguntado a mí mismo: ¿qué es lo que obliga a los intelectuales, quizá de buena fe, a tratar con completa ignorancia semejantes asuntos? ¿«Ambiente creador» la miseria, el lento trabajo de obreros mal alimentados, el comercio en la fábrica, las anotaciones policiales en los pasaportes de los obreros despedidos, la legislación draconiana? ¿Una «idea colectiva y anónima»? El mismo Stajanov ha relatado cómo había preparado su récord con los dirigentes comunistas de la mina (quienes no hacían sino ejecutar las instrucciones de sus superiores); la publicidad del Estado totalitario ha hecho el resto. El «azar» no ha hecho nada en todo aquello, y Stajanov, celoso ejecutante más que «realizador audaz», ha hecho simplemente una carrera. Muchas cosas, además, no han sido dichas a propósito de hazañas de este género: por ejemplo, que un Stajanov no trabaja solo y sin importarle el lugar, sino que con todo un equipo seleccionado y en un sitio apropiado;

4. M.R. Chanel, en *Europa*, del 15 de abril de 1936.

que los equipos estajanovistas realizaban un esfuerzo tan agotador, que ellos contaban con un supernumerario destinado a reemplazar al obrero que desfallecía durante el trabajo; que los estajanovistas preparaban su trabajo una o dos horas antes y una o dos horas después de la *jornada* de producción, lo que aumentaba en dos o tres horas la duración real de su labor. Que una vez cumplida la hazaña estos ases de la producción dejaban la mina o la fábrica para hacer estudios. Es evidente que ellos no podrían descansar sin desacreditarse y desacreditar la propaganda hecha a su alrededor, ya que no llegarían nunca a mantenerse a la altura de sus propios récords.

Desde el estajanovismo, la relación de los salarios entre el obrero ordinario y el obrero privilegiado varía de uno a diez, y hasta 20.

La participación de los obreros en la gestión de las empresas ha cesado prácticamente desde hace mucho tiempo. De la democracia del taller de los primeros tiempos, algunos vestigios subsistieron hasta 1935. Los directores de fábrica afectaban una conducta como de antiguos obreros y permitían que se les acercasen y tuteasen. A partir de la resurrección del rublo, se afirmó una tendencia completamente contraria. El director, bien vestido, debe guardar las distancias.

III
La condición de la mujer

La igualdad de los derechos no impide la desigualdad fisiológica ni las consecuencias, particularmente graves para la mujer, de la indigencia general. La promiscuidad forzosa en los alojamientos atestados de personas es muy penosa para las niñas y para la mujer joven. ¡Cuántas parejas no pueden separarse a causa de la falta de alojamientos! En casos semejantes, el hombre se libera más fácilmente y la cohabitación obligada le es menos deprimente. Los dispensarios antivenéreos se hallan llenos de jóvenes enfermos, que declaran que no pueden curarse en su domicilio por la imposibilidad de aislarse. El salario muy bajo de la inmensa mayoría de las mujeres jóvenes les obliga a buscar el marido que gana bien, militar o miembro del partido. La prostitución larvada de todas aquellas que deben un pasable empleo a las buenas disposiciones de los gerentes de almacenes y jefes de oficina escapa, muy felizmente, para los moralistas, a toda estadística.

La prostitución propiamente dicha subsiste en la mayor parte de los pueblos. Siendo menos numerosa que en las grandes ciudades de Occidente, es también más miserable. Ninguna reglamentación le concierne en derecho; en la práctica, comisiones provistas de poderes discrecionales la vigilan y a veces la persiguen con afán; de tiempo

en tiempo, en vísperas de fiestas o de congresos internacionales, la policía da frecuentes batidas de limpieza en Moscú, Leningrado, Kiev, Odessa... Cientos de mujeres son detenidas en una noche y a veces deportadas, como medida administrativa, al norte o a Siberia. Estas mujeres caen allá bajo la acción de administradores y de policías. La crisis de los alojamientos y la represión de los proxenetas hacen de la prostitución en las grandes ciudades una cosa a la vez infame y repugnante. Las muchachas llevan a sus clientes a los rincones de los patios sin luz, a las iglesias en demolición, a los corredores, a los jardines abandonados y a las pocilgas. Los vigilantes de noche han sido condenados por haber alquilado por hora los canceles de las puertas de los grandes almacenes. Los establecimientos de baños son muchas veces sus refugios. Se ve a los chóferes de sindicatos reclutar por las noches en sus carros a la pareja que encuentren.

La prensa soviética suprime, por orden, en 1928-1929, el título de los hechos diversos; se ha restablecido recientemente el que los periódicos mencionen sólo un robo cada semana para subrayar la prontitud con la cual los culpables han sido capturados. Pero en el tiempo en que la *Krasnaya Vechernnaya Gazeta* (Gaceta Roja de la Noche), de Leningrado, publicaba, entre otros, los suicidios (se contaban entre 12 y 15 diarios), las mujeres jóvenes eran numerosas en esta horrible estadística; usaban voluntariamente el veronal, que no era por entonces difícil de conseguir. No tenemos ninguna razón para admitir que los suicidios son menos numerosos hoy día. La miseria, que lleva a las mujeres jóvenes al suicidio, arroja, por otra parte, a un gran número a hacer la vida licenciosa de la calle. Extremadamente miserable, batida por la milicia y por los Comités de Cooperativas de Alojamientos, la prostitución termina necesariamente por aproximarse al hampa, muy numerosa, formada por ladrones, estafadores, bandidos, rufianes... Se le aplican, si no las mismas leyes, por lo menos los mismos rigores. Los deportados me han contado las ejecuciones llevadas a cabo, por decisión administrativa, de prostitutas incorregibles, asimiladas a las reincidentes, sus compañeras de los bajos fondos.

Existen en Moscú (y quizá en otras partes) uno o varios establecimientos modernos de reeducación. He leído una descripción hecha por la señora Margarita Nelken, diputado a las Cortes españolas. Esta señora ha visto a muchachas habitar libremente la buena Casa, hacer estudios y ganar hasta 300 rublos por mes. Yo encontré, por esta época, obreras que luchaban duramente por obtener la mitad de esta suma y que soñaban en obtener por protección un par de zapatos de caucho del almacén de la Guepeú. No comprendían que era necesario comenzar por prostituirse para obtener el acceso a una Casa donde podrían ganarse la vida. Yo admito, no obstante, que hay alguna verdad en los establecimientos modelo que han hecho visitar a los turistas; pero ¡qué poco lugar tienen en la vida!

Mientras que la gran mayoría de las jóvenes trabajadoras no ganen, trabajando, lo suficiente para vestirse, alimentarse y alojarse, porque no sólo se trata de tener trabajo, sino de poder vivir, el mal quedará sin remedio. Si, a pesar de todo, la prostitución ha sido en la URSS, en el curso de los últimos años, mucho menos importante que en la mayor parte de los otros países civilizados, significa que es más ventajoso y más fácil entregarse a la pequeña especulación sobre los mercados o robar en el taller, que ir a la calle. La demanda había disminuido, por otra parte, como consecuencia de la indigencia general y, probablemente, en los años de hambruna, por la depresión fisiológica. Estas causas temporales no significan, como se ve, un mejoramiento de la condición de la mujer. Para el hombre que cuenta con medios, nada es más fácil que comprar la mujer, aún fuera de la prostitución calificada.[5]

La libertad del aborto, conquista capital de la revolución, no existe desde el verano de 1935. Antes, ciertas circulares la habían estrangulado suavemente. En lo sucesivo, el aborto no es permitido sino por razones médicas, y castigado con reproche y multa para la paciente y prisión para el operador. La ley acuerda, al mismo tiempo, una prima para las familias numerosas.[6] Se ve muy bien el porqué de las razones de esta política de la natalidad, basada sobre los cálculos de expertos militares que dirán, frunciendo el ceño, cuántos millones de vidas deben ser sacrificadas en dos años de guerra. El regreso a la maternidad obligatoria en una época de indigencia no significa sino una enorme agravación para la condición de la mujer. Otra es la cuestión de su derecho y de su dignidad: el socialismo parece llamarnos para hacer triunfar la maternidad consciente, no la impuesta. Desde el año pasado, cuando los médicos recibieron la orden de no aconsejar el aborto y rechazarlo, la clientela clandestina aumentó y el precio del aborto médico dobló su valor, de manera que resulta un acrecentamiento de peligros inmediatos, de sufrimientos, de gastos y de esclavitud para las mujeres más pobres y sólo para ellas...

La nueva legislación ha sido justificada con argumentos que tienen el cariz de bromas amargas. ¿No tenemos nosotros la vida libre y feliz? Nada de desocupación, todas las carreras abiertas para la mujer. ¿Cómo pueden rechazar ellas las alegrías de la maternidad? Yo he podido leer una cantidad de estas cosas en toda la prensa soviética (que no publica ya los suicidios). Los médicos han demostrado lo nocivo de los abortos. Viejas siervas reporteadas han contado su felicidad por haber tenido 16 hijos, felicidad superada hoy día por vivir bajo la tutela del *Jefe bien amado*. Nadie ha preguntado nada sobre el salario de la obrera y sobre la condición del niño. Otras disposiciones legales, tomadas al mismo tiempo, multan el divorcio, «a fin de reforzar la familia», en 50 rublos para el primero, 150 para el segundo, 300 para los siguientes. La facilidad absoluta del divorcio iba muy frecuentemente contra la mujer, sin duda; pero ¿se imaginan hacer bien al unir por medio de la multa a las parejas que no se hallan de acuerdo? Esperamos ver al legislador volver sobre una gran reforma obtenida en los primeros años de la revolución: el reconocimiento legal de la unión libre con el mismo título que el matrimonio.

5. Ésta existe también, bajo formas especiales, vigiladas y organizadas en los grandes hoteles reservados a los extranjeros.

6. El estímulo a las familias numerosas se traduce en abonos de 2.000 rublos anuales durante cinco años, por cada hijo a partir del sexto, y 5.000 durante un año por cada hijo a partir del undécimo, y después a 3.000 anualmente durante cuatro años. Estas medidas de sostenimiento, muy serias, entraron inmediatamente en vigor. (Ley, junio 27-36).

La investigación sobre la paternidad, la pensión obligatoria que debe dar el padre por cada hijo y cuya cantidad es fijada por los tribunales, los permisos por embarazo y lactancia pagados (llevados recientemente de 42 a 56 días antes y después del parto), la libertad anticonceptiva, el reconocimiento de la unión libre, la libertad del divorcio, la libertad del aborto, la igualdad de los derechos, tales eran para la mujer las adquisiciones de la revolución proletaria. Se ha visto cuán menoscabados están esos derechos, y lo están tanto más cuanto que la condición económica de la mujer y el lugar que las costumbres y la fisiología le asignan en la vida están todavía lejos de asegurarle una igualdad real.

La diferenciación social nos obliga a distinguir muchas condiciones en las mujeres soviéticas. Las capas superiores de la sociedad, particularmente numerosas en los centros, forman el tipo de la dama elegante y ociosa que se preocupa de las modas, los teatros, los conciertos y que se desespera por no poder procurarse los discos de los bailes extranjeros más modernos. Se broncea en las playas de Crimea o del Cáucaso.

Yo he escuchado a las elegantes alabar, en los salones literarios, el entusiasmo de los mineros del Donietz y la sabiduría política del Jefe. Yo he visto pasar a otras, obesas y vestidas de sedas, alegres, del brazo de oficiales aviadores, al lado de criaturas muertas de hambre que gemían suavemente, tendidas sobre el lodo. Las moscas que se posaban sobre sus párpados y sus labios las atormentaban. Las damas volvían la cabeza. Esto no era sino el resto de los pequeños cosacos o kirguises.

Debajo de esta aristocracia femenina se sitúa la mujer hacendosa de condición media, necesitada, como en cualquier otra parte. Más bajo todavía y ésta es la mayoría: la mujer del pueblo, obrera o campesina, que prepara la lejía, va buscar el agua a la fuente o al río (en el invierno, en los huecos abiertos en la nieve), cuida a los animales, educa a la muchachada, recibe al hombre ebrio al fin de la semana, hace cola delante de los almacenes, compra algunos metros de satén para revenderlos, y gracias a este brillante negocio calza a su segundo hijo. Los literatos extranjeros de viaje no vienen a interrogarla. Afeada y envejecida a los 35 años, se entrega a la bebida. Se la escucha entonces, en los días de la fiesta de la revolución, cantar con una voz discordante viejas canciones populares.

Pasados los 50 años, se amarra sobre la cabeza un pañuelo de algodón pintarrajeado o negro (según la tradición religiosa) y, de tiempo en tiempo, camina kilómetros, en chancletas, en el polvo, en el lodo o en la nieve, para ir a arrodillarse a la única iglesia que no está cerrada y que se encuentra siempre muy alejada, terriblemente alejada.

Las adquisiciones de la revolución, en cuanto a las costumbres se refiere, serían inmensas si la pobreza y la falta de libertad no las comprometiesen. Para la mujer como para su compañero, todo el problema se reduce a estas dos proposiciones: ajuste de los salarios, restitución de los derechos.

IV
La juventud

En poco menos de 20 años, varias generaciones de niños abandonados se han perdido en los bajos fondos. En primer lugar, la menos numerosa, es la de la guerra civil; enseguida, la de la gran hambruna del Volga, por los años 1922-1923, estimada en varios millones. Más tarde, la de la colectivización. Millones de agricultores fueron desposeídos y deportados: esto significa millones de niños destinados a perecer o a vagar. Yo los he visto vivir en Leningrado y en Moscú, en las alcantarillas, en los quioscos de avisos, en las cuevas de los cementerios, donde tranquilamente se consideraban los dueños. Sostenían conferencias de noche en los urinarios, viajaban sobre los techos de los vagones o en los bogues de éstos. Salían de allí, burlones, negros de hollín, para pedir a los viajeros algunos centavos y acechar la ocasión de escamotear una maleta. Se les veía a pie, sobre largos caminos, acurrucados en el fondo de los vagones para el transporte de animales, bajo la paja caliente y hedionda, escondidos entre las cajas que robaban. En la primavera descendían de las grandes ciudades hacia las regiones cálidas. Se les rechazaba, pero ellos insistían. Ni Dickens ni Jack London han escrito nada comparable a sus turbulentas existencias. La selección natural, ayudada por la represión, eliminaba a muchos. Los que tenían suerte se instalaban como limpiadores de botas en los

balnearios. ¿Se imaginaban ellos, al oír los chistes de los altos funcionarios y de sus mujeres, que asistían a la fundación de una sociedad sin clases? Entrado el otoño regresaban a las capitales a vender fósforos, cigarrillos, aun cocaína, estableciéndose en las puertas de los almacenes, donde se sentía calor, con la apariencia de prestar servicios al cliente abriéndole la puerta, mientras esperaban la oportunidad. Se reunían para dormir en las cubas todavía calientes de alquitrán, que habían servido para las refracciones del pavimento. Pequeñas cabezas desgreñadas, piojosas, llenas de una inteligencia sagaz, aparecían en círculo, y el transeúnte podía sorprender conversaciones enigmáticas, en su dialecto especial, mezcladas con infames juramentos. Más de un golpe seco (sin efusión de sangre) —¿comprende usted?— se meditaba allí. He visto a otros morir de hambre en los escombros de las iglesias demolidas, en los jardines públicos. No se podía hacer nada. Las Casas para Niños los rechazaban, y poco había allí para su alimentación. Preferían morir en libertad. Las autoridades ordenaban continuas batidas. Pero ¿dónde resguardarlos? «Entonces qué —les decían a los milicianos—, ¿no se puede robar, no se puede revender los cigarrillos, no se puede dormir sobre un banco? ¿No se puede dormir? ¿No somos seres humanos?». Yo he escuchado estas observaciones, a las que no ha habido respuesta alguna.

La mayor parte, naturalmente, se convierte en criminales, y se les trata entonces como a tales y no como a muchachos vagabundos. Campos de concentración, bosques del norte, excavaciones de los canales, prisiones, evasiones, ejecuciones, sumarios de reincidentes, final sin comentario de los jóvenes hambrientos que tiritan de frío durante el transporte interminable en un vagón helado. Yo he conocido a algunos que caían en buenos lugares y bajo un jefe humano y no animal (existen más de lo que se puede creer) y se convertían en hombres, resistentes a la faena y más desenvueltos

que cualquier otro hombre. He encontrado a profesores, un poeta y obreros cualificados que eran antiguos claudicantes. Habían encontrado el *Camino de la vida*, como en la película de este nombre, una buena película, verídica a su manera. Un día hablábamos en la calle, al borde de una acera. Los transeúntes iban y venían en la claridad gris de la caída de la tarde. Un ebrio yacía a algunos pasos de la acera, sobre la nieve. Dos pequeños de alrededor de 12 años se le acercaron, le sacaron instantáneamente los zapatos, con una ligereza de monos, y se mezclaron con la gente. ¡Qué astutos!

Aquellos que tenían cuatro o cinco años al comienzo de la colectivización, y que han sobrevivido, alcanzan sus 12 años, y éstos deben constituir un corto número. La miseria, por otro lado, arroja sobre el asfalto y caminos su contingente anual. Esto no ha terminado.

Por encima de la juventud abandonada, se sitúa en jerarquía social la juventud laboriosa de las ciudades y de los campos. Ella es, a despecho de todo, vigorosa, alerta, llena de un ansioso deseo de vivir, inculta, gorda, luchadora, inclinada a la bebida, muy práctica, no muy idealista, resistente a la fatiga y al hambre, hábil para todos los deportes, muy corta de entendimiento y muy segura de sí misma. Ingresa en las juventudes comunistas porque es necesario para obtener mejor trabajo o realizar sus estudios más fácilmente. Se arroja en masa hacia todas las ramas de la técnica y del saber. Las relaciones entre los sexos son simples, y más bien sanas, a pesar de la brutalidad frecuentemente afectada del varón, el falso desprecio de los prejuicios de la pequeña burguesía, y la real libertad sexual. La coeducación en todos los grados rinde buenos resultados. Se buscan, se aman, y la proporción de las uniones felices no es ciertamente inferior a la de cualquiera otra parte. La virginidad ha perdido una parte de su precio sin que los celos hayan disminuido sensiblemente. Esta juventud, pobre, está absorbida en la lucha

por la vida. Después que escapa del hambre, sueña en vestirse, la coquetería toma sus derechos, y, como los privilegiados dan el ejemplo, se esfuerzan ingenuamente en imitar la maneras de vestir y las costumbres de Occidente. Un periódico de modas francesas o alemanas viaja por toda la ciudad, pasando de mano en mano, y es duramente disputado. (Estos periódicos fueron prohibidos durante muchos años; no sé si actualmente son autorizados desde que se permiten los bailes igualmente prohibidos no hace mucho, y desde que se han abierto en Moscú salones de ensayos).

La mayor parte de la juventud de las ciudades hace sus estudios beneficiándose de la ayuda que proporciona el Estado: bolsas, subsidios, alojamientos comunes. Los estudiantes viven alegremente dentro de una pobreza muchas veces lastimosa, en dormitorios sucios y con ladrillos rotos, amueblados con muebles deteriorados de madera húmeda. Tengo, sin embargo, la impresión de que en los lugares alejados del centro su condición mejora; los alojamientos comunes casi agradables y bien acondicionados se encuentran más frecuentemente. Existen dos clases de establecimientos de enseñanza superior: los del Partido y los otros. Los primeros, los más privilegiados, forman a los funcionarios comunistas. Las depuraciones, periódicas o permanentes, hacen allí sombrías supresiones. El acceso a los otros establecimientos es relativamente fácil, pero los estudios superiores, necesitando de gastos y de protecciones —porque es necesario conseguir el envío a una ciudad universitaria por las autoridades comunistas— no son en realidad accesibles más que a los hijos de privilegiados, más un contingente de estudiantes tomado entre los trabajadores para los servicios del Partido. La mayor parte de los jóvenes deben contentarse con estudios profesionales del grado inferior o medio. Se ha establecido el empleo de estudios dirigidos, lo que provoca como consecuencia muchos descontentos.

Tal ciudad, tal escuela, suministran, poco más o menos, exclusivamente mecánicos, agrónomos y veterinarios: si usted no produce buena impresión, no podrá elegir. Después de los estudios dirigidos, la colocación administrativa: usted ha seguido, por la fuerza de las cosas, un curso técnico de agronomía. Obtenido el certificado de agrónomo, es enviado, sin que se tomen la molestia de consultarle, a cualquier koljós alejado, a cien kilómetros de distancia del ferrocarril, y por varios años. Terminará por dejar aquel lugar, pero sólo gracias a la tenacidad y a la habilidad y solamente después de un tiempo. El joven comunista logrará, más pronto que cualquier otro, establecerse en una ciudad mediana que tenga baños y cine. Sobre todo si sabe adular y servir a las autoridades.

En los medios intelectuales, propiamente hablando, de las capitales, se presenta el drama de la juventud no conformista. Por muy poco sospechoso que sea el estudiante, no se le permitirá terminar sus estudios. He conocido a médicos, físicos, ingenieros quienes año tras año multiplicaban las diligencias y los trabajos, sin obtener ser admitidos a rendir el examen final que da derecho al diploma. A uno se le respondía: «Renueve usted un contrato de un año en un koljós, dé pruebas de buen espíritu, y después veremos...» Al otro no se le respondía nada.

Esta juventud no tiene, en consecuencia, ningún medio de expresión, ninguna actividad moral.

Las juventudes comunistas (el Komsomol) vieron que en 1936 les era retirada la débil apariencia de actividad política que conservaban por fórmula.

Algún día los archivos de la Guepeú (policía secreta de Stalin que luego seria la KGB) suministrarán luces sobre sus estados de alma. Se dividen en varios centros profundamente diferentes bajo apariencias bastante uniformes. Una importante e influyente minoría de jóvenes comunistas, hábilmente

trabajada por la máquina burocrática, investida de cierta autoridad, mejor vestida, alojada y alimentada que los otros jóvenes, profesa la fe de la ideología oficial. Imbuida del nuevo patriotismo, ejecuta con celo todas las consignas, vive de ideas simplistas y de textos aprobados. «Entre nosotros reina el socialismo; entre ellos, en el mundo capitalista, el terror, la crisis, la explotación. Nuestro ejército es el más fuerte del mundo», etcétera. Practica con ardor el culto del jefe. Constituye los cuadros subalternos del ejército. Más numerosa, la juventud de la clase media se adapta pasivamente a ésta, imita su manera de hablar pero con una indiferencia natural bien marcada. En conjunto no se interesa sino por la técnica y por las carreras profesionales. La política, asfixiante por su sentido único, la subleva, la fastidia, pero no la engaña ni la revoluciona (vista la inutilidad de las revueltas). Aprende temprano a mostrarse prudente en sus reflexiones, aplicada en sus estudios, celosa, tanto como sea necesario serlo, en la ejecución de las consignas, y a guardar, bien en secreto, lo que concierne a ella. Jóvenes comunistas y jóvenes sin partido unen a una ausencia notoria de personalidad —que observadores superficiales han tomado como en sentido colectivo— un individualismo implacable. El estudiante komsomol, que les sorprenderá por su incapacidad simulada o real de pensar de manera distinta a los editoriales del *Pravda,* atropellará, al detenerse el tranvía, a una mujer encinta para pasar primero, sostendrá una lucha tenebrosa de intrigas, malos manejos y delaciones para obtener una habitación, y pasará por el cuerpo de un compañero para lograr ser enviado a Moscú.

Más primitiva, manteniendo aún antiguas tradiciones, buenas o malas, como los cantos, los bailes, los cortejos a las jóvenes, la solidaridad familiar y local, las borracheras colectivas, los escándalos de calle en calle de barrio en barrio, la juventud más pobre y más numerosa me parece la más simpática, la menos deformada por el régimen burocrático. ¡Cuántos hermosos muchachos, cuántas deslumbrantes niñas, con facciones un poco gruesas, de naturaleza singularmente inculta en el sentido intelectual de la palabra y, no obstante, fina y rica, sufrida y pródiga! La coeducación y la igualdad moral de los sexos, lo mismo que el esfuerzo de entrenamiento de las jóvenes para los deportes en vista de una preparación militar, virilizan la camaradería y a veces perfilan a las nuevas parejas, que terminan por vivir juntos. Como antípoda de esta juventud popular se sitúa en las capitales una bohemia y una inteligencia descompuesta, en la cual florecen todas las desvergüenzas.

La juventud entera evoluciona hacia un realismo extractado, ansiosa de técnica, sedienta de bienestar, flexible en la adaptación, resistente al sufrimiento y al hambre. La palabra *americanismo* es la que mejor explica su espíritu. Poco de ideas generales, nada de ética formulada, nada de idealismo consciente, aversión por la política. Igualmente entre los komsomoles se evitan de continuo los temas referentes a la política, menos por temor que por fastidio. ¡Es tan vana y tan vacía! Se vive sobre nociones elementales, muchas veces de índole muy pobre. El joven a quien se le explicara que 20 diarios de opiniones diferentes aparecen al mismo tiempo en París no comprendería, aun cuando consintiera en creer. «Pero ¿cómo puede ser posible?», preguntaría, completamente desorientado.

Todos los deseos fermentan, no obstante, en esta magnífica pasta humana. La policía la depura incansablemente. Los menores de 30 años están en mayoría en todos los lugares de detención. He aquí algunos hechos episódicos llegados por azar a mi conocimiento.

En los años de 1926, 1928 y 1929 un curioso movimiento juvenil nació en las ciudades universitarias. Comunistas y sin partido se reunían para formar grupos de estudios socialistas apolíticos. No se ocultaban, desde que

pensaban que no cometían un crimen. Editaron en Moscú y en Jarkov una revista manuscrita: *La Lucha.* La Guepeú dio el aviso sin demora. Todos fueron arrestados e internados y los cabecillas, enviados a rincones de donde no regresaron jamás. Por la misma época fue destruido un movimiento scoutista. La juventud judía sufrió por largo tiempo una represión que se renovaba de temporada en temporada. Una juventud socialista que se formó en el comienzo de la colectivización, en Moscú y en Leningrado, fue, toda entera, arrojada en prisión. Los jóvenes trotskistas dan hoy día el carácter a la oposición comunista en los retirados campos de concentración.

V
Campesinos. Artesanos. Administradores. Creyentes

Los campesinos

Hay koljoses[7] ricos y los hay también pobres. En el seno mismo de los koljoses, la repartición del trabajo y de los beneficios es en extremo desigual. Los administradores y el círculo de *activistas* que los rodean son los que se benefician primero. También hay labradores pobres, ricos y medianos. Esto es según la parcela, las relaciones con los dirigentes, el número de trabajadores y las bocas que hay en la familia. El bienestar del koljós depende de la tierra, de los medios de comunicación y, sobre todo, de las autoridades que hacen la distribución. En las regiones alejadas de las vías férreas se consume mucho en el lugar y se vive mejor, pero sin periódicos y sin artículos manufacturados. En ciertas regiones fronterizas, la población, cuidadosamente depurada, goza de un tratamiento de favor. En las regiones provistas de vía férrea, el comercio *estatizado* ofrece a los campesinos vitrolas, bicicletas, polvos de arroz, dentífricos, medias de seda e incluso se ha visto comprar pianos... Compran todo lo que se les ofrece, y la prensa hace gran hincapié de estos signos de enriquecimiento. Como de costumbre, la verdad es un

7. Explotaciones agrícolas colectivas. La mayor parte de los labradores se organizan en cooperativas agrícolas vigiladas muy de cerca por el Partido y por el Estado.

poco diferente: los labradores compran todo lo que pueden para no conservar un papel moneda del cual tienen razones para no confiar. En lugar de vitrolas, prefieren zapatos; en lugar de artículos de lujo, telas ordinarias de algodón, pero no las encuentran en el mercado, porque los artículos de primera necesidad son fabricados en cantidades insuficientes. Para restringir la capacidad de compra del campesino, lo obligan a vender al Estado sus reservas de grano (un Estado que les paga el trigo cinco o siete veces menos que el precio a que le vende a él el pan), inventando el sistema de saldos de trigo.

Un comprador no es atendido en un almacén sino cuando al pagar demuestra que ha entregado al Estado tanta cantidad de trigo correspondiente a tal cantidad. Se le permite hacer compras en relación con esta suma. Estas entregas, naturalmente, se convierten en objeto de especulación.

La inmensa mayoría de los campesinos vive más pobremente que antes de la colectivización, es decir, en conjunto, en un nivel inferior al de antes de la guerra. En 1925-1926, lo que ganaba en la nacionalización del suelo lo perdía en parte por la carestía de los artículos manufacturados. Pero después de haber conocido el terror y la hambruna, y pasado por crisis de revueltas y de desesperación, poco a poco los campesinos recuperaron su tranquilidad espiritual, sobre todo desde que se les deja alimentarse. En 1933-1934 deseaban comúnmente la guerra para obtener armas y obtener el porvenir. No ocultaban este sentimiento. En 1935, este deseo ha sido sustituido por el temor a la guerra.

La facultad de los campesinos para trasladarse es todavía menor que la de los obreros. El sistema de pasaportes interiores no les permite establecerse en la ciudad. Antes de venderles un boleto de ferrocarril en una estación, se les exige la presentación de un documento del koljós autorizando su viaje sin perjuicio del pasaporte, exigido en todas

las circunstancias. Es verdad que se viaja a pie y que una multitud de pequeñas complicidades facilita la existencia en la campiña más que en la ciudad.

En conjunto, los campesinos que he conocido no me han parecido reaccionarios, en el antiguo sentido de la palabra. Nadie siente la desaparición del antiguo régimen, y nadie deseará su regreso; pero se es hostil a fondo contra la burocracia local y central. Los funcionarios locales perecen con bastante frecuencia en accidentes de automóviles, siendo poca la gente que se hace ilusiones sobre esto. Otros de menor importancia se hacen estropear la cara en rincones oscuros. Dudo de que el espíritu de propiedad individual esté arraigado profundamente entre el campesino ruso, por lo menos en lo que se refiere a la tierra; son fácilmente comprendidas las ventajas del gran cultivo colectivo. Los campesinos desearían un «verdadero régimen soviético» que les devolviera sus derechos y que los dejara organizarse a su propia voluntad.

El año de 1936 ha visto cumplirse, en el Cáucaso septentrional, en Asia Central y en diversos puntos de la URSS, una reforma singular.

Los sovjoses —explotaciones agrícolas del Estado, en las cuales los labradores no eran sino asalariados—, grandes cultivos de cereales alrededor de los cuales se hizo, no hace mucho, una ruidosa propaganda, han sido liquidados en gran número y distribuidos sus campos a los koljoses, es decir, a las colectividades campesinas.

Los artesanos

Estimulados por largo tiempo en el comienzo, porque sus industrias suministraban al consumo un gran número de artículos que el Estado no producía o que no lo hacía en cantidad suficiente, los artesanos han sido obligados por la

presión fiscal a ingresar en los *arteles* o asociaciones cooperativas controladas por el Partido. El problema se resolvía de forma simple. Se confiscaba, sin ninguna forma de proceso, el pequeño haber de un pequeño relojero, diciéndole: «Vaya usted a trabajar al artel» (1931-1932). Se triplican, sin razón, el montón de los impuestos exigidos a un modesto zapatero. Como consecuencia, tenía que cerrar su tienda e ir a solicitar su enganche en el artel.

El artel hace trabajar al artesano ocho horas por día, por un salario inferior a lo que puede ganar independientemente. Le hace pagar una cuota de cooperador, elevada frecuentemente (algunos cientos de rublos), y le impone también los empréstitos del Estado. El artesano se encuentra así privado de su libertad, explotado, frustrado; y, como consecuencia, trabaja mal. Todos saben que, si los arteles trabajan a precio bajo, su producción estará por debajo de lo mediocre. No se escapan, como excepción a esta regla, sino los que, establecidos sobre bases comerciales, se convierten en negocios pasables y en empresas ilícitas para sus miembros. Vaya a casa del artesano por la noche; lo encontrará trabajando clandestinamente para su clientela particular, y trabajando honestamente.

El artel se convierte en lugar de múltiples combinaciones; solicita y obtiene créditos o subsidios, se entrega a tráficos medio o completamente ilícitos. Su contabilidad es siempre falsa. De tiempo en tiempo, quiebra o se fusiona con otros arteles, con el fin de no pagar las deudas o reembolsar los créditos obtenidos. Sigue una nueva reorganización que siempre es sólo un cambio de título. Los administradores van a prisión, como todo el mundo; pero con frecuencia se desenvuelven bien, ya que pertenecen al Partido y se han hecho relaciones útiles. No hay vida sin peligro, ¿no es cierto? En resumen, la combinación existe por todas partes.

Los negocios

Llegamos aquí al singular dominio del *blatl,* palabra del argot ruso que significa *combinación* o *sistema.*

De la base a la cumbre de la economía, reina la combinación. Jefes de trusts, directores de bancos o de fábricas, administradores de comercio estatizado, administradores de koljoses o de arteles, gerentes de almacenes, empleados, recurren a ella diariamente. Todo el rodaje de la colosal máquina es así de aceitado. Su papel es tan grande como el del Plan, porque sin ella el plan no se realizaría jamás. La combinación, con sus múltiples resortes, suple la insuficiencia de los salarios, la deficiencia de las estadísticas, la incuria administrativa, la falta de inteligencia burocrática; acumula los milagros. Un director de zapatería recibe, conforme al Plan, un bono por una tonelada de cuero que será entregada por la tenería vecina en el mes de febrero. La tenería, conforme a las directivas que tiene, le contestará que se halla en la imposibilidad de entregar esas materias primas antes de marzo. Por consiguiente, el plan de producción de la zapatería se viene por tierra; pero nuestro director no se desalienta y espera. «Veamos, mi viejo —dirá a su colega de la tenería—, no es a mí a quien vas a darle ese golpe». «Seguramente que no; no hay más que entenderse. Servicio por servicio, ¿eh? Los curtidores no tienen calzado, querido compañero. ¿No tendría usted 500 pares para mí, en la quincena?» Finalmente, los curtidores serán calzados, peor, sin duda, que el director de la fábrica y su familia, a la que todo el pueblo admirará sus botines; y la zapatería ejecutará su plan, lo que representará, a sus dirigentes, primas, banquetes, etcétera. Se notará evidentemente, cuando se trate de transportar las materias primas de una fábrica a otra, que no hay ni vagones ni camiones disponibles por razones completamente perentorias; pero aquí también intervendrá

la benévola combinación. Los empleados de ferrocarriles y los chóferes encontrarán, asimismo, su recompensa.

Los creyentes

Una campaña de descristianización, oficialmente terminada en 1935, ocasionó la destrucción de la mayor parte de las iglesias y, entre ellas, de numerosos monumentos históricos.

Una comisión presidida por el académico Luppol había clasificado, antes de entregarlos al pico demoledor, la mayor parte de los monumentos que tenía encargo de conservar. En el mismo Moscú, iglesias que eran antiguas obras de arte han desaparecido. En el periodo fuerte de las persecuciones y las demoliciones, ante el estupor que despertó en el extranjero, las autoridades exigieron del clero moscovita una declaración pública afirmando que gozaban de una entera libertad y que, si se cerraban los lugares destinados al culto, era porque se desinteresaban de ellos los creyentes. Los frailes firmaron naturalmente todo lo que se deseó y el documento fue publicado.

En el Kremlin, los monasterios Voznesenski y Chudov, que databan del siglo XIV, y la catedral Voznessenskaya, de cinco cúpulas doradas, edificada en 1519 y reconstruida en 1721, han cedido el sitio a un cuartel de lo más confortable, cuya fachada se eleva por encima de la Plaza Roja. En Orenburgo, adonde yo fui deportado hasta 1936, había una quincena de iglesias; tres de ellas databan de la fundación de la ciudad, al principio del siglo XVIII, y el recuerdo de la rebelión de Pugachev se unía a su historia. Todas, salvo una, sin interés histórico o artístico, han sido demolidas.

Pero regresemos a Moscú. Los demoledores, que se creían urbanistas porque preferían una plaza o un lecho de asfalto a

una obra maestra, hicieron demoler por la misma época la admirable torre Sujareva, alto campanario rojo edificado en tiempos de Pedro I, y que era una de las bellezas arquitectónicas de la ciudad. La responsabilidad de este vandalismo incumbe exclusivamente al régimen burocrático, porque está de más decir que, si la población hubiese tenido la menor posibilidad de hacerse escuchar, no hubiera permitido ni la persecución de los creyentes, que constituía un abuso irritante y una falta política, ni la destrucción de una parte tan importante del patrimonio histórico.

La persecución antirreligiosa coincide con la colectivización y no fue más que una derivación del general descontento de aquella época.

Las fiestas religiosas fueron prohibidas cuando, por entonces, la penuria hacía imposible todo consumo; desde que la penuria empieza a atenuarse, la prohibición cae en desuso, y se ve en las mismas autoridades recomendar la instalación de árboles de Navidad.

La vida religiosa me parecía más rechazada que combatida. Si usted llega a una ciudad, encontrará que no queda de las iglesias más que montones de ladrillos. Se dirá que el Soviet decidió ejecutar esas demoliciones por súplica unánime de los obreros. Todo el mundo sabe cómo se vota en los talleres este tipo de resoluciones; se vota, no importa lo que sea, no pudiendo hacerlo de otra manera y ansiando regresar a casa.

Se agregará que los creyentes no han hecho objeción alguna. Pero hay que dudar de ello. Han rechazado renovar el contrato de alquiler de los edificios de culto. Ha sido necesario para ello quintuplicar el valor del alquiler. La Asociación Libre de los Sin Dios cuenta con 15.000 miembros cotizantes. El turista bien intencionado toma nota de estos resultados y medita sobre el fin de las antiguas creencias. Él no oye, en la calle helada, murmurar a las mujeres ante la

presencia de un entierro, que «hoy día se conoce lo que un hombre vale: menos que un perro que se tira a potrero». Tenga paciencia y observe. Sabrá que los miembros de la sociedad ateísta son reclutados nominalmente en las empresas y que se limitan a pagar una cotización sin ser jamás invitados a ningún acto; y que muchos son creyentes que encuentran juicioso el no hacerse públicos.

Entre en la confianza de la gente: verá que celebran todas las fiestas religiosas. Se informará de que hay, asimismo, en la comarca, una pequeña iglesia que permanece abierta, discreta y quizá olvidada, y adonde acuden desde 50 kilómetros a la redonda; que en ella se celebran misas colectivas para todos los muertos de un trimestre, piadosamente enumerados; que está llena en la Pascua, porque toda la región desfila por ella; que tal joven comunista se ha casado por la Iglesia; que las sectas viven encerradas dentro de la familia, acostumbradas a la persecución desde hace muchos años.

La juventud de las ciudades parecía, sin embargo, incrédula. Pero, tal es su necesidad de vida intelectual y espiritual, que está visiblemente lista a acoger con una inmensa receptividad toda enseñanza; de manera que el regreso a una cierta tolerancia religiosa, sobre todo en presencia de la prohibición de toda propaganda socialista activa, tendrá por efecto llevarla en gran parte a las iglesias y a las sectas.

Los místicos son tratados como contrarrevolucionarios, arrestados e internados o deportados. He podido conocer en Leningrado, en los medios intelectuales, muchos asuntos de este género.

La diferenciación social

La estadística oficial, lejos de suministrarnos cifras sobre este punto capital, parece que trata de ocultarlas.

Clasifica al Comisario del Pueblo y al director de una fábrica bajo el título de empleados, y en la misma forma al sirviente de una oficina. No hace distinción entre el presidente del koljós y el miembro más desheredado de la comunidad campesina; el estajanovista y el mal obrero son para ella simples obreros; la doméstica es una obrera o desaparece en el título de *diversos*.

Nosotros situaremos la cuestión en estos términos: ¿qué parte de la población goza de un modesto bienestar definido, con respecto a la satisfacción de todas las necesidades: buena alimentación, buen vestido, buen alojamiento? Porque es evidente que esta parte de la población es la única interesada en el mantenimiento del régimen.

Ella comprende: los cuadros del Estado, los del sindicato, los del Partido (todo esto es uno, ya que el Partido forma todos los cuadros); los cuadros y el personal de la policía están comprendidos con sus tropas especiales; los cuadros de la industria y el comercio, formados por administradores comunistas y especialistas, o técnicos sin partido; los cuadros de la enseñanza, excepción hecha de los maestros cuya condición es todavía precaria; los médicos, los juristas, los artistas, los escritores; los cuadros del ejército y de la marina; los cuadros de los koljoses, administradores y organizadores comunistas, o sea, por lo menos un millón de hombres para 250.000 koljoses. La aristocracia obrera.

Todos estos datos me habían llevado a estimar en cerca de 10 millones de elementos favorecidos, cifra que debe doblarse teniendo en cuenta a las familias. Trotski la estima entre 10 y 12 millones, o sea, alrededor de 25 millones de almas con sus familias[8] y termina: «del 12 al 15% de la población, tal es la base auténtica de los medios dirigentes ab-

8. En *La revolución traicionada*, Santiago de Chile, Ercilla, 1937.

solutistas». El resto de la población, del 85 al 88%, vive en condiciones primitivas, en la penuria, la necesidad, la miseria, o goza de un bienestar ilícito y oculto, mezclado desde luego de inseguridad.

VI
Ciencias, literatura y pedagogía dirigidas

Las guerras sociales no pueden ser favorables para la investigación científica ni para la creación literaria. Ellas implican, en este sentido como en muchos otros, un sacrificio para el porvenir.

El enriquecimiento material y moral de la masa no se obtiene sino después de la victoria y de la cicatrización de las heridas.

La producción intelectual de Rusia fue, por consiguiente débil durante los años de lucha.

Obtenida la paz, desde 1922 renace la vida dentro del nuevo orden, con una alegría, un ímpetu y una variedad sorprendentes. La literatura soviética renació en dos o tres años, de 1921 a 1923, con nombres conocidos la víspera, renovados y engrandecidos: Serafímovich, Aleksis Tolstói, Mijaíl Prichvin, Lidin, Ehrenburg, Mariette Chaguinian, Zamíatin; y una multitud de nuevos nombres de jóvenes escritores llenos ya de experiencia y de energía: Boris Pilniak, Konstantín Fedin, Leónid Leónov, Vsevolod Ivánov, Fiódor Gladkov, Iuri Tyníanov, Mijaíl Zoschenko, Mijaíl Cholojiv, Nikolái Nikitin.

Un poco más tarde y en segundo plano aparecen Tarásov-Rodiónov, Lidia Seyfulina, Libedinski, Pavlenko, Tijónov.

Los poetas rinden, en pocos años, una obra magnífica: Esenin, Mayakovski, Pasternak, Selvinski, Tijónov, Mandelstam.

Se queda uno estupefacto cuando considera este brillante comienzo de la literatura soviética, al constatar la audacia y la franqueza del escritor bajo un régimen que salía apenas del terror.

Muchas obras de aquel tiempo no serían publicables hoy día y son retiradas de las bibliotecas o apenas toleradas. La libertad intelectual se extingue en todos los dominios con la victoria de la burocracia. Se abre un periodo de creciente esterilidad, de simple propaganda oficial, de aprobaciones rutinarias por las oficinas, como en otros tiempos y lugares por la Congregación; «literatura en uniforme», según la justa expresión de Max Eastman.

Sería fastidioso trazar las peripecias de esta sofocación progresiva. En 1929, dos buenos escritores de la joven generación fueron repentinamente denunciados por toda la prensa, gracias a una palabra de orden emanada del Comité Central, como enemigos públicos, uno por haber escrito sobre la vida en provincias, una novela de un realismo calificado de «pesimista y contrarrevolucionario» (Pilniak, *Bosque de las Islas)*; el otro, por haber publicado en traducción extranjera una obra condenada por la censura, porque significaba una fuerte sátira dirigida contra el estatismo burocrático (Zamíatin, *Nosotros).* Pilniak consintió en todas las concesiones deseables y rehizo su libro en sentido optimista. Zamíatin, que se mantuvo más firme, tuvo que expatriarse.

La joven generación se adapta sin vacilar, aunque Gorki, preguntado por un escritor de Leningrado sobre el punto de «si era el momento de hacerse deportar», respondió: «Me parece que sí». Nadie había leído las obras incriminadas, pero todo el mundo las condenaba. Hay siempre una hora en la que la opción salvadora entre la vileza y el

valor es posible. Fue en 1929 cuando los escritores soviéticos abdicaron de su dignidad.

Su decadencia había ya comenzado, esto es verdad, y siguió muchos años marcados por suicidios retumbantes: Serguéi Esenin, poeta lírico, abre la serie fúnebre; Andréi Sobol, prosista y revolucionario atormentado, le sigue; Mayakovski, poeta social y publicista, rico y cargado de honores, se destapa el cerebro algunos días después de haberse adherido, en literatura, a la línea general del Partido. Jóvenes, como Víktor Dmítriev, se van sin ruido. En el intermedio notamos que los escritores se han enriquecido.

El crear por encargo exige una tenacidad que contrasta con la ausencia de todo valor cívico y facultades de adaptación y de mimetismo poco comunes. Los escritores se refugian en los siglos pasados. Por lo menos allá están un poco más tranquilos. Debemos a esta evasión del presente algunas buenas novelas históricas (Chapyguin, *Stenka Razin;* Tyniánov, *La muerte de Vazir-Mujtar;* Aleksis Tolstói, *Pedro I).*

En abril de 1932 los burócratas miembros de las Asociaciones de Escritores Proletarios, que regentan brutalmente la literatura, se imponen. Una mañana y por los periódicos, se sabe que han sido suprimidos por decisión del Jefe. Todos los antiguos grupos literarios van a ser disueltos y refundidos, después de una depuración, en una nueva asociación de escritores soviéticos, dirigidos por su fracción comunista. La gente de letras, por lo tanto, se mostró dócil. Se les enroló, entusiastas, en las brigadas de choque y fueron enviados, a título de agitadores, a las fábricas y obligados a producir industrialmente obras sobre este plan. En estas circunstancias, habrían votado todas las penas de muerte que hubieran deseado hacerles votar, hecho en verso y prosa el elogio de los verdugos, parafraseando las requisitorias menos creíbles, gritando en la calle contra el Papa y la II Internacional, prometido en resoluciones so-

lemnes dar al régimen los «Dnieprostroy de la literatura» y «abatir y sobrepasar» a Tolstói y Dostoievski.

Habrían permitido hacer arrestar, sin decir una palabra, a todos los colegas que ellos quisieran haber detenido. Sufrían todas las censuras con una especie de resignación eufórica. ¡Y qué clase de censura! Traducciones mutiladas, biografías truncadas (la conversión de Rimbaud suprimida de la traducción rusa del libro de J. M. Carré, de manera que el caso Rimbaud se encuentra, en Rusia, fuertemente simplificado), obras enteramente condenadas.

La Librería de Escritores de Leningrado estuvo, bajo mi vista, a punto de ser reducida a la quiebra por la interdicción de publicar obras a punto de aparecer, y que anteriormente habían sido autorizadas por la censura: una novela sobre la Nueva Política Económica, de Wolf Ehrlich, si tengo buena memoria (esto era en 1930-1931).

Una novela de Roman Goul sobre el terrorismo revolucionario de otros tiempos: podía comunicar ideas inoportunas a la juventud. Una novela de Hélène Taguer: esta excelente escritora no estaba bien dentro de la línea, y, además de esto, era la viuda de un deportado. Los poemas de Kliuev: demasiado sentimiento ruso antiguo en ellos. La monografía de una bailarina... Pero ¿era éste el momento de bailar? La novela de Kuklin sobre el ejército rojo: deplorablemente realista porque se veía en ella a oficiales ebrios.

El director de las ediciones literarias de Moscú me había dicho, desde 1928, después de notificarme que debía abjurar: «¡Aunque produzca usted una obra maestra por año, no aparecerá una línea!». Enseguida, la traducción de mi novela *Hombres en la prisión,* compaginada y con la autorización de la censura para imprimir 10.000 ejemplares, fue destruida.

Ninguno de mis libros apareció en la URSS. Cuando, a finales de abril de 1936, pude dejar Rusia, la censura retuvo, con todos mis papeles y recuerdos personales, todos mis trabajos manuscritos, el fruto de años de labor encarnizada: un testimonio sobre los acontecimientos que se desarrollaron en Francia entre 1910 y 1913, una novela y varios poemas. Todo junto a pesar de la ilegalidad flagrante del procedimiento.[9]

La censura tiene varios grados. El sindicato de escritores tiene un fichero donde todo hombre de letras tiene su anotación política, la cual se toma en cuenta para la publicación, el tiraje y la reedición de sus libros.

Las redacciones escudriñan un libro antes de aceptarlo.

Las oficinas del Partido, consultadas en los casos dudosos, designan a veces funcionarios para revisar la obra con el autor. El manuscrito pasa enseguida a la Dirección de Letras, dependiente del Comisariado de Instrucción Pública, en realidad subordinado de la Policía. Recibe ahí la estampilla oficial. Hecho esto, es sometido a la censura propiamente dicha, igualmente subordinada a la Policía, la que da el último golpe de vista, no sin dejar de pedir, si tal es su buen deseo, diversas modificaciones.

Una vez publicada la obra, no termina allí todo. Pertenece a los servicios competentes recomendarla a las bibliotecas, lo que asegura instantáneamente una venta ilimitada, o declararla perniciosa entre los sueltos de la prensa, lo que puede hacerla retirar de la circulación. Las mismas obras, los mismos autores, pueden alternativamente y por razones políticas, ser declarados excelentes o detestables. El biógrafo de Marx, Riazánov, había sido consagrado gran hombre en

9. La emigración comunista italiana conoce bien a Gatto Mammone, viejo militante que desde hace muchos años habita en la URSS. Durante más de 20 años, Mammone había trabajado en una historia sobre el movimiento obrero de Europa. Al refugiarse en Rusia, tuvo el candor de llevarse todos sus manuscritos y documentos. *La censura soviética se lo robó todo.*

todas las publicaciones oficiales (y su mérito de sabio y de revolucionario es efectivamente muy grande); cuando se convirtió en díscolo fue puesto bajo reja. El jefe del Servicio de Cultura en el Comité Central, Steshki, lo denunció al instante en *Pravda* como una mediocridad sobrestimada... («Nosotros lo hemos tomado por un faro —escribía textualmente este granuja—, y no era más que una vela»).

Galina Serebriákova era una mujer de letras y comunista reputada, autora de obras muy apreciadas: *La juventud de Marx, Las mujeres de la Revolución Francesa.* Durante el transcurso de un mismo mes (agosto de 1936) pasó a ser, de valorada escritora a repudiada: fue encarcelada por sospechas de velada oposición y tratada por la oficiosa *Gaceta Literaria* de Moscú de contrarrevolucionaria y carente de todo talento.

En cambio, reputaciones casi mundiales son levantadas en algunos días por lo métodos publicitarios imitados de los trusts americanos. No hay más que ordenar a todas las secciones de la Internacional Comunista hacer traducir para sus librerías una obra de séptimo orden; toda la prensa comunista y las sociedades proclamarán los méritos durante un cierto tiempo, antes de que se advierta que se trata de una falsificación mezquina. En el país mismo las reputaciones se hacen de esta manera. A una señal de las oficinas, las células comunistas de las fábricas hacen discutir un libro, las *masas de lectores* invitan al autor a dar conferencias; las bibliotecas lo reclaman, los acorazados de combate también, todo un *movimiento espontáneo* se crea, lo que logrará la admiración de los viejos hombres de letras extranjeros invitados expresamente. No habiendo Pilniak conseguido jamás quedar completamente en gracia (probablemente porque no pudo impedir su sentir y pensar de hombre formado por la revolución), el favor del Jefe designó para el primer lugar de las letras soviéticas al conde Aleksis Tolstói, escritor oficioso

bajo el antiguo régimen, emigrado blanco de 1918 a 1923, unido al régimen después, riquísimo y buen pensador.

«Mi *Pedro I* —dijo Aleksis Tolstói a un periodista de Occidente— ha tenido una tirada de 500.000 ejemplares y no lo encontrará en las librerías». Habiendo sido pagado el autor a razón de 350 a 750 rublos —según su cotización personal— por cuaderno de 16 páginas y con tiraje de 5.000 ejemplares, no es difícil calcular que esta sola obra, en la cual se han creído ver alusiones elogiosas para el Jefe, le ha reportado millones de rublos. Por otra parte, dejémosle hablar: «El Estado da al escritor todas las facilidades materiales. Le procura bienestar, reposo, calma, casas en la ciudad y en el campo». El oficio de adulador del régimen es, por consiguiente, uno de los mejores retribuidos; henos aquí, llevados en un sublime vuelo, a mil leguas de los salarios de miseria del obrero textil. Pero esto tiene sus peligros. En el momento preciso en que aparecía esta entrevista, el sindicato de los escritores soviéticos se depuraba y sancionaba, con aplausos nutridos, la exclusión, el arresto, la deportación y la ejecución de un cierto número de sus miembros.[10]

10. La terrible sospecha de trotskismo alcanzó así a Galina Serebriákova, Tarásov, Grudskaya, Troschenko, Vegman, Selivanovski, Iván Katáev, Iván Zarudny. Kamenev pertenecía al Sindicato de Escritores, como otro fusilado del proceso Zinoviev: Pikel. Antes habían sido encarcelados o deportados el poeta Vladímir Piast (parece que se suicidó en la deportación); Osip Mandelstam, uno de los maestros del verso ruso de hoy día; el poeta Nikolái Kliuev; el poeta Pavel Basíliev (al que se le hizo un proceso de derecho común); el escritor para niños Bianquis; el filósofo Ivánov-Razumnik, autor de una *Historia del pensamiento ruso contemporáneo* y de un *Chchedrin.* Y muchos otros. Al principio de su deportación, Christian Racovski escribió una voluminosa *Historia de la revolución en Ucrania,* obra muy importante teniendo en cuenta que el autor tomó parte muy activa en los acontecimientos. No ha sido publicada.

En diez años, la literatura y las ciencias dirigidas por estos métodos policiales han mostrado su esterilidad. No porque el papel impreso haya faltado, sino porque no ha aparecido ninguna obra de fuerte aliento.

Ninguna obra marxista digna de ser conservada, en el país del marxismo triunfante. La última escuela filosófica, la de Deborin, lógico seco y ceñido, que dirigió durante años la filosofía, ha sido, hace algún tiempo, destruida por una campaña administrativa. Deborin mismo, antes de ser académico para no hablar, intentó suicidarse. ¿La Economía Política? Rubin y Finn-Enotaevski están en prisión. Prohibición de plantear las cuestiones de explotación del trabajo, de la inflación, de la circulación de mercaderías, del nivel de vida de los trabajadores, del consumo por habitante, de la repartición de la renta nacional, de la parte que consume la burocracia, del socialismo en un solo país. ¿La Historia? Se han hecho fortunas políticas escribiéndola al gusto del día, como Tal, autor de la primera historia del Ejército Rojo, en la cual el nombre de Trotski no es mencionado; como Lavrenti Beria, quien comienza su carrera rehaciendo la historia de las organizaciones bolcheviques del Cáucaso, procurando colocar a Stalin en el encabezamiento. Anychev, autor de un buen *Ensayo de historia de la guerra civil*, la única que se puede nombrar; Nevski, autor de una historia del Partido, bastante buena y por eso retirada de la circulación, se hallan en prisión. En prisión los historiadores Seidel y Friedland, de una complacencia casi inagotable. Máksim Gorki, después de haber modificado en un sentido desfavorable a Trotski en las conversaciones con Lenin, las que había consignado en sus recuerdos, fue colocado a la cabeza de la redacción de una *Historia de la guerra civil* en diez volúmenes, en la que Trotski es presentado como el saboteador de la revolución y Stalin como el hombre providencial. Los *Recuerdos* de Krupskaya han sido retocados y

redactados por una comisión especial, que no ha permitido a la viuda de Lenin escribir una línea libremente.

Las enciclopedias soviéticas son revisadas para ser puestas al día, en el sentido político de la palabra.

Las bibliotecas son sin cesar depuradas y si no se ha hecho lo mismo con las obras de Riazánov y de Trotski es porque encuentran más práctico destruirlas sin ruido.

¿Las ciencias naturales? Geólogos han sido encarcelados por haber interpretado de forma distinta a lo deseado las cualidades del subsuelo: desconocimiento de las riquezas naturales del país, por consiguiente: sabotaje, traición... Otros han sido fusilados. Bacteriólogos han sido reducidos a prisión por razones oscuras. El más célebre de ellos murió en la enfermería de la prisión de Leningrado. Cuanto más ajena es una investigación de laboratorio a la vida social y a la técnica, mejor posibilidad tiene de poder seguirse sin trabas y hasta con estímulos (créditos, honores). Pero esto no impide tampoco la acción de la Policía. Los subsidios pródigamente concedidos al fisiólogo Pavlov por sus investigaciones sobre los reflejos condicionales no han impedido el arresto de sus colaboradores y amigos. Los estímulos dados al académico Ioffé, por sus investigaciones sobre la estructura del átomo, no han sido óbice para salvar de la deportación a sus ayudantes. El físico Lazarev, después de haber sido colocado en el primer plano de la ciencia soviética, fue apresado, deportado y, después, amnistiado. El historiador Tarle sufrió las mismas tribulaciones.

La literatura y la ciencia dirigidas permiten organizar festividades en las que la solemnidad se mezcla con el regocijo de los banquetes, con las ovaciones ordenadas y con diversiones ridículas y tristes a la vez. Los cirujanos reunidos en congreso juran al Jefe una devoción eterna. Los ginecólogos declaran desear inspirarse para siempre en sus enseñanzas. Los escritores que él ha calificado de «ingenieros de

almas» le declaman letanías y adoptan los cánones del *realismo socialista,* el que no es, en verdad, ni realista ni socialista porque descansa sobre la supresión de toda libertad de opinión y de expresión.

¿Qué decir de los intercambios intelectuales con el extranjero? La censura postal rechaza sin consideración todas las publicaciones, todos los libros que no trasuden un comunismo oficial o un espíritu burgués descolorido y moderado. *Le Temps* y *L'Humanité* son los únicos periódicos franceses admitidos en la URSS. Entre las revistas, *Europe,* demasiado avanzada, no entra, en los últimos tiempos, sino en raras ocasiones. En ciertas bibliotecas se ponen a disposición del público las revistas extranjeras después de haber arrancado las páginas no deseables. Obras de autores muy amigos de la URSS, como Malraux y Jean-Richard Bloch, son prohibidas.

Un autor extranjero es, por consiguiente, juzgado únicamente por su actitud hacia el régimen estalinista. André Gide, casi ignorado por el público ruso y salvajemente tratado de burgués corrupto, se convirtió de un día para otro, por haber hecho ciertas declaraciones, en un gran escritor revolucionario. Y por haber hecho más tarde otras, fue cubierto de injurias por toda la prensa soviética. Los libros extranjeros ingresan difícilmente; ninguna librería los ofrece. El comercio de compraventa de libros usados se halla sometido a censura. Una vez que partía de viaje, un viejo médico, del cual me despedía, me suplicó que le enviara revistas de su especialidad. «Hace tantos años —dijo— que no puedo estar al corriente de nada». Pero enseguida me dijo: «No me envíes nada. Se creerá que tengo relaciones con el extranjero; ya conoces lo peligroso que es esto».

A cada cambio de política interior, los programas y los métodos de enseñanza en todos los grados sufren rápidas transformaciones, no sin que las resistencias, frecuentemente

inspiradas en el simple criterio del buen sentido, sean desechadas por medio de sanciones administrativas o policiales. A partir de 1935, se tiende al regreso de la tradición.

Los comités de escolares han sido suprimidos; los directores, reestablecidos y la disciplina, asegurada. Los escolares llevan un uniforme, como en el antiguo régimen. La organización de los Progresistas los toma a su cargo para enseñarles el culto al Jefe, la marcha al paso, a tambor batiente, y la celebración de reuniones de aprobación o de protesta según las reglas. Una reciente decisión ha instituido manuales de estudio permanentes (varían hasta el presente por lo menos cada dos años), y Stalin interviene personalmente para condenar las vulgarizaciones de la historia demasiado necias o falsificaciones demasiado torpes. De manera que no existen todavía manuales de historia. Por lo que puedo juzgar, los programas escolares me parecen, sin embargo, mucho mejores que los de las escuelas primarias de Francia y de Bélgica. La enseñanza primaria soviética corresponde más bien a la enseñanza media de Occidente, orientada hacia estudios técnicos. Los programas son más científicos. La condición de los profesores, miserable hasta el presente, ha sido mejorada en 1936, y se desarrolla un esfuerzo para higienizar y embellecer la escuela. Esto no deja de dar resultados, pero falta el material escolar: los cuadernos son raros; los escolares trabajan frecuentemente con un libro para tres o cuatro; no se encuentran plumas; faltan maestros instruidos, y la selección al revés operada en los medios pedagógicos por medio de la represión ha agravado el mal. Los directores de escuelas deben ser designados entre los miembros del Partido; careciendo éste de pedagogos comunistas, el director es algunas veces el hombre más inculto de la escuela. Pero el mayor mal no consiste en la pobreza de medios y de hombres: reside en el espíritu burocrático que reina en la escuela y que se traduce en sospechas, delación,

repetición de fórmulas vacías de todo contenido, las lecciones de puro estalinismo repetidas de memoria a niños de ocho años, la asfixia de todo espíritu crítico, la represión de todo pensamiento y la hipócrita disimulación, a la cual el niño se habitúa por necesidad.

Segunda parte
EL SISTEMA

I
Seguridad General. Delito de opinión. Pasaportes interiores

El viajero que visitaba una comuna en la Edad Media se detenía para contemplar, erguida sobre las habitaciones de los pobres artesanos y de los burgueses, la torre del campanario o del edificio del Concejo Municipal. El viajero que visita hoy día las ciudades de la URSS se detiene involuntariamente en Moscú, a la altura del Kuznetski, la arteria más animada de la capital, para abarcar con la vista el conjunto arquitectónico moderno e imponente de los edificios de la Guepeú. Torre de 15 pisos, vastos almacenes cooperativos, habitaciones y oficinas; en el subsuelo y en el fondo de largos corredores, prisiones perfectamente silenciosas, y detrás de estas fachadas de bella piedra pulida, de estas vitrinas, de estas ventanas con cortinas donde por la noche se iluminan los tragaluces de la intimidad, y en el fondo de una cueva alumbrada con neón, se hallan los departamentos, sabiamente concebidos, de las ejecuciones.

En Leningrado, el nuevo edificio de la Guepeú, levantado sobre el emplazamiento de un modesto palacio de Justicia quemado en las jornadas de marzo de 1917, domina desde sus terrazas el Neva y desde sus perpendiculares de granito, la perspectiva Volodarski. Ninguno de los palacios viejos de San Petersburgo puede compararse con él. Como en todos los centros de la URSS, el edificio más imponente

es siempre el de la Guepeú, y por una extraña costumbre asiática, raramente mantenida, los subterráneos del edificio sirven habitualmente de prisión. Yo he pasado por estos calabozos en Moscú y en Samara (Kuybichev).

En la mayor parte de las ciudades, reina una gran animación por sus alrededores: autos, motos, estafetas a caballo, el ir y venir de milicianos guiando lamentables convoyes. Los centinelas, con el arma lista, vigilan las avenidas, impidiendo a los caminantes detenerse. Por la noche, los proyectores alumbran la fachada y los centinelas vigilan en la deslumbrante luz. Símbolos. Aquí se trabaja 24 horas cada día, más febrilmente por la noche que por el día. Las operaciones secretas, las pesquisas, los arrestos, los interrogatorios, las ejecuciones, comienzan a las diez de la noche y no terminan sino con el alba.

Desde 1934, la Guepeú —Servicio Político del Estado— se llama más frecuentemente, a la occidental, Seguridad General (SG), y no es más que un servicio del Comisariado del Interior, o sea, en ruso y por abreviación: NKVD. Lejos de reducir la influencia de la policía política, esta reforma la aumenta al subordinarla al ministerio de mayor importancia. El jefe de la Guepeú tiene el rango de mariscal; los comisarios adjuntos, de generales y comandantes del Ejército, y comandan, en efecto, tropas especiales. Condecorado con todas las órdenes soviéticas, Iogoda se presenta en las solemnidades al lado de Stalin. Es, a la vez, un jefe de Ejército, un gran constructor, un gran policía, una gran conciencia pesadamente cargada y elogiada por Gorki y Romain Rolland.[11]

Del comisario dependen la SG y sus servicios de información en el extranjero, la milicia (o policía propiamente

11. Fue reemplazado, después del *proceso Zinoviev*, por un oscuro funcionario, Ejov.

dicha), el servicio de investigación criminal, el servicio de pasaportes interiores, los trabajos públicos que emplean la mano de obra penal, el servicio de mantenimiento de los caminos y las calzadas, el Gabinete Negro, los campos de concentración, las prisiones, los confinamientos, la deportación, el tribunal secreto, llamado Conferencia Especial. Es un potente ministerio de policía que ejerce sobre la población entera un minucioso control en todos los instantes.

Hasta 1934, la Guepeú aplicaba largamente la pena de muerte pronunciada por comisiones secretas que se atenían a los informes de los jueces de instrucción, sin escuchar al acusado. Después, la Conferencia Especial (Osoboé Soveschanié NKVD) no puede infligir penas que pasen de los cinco años de reclusión. Dispone, por consiguiente, de la deportación, de los campos de concentración, de las prisiones y de los confinamientos. Sus sesiones son secretas y su composición también es secreta; decide la suerte del acusado sin hacerle comparecer, no admite ninguna defensa, no suministra ninguna explicación al acusado ni a sus parientes. Sus decisiones son prácticamente irrevocables. Durante toda la duración de la pena, ejerce sobre el condenado un poder absoluto. En el caso en que la SG estime que una pena de cinco años es insuficiente, los acusados son llevados, desde 1934, ante las Juntas Especiales de los Tribunales del Pueblo y de los Tribunales Revolucionarios (Osobaya Kolleghia Narsouda).

Las Juntas Especiales de los Tribunales se forman por tres jueces, designados por los comités del Partido. Juzgan a puerta cerrada y depende de ellos el admitir o no la defensa: hasta el presente, que yo sepa, jamás la han admitido para los asuntos políticos: el acusado es escuchado, los testigos son citados; un procedimiento formal es estrictamente observado. Según la opinión general, los veredictos pronunciados por estos tribunales son mucho más severos que los puramente

administrativos de la SG. Verían frecuentemente entre cinco y diez años de internación en los campos de concentración. He aquí algunos casos típicos: un obrero encargado de la conservación de la sala de lectura de su empresa va a un almacén a coger algunos carteles. Rechaza, riéndose, los retratos de Stalin y Kalinin, que se ven por todas partes: «Ya estoy harto de estas cabezas, déme usted otra cosa». Es arrestado algún tiempo después, acusado de desacreditar a los jefes del Partido (agitación contrarrevolucionaria), presentado al tribunal especial, y condenado a seis años de internación. Dos parejas viajan en un auto y un neumático estalla, se ha bebido un poco y se bromea. Uno de los hombres exclama: «¡Una bomba colocada bajo el culo de Stalin no hubiera hecho más ruido!». Por cuestión de faldas, uno de ellos cuenta el caso meses más tarde. Las dos mujeres y el culpable son arrestados, llevados al tribunal bajo la inculpación de agitación terrorista y condenados a penas que varían entre cinco y diez años de internación. Las dos mujeres, por no haber informado sobre esta conversación. La ley soviética hace de la delación un deber, y de la abstención, en caso parecido, un crimen castigado con penas muy fuertes.

En el refectorio de una fábrica donde se había servido durante algunos días sólo salchichón, un obrero pregunta pícaramente si se le va a obligar «a comer toda la caballería de Budienny». Inculpado de agitación antisoviética, es enviado a un campo de concentración. En Orenburgo, el 7 de noviembre de 1935, deportados comunistas, estalinistas la mayor parte, es decir, que habían abjurado de las opiniones disidentes que habían manifestado o que les habían imputado, se reunieron para festejar la Revolución de octubre. El obrero metalúrgico Aleksis Santálov, de Leningrado, opositor, que no había abjurado —circunstancia muy agravante—, se exalta y habla de la «canalla burocrática». Denunciado por un espía presente, es condenado a

cinco años de internación y enviado a un campo de concentración de Karaganda. El obrero tipógrafo Ivanov, de Leningrado, y su mujer, habiendo abjurado, fueron condenados a tres años de igual pena por haber escuchado esta murmuración sin haber denunciado al día siguiente.

Los arrestos tienen lugar frecuentemente durante la noche, algunas veces de día, pero por sorpresa, de modo que pasen inadvertidos y permanezcan secretos.

Las familias hacen muy mal al pretender encontrar en una prisión al desaparecido: no siempre lo consiguen.

Como regla, no se autoriza ninguna visita de los parientes durante el proceso, que siempre tiene lugar en absoluto secreto. Los acusados pueden ser puestos en celdas durante meses, sin lecturas de ninguna clase, sin el menor contacto con el exterior, sin paseos, sin suplemento de víveres. Yo he sufrido este régimen en Moscú durante tres meses. El proceso, empleando el terror psicológico, busca así desmoralizarlos para conseguir confesiones en las que la calidad importa poco, pero que servirán para apuntalar una condena deseada de antemano, mostrar la capacidad del juez instructor y cubrir su responsabilidad en caso de control por instancias del Partido. Los interrogatorios tienen lugar de noche, para jugar mejor sobre los nervios del acusado. Comienzan, a veces, por largas conversaciones, de las cuales ningún proceso verbal es redactado. Los procesos verbales firmados por el acusado son generalmente escritos por mano del juez de instrucción.

Sólo los prisioneros distinguidos gozan de celda individual. En la gran prisión de Butirky, en Moscú, las salas hechas para contener a una decena de personas albergan hasta cien.

La situación es peor en provincias. Existe el caso de que locales exiguos sean en tal forma repletos que los detenidos no pueden dormir sino por turnos; pasan el día de pie o

acurrucados uno contra otros; instituyen entre ellos un relevo para sucederse cerca de la cubeta hedionda y del tragaluz, por donde entra un hilo de aire. En toda estación la humedad de los sudores y de los hálitos recubre los muros. Si se evoca la suciedad, la enfermedad, el agotamiento por el hambre, la desesperación, se tendrá una idea del régimen de los encausados en una celda de esta clase. Numerosos camaradas, hombres y mujeres de los cuales podría citar los nombres, han permanecido meses en estos infiernos.

Inútil es precisar que en estas pequeñas prisiones de la región de Orenburgo, en 1931-1934, centenares de hombres han muerto por mala alimentación, por frío y por la miseria; no habiendo sido ejecutado el «Plan de trabajo» de la prisión, se les cortaban los víveres. La mayor parte de estos detenidos eran campesinos arrestados por infracciones a los reglamentos de los koljoses o mala aplicación de las directivas del Partido.

Un dicho esparcido entre los medios revolucionarios rusos dice: «Con tal de que se tenga al hombre, siempre habrá un medio para hacer el negocio». Además: «Con tal de que cuente con el cuello, la cuerda se hallará luego». «Hacer un negocio» es hallar pretextos formales, testimonios (que pueden ser falsos, poco importa) o una interpretación de los textos que permitan motivar una condena iniciada en estos términos: «En razón de sus convicciones...» Desde hace dos o tres años, se esfuerzan en «hacer los negocios».

En un gran número de casos, los hombres no son, en realidad, castigados sino por haber sido combatientes de la revolución bajo el antiguo régimen y por haber sido socialistas, anarquistas o comunistas opositores de años atrás. Podría citar un gran número de nombres. El poder, no haciéndose ilusiones sobre sus sentimientos, estima que habiendo sido revolucionarios podrían, en caso de crisis social, volver a serlo y, por consiguiente, trata de suprimirlos.

Una vez dentro del engranaje de la SG, el hombre debe saber que no saldrá más de ella, y en caso favorable no será antes de una decena de años.

Los revolucionarios y los no conformistas reales no salen jamás. El sistema comprende una serie de medidas sucesivas, en las cuales la duración es raramente inferior a diez años, cuyo efecto debe prolongarse teóricamente durante toda la vida.

Un socialista o un comunista de izquierda tiene el valor de reconocer que ha hecho grandes críticas a la línea general del Partido: no es necesario tanto, en la inmensa mayoría de los casos. Es suficiente el haber profesado antes opiniones distintas a la doctrina oficial del día, estar o haber estado en relación con los socialistas o los oponentes, haber recibido una carta contando una anécdota... Es condenado a tres años de aislamiento, es decir, de reclusión. A la expiración de estos tres años, si cuenta con un poco de valor personal, si pertenece a los cuadros, es llamado a la oficina de la prisión y se impone de que la Guepeú le agregue dos años más. Al término de los cinco años, no es libre, sino que es enviado en deportación por tres años a cualquier región alejada. Al término de los tres primeros años de deportación, pasa al régimen denominado de los *menos;* se le ofrece la posibilidad de elegir su nuevo lugar de deportación en una lista restringida; en teoría puede habitar en la URSS, menos en las grandes ciudades, las regiones fronterizas, las regiones industriales, y aun otras. A la expiración de estos tres nuevos años de deportación, puede, si la SG no toma otra decisión, recibir un pasaporte de libre ciudadano soviético, pero este pasaporte llevará una mención especial de SG y, por consiguiente, el domicilio en todas las grandes ciudades, en las regiones industriales, marítimas o fronterizas le será prohibido. Su situación será la de un interdicto de residencia a perpetuidad.

Para los verdaderos militantes, es decir, para los hombres que tienen el coraje de sostener una convicción, toda actividad política les es imposible. Las cosas son más fáciles: ellos no hacen, bajo diversos pretextos o sin ellos, más que pasar de la prisión a la deportación y de la deportación a la prisión.

El régimen de los pasaportes interiores no existe, creemos nosotros, en ningún gran Estado civilizado.

Los mismos estados fascistas no han creído poder evitar a sus ciudadanos la libertad de desplazarse en el país, y de cambiar de residencia. *La pequeña enciclopedia soviética,* editada por la Librería del Estado, edición de 1930, dice que «el régimen de pasaportes interiores, instituida por la autocracia, como un instrumento de opresión policial sobre las masas laboriosas, ha sido suprimido por la revolución de octubre». Ha sido restablecido y terriblemente agravado en 1932. Los pasaportes son expedidos por comisiones especiales, en las cuales la SG tiene voz preponderante. Estas comisiones aplican directivas secretas, de suerte que ningún derecho, ninguna regla conocida, preside sus operaciones. Nadie sabe si recibirá su pasaporte. El rechazo de la solicitud de pasaporte lleva consigo la obligación de dejar, en el plazo de diez días, el lugar de residencia y trasladarse, según el caso, a 65 o a 101 kilómetros de distancia de una gran ciudad. Allá, además, podrán también rechazar la solicitud. Las deportaciones por este motivo han sido hechas y se hacen en masa, destruyendo las familias, quebrando despiadadamente los destinos, sin explicación ni apelación.

Se ha visto a niños separados de sus padres, a mujeres separadas de sus maridos, padres arrancados a sus familias.

Al comienzo, los excesos administrativos fueron de tal magnitud en Moscú que estalló una epidemia de suicidios y, según el rumor público, porque nunca se sabe la verdad, Stalin tuvo que intervenir para poner freno.

Por más que se hable en voz alta, el pasaporte es negado en los grandes centros a los antiguos nobles, antiguos capitalistas, antiguos militares, antiguos condenados políticos, sospechosos de oposición y a ciertas categorías de condenados por Derecho Común; puede ser negado por ligereza de costumbres y por homosexualidad; y esto sin explicaciones en los casos más irritantes. He conocido los siguientes casos: una estudiante fue expulsada de Moscú porque su padre, autorizado para permanecer en Moscú en calidad de especialista, había sido anteriormente capitalista. En realidad, esta joven, anarquista, era conocida como que «tenía ideas». He visto también expulsar de Leningrado a la mujer de un comunista, porque en 1918 había estado casada con un oficial. Esto pasaba en 1933, y tenía un niño de su segundo marido. Mis suegros vieron en 1933 rechazar sus pasaportes en Leningrado, porque era los suegros de un comunista opositor, prisionero por este motivo. Se trataba del viejo obrero Rusakov, que llevaba más de 40 años trabajando.

Los pasaportes se niegan siempre a las familias de los fusilados o de los condenados a sufrir largas penas. Estas familias son generalmente deportadas. (Varias mujeres de comunistas jóvenes de Leningrado, fusilados en 1934, han sido enviadas a los campos de concentración).

La posesión de un pasaporte normal, sin mención especial de la Seguridad, no da al ciudadano soviético más que el derecho a residir en una localidad. En todas partes pueden rechazarle la inscripción. En otros términos: ha perdido el derecho a desplazarse. Un obrero que viva en una pequeña ciudad no podrá obtener la inscripción en un gran centro sino por mediación de sus empleadores y solamente por la duración de su trabajo. Una obrera de Cheliabinsk, deseosa de habitar por algún tiempo en Moscú para sacudir un poco la pesada incultura de provincias, no tiene otra po-

sibilidad que el matrimonio con un moscovita. El pasaporte es visado en el lugar de trabajo. A cada cambio de empleo es anotado en el pasaporte el motivo de tal cambio. He conocido a obreros despedidos por no haber ido, el día de descanso, a hacer una jornada de trabajo *voluntario* (y naturalmente gratuito) y en sus pasaportes se leía: «Despedido por sabotaje del plan de producción».

II
Penitenciarías. Aisladores. Deportación. Derecho de asilo

Penitenciarías

Los campos de concentración ocupan regiones enteras. El SLON (Solovieshki Laguer Osobovo Naznachenia: Campo Especial de Solovieshki) abarca todo el litoral del Mar Blanco, las islas Solovieshki, la península de Kola, la ciudad de Kem. Es todo un vasto país nórdico, en el que hay establecimientos modelos, de los cuales se ha confeccionado una película de propaganda, y rincones sucios de donde no se suele regresar. La mano de obra penal de los campos de concentración explota en el extremo norte los yacimientos de apatita de Jibinogorsk (hoy día Kirovsk); en Asia Central, las minas, las plantaciones, las empresas de Karaganda; en el norte de Rusia y de Siberia, las industrias forestales. Es empleada en la URSS entera, en la construcción de ciertos edificios (casa de la SG, prisiones, etcétera), en la excavación del canal Moscú-Volga y en la construcción de obras estratégicas.

Es absolutamente imposible reconocer todas sus aplicaciones. Hay campos secretos. Había, hace algunos años, uno muy temido, en una isla del mar Caspio. Un gran campo existe en la desembocadura del Pechora, bajo el círculo polar, Solovki, Karaganda, Ost-Pechora, Mariisk, son los más conocidos.

Para mi conocimiento, ocasional y muy fragmentario, muchos estudiantes han sido enviados a las minas de Karaganda. Pero los hay sin duda en todas las penitenciarías. Numerosos especialistas de Leningrado fueron enviados a Ost-Pechora después del *proceso Kirov*, en 1934.

Sobre el tratamiento infligido a la juventud de las escuelas he tenido conocimiento de lo siguiente: un estudiante de Ivanovo-Voznesenk, invitado a hacer una disertación sobre el fin de la Revolución Francesa, fue acusado de haber hecho, al hablar de Termidor, alusiones políticas. Como consecuencia, pasó muchos meses en prisión, en un cuarto repleto de gente, víctima de la mugre, del hambre, de la enfermedad, del temor, del olvido. Se admitió, al fin, su buena fe y fue liberado.

Algunos días más tarde, tuvo lugar una conferencia en las escuelas. Tomó la palabra después de muy bellos discursos e informó desde la tribuna de lo que le había sucedido. Arrestado la misma noche bajo la inculpación del artículo 58, de agitación contrarrevolucionaria, fue enviado por diez años a Karaganda.

El régimen de estas penitenciarías es infinitamente variable. Sus graduaciones van del establecimiento modelo y de la semilibertad a la condición más miserable, a la decadencia física, al terror, a la tortura sádicamente infligida. ¿Qué no podrá pasar en un destacamento de condenados, perdido entre la maleza siberiana, y donde hay bandidos, campesinos desesperados, soplones listos a todo, intelectuales y técnicos, políticos duramente humillados, todos obligados a una tarea muy dura, mal abastecidos y sometidos al poder absoluto de un policía que al mismo tiempo es también un condenado?

Los condenados son obligados al trabajo. La emulación —que nosotros no osamos llamar socialista por respeto al socialismo—, las brigadas de choque, el estajanovismo, permiten sacar de esta mano de obra un rendimiento máximo

garantizado por la existencia de las Compañías del Régimen, agravado *(Rour, Rota Ousileennovo Regima)*, donde van a sucumbir los que intentan resistir.

Los detenidos políticos, socialistas, anarquistas y comunistas, principalmente los trotskistas o sospechosos de trotskismo, son enviados por millares a los campos de concentración, sobre todo después de 1934, y ahí sostienen, para defender su dignidad y un mínimo irrisorio de derechos políticos, luchas sin resultado, por medio del rechazo del trabajo, la huelga de hambre y el suicidio.

Hace algunos años, cinco miembros del Comité Central del Partido Nacionalista Turco del Cáucaso, el Musavat, que exigían, en las islas Solovieshki, ser reconocidos prisioneros políticos y transferidos a los aisladores, se dejaron morir de hambre.

Las prisiones

La mayor parte de las prisiones del antiguo régimen sirven todavía, siendo en ellas la incomodidad la regla. Se han construido en diversas direcciones nuevas prisiones modelo. El régimen de las prisiones políticas, denominadas aisladores, varía según los lugares. De una manera general son soportables con las reservas que indicaré.

Hay aisladores en Suzdal (antiguo monasterio, prisión del antiguo régimen), en Iaroslav, en Cheliabinsk, en Tobolsk, en Verjnéuralsk. El de Yaroslav era, no hace mucho y es quizá todavía, en parte reservado a los extranjeros y a los políticos sometidos al aislamiento individual. Éstos no son, ciertamente, los únicos. Los condenados viven en común, en cuadras. Paseo dos veces al día, por grupos; alimentación de baja calidad, a base de pastel de harina mala, maíz, etcétera, pero en cantidad casi suficiente.

Los mínimos derechos de los detenidos son objeto de luchas constantes con la administración, luchas que llevan consigo periódicamente actos de salvajismo, huelgas de hambre, dramas de todo tipo. El canto de *La Internacional* el Primero de Mayo ha provocado varias veces conflictos terribles, habiendo respondido los detenidos a la crueldad excesiva con grandes huelgas de hambre y actos de rebelión.

Ha habido huelgas de hambre contra la repetición automática de las condenas. Se ha visto a los centinelas disparar desde las ventanas. Se ha visto a la administración regar con agua fría las celdas de los detenidos; proceder por la fuerza a la alimentación de los huelguistas en peligro de muerte. Se ha visto de todo: una huelga de hambre de 450 trotskistas de Verjnéuralsk duró 18 días en 1931.

La de diciembre de 1934 fue más corta, pero marcada por el transporte secreto del comité de la huelga (Dingelstedt, Byk, Krasinski, Slitinski), enviado a las islas Solovieshki.

Nuestro camarada trotskista A. Tarov se evadió a finales de 1935 de un lugar de deportación y, pasando al extranjero, escribió: «El 22 de enero de 1931, día del aniversario de la muerte de Lenin, todos los bolcheviques leninistas deportados a Akmolinsk (Kazajistán) fueron arrestados y encerrados en calabozos infectados de tifus. Nosotros éramos 12, entre ellos dos mujeres; nueve fueron atacados por el tifus. En la prisión de Petropavlovsk hallamos a cuatro obreros comunistas opositores».

> En la prisión de Verjnéuralsk, los bolcheviques leninistas, en número de 450, comenzaron la huelga de hambre contra la arbitrariedad de la administración local. El año precedente, en el curso de una huelga de hambre, el director Biziukov había dado la orden de regar con agua fría a nuestros camaradas, ¡y esto en invierno y en Siberia! La orden fue ejecutada. Cuando nuestros camaradas se pusieron a barricar los calabozos, lo carceleros les arrojaban chorros de agua a los ojos. El camarada Pogosian perdió la vista. En 1931, un guardián disparó a través de un enrejado sobre el pecho del camarada Esayan. Los días de fiestas revolucionarias teníamos graves conflictos con la administración. Se nos encerraba o se nos golpeaba porque cantábamos *La Internacional.*
>
> En la prisión de Petropavlovsk he visto a 35 mujeres, ocho de ellas con criaturas, encerradas en un calabozo de 25 metros cuadrados. El aire no tenía acceso sino por las ventanillas de la puerta. ¡No olvidaré nunca a estos niños enfermizos y enclenques! Por turno las madres los ponían en las ventanillas de la puerta para que pudiesen respirar una escasa ración de aire fresco.
>
> Comenzamos nuestra huelga de hambre (en Verjnéuralsk, contra la repetición automáticas de las condenas) el 11 de diciembre de 1933. El 20, los huelguistas fueron llevados de calabozo en calabozo con motivo de un registro. Se pusieron a alimentarnos por la fuerza, lo que originó violencias inclasificables; los hambrientos voluntarios y los carceleros se batieron. Nuestros camaradas tuvieron, naturalmente, la desventaja. A golpes se nos colocaban en la boca y en la garganta sondas de caucho. Los hambrientos eran arrastrados como perros al «calabozo de alimentación». Nadie cedió. Pasados 15 días decidimos acabar la huelga porque las tentativas de suicidio se hacían muy numerosas.
>
> La Guepeú prometió no doblar las condenas en lo sucesivo. Más de 30 camaradas habían participado

en la huelga. El comité huelguista fue enviado a las islas Solovieshki, pero sin aumento de pena.

Sorprendente continuidad de la historia: las prisiones de los monasterios de Solovieshki y de Suzdal fueron reservadas, durante siglos, para los heréticos y para los grandes dignatarios caídos en desgracia.

Los detenidos son completamente separados del mundo. Pueden recibir, de vez en cuando, por autorización individual, la visita de sus parientes, pero las grandes distancias hacen de esta facultad una simple teoría. Pueden cambiar seis cartas por mes con sus allegados (recibir dos y escribir cuatro, o cualquiera otra modalidad de este género), cartas naturalmente censuradas, de las cuales muchas se pierden a la llegada y a la partida.

Todos sus trabajos intelectuales son confiscados a la salida. Recordaremos a propósito que, bajo el antiguo régimen, Chernychevski pudo escribir su gran novela *¿Qué hacer?* en la fortaleza de Pedro y Pablo donde Kropotkin fue autorizado para continuar sus trabajos de Geografía.

Los Chernichevski y los Kropotkin de hoy día son pulverizados hasta en su inteligencia: nada de lo que piensan llega a ver la luz... Sus obras las clasifica la Seguridad en sus archivos. Cuando salgan de allí, el mundo verá con estupor que parte de la producción intelectual se halla ahogada.

La prisión de Butirky, famosa en los últimos años de la autocracia, es, en Moscú, una ciudad dentro de la ciudad. Se compone de cuarteles secretos y se ignora quién está dentro de ellos desde hace algunos años. Se hallaban últimamente, según varios testimonios que concuerdan y que no he podido recoger, un gran número de extranjeros: alemanes, polacos, italianos, un anarquista español, *schutzbundler* vieneses y numerosos ferroviarios rusos venidos de Manchuria después de la venta al Japón del ferrocarril de la China Oriental.

Los detenidos políticos recurren con frecuencia a la huelga de hambre. Un cuartel especial ha sido reservado para estos huelguistas.

Desde que notifica su decisión, el huelguista es trasladado a un calabozo especial, en donde se le retiran sus ropas para ser reemplazadas por un uniforme de detenido; recibe una cama, no se le llevan alimentos y es privado de toda lectura. Se le abandona a sí mismo, y no se le visita sino para convencerlo de la inutilidad de su resistencia cuando el decaimiento moral ha comenzado.

Nada de estas luchas se sabe en el exterior, y la mayor parte de ellas se ignoran dentro de la prisión. Hace más de diez años que del control de las prisiones políticas se han encargado dos altos funcionarios de la Guepeú, conocidos por su crueldad, la ciudadana Andreeva y su suplente Dukis.

La deportación

Se puede ser deportado a una gran ciudad como Taskent, Kazán o Sarátov y obtener allí un buen empleo; pero este tratamiento se reserva, en general, para los deportados estalinistas de marca (muy numerosos en la actualidad) y a los socialistas conocidos en el extranjero.

Los deportados son, en su mayoría, obligados a la residencia forzosa en localidades sin industrias, a veces en los pueblos y los caseríos insalubres o conocidos por su clima riguroso.

La Rusia y la Siberia del norte, el Asia Central, la regiones desiertas de Kazajistán, son los lugares más conocidos de la deportación. El número de deportados políticos debe llegar a varias decenas de millares.

El deportado no puede trabajar sin el consentimiento preciso de la SG; si es obrero, no se le tolerará en una fábrica o en una manufactura. Si es intelectual, no se le permitirá enseñar o continuar sus estudios. Los empleos denominados «responsables», los únicos que se pagan suficientemente, le son prohibidos. Se halla privado de sus derechos civiles. Su correspondencia, muy vigilada por el Gabinete Negro, es a menudo confiscada. No puede tener relaciones frecuentes ni con los miembros del Partido y generalmente no es recibido en la población local, por justificado temor a comprometerse. Frecuentemente es perseguido y detenido sin explicaciones.

En una palabra, vive bajo permanente amenaza de la SG, ante la cual no existe ninguna defensa. En Arjangel, en Ierniseisk, en Minusinsk, en la región de Narym, en Astrakán, en Orenburgo, en Semipalatinsk..., la mitad de los deportados están entregados al ocio.

Reconociendo la SG que les es materialmente imposible encontrar trabajo en las condiciones en que los sitúa, les asiste un socorro que varía entre 30 y 75 rublos por mes (recordemos que un kilo de pan moreno cuesta un rublo y un rincón en un cuarto, 30 rublos). Están, por lo tanto, en su mayor parte, consagrados a la miseria y vigilados constantemente, en la que el espionaje y la provocación desempeñan el primer papel en una condición moral realmente trágica. Sus vidas están destrozadas. Hay casos en los que se les desplaza administrativamente de una región a otra, sin ningún motivo, tres o cuatro veces al año, sólo para agotar sus nervios.

Los transportes se realizan mediante convoyes, en vagones de prisioneros comunes. Se viaja de prisión en prisión durante meses. Son frecuentemente detenidos y enviados, sin saber por qué, a los campos de concentración.

Del testimonio del doctor Antón Ciliga, comunista yugoslavo que ha dejado la URSS este año, después de largas luchas en las prisiones, presentamos lo siguiente:

> Durante el verano de 1935, casi todos los bolcheviques leninistas deportados en Asia Central, en Samarkanda, Chimkent, Alma-Ata, Akmolinsk, Aktiubinsk, Pavlodar, fueron enviados por cinco años a los campos de concentración.

El año pasado, todos los deportados de Semipalatinsk, una treintena, fueron encerrados en prisión. En enero de 1936, todos los trotskistas deportados en Tara (Siberia) fueron detenidos. En 1935, casi todos los deportados socialistas de Ulianovsk y de Kazán fueron detenidos y se le impusieron nuevas condenas porque algunos de ellos habían aprobado en cartas particulares la formación del Frente Único en Francia.

Los deportados viven solos o en pequeños grupos en las ciudades del norte, lejos de toda civilización y de los ferrocarriles, devorados en verano por los mosquitos y obligados a no alejarse a más de 500 metros del lugar de residencia.

A excepción de algunos *kulaks* (campesinos acaudalados), no se encuentra a representantes de las clases pudientes en los campos de concentración y otros lugares de cautiverio.

La represión carga todo su peso sobre los trabajadores soviéticos de diverso origen. Nueve entre diez son arbitrariamente acusados de contrarrevolucionarios. Se encuentran en las prisiones, en los campos de concentración, etcétera: creyentes de diversas sectas, frailes, técnicos e intelectuales acusados de sabotaje, de sospechosos —en gran número—, sospechosos únicamente por su origen socialista o por sus antiguos antecedentes, nobles o sus hijos, antiguos comerciantes, antiguos militares o sus descendientes, personas que tienen parientes en el extranjero, aunque no sean emigrantes, personas de origen alemán o polaco. Se encuentran místicos, ocultistas, masones...

Desde el punto de vista público, todos los partidos están representados: judíos nacionalistas (sionistas), arme-

nios, georgianos, turcos, mongoles, socialistas revolucionarios, socialdemócratas, socialistas sin partido, anarquistas, sindicalistas, comunistas opositores (trotskistas en su mayor parte), comunistas estalinistas sospechosos: éstos excesivamente numerosos.

La depuración del Partido, en actual ejecución, por verificación de carnés de inscripción y de documentos personales representa, según las cifras publicadas por la prensa oficial, la exclusión del 10 al 14% de los miembros del Partido.

Por otra parte, estos excluidos pronto son detenidos e inculpados en virtud del artículo 168 del Código Penal (fraude y estafa), por haber perdido la confianza del Partido (que ha escudriñado algún antecedente de su pasado o del origen social). De 150.000 a 200.000 comunistas, extraños, en realidad, a toda oposición, pasan de esta manera y en este momento por las prisiones y las penitenciarías.

¿Cuál puede ser la amplitud de la represión? No hablaré aquí de la deportación en masa de varios millones de campesinos acomodados o reputados como tales para las necesidades de la causa, ni de los técnicos, los obreros y los funcionarios condenados en relación con la mala ejecución de los planes quinquenales y la colectivización, en número de varias decenas de millares (los funcionarios condenados durante la colectivización han sido amnistiados últimamente, lo mismo que ciertas categorías de campesinos), ni de los deportados de Leningrado, que representan también varias decenas de millares. He mencionado a los entre 150.000 y 200.000 comunistas de la depuración en curso (artículo 168); los millares de comunistas de Leningrado, de la tendencia Zinoviev, que fueron comprendidos en esta medida en 1935; pienso que los partidos nacionalistas deben tener varios millares de representantes en las penitenciarias; los socialistas y los anarquistas, algunas centenas cada uno; los comunistas oponentes, trotskistas mayormente, eran de

3.000 a 4.000 proscritos hacia 1929-1930; quedan todavía algunas centenas, un poco más de 500; los comunistas estalinistas sospechosos, muchos de ellos acusados de «trotskismo», son realmente millares, hasta decenas de millares.

A mi llegada a Orenburgo, en 1933, esta pequeña ciudad contaba solamente con una quincena de deportados políticos, anarquistas, socialistas y comunistas. A mi partida, en abril de 1936, eran ya de 150 a 200; una treintena, a lo más, conservaba en realidad sus ideas anarquistas, socialistas, trotskistas. Los trotskistas eran una decena y quizá unos 50 sospechosos de serlo. Por otra parte, había un millar de deportados de Leningrado. Se ve, por esta monografía, el creciente estado de represión en 1935-1936.

Es conveniente arrojar alguna luz sobre la aplicación del derecho de asilo en la URSS. Los refugiados políticos extranjeros que llegan, sin pasar por el conducto del Socorro Rojo Internacional, generalmente son encarcelados, desde su llegada, como sospechosos de espionaje. Comunistas extranjeros son detenidos bajo diversos pretextos, juzgados administrativamente y condenados en secreto. Los húngaros, los rumanos, los polacos, los alemanes, son particularmente numerosos en las islas Solovieshki.

El doctor Ciliga ha denunciado últimamente la deportación de una veintena de comunistas opositores yugoslavos. Varios anarquistas y comunistas italianos están actualmente deportados (Gaggi, Merino, Calligaris).

Hay, igualmente en las prisiones y los lugares de deportación, militantes comunistas búlgaros. Los partidos ilegales, cuyos miembros en ningún caso sabrían recurrir a la protección consular, son, sobre todo, los que más sufren las persecuciones policiales.

Un grupo de refugiados comunistas polacos, entre los que se hallaba un antiguo diputado de la Dieta de Varsovia, ha sido fusilado en la URSS, bajo la acusación de espionaje,

después de un proceso absolutamente secreto. El hecho ha sido denunciado por el *Boletín de la Oposición Comunista Rusa* (número del 4 de abril de 1936, publicado en París).

Dese hace muchos años, los refugiados italianos que habitan la URSS no están autorizados para dejar el país si no consienten ser repatriados por Odessa, es decir, entregados a los fascistas... El anarquista Petrini pasó por allí en 1935, después de largos años de internación y deportación.

Es muy posible que la nueva constitución soviética contenga atenuaciones para un estado de cosas convertido en un peligro para el régimen y que no se sabría ni *explicar ni justificar* ante la opinión internacional.

La abundancia de la mano de obra en las penitenciarías no compensa el perjuicio que representa a la producción la eliminación brutal de un porcentaje elevado de trabajadores cualificados. La excavación de canales de importancia estratégica no compensa el efecto de descontento que se produce en la masa contra el poder. El empleo del terror ejercido contra las masas laboriosas rebota contra el régimen, que corre el peligro de pagarlo muy caro.

El Gobierno no está lo bastante ciego para no precaverse contra aquellos peligros. Pero también es cierto que, a pesar del alivio provocado en el interior por la valorización del rublo, su impopularidad entre los elementos conscientes de la población es demasiado profunda para que pueda demostrarse realmente liberal.

En todo caso, la máquina burocrática se esforzará por rendir vanas o puramente formales las disposiciones legales que puedan dar a los ciudadanos una apariencia de seguridad. Nada sería más fácil que suprimir en este momento las deportaciones reemplazándolas ventajosamente por ciertas aplicaciones del régimen de pasaporte. Se podrían amnistiar ruidosamente las nueve décimas partes de los prisioneros políticos y sería suficiente dejar una décima parte en las

prisiones —el diez por ciento de los verdaderos oponentes— para que todos los matices de la opinión socialista y comunista quedasen asfixiados.

Habiéndose convertido en demasiado odiosas las sanciones administrativas, podrían ser abrigadas y reemplazadas por la actividad de tribunales, completamente administrativos, por otra parte, funcionando a puerta cerrada, sin admitir ninguna defensa y sin ofrecer, en consecuencia, ninguna garantía a los acusados.

III
Destino de los socialistas. Destino de los anarquistas

Para ser completo, sería necesario, no sólo a este capítulo sino a los dos o tres siguientes, consagrar un volumen, pero es también necesario reconocer que sería de lo más doloroso.

Todos los representantes de todos los matices de la opinión revolucionaria, sin excepción alguna, están en prisión o deportados. Todos han sufrido largos años de persecución; los conozco bastante para saber que todos se consideran destinados a la persecución perpetua.

Un deportado socialista me decía, con una sonrisa amarga, en el momento de las conversaciones sobre el frente único entre los socialistas y comunistas internacionales: «Nuestros camaradas de Occidente se burlan bien a fondo de nosotros. Usted verá que, si tal es su interés, admitirán con complacencia que nos pasen sobre el cuerpo».

No asumo la responsabilidad de esta idea, la expongo como índice de un estado de espíritu. La recuerdo cuando me doy cuenta del silencio total que se hace en la prensa socialista de Francia y de Bélgica sobre la represión antiobrera en la URSS.

De los socialistas revolucionarios, Abraham Gotz fue deportado a Asia Central, en condiciones, según dicen, pasables.

He visto morir en Orenburgo a Leo Guerstein, miembro del Comité Central, viejo idealista de la izquierda del Partido. Su orden de deportación era regularmente renovada de tres en tres años. Gravemente enfermo, trabajó hasta los últimos días en un banco soviético. Ante la imposibilidad de curarse en Orenburgo, había solicitado autorización para ingresar en el hospital de Kazán, recibiendo la aceptación la mañana de su muerte. ¡No se puede decir que le fuera rechazada!

Me enteré, en 1934, de la muerte del hijo del antiguo presidente de la Constituyente, Boris Chernov. En prisión desde hacía muchos años, sobre todo por su apellido, terminó por ser deportado a Asia Central, donde una fiebre tropical se lo llevó rápidamente. Era un agrónomo instruido, un socialista convencido y de bello carácter, del cual sus compañeros de calabazo me han hablado con gran emoción.

Ignoro dónde están Timofeev y Donskoy; no en libertad, seguramente.

Una antigua militante socialista revolucionaria, Volkenstein, antigua colaboradora de la Academia Militar Soviética, unida a ella desde hacía tiempo, fue sometida durante años a un aislamiento absoluto en la prisión secreta de Yaroslav, donde casi se quedó sin habla. Actualmente se encuentra en la prisión de Verjnéuralsk.

De los socialdemócratas, encontré en Orenburgo a Georgi Kuchin, deportado por tercera o cuarta vez. Rendía justicia al régimen socialista, pero ligado a la democracia obrera, se había declarado en su correspondencia privada partidario de una «oposición silenciosa».

Un refugiado político estonio, Sommer, se nos presentó al salir de prisión. Fue detenido a principio de 1936, por ideas imprudentes; debe de estar actualmente en un campo de concentración. Veía también, de vez en cuando, a un camarada socialista moscovita, Goldenberg, y a un robusto viejo georgiano, a quien las privaciones no le hacían efecto, llamado Ramichvili.

Eva Broido, antigua militante socialista, que entró ilegalmente a Rusia en 1927, fue detenida rápidamente; estuvo tres años en reclusión en Suzdal, y después deportada por cinco años a Taskent. Al término de este tiempo, en 1935, nuevamente deportada por otros cinco años, esta vez a Ulala, es decir, a un pueblo del territorio Oyrate, a 77 kilómetros de la estación de ferrocarril. Esta valerosa mujer realizó trabajos forzados durante el antiguo régimen.

Braunstein, que fue enviado a Rusia por su partido, en 1927-1928, ha permanecido años en la prisión de Suzdal. Ignoro qué suerte corre actualmente.

Liber, Zederbaum (hermano de Martov) y otros viejos mencheviques están deportados desde 1934 en la región del Volga, en Kazán y en Ulianovsk.

Después del *proceso Kirov,* fueron encarcelados nuevamente y deportados a los lugares más alejados. Varios socialistas han sido castigados por haberse declarado, en un mensaje a *L'Humanité* y a *Le Populaire,* partidarios del Frente Popular de Francia o por haber discutido entre ellos.

¿Qué se ha hecho del viejo Bazarov, que en 1930 rechazó brutalmente prestarse a la monstruosa comedia que fue el proceso retumbante de los pretendidos mencheviques de Moscú? (¡Declararon haber preparado, bajo la dirección de la Internacional Socialista, una intervención extranjera en la URSS, de acuerdo con el Estado Mayor francés!).

No se atrevieron a juzgar ni a Bazarov ni a Cherevanin, otro veterano del socialismo ruso, cuya actitud fue análoga; se envió al primero por diez años a un campo de concentración; al segundo se le deportó.

Los antiguos colaboradores de Gorki en la *Novaya Jizn (La Vida Nueva)* de 1917-1918, el historiador Sujánov,

quien nos ha dado sobre los primeros días de la revolución varios volúmenes de memorias de interés único; los economistas Groman, Finn-Enotaevski, Ginsbourg, Sher, viejos socialistas unidos desde mucho tiempo, influyentes funcionarios de las comisiones del plan, fueron acusados falsamente de todo lo que desearon y condenados a diez años de reclusión, no sin haber estado bajo la amenaza del garrote. (Gorki no tropieza).

Ikov, miembro auténtico del partido socialdemócrata —el único en este proceso—, fue condenado con ellos.

Un joven y admirado sabio, Rubin, acusó absurdamente a su maestro y protector Riazánov de haber ocultado las «directivas de la II Internacional sobre la intervención».

La verdad parece ser mucho más simple: Riazánov elevaba a los medios dirigentes vehementes protestas contra la confección de este proceso. Considerado un estorbo, le hicieron desaparecer. Para mostrar mejor los hombres así eliminados, me detendré un momento en su biografía.

Detenido en 1891, el joven Riazánov, uno de los primeros marxistas rusos, cumple condena de cinco años en prisión. En la Revolución de 1905 fue uno de los primeros organizadores de los sindicatos rusos. Más tarde, fundador de la Academia comunista, fundador e inspirador del Instituto Marx y Engels, una de las raras instituciones científicas de Moscú que ha estado a la altura de su deber, fue, sin embargo, deportado a Sarátov.

¿Qué han hecho de esta sabio que pertenece al proletariado internacional?

En el aislador de Verjnéuralsk, los condenados de este proceso fueron boicoteados por los comunistas como traidores y por los socialistas como impostores. No sé lo que habrá pasado, pero no han recuperado la libertad. Saben muchas cosas, y han hecho de ellos los actores de tan escandalosa comedia, que no se les puede dejar en libertad.

Sujanov la ha reclamado en 1934 con largas huelgas de hambre, tras las cuales ha salido de la cárcel.

Vladímir Skazin, que pasó por las prisiones soviéticas, reunió una gran cantidad de documentación sobre la represión antiobrera. Intentó pasarla al extranjero por medio de un socialista escandinavo en misión oficial en Moscú. Dirigió al Congreso de los Soviets, en 1934, una protesta escrita, terriblemente motivada, en la que declaraba renunciar a la nacionalidad soviética, incompatible con la convicción socialista, y exigió la posibilidad de emigrar.

Este documento lo llevó a la secretaría del Congreso, donde fue, naturalmente, detenido. Un tribunal secreto lo condenó a la pena capital por alta traición. Pasa dos meses en un calabozo de condenados a muerte, esperando que le hagan saltar el cerebro. Cuando se le comunicó que la pena le fue conmutada por diez años de trabajos forzados, conminó al gobierno para que tuviese el valor de cometer un crimen más completo, rechazó ir a cavar la tierra boreal; hizo una larga huelga de hambre y consiguió ser enviado a un aislador.

¿Qué se ha hecho de lo socialistas revolucionarios de izquierda, que colaboraron enérgicamente en la revolución de octubre, dando combatientes tan valiosos como Sablin y Kikvidzé, que después formaron en la República de los Soviets una turbulenta oposición que se perdió en 1918 por sus errores?

María Spiridonova, terrorista, presidiaria, martirizada por los gendarmes bajo el antiguo régimen, líder del Partido hasta su derrota; Irina Kajovskaya, terrorista y presidiaria bajo la autocracia, no han recuperado la libertad desde 1920-1921.

Destino de los anarquistas:

Nikolái Rogdáev, después de haber estado combatiendo en tres revoluciones, de 1905 a 1917, murió depor-

tado en Taskent en 1932, en aquel Turkestán que había contribuido a sovietizar.

Aleksis Boroboy, profesor de la Universidad de Moscú, deportado en 1929 por haber sostenido correspondencia con sus amigos del extranjero, vio en 1932 su pena prolongada por tres años como medida administrativa. Murió el año pasado en Vologda.

Aarón Baron salió de la prisión en 1920, y lo vi arrojar sobre la tumba recién tapada de Kropotkin su palabra encendida. Tuve la impresión, a la vez, de un poderoso adversario y de un gran camarada. Después ha pasado por las prisiones de Moscú, de Orel, de Jarkov, de Ieniseisk, por los campos de concentración de Pertominsk y de las islas de Solovieshki, por la deportación a Biisk, en el Altay, en Korosino, del norte siberiano, en Taskent, en Voronege, zona clemente; después desapareció, nuevamente arrestado. ¿Dónde está ahora? Tiene la vida dura y las ideas fuertemente clavadas en el alma. ¿Por qué no le aplicaron la decisión de destierro al extranjero que había sido tomada contra él desde 1922? Es verdad que llegó a combatir a los rojos en Ucrania en nombre de los anarquistas comunes, en el caos de la guerra civil. Pero los negros por esas fechas combatieron con ventaja a los blancos e hicieron algo en los desastres de Denikin y de Wrangel. Y la guerra no se terminó hasta pasados 15 años.[12]

Vladímir Barmach, detenido en 1929, pasa por las prisiones de Suzdal y de Butirky; enfermo, fue deportado a Ieniseisk y de nuevo detenido en Verjnéuralsk. De bravo y fuerte carácter rebelde, no conseguirán doblegarlo.

Está en la prisión de Verjnéuralsk, igualmente, Guerasimchik, el infatigable editor de *La Voz del Trabajo (Golos*

12. Un agente provocador de la Checa hizo fusilar, en 1922, a su mujer, Fanny Baron, y al teórico Leo Chorny.

Truda), órgano sindicalista desde los primeros años de la revolución, muy soviético en algunos momentos.

Encontré en Orenburgo a Albert Inaun, un sólido georgiano que solía decir con simpática sonrisa: «¡Yo he pasado en diez años por todos los campos de concentración de la sexta parte del mundo, aproximadamente!». Cuando partí, su moral estaba perfecta, pero tenía los pulmones algo resentidos.[13] Judoléi y Askarov, este último teórico del anarquismo universal unido a la dictadura del proletariado, están en prisión o deportados. ¿Cómo conocer la suerte de estos hombres dispersos en secreto por la SG en las prisiones, las penitenciarías y los rincones sucios del inmenso país? ¿Qué es de Kolabuchkin, que prestó tan buenos servicios en el abastecimiento de combustibles durante la guerra civil? ¿Dónde están María Veguer, Iván Tarasuk-Kabas, detenido en 1920 en Jarjov, enviado de un campo de concentración a otro, de Jolmogori a Pertominsk, encarcelado en Briansk y en Petropavlovsk, en el Kazajistán, deportado a Taskent? Nikolái Tumanov, Chkolníkov, Nikolái Bieláev? Sólo nombro a los militantes conocidos, a la vista, pero tengo ante mí una lista de un centenar de anarquistas y sindicalistas confeccionada en 1934. Es muy incompleta y sabemos que la reacción estalinista ha actuado metódicamente en 1935, con el objeto de depurar al país entero del menor germen de inconformismo. Debe recordarse, asimismo, en esta ocasión, a antiguos anarquistas que desde hace mucho tiempo han dejado de militar y a quienes se han infligido penas implacables.

Herman Sandormirski, antiguo terrorista, condenado a muerte, evadido de la fortaleza de Varsovia, presidiario; des-

13. Encontrados en la misma ciudad: Pavel Sokólov, pintor de edificios de Leningrado, Aleksandre Smolíukov, Aleksandra Andina, Kornílov, quienes estaban, a su pesar, establecidos allí y después de años de tribulación no podían ir a ninguna parte con sus pasaportes de perseguidos.

pués de la revolución, director del Servicio de los Balcanes en el Comisariado de Negocios Extranjeros, miembro del Sindicato de Escritores Soviéticos, autor de memorias interesantes y de útiles monografías sobre el fascismo italiano, ha sido deportado sin razón conocida ni imaginable, a Ieniseisk, por cinco años.

Novomirski, terrorista, presidiario, evadido bajo el antiguo régimen, unido al Partido bajo la influencia personal de Lenin en 1919, pero retirado de él al principio de la NEP, iniciado de la primera enciclopedia soviética, ha sido enviado a una penitenciaría por diez años. Su mujer ha sido condenada por la misma pena, a cinco años.

Se da el caso de que los refugiados extranjeros, batidos por el fascismo en su país de origen, no hacen, al llegar a la URSS, más que cambiar de prisión.

Me informo, al escribir esto, de que la compañera de Erich Muhsam (el extraordinario militante de los soviets de Baviera en 1918, recluso —¡durante ocho años!—, el poeta anarquista asesinado el año pasado en un campo de concentración de Alemania), Zeinl Muhsam, está desde hace meses presa en Moscú.

De Iaransk, donde se moría de hambre, Otello Gaggi acaba de ser trasladado a un caserío de Kazajistán... Gaggi, obrero toscano, condenado por la Corte de Audiencia Criminal de Arezzo a 25 años de reclusión por haber defendido valientemente su pueblo de San Giovanni di Valdamo contra los camisas negras en 1921; refugiado en Moscú, con su mujer y su hija, pertenece al grupo de anarquistas detenidos después del proceso de Kirov. La mujer fue también deportada, pero separadamente. ¿Qué se ha hecho de la niña?[14] Se

14. Gustave Bouley, ex anarquista francés, llega a Rusia en 1920, después de haber participado en las agitaciones de Alemania. Era un soñador que no deseaba más que vivir en paz y terminó por colocarse en el Comisariado de Negocios Extranjeros, donde fue, durante más de

ve, por el ejemplo de los socialistas y de los anarquistas, que ni los servicios prestados, ni el valor en la adversidad, ni la firmeza en las convicciones, ni la edad de los veteranos, ni el mérito científico, ni el retiro a la vida privada, ni los infortunios personales, ni el gran número de sacrificios, ni las persecuciones sufridas antes, ni el valor desplegado en las luchas internacionales previenen contra una represión que abarca desde la crueldad hasta el absurdo. Porque es cierto que Gaggi y Zeinl Muhsam, conocidos en el extranjero, son más peligrosos para el régimen en las prisiones que en libertad en Moscú; hacen de esta manera reflexionar más. Nada se tiene en cuenta, salvo una oscura razón de Estado, enemiga, por consiguiente, de toda razón. El más simple sentido común recomendaría el tratar de otra forma a los representantes de las generaciones revolucionarias que sobreviven a tantos combates.

Lo veremos mucho mejor a propósito de la oposición comunista.

Es verdad que los socialistas revolucionarios[15] han sido los adversarios irreductibles de la revolución de octubre; que han sostenido la contrarrevolución, alentando la intervención checoslovaca en 1918, formado gobiernos en Samara y en Ufa, matado a Volodarski, preparado el asesinato de Trotski, herido a Lenin y el haber pertenecido al directorio de Omsk que llevó al almirante Kolchak al poder.

Pero la III República amnistió a los comunistas de 1879, ocho años después de la batalla de las barricadas. ¿Corresponde a un régimen socialista mostrarse más vengativo

diez años, un colaborador apreciado; de allí pasó a la redacción del *Journal de Moscou*. Fue misteriosamente detenido en 1935 y condenado a cinco años en un campo de concentración. Enviado a Kamchatka.

15. «Socialistas revolucionarios», denominación que creó un serio malentendido. Formaban, en realidad, un partido campesino dirigido por intelectuales radicales partidarios de una república burguesa.

hacia los adversarios completamente vencidos, de los cuales muchos —esto se sabe muy bien— son aliados en realidad desde hace tiempo? Y si se les juzga todavía demasiado peligrosos, si se les tiene miedo, ¿no sería más sencillo echarlos fuera que el infligirles cautiverios perpetuos?

Para los socialdemócratas (mencheviques), los socialistas revolucionarios de izquierda y los anarquistas, la cuestión se plantea de otra manera.

Los primeros han conocido durante la revolución muchas vacilaciones y cometido muchas faltas. Su concepción, madurada después de 20 años, era hostil a la toma del poder; y, pensando que *la experiencia* en curso estaba condenada al fracaso, preparaban el fracaso.

Se pronunciaron, sin embargo, claramente, a buen tiempo, por la defensa de los soviets, no sin criticar severamente el gobierno en el interior, lo que estaba dentro de su derecho. La leyenda que los hace cómplices de la intervención extranjera descansa sobre un miserable confusionismo o no es más que una impostura. Se colocaron, con los socialistas revolucionarios de izquierda, los maximalistas y los anarquistas, entre los disidentes de la Revolución. La diferencia —muy grave, porque toca a la filosofía de la acción, a la estrategia obrera, a la táctica, al socialismo en todos sus aspectos, en una palabra— que los separa de los bolcheviques es, poco más o menos, el mismo que durante tiempo ha separado en Occidente a la izquierda socialista de los comunistas. He aquí un problema vital. Toda revolución tendrá sus disidentes, sus minorías tanto más molestas en ciertos momentos cuanto que están ligadas a la transformación social. Toda revolución será un problema para un proletariado dividido o que lleve la marca de sus antiguas divisiones. Se verá a minorías convertirse en mayorías y a la disidencia cambiar de campo. Los bolcheviques no cometieron de una manera general y a pesar de la aspereza de las luchas, a veces sangrientas, la falta de confundir a los disidentes con los contrarrevolucionarios; las exageraciones de este género se hicieron cada vez más frecuentes a medida que crecía la burocratización del régimen, para terminar por constituir un sistema. Hay que decir, en verdad, que las disidencias y las divergencias de puntos de vista pueden, en tiempo de revolución, hacer el juego al enemigo, y es también justo constatar que los errores de los dirigentes y de las mayorías producen el mismo efecto. Es éste, de los dos lados, un argumento fácil y de doble filo, que contiene su parte de verdad dialéctica, pero del cual siempre se ha abusado sin razón. Porque la ausencia de criterio crítico hace también el juego al enemigo. En Rusia, la guerra civil y el bloqueo crearon una atmósfera de peligro mortal donde se imponían medidas de salud pública, a veces terribles, pero que no lo eran menos para el Partido en el poder (en el poder *sólo* por las defecciones de ciertos disidentes) que para sus adversarios en el seno de la revolución. Si la dictadura del proletariado rechaza a los mencheviques y a los anarquistas el derecho a sabotear, aun con las mejores intenciones, la defensa de una comuna amenazada en todos los momentos del peor fin, no se mostrará menos severa ante los desfallecimientos de los miembros del Partido Comunista; y no rechaza jamás a sus disidentes el derecho de crítica; jamás pretenderá rechazar el derecho de existencia. Se puede afirmar que, si el partido bolchevique hubiera pretendido desde el principio edificar un régimen totalitario privando a los trabajadores de toda libertad de opinión, no hubiese triunfado; las masas no se baten para ir a prisión; sabemos, por el contrario, que se anunciaba la gran democracia del trabajo.

Al día siguiente del desarme de los guardias negros anarquistas en Moscú, en 1918, el diario *La Anarquía* continuó saliendo; la librería anarquista-sindicalista de *Golos*

Truda (La Voz del Trabajo) no desapareció hasta 1925 o 1926; por la misma época, es decir, después de la victoria de la reacción burocrática, desaparecía el órgano de los socialistas revolucionarios de izquierda, *Znamia Truda (La Bandera del Trabajo)*. La hoja anarquista *Pochin (El Debut)* y *El Maximalista* sucumben un poco antes. El partido menchevique ha tenido un diario en Moscú en 1919, *Vperiod (Adelante)*. Sus fracciones se mantuvieron en los soviets hasta 1923. Fue necesario llegar a 1927, en el momento en que la burocracia termina por la exclusión de los trotskistas, triunfa en el Partido, para escuchar a Tomski y a Bujarin proclamar a una sola voz: «Bajo la dictadura del proletariado, dos, tres, cuatro partidos pueden existir, pero con una sola condición: uno en el poder y los otros en prisión».[16] Conocíamos bien la antípoda de esta teoría del Estado-prisión: la concepción de Lenin, el Estado-Comuna. Los socialistas saben que no están inmunes ni contra los errores, ni contra los desalientos, ni contra las desviaciones, ni contra las disidencias, ni aun contra las traiciones. Pero ellos no fundan una teocracia, ellos liberan al mundo. Mientras menos sepan renunciar a las rigurosas disciplinas de la acción, sin la cual ninguna victoria es posible, ni a las ventajas del pensamiento colectivo, menos sabrán renunciar a imponer en el seno de la clase obrera la voluntad de las mayorías, y en ciertos momentos la voluntad de la vanguardia a los de la retaguardia, timoratos, desamparados, corrompidos y manejados por la burguesía. Saben también que el socialismo no podría vivir y crecer sin pensamiento vivificador, es decir, sin libertad de opinión, divergencias,

16. Bujarin, en *Trud*, del 13 de noviembre de 1927, y Tomski, en *Pravda*, del 19 de noviembre del mismo año. El corolario de esta monstruosa teoría es: una sola opinión en un solo partido; y es pronto la opinión de uno solo. Tomski, Bujarin y sus amigos no iban a tardar mucho en sentir en carne propia la experiencia del Estado-Prisión.

crítica de las masas, opinión pública activa, emulación de las ideas.

Sobre estos puntos, el estalinismo ha causado al mundo obrero un mal inmenso, que sólo el proletariado de Occidente podrá remediar. Teórica y prácticamente, el Estado-Prisión nada tiene en común con las medidas de salud pública del Estado-Comuna en el periodo de combate; es la obra de los burócratas triunfantes, constreñidos, para imponer su usurpación, a romper con los principios esenciales del socialismo y a negar toda libertad a los trabajadores.

IV
Destino de los comunistas. Muerte de los opositores

Por divergencias mucho menores, en apariencia, que las que habían separado antes a los bolcheviques de los otros partidos socialistas, los opositores fueron rápidamente los más perseguidos. Constituían, para la burocracia, el mayor peligro, invocando contra ella un patrimonio de ideas comunes, poniéndola sin cesar en contradicción consigo misma, gozando, en una palabra, a este respecto de una superioridad moral y política muy neta.

Formaban un verdadero movimiento de masas en el seno de la vanguardia comunista. Y mientras más se alejaba el régimen de los primeros tiempos de la revolución, esos tiempos del Estado-Comuna, gran democracia obrera, que habría sido el programa y el ideal de la dictadura del proletariado, más reaccionarios y brutales eran los métodos gubernamentales.

No se sabe cuántos asesinatos legales (si se nos permite aquí hablar de legalidad) y otros han dado a esta lucha su carácter encarnizado, mostrando, por una parte, que no se retrocederá ante nadie para ahogar la reforma naciente y, por la otra, que se soportarán todos los sacrificios antes que renunciar a ella.

Albert Heinrichsohn fue uno de nuestros primeros muertos. Yo estaba en Leningrado cuando fue asesinado.

Era obrero de una gran fábrica del arrabal de Narva, de la fábrica Putílov, si no me equivoco, antiguo comisario de un batallón rojo en el frente. Cuando vinieron a detenerlo (las detenciones de los comunistas eran todavía una novedad que suscitaban vivas indignaciones), se encolerizó contra los agentes de la Guepeú: «¡Ah! ¡Ustedes vienen a encarcelar a los leninistas! ¡Ustedes no tienen vergüenza! ¡Termidorianos!». Se le arrastra casi a la fuerza sin permitirle abrazar a su mujer, quien nos hizo este relato. Tres días después, esta obrera fue invitada por el jefe de la prisión preventiva, quien la recibió con sentimiento de consideración, terminando por anunciarle el suicidio de su marido y ofreciéndole un socorro de cien rublos.

Ella deseó ver el cuerpo del difunto, a lo que no se negaron. Tuvo mucho trabajo para encontrarlo, consiguiéndolo gracias a diligencias amigas, en una morgue donde se preparaban para retirarlo. Tenía la boca destrozada, la cara y el pecho cubiertos de cardenales. La autopsia lo constata sin precisar la causa del fallecimiento. Una solicitud de investigación de la viuda y de sus compañeros, dirigida a la Comisión Central de Control del Partido, quedó sin respuesta.

Nuestra investigación personal nos llevó a la conclusión de que Heinrichsohn había sido muerto en el calabozo.

Descubrimos, por casualidad, que agentes provocadores de la Guepeú operaban entre nosotros. Esto pasaba a finales de 1927 o a comienzos de 1928. Mi amigo Vasíli Nikíforovich Chádev fue asesinado el 26 de agosto de 1928. Ingresó en el Partido y en la Revolución en 1917, y llegó a ser un excelente periodista. Sus artículos en la *Krasnaya Gazeta* de Leningrado sobre las nuevas costumbres, alojamientos, tribunales, reunidos en un volumen, conservarán interés documental. Era entre nosotros el autor de una especie de programa agrario que preconizaba en los campos un esfuerzo de colectivización. Fuimos excluidos juntos del Partido, porque pertenecíamos a la misma célula, en la cual, solos entre 400 miembros que no osaban pronunciarse (aunque simpatizaran con nosotros), tomábamos frecuentemente la palabra.

Cumplió seis meses de prisión, en secreto, antes de consentir no militar, pero manteniendo sus convicciones. A este precio recuperó la libertad y el empleo de corresponsal de la *Krasnaya Gazeta*. Pero era necesario impedirle la persecución de los abusos cometidos en los arrabales obreros. Es enviado a investigar en los primeros koljoses de Kubán, donde le asesinaron en el camino principal, por bandidos desconocidos y con la evidente complicidad de las autoridades locales. Se nos negó autorización para trasladar su cuerpo a Leningrado y dedicarle un folleto.

Hacia esa época moría en prisión, después de una lucha atroz, uno de los secretarios de Trotski, Georgi Valentínovich Butov.

Ya se tramaban alrededor del Viejo inquietantes intrigas; Butov, colaborador de la Presidencia del Consejo Superior del Ejército, fue inculpado de espionaje. Se trató de arrancarle declaraciones susceptibles de comprometer a Trotski, después de lo cual se le enviaría por diez años a las islas Solovieshki. Rechaza esta acusación infamante, y de acusado se convierte en acusador. Murió agotado, después de 50 días en huelga de hambre. La misma muerte del alcalde de Cork, al día siguiente de la guerra, había trastornado al mundo civilizado; la del probo revolucionario Butov quedó desconocida por mucho tiempo hasta por sus íntimos amigos.

Nuestro gran camarada Iakov Grigórievich Blumkin fue fusilado, en noviembre de 1929. Nos cuidaremos de que esta potente figura de combate no sea olvidada. Había tenido una vida épica. Terrorista, socialista revolucionario de izquierda, había ejecutado, por orden de su partido, en 1918, al conde

Mirbach, embajador de Alemania en Moscú. Ingresado un poco más tarde en el Partido Comunista, había cumplido misiones de las más peligrosas en Ucrania, de donde regresó acribillado de heridas. En Persia, al principio de 1919, había dirigido la tentativa revolucionaria de Kuchuk Jan en el Ghilan. Más tarde, organizador del Ejército de la República de Mongolia, colaborador de *Izvestia,* en el cual publicaba artículos notables sobre Joffre y Foch; encargado de misiones secretas en la India, en Egipto, en Constantinopla. Vio allí a Trotski desterrado y se ofreció de transmitir un mensaje a los camaradas de Moscú. (Este mensaje exponía las tendencias de la oposición en el extranjero y exigía que se intentara difundir en Rusia el boletín editado en París). Traicionado al regreso a Moscú, tuvo una entrevista con Radek, quien, según mis informes personales, le habría aconsejado ver a Ordjonikidze, «el único hombre que podrá salvarte, porque el Georgiano (Stalin) no te dejará pasar». Blumkin, desde casa de Radek, telefoneó a Ordjonikidze y fue citado para entrevistarse con él en el Kremlin, pero como los teléfonos estaban intervenidos lo detuvieron a la salida y lo fusilaron rápidamente por orden personal de Stalin. Había vivido valerosamente y murió de la misma forma.

Se me asegura que Blumkin pidió y obtuvo de la Guepeú un aplazamiento de la ejecución de 15 días, para escribir sus memorias. La Guepeú oculta, pues, un magnífico libro. Uno de sus colaboradores, un joven francés, fue ejecutado en el Mediodía. La justificación formal de la ejecución de Blumkin fue que, en su calidad de agente de contraespionaje, había cometido, comunicándose con Trotski, un acto de alta traición. Pero esta ejecución no se atrevieron a publicarla en la URSS, en donde se conoció por un telegrama del *Berliner Tageblalt.* El órgano comunista de Viena, el *Rote Fahne,* la desmintió como una «infame mentira contrarrevolucionaria».

En Moscú, mientras tanto, se hacía circular en las esferas dirigentes del Partido una versión de una impudicia difícil de precisar: «Blumkin, apreciando la gravedad de su falta, había pedido ser fusilado». Se afirmó, también, que se había suicidado. Los asesinos, desconcertados, caían en la exageración. Señalo, además, que Blumkin dejó mujer y un niño ¿Qué ha sido de ellos?

Las ejecuciones, más misteriosas todavía, de Silov y de Rabinovich ocurren por la misma época (invierno de 1929-1930). Según mis informes, el asunto se presenta de la forma siguiente: Rabínovich, joven comunista, colaborador de la Guepeú, había comunicado a sus camaradas oponentes informes sobre la represión. Acababa de casarse cuando fue detenido. Fue ejecutado por alta traición.

Silov, sin partido, periodista, colaborador de un servicio de ediciones, fue fusilado por haberle prestado servicios.

Un viejo chequista de la guerra civil, Ioséłevich, antiguo miembro de la Checa de Petrogrado, fue condenado a diez años de penitenciaría.

Un antiguo miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional de las Juventudes Comunistas, Blumenfeld, fue condenado a la misma pena. Este Blumenfeld pasó varias veces de la oposición al estalinismo y viceversa; su papel en este drama no se ha esclarecido.

De una protesta dirigida por los deportados opositores de Tomsk al Comité Central del Partido Comunista extraigo lo siguiente, que parece relacionarse con el compañero Piterski, enviado a las islas Solovieshki en 1927:

> Uno de nuestros camaradas encerrado en Solovki sostuvo una larga huelga de hambre para obtener régimen político. Se le puso en calabozo. Cuando salió, redactó un documento sobre el monstruoso régimen del campo e intentó enviarlo a las autori-

dades de Moscú. Este mensaje fue interceptado. Algún tiempo después desaparece este camarada, al que no vimos más. La administración nos informa oficialmente de que ha sido muerto en una tentativa de evasión.

¡Como Liebknecht y tantos otros en el mundo! Los españoles llaman a eso «ley de fugas», por analogía, sin duda, con la ley del talión.

En 1930, un guardián de la prisión de Tomsk consintió en sacar ilegalmente afuera una carta del oponente Sosnovski, convertido después a la «línea general»; fue detenido por esta infracción al reglamento y fusilado. Ignoramos el nombre de esta oscura víctima.

Estas ejecuciones no son, por otro lado, las únicas. No sabría subrayar aquí el carácter incompleto y fragmentado de mi documentación.

Había entre 1929 y 1930, en el club de marinos del puerto de Leningrado, un camarada oponente alemán. No tardó en desaparecer, acusado de haber establecido unión ilegal con el extranjero. He oído que fue fusilado. Como todo se hace en el secreto más absoluto, son necesarias circunstancias fortuitas para que conozcamos, después de largos meses o años, que un militante conocido ha perecido misteriosamente. Se muere, en fin, de muerte más o menos natural en las prisiones y los lugares de deportación, como León Papermeister, combatiente rojo de Siberia, buscado por su madre a través de todas las casas centrales de la URSS, y que falleció en una de ellas —no sé cual; eran cuatro hermanos comunistas oponentes, todos en prisión—, el 8 de diciembre de 1934.

Helena Shulukidzé, vieja militante georgiana, miembro del Partido bolchevique desde la primera Revolución en 1905, deportada en Arjangel, régimen de frío, después en Jokand, en los arenales calientes, maltratada por sus guardianes, en el curso de un traslado murió por falta de cuidados, en Akmolinsk, en los arenales de Kazajistán, al principio de 1932.

Kate Shinshadzé la había precedido a la tumba al comienzo de 1931. Era uno de los viejos bolcheviques más estimados de los antiguos grupos de Cáucaso. Stalin no podía perdonar ni su inflexible resistencia, ni su pasado, ni su leyenda, ni su autoridad. Con Stalin mismo (Koba), Krasin, Kamo y Djordjiachvili, había pertenecido desde 1906 a la organización de combate bolchevique que cometió varios atentados retumbantes, tales como la ejecución del general Griaznov, que había reprimido el movimiento revolucionario en Georgia (este acto terrorista fue organizado por Stalin), y el ataque a un carro del tesoro en Tbilisi, donde los revolucionarios *expropiaron* 341.000 rublos (26 de junio de 1907).

En agosto de 1911, Shinshadzé evadió a Kamo, refugiado entregado de Alemania y prisionero en la fortaleza de Metej de Tbilisi, una especie de nido de águilas. Al año siguiente los bolcheviques intentaron una expropiación en el camino de Kodja.

Shinshadzé y otro libraron combate con los cosacos para salvar a Kamo. Derribando a siete, son apresados vivos junto con él y condenados a muerte. Se hallará en el *Stalin* de Boris Souvarine el detalle de estos sucesos, según las obras soviéticas publicadas antes en Moscú y, sin duda, retiradas hoy día de la circulación.

Después de la *expropiación* de Tbilisi, Litvinov fue el encargado de transportar los fondos al extranjero. Arrestado en París en 1908, se le encontró encima una fuerte suma de billetes procedentes del atentado de la plaza de Erivan.

Al día siguiente de la sovietización de Georgia, Shinshadzé se convierte en presidente de la Checa; y a partir de 1923 lucha contra la burocratización del régimen. Se le de-

porta a Crimea en 1928. A consecuencia de sus prisiones enfermó de tuberculosis. No podría vivir por más tiempo sino en Abjasie, en el clima vivificador y caliente de la montaña. Sus allegados solicitaron en vano su traslado a esa región. Stalin parecía desear el fin de su compañero de lucha de otros tiempos. Shinshadzé muere perseguido, aislado, con su correspondencia confiscada, en medio de detenciones y deportaciones, de brutalidades y persecuciones. Su muerte queda ignorada. Se han publicado algunas de sus últimas cartas, documentos humanos de una gran fuerza trágica.

Encontré a Eleazar Solnshev en Moscú, cuando regresó de América para unirse a los golpes de la represión. Fue enviado en misión, a título de experto en cuestiones económicas; sus amigos le aconsejaron que se quedara en el extranjero, viéndole como un economista y un teórico como pocos dentro de la joven generación. Le vi esbelto, los ojos grises, la cara alargada, la expresión seria con una media sonrisa irónica al borde de los labios. Se le encierra por tres años en 1928, sin tomarse la molestia de formular contra él ninguna acusación. Sus convicciones comunistas bastaban. Al término de los tres años, se le agregan dos más como medida administrativa, al igual que a los otros opositores. A la expiración de estos cinco años, los prisioneros fueron al fin liberados porque los detenidos trotskistas (a los cuales se habían unido los militantes de la tendencia Sapronov y los anarquistas) habían exigido, por medio de una dura huelga de hambre, el cese de la duplicación de las penas pronunciadas sin proceso.

Encontré en la deportación a una joven que había conocido a Solnshev en la prisión de Verjnéuralsk. Todavía conservaba la impresión de su fortaleza de alma y de su gran inteligencia. Desempeñaba incontestablemente la posición de jefe en el buen sentido de la palabra. Se le deporta a un pueblo del Ural o de la Siberia occidental, desde donde nos

escribe sobre su soledad y su miseria material porque no pudo encontrar, durante muchos meses, trabajo alguno. Se había deportado, además, a su mujer y a su hijo. Los dos tercios de las cartas se *perdían* tanto a la llegada como a la partida, en los vastos clasificadores del Gabinete Negro. Después del *proceso Kirov* se hizo un negro silencio sobre él.

De nuevo detenido, de nuevo condenado sin proceso, a cinco años de reclusión, Solnshev había rechazado categóricamente el seguir el juego del gato y el ratón, declarando preferir arrojar su cadáver a los estranguladores de la revolución. Eso también serviría. A los 18 días de huelga de hambre, cuando los médicos constataron la gravedad de su estado, la Guepeú cede. Se le comunica la decisión de deportación; y esta vez podrá reunirse con su mujer y con su hijo en Minusinsk. Intenta partir enseguida, haciendo un gran esfuerzo. En el camino, su organismo extenuado desfalleció; se le declara una inflamación del oído interno, necesitando ser intervenido quirúrgicamente de inmediato. Solnshev murió en el hospital en Novosibirsk, en enero de 1936.

V
Vida de los oponentes

La oposición trotskista, que para afirmar mejor la adhesión a la tradición de octubre se denomina «bolchevique-leninista», es hoy día, puede decirse, la única unidad de combate contra el régimen burocrático.

Los viejos partidos no se renuevan. Los que los representan dejan la escena uno detrás de otro, sin ser reemplazados, no permitiéndoseles ninguna propaganda.

El movimiento de oposición comunista se renueva, en cambio, en el seno del partido dirigente, donde se hallan vivos los remordimientos por lo efectuado en cada momento, en contradicción con los principios del bolchevismo.

De la misma manera que la burguesía francesa, temblando ante el recuerdo de las banderas rojas del Faubourg Saint-Antoine, ha vivido mucho tiempo después de 1848 atormentada por el espectro del socialismo, los advenedizos de Rusia se adormecen ansiosamente todas las noches bajo el espectro del trotskismo. No pasan tres meses sin que violentas campañas de la prensa denuncien de nuevo el mal, y centenares de comunistas oficiales la víspera, calificados a su pesar de trotskistas, por haber manifestado simplemente alguna veleidad de pensamiento, toman el camino de las prisiones.

Muchos trotskistas de la primera hora han tenido que ceder, por fin, a la presión del Estado totalitario. Hemos co-

nocido, de parte de hombres que valen incontestablemente más que el destino al cual se resignan, abjuraciones sorprendentes, otras ridículas y otras que no eran ni sorprendentes ni ridículas, porque no significaban sino la imposibilidad de continuar la resistencia.

El viejo Racovski, el hombre de la revolución rumana de 1917, presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo en Ucrania durante los años heroicos, más tarde embajador de la URSS en París, pasó seis años de exilio sofocante en Barnaul. Sus amigos no consiguieron saber, durante meses, si estaba vivo; en varias ocasiones se le creyó muerto. Allí escribió sobre el régimen burocrático y sobre la decadencia del Partido páginas de una irrefutable exactitud. Bruscamente, en 1934, pidió perdón, se desdijo y se inclinó ante Stalin. Pensamos que se le había hecho el chantaje de guerra inminente y de unión sagrada de todos los comunistas alrededor del poder real. Recibió, en recompensa, un puesto de subalterno en Moscú, en el Comisariado de Salubridad Pública.

Sosnovski, perteneciente al primer equipo del Partido, capitula por la misma época después de seis años de reclusión.

Kasparova y su hijo, deportados desde 1928 en una penitenciaría, hicieron lo mismo.

Piatakov, que desempeñó un gran papel en la sovietización de la Ucrania, opositor desde 1923 hasta 1928, renuncia a la lucha diciendo que no había nada que hacer, que la reacción triunfaba por todas partes, que el proletariado estaba fatigado y deprimido, y que el estalinismo era, en suma, el fruto de esta situación, que no había más que inclinarse ante el más fuerte y constituirse en algo útil como un honesto especialista. Se le nombra director de un banco del Estado. Radek razonaba de la misma manera.

La selección formaba, sin embargo, en las prisiones, hombres dispuestos a cualquier sacrificio, lo suficientemente inteligentes como para no abdicar de sus convicciones en

ausencia de toda información objetiva, de todo intercambio intelectual, de toda libertad.

La persecución cae sobre ellos con una tenacidad y un furor crecientes, no respetando, como en las guerras religiosas de otros tiempos, ni a las mujeres ni a los niños, y sin retroceder ante el empleo de ningún medio.

León Davídovich Trotski no ha sido sólo injustamente calumniado, vilipendiado, excluido de los museos, de la literatura, de la historia, él, que fue el que mejor organizó la verdadera historia, la historia revolucionaria; deportado, desterrado, privado de la nacionalidad soviética, ha sido también sistemáticamente herido a través de los suyos. Su mujer, Natalia Ivánovna Sedova, su hijo León Lvóvich, su hija Zenaida Lovna, han sido, por su adhesión al padre y al esposo, tratados como enemigos públicos y les han retirado la nacionalidad soviética.

Zenaida no resistió esta atmósfera de persecución y se suicidó en Berlín, en 1933. La hija mayor, Nina, murió de tuberculosis en Moscú, un poco antes, desamparada. Sé de dónde le provenía la tuberculosis, habiéndola visto, todavía adolescente, militar en Petrogrado, cuando la ciudad estaba en peligro y en momentos difíciles. Sus dos hijos políticos, Man Nevelson y Platón Volkov, no han vivido desde 1918 sino en prisión y deportados.

A finales de 1935, Volkov estaba en Semipalatinsk. El segundo hijo, Serguéi Bronstein, permaneció en Rusia, desinteresado de la política. Ingeniero y profesor de tecnología en Moscú, desapareció en 1935, lo mismo que su mujer. Parece que fue deportado o encarcelado en Krasnoyarsk (Siberia).[17]

17. Natalia Sedova escribía, en un llamamiento a los trabajadores, fechado en julio de 1935: «Unicamente por un bajo instinto de venganza, la burocracia dirigente estrangula y tortura al trabajador soviético altamente cualificado e incontestablemente leal: porque es bien evi-

De los cuatro secretarios de Trotski, uno de ellos, Glazman, se suicidó en 1923. Se sabe que otro, Butov, murió en prisión a causa de una huelga de hambre de 50 días. Los dos supervivientes, Poznanski y Sermux, están encarcelados desde 1928.

Finalmente, la primera mujer de Trotski, divorciada después de 30 años de matrimonio, pero que continuó siendo su camarada y amiga, Aleksandra Lvovna Bronstein, pedagoga muy apreciada en Leningrado, que profesa más de 40 años de devoción a la clase obrera, fue deportada después, y por muchos años, a la región de Tobolsk. Se había hecho cargo de los hijos pequeños de Trotski. ¿Qué ha sido de ellos?

La mayor parte de los opositores fueron excluidos del Partido en 1928 y enseguida enviados a prisión; continúan en esta situación hasta 1936. La Guepeú prescinde de buscar pretextos legales para justificar los tres años de reclusión que, para empezar, les inflinge como medida administrativa.

Ordjonikidze, por entonces presidente de la Comisión de Control del Partido, encargado de vigilar el cumplimiento de las leyes, respondió a un opositor que le recriminaba que no subsistía nada de la legalidad soviética: «No se sorprenda, ustedes están fuera de la ley».

Terminados los tres primeros años, se prolongan las penas por dos años más, por haberse negado a la apostasía.

Anotamos esta nueva práctica desconocida en los países civilizados. Es necesario deshonrarla bastante ante la conciencia de las masas, para que ninguna reacción pueda, de la noche a la mañana, prevalerse con el ejemplo de Stalin.

dente que los golpes sufridos por el hijo no sabrán ejercer la menor influencia sobre la actividad política del padre, actividad en la cual nuestro Serguéi no tuvo jamás ninguna parte. Por ello me permito creer que el caso de mi hijo merece ser llevado ante la opinión pública. El silencio y la impunidad hacen temer que la vindicta de Stalin llegará pronto a lo irreparable...»

Los arrestados de 1928 terminaron sus cinco años entre 1933 y 1934. Fueron deportados de nuevo, detenidos sin razón especial después del *proceso Kirov* y nuevamente encarcelados por cinco años más.

Tal fue, con pocas variaciones, la suerte de un joven profesor de Leningrado, Grigori Iakovin, que se distinguió, aparte de su obra sobre Alemania, por su actividad de militante; de Vasíli Fiódorovich Pankrátov, antiguo marino de Kronstadt, combatiente de la guerra civil, chequista, subjefe de la Guepeú de Transcaucasia, inteligencia equilibrada, temperamento tranquilo de héroe, capaz de aceptar todas las eventualidades con una firme sonrisa; de Chanaan Márkovich Pevzner, colaborador del Comisariado de Finanzas de Moscú, mutilado de guerra en Extremo Oriente, deportado cerca de dos años, después prisionero durante cuatro, deportado más tarde a Orenburgo durante un año, prisionero en Cheliabinsk durante cinco años; de Eleazar Solnshev, del cual ya he referido su muerte; de Sócrates Guevorkian, publicista en Bakú; del joven obrero Dvinski, de Leningrado (estaba en 1935 en Semipalatinsk); de Man Nevelson, ya nombrado, antiguo jefe del V Ejército Rojo, quien obtiene éxitos decisivos sobre Kolchak; del viejo bolchevique Grunstein, presidiario bajo el antiguo régimen; del escritor Nikolái Gorlov, redactor en 1917, de *Pravda de las Trincheras;* de los hermanos Aarón, Pavel y Samuel Papermeister, antiguos partidarios rojos de Siberia; de Anna Iankovskaya; de María Ivanova, militante siberiana que dirigió la acción ilegal contra los blancos; de Ida Lemelman, y de muchos otros.

La mayor parte de estos perseguidos son heridos a través de sus parientes. Deportados la mujer y el hijo de Solnshev a Minusinsk; la hermana de Pevzner, a Arjangel; la hermana de Zinoviev, la hermana de Kuklin, viejo militante de Leningrado y la mujer del fusilado Chashki son deportados a un pueblo de Ienisei, cerca del Círculo Polar.

He conocido en Orenburgo a la mujer de Pankratov, Elisa Senashkaya, deportada por fidelidad a su marido. Estaba encinta cuando se arrestó por segunda vez a Pankratov, recientemente excarcelado. Permanece seis meses sin noticias de su marido y después la deportan, junto con el recién nacido, a Astrakán.

En la suerte de otros, la proporción entre la deportación, la reclusión, las prisiones de toda clase y los trabajos forzados varía más. Ignoro las etapas de Fiódor Dingeltedt, uno de los organizadores de la flota del Báltico en 1917, profesor del Instituto Forestal de Leningrado, autor de una obra sobre *La cuestión agraria en las Indias.* Sólo sé que ha pasado por varias deportaciones, por prisiones, por las islas Solovieshki, antes de ser deportado a los alrededores de Alma-Alta.

Boris Mijáilovich Elshin, uno de los antiguos camaradas de Lenin, combatiente de la Revolución en el Ural, miembro del Ejecutivo Panruso de los Soviets, no hace sino pasar, desde hace ocho años, de prisión a deportación, cada vez más enfermo, sacudiendo su melena todavía negra, cuando se le habla de Hegel, de Marx o del proletariado internacional; su hijo Sergei murió deportado, su hijo Víctor Elshin estaba deportado recientemente en Arjangel, sin trabajo, como siempre.

¿Dónde está María Mijáilovna Ioffe? Su marido, Adolf Ioffe, que hizo sus pruebas de revolucionario bajo el antiguo régimen, representa a los soviets en Berlín en vísperas y durante la revolución de 1918, a la cual no fue ajeno, después en Japón y en China, donde se ganó la simpatía de Sun-Yat-Sen. Firma el Tratado de Paz de Riga. Enfermo, termina suicidándose en 1927, dando a ese acto, en su última carta, el sentido de una protesta suprema contra el régimen estalinista. Poco después, su mujer era deportada a Kazajistán. Años más tarde, supe que su único hijo había muerto

por tantas privaciones.[18] Después de la expiración de su condena, María Ioffe, acusada de haber intentado organizar una acción de solidaridad para camaradas caídos en el desamparo, fue encarcelada y finalmente deportada a no sé dónde...[19]

Lado Dumbadze, viejo bolchevique georgiano, antiguo presidente del Soviet de Tbilisi, sufriendo de una parálisis progresiva de los miembros a consecuencia de una conmoción recibida en el frente durante la guerra civil, estaba tan enfermo que sus compañeros de calabozo debían vestirlo y alimentarlo, ha sido, desde 1934, trasladado de prisión en prisión en busca de un tratamiento que no deseaban darle y finalmente deportado a Sarapul, sin recursos ni posibilidades de trabajo, solo, absolutamente solo.

Lado Enukidze pasó cinco años en prisión, después de los cuales ha sido, con Belov, Boiko y otros, enviado al campo de concentración de Ust-Pechorsk. Trabajos forzados en tierras desiertas y frías.

Iósif Kraskin, después de la prisión, es deportado a Turujansk. ¿No le dice nada ese nombre? Está sobre el Ieniséi, por los 60 grados de latitud, a mil kilómetros de la estación de ferrocarril más próxima. Turujansk está compuesto por cuartos habitados por gente belicosa donde los turistas y los escritores amigos de la URSS jamás pondrán los pies.

18. Sobre la suerte de los niños deportados, el doctor Ciliga escribió: «En Ieniseisk, donde he pasado un año, los niños de Belov, recientemente llegados de un campo de concentración, cayeron enfermos por desnutrición. Morían literalmente de hambre ante nuestros ojos...»

De una carta de Siberia: «Katia Ja, con un pequeño de 12 meses, está en Chardyne. No se le da trabajo. Su marido está preso. Suplica solamente una cosa a sus compañeros: «No dejen morir de hambre al pequeño».

19. En el momento en que estoy escribiendo, telegramas de las agencias anuncian, al día siguiente del *proceso Zinoviev,* el suicidio de María Ioffe.

Recuerdo unas palabras de Smilga, prisionero en 1933 en Verjnéuralsk: «Cuando se tienen tan vastas regiones polares y tan inmensas llanuras a su disposición, verdaderamente no es necesaria la guillotina».

No fue verdad sino por un tiempo. En la primavera de 1936, Vladímir Kosior, uno de los fundadores de los sindicatos rusos y del Partido Bolchevique, fue deportado a Minusinsk; Musia Maguid se hallaba en la misma ciudad desde hacía seis meses, enfermo en cama de la prisión; Michel Andreevich Polevoi fue detenido en Kursk al cuarto año de deportación; Trujánov, antiguo combatiente rojo, obrero gorrero de Leningrado, estaba en Biisk (Siberia). Nikolái Murálov, que desempeñó un gran papel en la batalla desarrollada en las calles de Moscú en 1917, estaba deportado desde hacía ocho años en la región de Novosibirsk; Michel Bodrov fue enviado a un campo de concentración después de las peripecias de costumbre.

Ignoro dónde se encuentra Dora Zak, combatiente de 1905; salió enferma de un cuarto de tortura del general Denikin.

Ida Chumskaya se hallaba sola y sin comida en una aldea de Siberia. ¿Dónde están los tres militares yugoslavos Stenka Draguich, Stevan Haeberling y Mustafá Dedich, detenidos en 1933?

He conocido en Orenburgo, además de los camaradas ya nombrados, a Boris Illich Lajovishki, obrero tallador de Minsk, combatiente de la guerra civil, mutilado, a quien se empuja por el ocio al último estado de miseria antes de enviarlo a un campo de concentración; a Aleksis Semenovich, tornero de Leningrado, que participó en las dos revoluciones de 1917, deportado, después enviado por cinco años al campo de concentración de Karaganda; a Lida Svalova, torneadora de metales en Perm, ha pasado la juventud en deportación; a Iakov Belenki, profesor de historia, deportado

después de tres años de reclusión; a Iakov Byk, obrero curtidor, combatiente rojo en Ucrania, deportado después de años de prisión y de una permanecía en Solovki; a Fayna Upstein, joven militante de Odessa, deportada después de tres años de prisión; a Leónid Guirchek, antiguo encargado de la misión comercial en Persia, varias veces prisionero; a Vasíli Mijáilovich Cernyj, antiguo comisario en el frente, jefe de una Checa del Ural, quien lleva ya ocho años de peregrinaje de la prisión a la deportación.

Por el azar de un cautiverio común, he conocido a estos comunistas ejemplares de firmes convicciones y por la seriedad de su sacrificio; desde aquí les envío un recuerdo y les dedico un homenaje.

¿Qué será de ellos en la actualidad, ya que la prensa soviética habla diariamente de fusilar a los opositores «como sucios perros»? (Estos términos son los empleados).

Me detengo aquí un momento para relatar algo sobre mi propia experiencia. Desde luego, puede tener un cierto interés.

Fui expulsado del Partido en 1928 e inmediatamente internado en prisión. Recuperé la libertad gracias al esfuerzo de mis amigos parisienses, pero desde entonces me fue imposible publicar una sola línea en la URSS, y más difícil todavía ganarme la vida. Muy pronto la persecución se extendió a mis allegados. Mi padre político, obrero tintorero, antiguo emigrado político, fundador en Marsella de un sindicato de marinos rusos, expulsado de Francia en 1919 por haber organizado una huelga contra un buque ruso cargado de municiones para los blancos, fue separado de la fábrica y del sindicato, condenado al ocio y amenazado de pena capital después de una querella sucia que le busca una agente de la Guepeú, encargada de vigilar mi domicilio.

Sin la intervención de Panait Istrati, la mía y algunas otras, al pobre viejo Rusakov le amenazaba la pena de

muerte. Mi mujer no resiste este ambiente y contrae una grave enfermedad nerviosa, que nos fue imposible curar; los buenos establecimientos de salud estaban, no está mal decirlo, reservados a los que pensaban bien.

Esto dura cinco años. En 1932, se repite nuevamente la persecución encarnizadamente, porque se estaba en plena hambruna y en pleno terror. Vio el viejo que se le negaban los carnés del pan y los pasaportes interiores. Se sobrepuso a todo eso, pero murió del corazón.

Fui detenido y deportado en 1933. Se deporta por tres años, y al mismo tiempo que a mí, a dos valientes comunistas de Moscú, sólo por conocerme: Sheva Ghenkina, secretaria de la Internacional Roja de Mineros, cuyo marido se encontraba ya en Asia Central, y Nadiejda Moiseevna Almaz, combatiente de 1918 en el Ural, secretaria de Lozovski, enviada a Astrakán, donde se encuentra condenada a la ociosidad.

Mi cuñada, Anita Rusakova, dactilógrafa a mi servicio, cumple tres meses en secreto; después la ponen en libertad. Es detenida de nuevo a comienzos de 1936.

Nada está más claro que los resortes de este proceso, igual que tantos otros.

Desde mi llegada a Occidente, escribí sobre este respecto a mi amiga Madeleine Paz: «Se ha terminado (en la instrucción) por obtener un falso pero evidente documento incontestable, firmado, según parece, por mi hermana política. Cuando me encolericé, se le hizo retractar y esta joven fue puesta en libertad. Pero después, en diciembre último, yo partía para el extranjero y por ello debía pasar por Moscú, fue arrestada y después de tres meses de instrucción secreta, fue deportada por cinco años a Viatka. Es una simple empleada completamente apolítica, de un carácter asustadizo y miedoso. El juego está odiosamente claro: era necesario que no la encontrara en Moscú para poner luz sobre los resortes secretos del mal golpe fracasado contra mí. Los inquisidores que pudieran ser llamados para responder de sus procedimientos, sobre todo cuando fracasan, defienden sus carreras». Cito al principal entre ellos: Rutkovski. Intentó, empleando documentos falsos, dictarme confesiones, lo repito, *enteramente falsas*. Insistí en que ninguna inculpación definida había sido llevada a mi conocimiento. El primer interrogatorio empieza con estas palabras: «Y bien, ¿qué piensa usted de la línea general?». A continuación, fui interrogado sobre la cuestión de mi libro publicado en París, luego sobre una apreciación que habría formulado en una carta al *Diario de los Poetas* de Bruselas sobre el poeta Selvinski, y también sobre mis relaciones.

Comprendí que me habían enviado, sin éxito, agentes provocadores. Es evidente que sin la lucha que sostuvieron por mi libertad algunos antiguos amigos y numerosos camaradas franceses, mi sola independencia de pensamiento me condenaba a un cautiverio perpetuo, no libre de otros peligros. Un antiguo opositor, traductor conocido en los medios literarios de Moscú, Jean Renaud, tuvo el valor de venir a visitarme a Orenburgo; desapareció en el viaje de regreso y no me ha sido posible seguir sus huellas.

Cuando pude, gracias a la campaña de protestas realizadas en el extranjero, dejar la URSS, la censura soviética retuvo, ilegalmente, todos los papeles personales que deseaba llevarme y todos mis manuscritos inéditos, tres obras terminadas, fruto de años de trabajo. Todo ha sido soterrado. He dejado allá a seres queridos. Me ha sido imposible saber qué ha sido de ellos, imposible saber si están pagando con sufrimientos inicuos su relación conmigo.

El Gabinete Negro corta toda mi correspondencia. Tres meses después de mi partida, un decreto que no se han tomado la molestia de motivar, y para el que no podrían encontrar causa alguna legal, a menos que recurran a invenciones

que no resistirían ningún examen crítico, me ha colocado, junto con los míos, fuera de la nacionalidad soviética. Mantuve, con el funcionario soviético que me informó, la breve conversación siguiente: «¿No tengo el derecho de ser escuchado antes de que una decisión de esta importancia sea tomada en mi contra?». «Me parece que no», respondió. «¿No tengo derecho a la defensa?», dije. «Me parece que no». «¿Ni a la apelación?», agregué. «Usted puede escribir a Moscú». «Esta medida, ¿concierne también a mi pequeña de 18 meses, a la cual no se podría, creo, reprochar ideas subversivas? ¿Esta medida hiere también a mi suegra enferma?». «Perfectamente», concluyó. Y no he dicho todo sobre la persecución de mis parientes.

Un viejo grupo de opositores reclama el centralismo democrático en el Partido. Estos militantes difieren de los trotskistas en que niegan desde hace tiempo todo carácter socialista al régimen burocrático. Los dos líderes de esta tendencia, como todos sus sostenedores, están prisioneros desde 1928. Los dos, Vladímir Mijáilovich Smirnov y Timoféi Sapronov, tomaron parte directa en la Revolución de Octubre. Smirnov fue uno de los dirigentes de la insurrección en Moscú. Largo tiempo encerrado, perdió casi la vista en la prisión de Suzdal. Al final de los cinco años de prisión, fue deportado a Ulala, en Oriati, donde disfrutó de dos semanas de libertad relativa antes de ser encerrado nuevamente por cinco años. Sapronov estaba últimamente en el aislador de Verjnéuralsk. Los dos están acabados, enfermos e intratables.

Se podrían citar millares de nombres en este lugar, totalizando para la oposición decenas de millares de años de proscripción y nadie sabe cuántos dramas ocultos.

He aquí algunos datos sobre las detenciones.

A principios de 1928, de 3.000 a 4.000; octubre de 1929, alrededor de mil en los grandes centros; enero de

1930, 300 arrestos en Moscú; mayo de 1930, con ocasión del XVI Congreso del Partido, de 400 a 500 detenciones en Moscú; agosto de 1930, varias centenas. En 1931-1932, no quedan opositores en libertad. A finales de 1932, se arresta por centenas a los antiguos opositores reintegrados al Partido.

Todos estos hombres no han cometido más crimen que el de expresar su pensamiento y el de reclamar, en el Partido, el derecho a la crítica y a la discusión. Aquellos que intentaron recurrir a la acción *ilegal*, como un Elshin o un Iakovin, se reunían, clandestinamente, y editaron rápidamente algunos folletos mimeografiados.

Estos hombres han hecho la revolución obrera. Han sido los arquitectos de las Repúblicas Soviéticas. Han derramado su sangre por ellas, viviendo para ellas, aceptando todos los trabajos. ¡Y continúan! Son jornadas de una monotonía abrumadora. Todos esos tristes destinos parecen repetirse, todos esos hombres se encuentran dentro de una desesperante atmósfera gris.

Prisiones, aisladores, Verjnéuralsk, Suzdal, Tobolsk, Iaroslav, Cheliabinsk, huelgas de hambre, SOS que nadie oye, bromas pesadas, luchas sordas en los calabozos, heroísmo y estoicismo inútiles, deportación, deportación, deportación; y de nuevo prisión, prisión, prisión, indefinidamente.

1936 ha hecho retumbar en los oídos de los prisioneros el eco de las luchas de los revolucionarios contra la máquina trituradora del régimen. Hay algo de abrumador cuando se sueña así, en abstracto, sin ver las caras simples o maliciosas, sin conocer bien las vidas, sin ver la tierra rusa, las murallas, los cerrojos. Yo desearía borrar esta impresión. Cada uno de estos hombres tiene su verdadera grandeza. No son vencidos, son almas sufrientes y, frecuentemente, almas victoriosas. Todos han hecho bien sus jornadas de obreros desde las primeras horas de la transformación del

mundo. Ellos lo saben, y saben que tienen razón. La mejor luz de la conciencia de las masas, que mañana, tarde o temprano, se despertarán, vivió en ellos. Están de pie, y sólo ellos están de pie en este país, fuertes y fieles. Se puede contar con ellos.

VI
Los que capitulan

Numerosos combatientes de la revolución, después de haber intentado resistir a la burocratización del Partido y a la política personal de Stalin, bajo los golpes de la represión se rinden con bastante rapidez, renegando de sus convicciones de la víspera, multiplicando las demostraciones de servilismo con respecto al Jefe. Esto comienza en 1928. Unos capitularon por táctica; otros, por debilidad o por interés. En todos, la adhesión al viejo partido fue un factor psicológico decisivo. La desmoralización que resulta de estos renunciamientos terminó por hacer irrespirable la atmósfera del Partido.

Constatemos, en primer lugar, que la resistencia física tiene su límite. Un hombre resiste cinco, ocho, diez años; llega el momento en que se doblega y no puede más. Escribe al Comité Central que abjura de sus errores, condena a sus camaradas de la víspera, admira por encima de todo al *Jefe genial* que... Se le piden frecuentemente otras seguridades: convertirse en delator.[20] Después se le da un pequeño empleo. La paz (no por mucho tiempo, ya lo veremos).

20. Mi camarada Iurguens, de Leningrado, habiéndose inclinado ante la «línea general» del Partido, pero rechazando la delación, fue objeto de una tan perseverante persecución que, agotada su resistencia nerviosa, puso fin a sus días (1932).

He aquí algunas líneas de una carta de un opositor deportado: «T. ha capitulado al término de dos años de deportación. Se ha empleado —dice él— contra mí hasta el suplicio de la cuerda». Escribe: «soy un inválido, tengo los nervios enfermos, úlcera en el estómago, el escorbuto, para colmo (adquirido en la prisión), y éstas son las causas principales de mi retiro; además, soy pesimista sobre el porvenir de nuestra lucha...»

Recuerdo a un obrero de Leningrado que vino a consultarme antes de capitular. Tenía hijos. Mutilado de una mano, no podía trabajar sino en una empresa y sabía que lo pondrían en la puerta si persistía en afirmar su convicción. En fin, estando todo opositor condenado a la inacción obligada, muchos hombres habituados al trabajo intensivo en una época en la que se trataba de construir para continuar la revolución abjuran para poder trabajar. El temor al fascismo y a la guerra obliga a otros a sacrificar su pensamiento para permanecer con la gran fuerza histórica que —esperan ellos—, a pesar de las peores faltas, encarna la revolución socialista.[21] La resistencia de una convicción en un estado totalitario es una dura prueba diaria que implica, además del espíritu de sacrificio, un estoicismo real y una tenaz perspicacia. No hay que esperar socorro de ninguna parte, ninguna evasión posible, ninguna perspectiva de consuelo; métase bien en la cabeza esto.

Muchos opositores no habrían llegado a esta situación si hubieran dado prueba, desde el principio, de más valor cívico. Se encuentran revolucionarios que usan como táctica las capitulaciones, la duplicidad, las reservas mentales, las traiciones mismas. Su devoción toma esta forma monstruosa bajo la presión del despotismo. Bien pensadas son a este respecto las responsabilidades de la tendencia Zinoviev-Kamenev. Por mantenerse a toda costa en el partido estalinista —donde estaban decididos a no dejarlos vivir—, los militantes de este grupo no han retrocedido ante ninguna humillación. Tres veces en menos de cinco años han sido excluidos, tres veces han renovado su sumisión en las condiciones más humillantes, tres veces Stalin, que necesitaba tanto de ellos como de su humillación, los hizo reintegrar, antes de entregarlos a la prisión por diez años, de infligirles un supremo envilecimiento, y finalmente hacerlos masacrar. Su táctica de «marchar recostándose en el Partido», según palabras de Zinoviev, ha terminado en suicidio político. He conocido a estos hombres, quienes, bajo los golpes de la persecución en los patios de las prisiones, continuaban declarándose estalinistas *100%;* pero frente al opositor del cual no se podía temer una denuncia, se desahogaban con una amargura sin límites. Pensaban de esta manera:

> Nada hay que hacer fuera del Partido. Hay que permanecer a todo precio, esperando la hora en la cual se podrá intentar al fin una reparación.
> Cualquiera que se separe ejecuta mecánicamente el juego de la contrarrevolución. Nosotros sufriremos todas las vejaciones, todas las iniquidades por permanecer en él; lo esencial está en esperar el día en que suene la hora inevitable de la crisis del régimen.

Esta oposición denominada «de Leningrado», porque se cristalizaba en la antigua capital donde los viejos cuadros habían permanecido devotos al ex presidente del Soviet Zinoviev, era, en el fondo, burocrática. Formada de funcionarios que habían aplicado (los primeros en el Partido) los

21. Los opositores no tienen el monopolio de estas capitulaciones. El anarquista Archinov, compañero de lucha de Makno, se inclina ante el estalinismo en 1935, en una época en la cual pocas ilusiones estaban permitidas a un espíritu libertario.

métodos de violencia y de corrupción, fue en gran medida una camarilla que, despojada del poder, estaba deseosa, desde luego, de plantear las grandes cuestiones de principios. Su mérito momentáneo fue el de hacerlo dentro de un espíritu internacional y proletario. Para muchos viejos bolcheviques, el sistema burocrático no era en sí un mal; el mal consistía en que se hizo una política equivocada. ¡Como si hubiera podido existir otra política que la de su propia conservación! Más que el Estado-Comuna y la democracia obrera, su espíritu estrechamente intolerante se representaba al Estado confundido con el aparato del Partido y al Partido, regido por la vieja guardia. En este sentido no se diferenciaban de los estalinistas sino por concepciones socialistas más sinceras y más claras.

Las intensas campañas de la prensa, la fraseología del Congreso, la implacable represión, arrojaban en sus espíritus una turbación suficiente para que sus capitulaciones fueran siempre sinceras a medias.

Tengamos también en cuenta la oscuridad de los problemas. Vemos hoy día que estas luchas colocaban a la clase obrera bajo una nueva capa social de advenedizos; estaban lejos de aparecer tan claras a los militantes que hace pocos años estaban empeñados en la acción. Destrozaron un partido que se hallaba antes fuertemente cimentado y separaron a viejos compañeros de lucha; por ambos lados se empleaba la misma palabra, y se simulaba sostener las mismas ideas.

La misma fórmula del socialismo en un solo país, tan característica del estalinismo, se envolvía en conceptos tan vagos, que podía aparecer como expresión de internacionalismo.

La tesis oficial era que se podía construir el socialismo en un solo país, pero que no se terminaría la edificación para pasar al comunismo sino con el concurso de la revolución internacional.

Solamente la acentuación puesta sobre la primera proposición anula en realidad la segunda. La oscuridad de los debates, un sentimiento frecuentemente exagerado de peligros exteriores, la adhesión a la unidad del partido, el sentimiento, muy sano en el fondo, si no era perspicaz, de que se destrozaban entre hermanos, el espíritu burocrático de muchos de los mejores, tales son los factores que explican la derrota de una gran parte de las oposiciones. El miedo, las privaciones materiales, la dificultad física para resistir, son ciertamente factores secundarios.

Desde 1928, Zinoviev y Kamenev entrenaron a varios millares de comunistas en el camino de las capitulaciones de conciencia. No pueden, evidentemente, unirse a Stalin sino por el borde de los labios; nadie se puede hacer ilusiones sobre esto. ¿Se admitirá que haciendo guardar silencio en las filas pueden reservar para sí sus propias opiniones sobre el Jefe y su política?

Stalin no lo puede admitir, su crédito es demasiado débil. Los discursos de los antiguos opositores que vienen a la tribuna de los congresos a flagelarse delante de él le importan muy poco.

Se sabe lo que valen, todo el mundo ha pasado por eso. Aquellos que siempre han callado saben que no valen mucho más que los vencidos celosos de deshonrarse por orden. Saben también que mañana se les puede exigir a ellos que hagan otro tanto. No hay, pues, en realidad, ni crédito ni descrédito; todo es falso, salvo la fuerza. Se sabe que algunos han sido los compañeros y los hombres de confianza de Lenin, de reconocida capacidad y con biografías más impresionantes que la del Jefe. Se sabe también que aquellos que han levantado la palabra en su contra no le parecerán jamás suficientemente ultrajados.

El dictador conoce que, en el fondo, digan lo que digan, *no pueden* unirse a él. Conoce que, llegado a la cima del

poder, no puede soportar la comparación con nadie. En diciembre de 1932, lo que quedó de oposición estaba encarcelada. Se vuelve inexplicablemente contra su partido estrangulado, y las detenciones comienzan por centenares. Los ex trotskistas son los primeros que pasan por la prisión interior de la plaza Dzerjinski, la Lubianka de hace poco, situada detrás de la fachada trabajada del antiguo inmueble de una compañía de seguros.

Iván Nikítich Smirnov, una de las más bellas figuras del viejo Partido, opositor en 1923, unido en 1928, es arrestado y misteriosamente condenado a diez años de reclusión.

Hablaremos más adelante de él y de su muerte.

Iván Theunísovich Smilga, miembro del Comité Central, que actuó en octubre de 1917, encargado por Lenin de dirigir las operaciones de la flota del Báltico, más tarde miembro del Consejo Superior de Guerra, uno de los hombres que en 1920 marcharon sobre Varsovia, miembro de las comisiones del plan, opositor en 1927, unido en 1928, fue encarcelado por cinco años en Verjnéuralsk.

Mrachokovski, uno de los más grandes soldados del ejército ruso, nacido en una prisión, acribillado de heridas en el Ural, después constructor de un ferrocarril estratégico en Extremo Oriente, unido también, llega igualmente a un aislador... (Un poco antes, Stalin se le había quejado, en el curso de una entrevista, de estar rodeado solamente de imbéciles).

La jornada del invierno de 1932-1933 comprende varios centenares de comunistas a quienes se les puede solamente acusar de simpatías ocultas por Trotski. Por la misma época, centenares de funcionarios del Partido, varios miembros del gobierno, todo un equipo de profesores marxistas pertenecientes a una tendencia de derecha que no sólo ocultan, sino, al contrario, desaprueban sin cesar, son llevados a prisión.

Entre ello, Eismont, vicecomisario del Pueblo en Agricultura, y Tolmachev, representante de este comisariado en el Cáucaso septentrional, los dos, viejos bolcheviques influyentes. Se habían opuesto en la intimidad contra los abusos de la colectivización forzada. Después de su detención en 1932, nadie sabe exactamente qué ha sido de ellos. Un rumor reciente afirma que habrían sido pasados por las armas.

En prisión los profesores de la Academia comunista, discípulos de Bujarin —que se apresura a renegar de ellos según es la costumbre—: Slépkov, Astrov, Mareshki y Eichenwald.

En prisión el antiguo secretario de la Organización de Moscú, Riutin, culpable de haber comparado, en un documento que ha circulado de mano en mano, al Jefe con el agente provocador Azev y que muy tarde rindió justicia a Trotski. Como había escrito que el Jefe debía ser separado a todo precio del poder, ven en esta frase una alusión al terrorismo y lo condenan a la pena capital; pero no se atreven a ejecutarlo y su huella se pierde por las prisiones.

En prisión el viejo obrero bolchevique Kayurov, estimado de Lenin, y casi toda su familia.

Nesterov, colaborador de Rikov en la presidencia del Consejo de Comisarios del Pueblo, también encarcelado.

El historiador Nevski, que no perteneció jamás a ninguna oposición.

En 1935, al día siguiente del *proceso Kirov,* una directiva enviada a los comités del Partido y a la Guepeú prescribió la detención de quienes, por poco que fuese, hubiesen pertenecido a una oposición.

Zinoviev, Kamenev, Bakáev, antiguo presidente de la Checa de Petrogrado, Evdokímov, antiguo secretario del Comité Central, Guertik, Fiódorov, Safárov y otros, condenados, después de un proceso secreto, a largas penas de reclusión por complicidad moral en el atentado.

Los comunicados oficiales anuncian el envío a los campos de concentración o a la deportación de un centenar de comunistas de la misma tendencia.[22] En realidad, varios millares siguen la misma suerte.

En este grupo, Kostina, antiguo secretario del Soviet de Petrogrado; Voya Vuyóvich, militante yugoslavo, antiguo secretario de la Internacional de la Juventud Comunista; Budzinskya; su mujer, Zosia Unschlicht (hermana del miembro del gobierno de este nombre); Rótzkan, Nathanson, Olga Rávich, que compartió en Suiza el exilio de Lenin; Hessen, los críticos literarios Lelévich, Gorbachev, Ilia Vardín; el historiador Anichev...

En prisión, los veteranos de la oposición obrera de 1921, Chliapnikov, del Sindicato del Metal, uno de los raros bolcheviques que tomaron parte activa en toda la revolución desde la caída de Nicolás II, y su amigo Medviédev, los dos enfermos y desalentados. Aislador de Verjnéuralsk.

En prisión...

En prisión...

22. Encontré en Orenburgo a muchos comunistas sospechosos de tibieza con respecto del Jefe, a pesar de declararse estalinistas. Mdineradze, profesor de filosofía en Moscú; Dmítriev, profesor de historia en Ivánovo-Voznesensk (fue rápidamente internado en un campo de concentración); Boris Prozórov, profesor de historia en Dniepropetrovsk; María Sorkina, mujer de un sospechoso de trotskismo (Konstantinov, de Moscú, prisionero, después deportado a Arjangel); Radin, antiguo miembro del Comité Regional de Samara, Iván Bochárov, antiguo secretario de célula; Rusin, profesor en Irkushk; Chervonoboródov y su mujer; Solovian, el segundo hijo y su mujer (Solovian, el mayor, fue deportado a Krasnoyarsk); Shuladze, antiguo miembro del Gobierno de Tbilisi; Iudin, funcionario de Moscú; Kaznacheev, antiguo marino de Kronstadt, enviado por segunda vez a un campo de concentración, y muchos más.

VII
El culto al Jefe

La represión ha diezmado al Partido Comunista. Los cuadros más antiguos han desaparecido. Los principales supervivientes de las luchas ilegales del antiguo régimen y de los tiempos heroicos se hallan en prisión.

Por decenas de millares los pequeños funcionarios del Partido a quienes, por ínfimos motivos, se responsabiliza de los desastrosos efectos de la política interior, han sufrido la experiencia de la inquisición.

No es posible en este partido, que en verdad es cualquier otra cosa antes que un partido, emitir una opinión, un juicio, un voto, tomar una iniciativa.

Nunca bastante dóciles, nunca bastantes diligentes; siempre tenidos en sospecha. Por sumisos que puedan ser, estos ejecutantes no cuentan con una seguridad real. Sombrías razias se desarrollan periódicamente entre ellos.

Cuando llega la orden de Moscú de descubrir trotskistas, ciertamente ocultos en el corazón de la organización, cada comité sabe a qué atenerse. Si se responde «¡Pero nosotros no tenemos!», se le reprochará, por lo menos, su falta de vigilancia y se le hará probablemente el cargo de sabotear la defensa del Partido contra el enemigo interior y quizá de entregarse ellos mismos a la contrarrevolución trotskista.

Es necesario encontrar víctimas y que se inventen crímenes. Los desdichados a quienes la intriga o el azar ha designado para desempeñar ese papel harán bellos discursos de su devoción al Jefe, de su buena opinión, y, sin embargo, no escaparán ni de la prisión ni del campo de concentración. He encontrado a centenares de estos trotskistas, que a pesar suyo, bajo implacables condenas, continúan afirmando su indefectible fidelidad a Stalin, espiándose entre ellos, aceptando todas las situaciones y las más bajas tareas con la esperanza de obtener gracia.

La vida del Partido se reduce a la muy intensa de sus oficinas. Ellas nombran a los administradores de la producción y del comercio, detentadores del poder; nada se escapa a su vigilancia. Ningún empleo, por poco importante que sea, deja de tener su defensor en el comité local.

Este sistema, lejos de impedir la corrupción y los abusos, los estimula.

¡Qué cosas no hemos visto nosotros!

Uno de los dirigentes de las instituciones económicas de Leningrado, Kolguchkin, se comprobó que era, hace algunos años, un antiguo agente provocador o un antiguo delator; se limitaron a desplazarlo.

Opositores deportados a Siberia descubren que las autoridades están constituidas por antiguos funcionarios y suboficiales del almirante Kolchak; denuncian este hecho y son ellos los que van a prisión.

En una parte de Siberia, se sabe que algunas prostitutas han sido fusiladas por *incorregibles* y por *enfermas incurables*. Se abrió una investigación, pero un miembro del Comité Central, Kubiak, que fue durante mucho tiempo todopoderoso en Vladivostok, protegió a los ejecutores. (La historia es vieja; ese Kubiak sufrió un castigo después).

En 1929 se fusila a cuatro presidentes del Tribunal Regional de Leningrado: Tomachevski, Okudjava, Derzybachev, no recuerdo el nombre del cuarto. Los dos primeros convictos de connivencias con los bandidos, el tercero era un antiguo agente provocador.

Derzybachev, mi vecino, un hombre bastante honesto, fue víctima de su carácter intratable por haber rechazado el papel de espía.

Se descubren periódicamente *centros de corrupción*, por todas partes, y se acuchilla y se fusila.

Como no se cambia en nada el sistema, la corrupción subsiste en el mismo seno del terror.

Fuera de su funciones administrativas, el Partido no tiene vida. Desde hace muchos años las grandes asambleas de «miembros activos», en las que se discutía, no tienen lugar. Los funcionarios son convocados varias veces al año para escuchar informes que comentan las palabras del Jefe y votar por unanimidad, después de los acostumbrados aplausos, entusiastas aprobaciones. Esto es todo. Estas resoluciones son siempre tomadas a destiempo. Por formales que sean las consultas del Partido, las resoluciones no se toman jamás sino sobre hechos cumplidos.

Se invitó, por ejemplo, a aprobar el ingreso de la URSS en la Sociedad de Naciones; pero no se invitó, ni por fórmula, a discutirlo antes.

Las células del Partido se reunían para estudiar los discursos de los jefes, es decir, para escuchar su lectura (porque nadie se atrevía a comentarlos a su manera), y para repetir, por turnos, algunos pasajes.

El temor a la herejía era tal que la repetición palabra por palabra de los términos oficiales se ha convertido en uso. *Pravda* ha calificado a los oponentes de «miserables detritos sociales»; nadie se expresaría de otra manera. En el VII Congreso de la Internacional Comunista, el representante de Stalin presentó a Dimitrov en la tribuna en estos términos: «¡Viva el piloto de la IC, nuestro camarada Dimitrov!».

Para toda la prensa, para todos los oradores, Dimitrov fue, a partir de ese momento, el *piloto.* Nadie se permite decir líder, jefe, guía, inspirador, conductor. No, es el piloto. Toda variación en el vocabulario se convierte en un crimen. Ni un soplo de pensamiento entra en un partido entregado a la idolatría del Jefe.

Coja la prensa del Partido. Como no existe otra, ésta representa toda la prensa. No hay un artículo de periódico o revista que no comience o finalice con citas de las palabras del Jefe. Tomemos al azar un diario, *Izvestia* o *Pravda* de Moscú, grandes periódicos esparcidos por toda la URSS.

He aquí el *Izvestia* del 2 de agosto de 1936. El editorial, titulado *Hacia nuevas victorias,* invoca cuatro veces en dos columnas el «sabio pensamiento de Stalin». Un discurso del comisario del Pueblo en el Servicio de Transportes, Kaganovich, dos columnas, bajo el titular *Entremos en la escuela del gran maquinista de la locomotora de la revolución, el camarada Stalin.*

En 200 líneas, nuestro gran Stalin es citado 17 veces, y cada vez con más elogios.

> Por su firmeza leninista, su sabiduría, su estoicismo, su genial y gran inteligencia, su perspicacia, su obra política; por la educación y la organización de los hombres, ¡el camarada Stalin nos asegura la victoria sobre los enemigos de nuestro país! *(Estruendosas aclamaciones gritan: ¡Hurra!)* (sic 5.º párrafo). [...]
> ¡Perseveremos en el itinerario estalinista de nuestra política internacional! *(Aplausos).* [...]
> ¡El documento más grande de la Historia, la Constitución estalinista! *(Aplausos).* [...]
> Su amor leninista al pueblo, Stalin lo ha incorporado a la Constitución...

Y he aquí, traducidas palabra por palabra, las últimas líneas de este informe:

> ¡Unámonos más estrechamente todavía alrededor del Comité Central y del Gobierno y bajo la dirección de Stalin obtengamos nuevas victorias! ¡Hurra!, por nuestro gran Stalin! *(Estruendosos aplausos. Las ovaciones se suceden sin interrupción. Gritos:* ¡Hurra! ¡Viva el gran Stalin! ¡Viva el organizador de nuestras victorias, el camarada Stalin! ¡Viva el creador de la Constitución Soviética, nuestro querido Stalin! Viva nuestro comisario del Pueblo, bien amado, el camarada Kagánovich! La asistencia, unánimemente se levanta y canta *La Internacional).*

Todos los discursos de todos los congresos tienen este sesgo. En las grandes circunstancias, los hurrahs, los aplausos, los epítetos acordados al Jefe genial, padre de la Patria, jefe del proletariado mundial, al «hombre más grande de todos los tiempos», «al hombre más grande de la época más grande de la historia», toman hasta 20 líneas para recomenzar 20 líneas después, y hasta por cuatro o cinco veces en el mismo número del periódico.

Para terminar mi descripción de un número tipo de *Izvestia,* agrego que el que acabo de citar consagra, en cuatro páginas, diez grandes columnas enteras a la enumeración, desprovista, naturalmente de interés, de los 248 trabajadores de la alimentación condecorados con la Orden de Lenin.

Doce grandes columnas se ocupan del discurso de Kaganovich (fotografía a gran formato). Sobre los acontecimientos de España, donde se juega el destino del proletariado de Occidente, hay... tres cortos telegramas.

Otro número de *Izvestia* cogido al azar nos ofrece un fragmento de estilo característico porque aparece y aparecerá así millares de veces. Los mineros de las hulleras del desierto de Karaganda (Kazajistán) dirigen «al gran jefe de los pueblos, nuestro bien amado camarada Stalin», un mensaje de acción de gracias (¿cómo explicarse de otro modo para ser exacto?), en el que los pronombres personales y los adjetivos posesivos, en lo que respecta al Jefe, están impresos con mayúsculas como se acostumbra cuando se escribe a los monarcas. Subrayo este nuevo matiz. «Es —escriben los mineros— Vuestro gran amor el que nos alienta y el que nos inspira...», «Inspirados por Vos, nuestro sabio maestro...», «nosotros Os prometemos multiplicar el número de trabajadores de choque y de los estajanovistas».

En resumen, le agradecen el haber creado la cuenca minera de Karaganda. No dicen, claro que no, que esa cuenca es un inmenso campo de concentración; que el trabajo de las minas se hace, en su mayoría, por los condenados; que quizá los nombres de los firmantes de ese documento corresponden a los mismos condenados; que el Karaganda es uno de los campos más temidos, por el hambre que reina allí y por lo distante de toda civilización, y la dureza del régimen interior. Muchos de estos mineros son turcomanos, tayikos, uzbekos, sartos de Asia Central, y todos saben en Rusia que estos pueblos nómadas, habituados al aire libre, no se adaptan bien al trabajo industrial, y menos que a cualquier otro al de las minas; su mortalidad es muy alta; el rendimiento de trabajo, irrisorio.

El mensaje termina así:

> Bajo la dirección de nuestro grande y glorioso partido comunista, bajo Vuestra dirección, camarada Stalin, nosotros construimos con éxito una nueva cuenca mecanizada; nosotros edificamos la nueva vida, libre, feliz y civilizada. Haremos de Karaganda la ciudad del carbón, del coke, de la verdura, de las flores, una de las defensas de nuestra patria socialista. Los corazones de todos los trabajadores de estas hulleras rebosan de amor ardiente por la patria, de confianza en las victorias socialistas, de amor y de abnegación sin límites por nuestro querido partido comunista y por Vos, nuestro querido maestro y jefe, camarada Stalin.

El poeta Kazak Djambul ha expresado nuestros sentimientos en estos términos:

> ¡Stalin! ¡Tú has aniquilado la fortaleza de nuestros enemigos!
> ¡Bien amado! ¡Tú eres el habitante de mi alma!
> ¡Los narradores no saben con quién compararte!
> ¡Los poetas no tienen suficientes perlas para describirte!

> Viva el triunfo de la política nacional leninista-estalinista! ¡Viva nuestra patria socialista! ¡Viva el gran partido de Lenin y Stalin!

El mismo número da también un breve mensaje de los marinos del acorazado *Marat* «al camarada Stalin, maestro y jefe del proletariado mundial». Citemos:

> Nuestro querido y bien amado Iósif Vissariónóvich! Marinos, oficiales y colaboradores políticos del navío de línea *Marat,* le dirigimos el saludo combativo de la flota roja. Objeto de Vuestro cariño, animados por Vuestro amor y Vuestra solicitud paternal, los hombres de nuestra magnífica

> patria realizan milagros que el mundo no ha visto jamás, y multiplican las hazañas en la tierra, en el aire, sobre el agua y bajo el agua. [Siguen diez líneas de este género].
> ¡Nosotros no economizaremos nuestras fuerzas y daremos, si fuera necesario, nuestras vidas por la felicidad de nuestro país y la gran obra de Lenin-Stalin! ¡Viva el jefe sabio y bien amado de los trabajadores del universo, el gran Stalin! *(Izvestia,* 15 de agosto de 1936).

En otro número de *Izvestia* encuentro esta declaración del aviador Ichkálov, a quien acaba de condecorar: «Donde aparece Stalin, las tinieblas se disipan y el sol resplandece...» El *Jefe-Sol,* en una palabra...

El culto al Jefe llega hasta su divinización. Un editorial de *Izvestia,* del 23 de agosto de 1936, dice textualmente: «Stalin, nuestro Sol, y su genio que...» *Pravda,* del 28 de agosto del mismo año, publica la traducción de un poema uzbeko que atribuye al Jefe la creación del mundo:

> ¡Oh, gran Stalin! ¡Oh, Jefe de los pueblos!
> Tú que hiciste nacer al hombre,
> Tú que fecundas la tierra,
> Tú que rejuveneces los siglos,
> Tú que haces florecer la primavera,
> Tú que haces vibrar las cuerdas musicales
> [...]
> ¡Tú, esplendor de mi primavera, oh, tú,
> Sol reflejado por millones de corazones...

El lector perdonará estas fastidiosas citas si piensa que un pueblo de 79 millones de hombres no tiene desde hace años otro sustento espiritual; que este pueblo encuentra, todos los días y en todos los periódicos, estos textos; que se les ve en gruesos caracteres y sobre carteles, en los cines, los teatros, los hospitales, las prisiones, los almacenes, los clubes, las escuelas, los cuarteles, las calles.

Sería injusto concluir, como ciertos viajeros, en realidad poco escrupulosos, que existe una mística de esto entre las masas. Los mensajes de este género son redactados por las secretarías locales del Partido, gracias a directivas precisas de la sección de propaganda del Comité Central. Se redactan, la concurrencia levanta la mano (desgraciado quien levante los hombros), y cada cual entra en su casa feliz de no tener que pensar más en ello. Una directiva especifica que los textos emanados del Cáucaso y Asia deben contener, al final, algunos versos de un poeta nacional. Millares de mensajes contienen estos versos, porque se encuentra siempre un poeta Djambul, a quien, además, se paga muy bien por aquellas rimas. Este estilo hace pensar en las inscripciones asirias y en la manera de los poetas de corte de la antigua Persia. Rey de reyes, Jefe de jefes, Bien Amado, Sol: el servilismo no halla jamás otros términos para dirigirse al despotismo.

La fotografía invariable del Jefe, de blusa o con capa de uniforme, una especie de tenida militar que lo hace asemejarse a un suboficial de caballería, aparece casi todos los días, en todos los periódicos de la URSS, por lo menos, tres de cada cuatro. Se la encuentra en todas las revistas.

Abra *La Foto Soviética, El Sport Soviético, La Medicina Soviética, La Filatelia Soviética,* no importa cual, uno de estos pequeños semanarios que nadie hojea sino en las peluquerías o en los consultorios de dentistas: fotografías del Jefe, citas del Jefe, comentarios sobre su luminoso pensamiento aplicado a la filatelia, a la fotografía, al deporte, a la higiene.

Las obras de filosofía, de historia, de crítica literaria, son confeccionadas de igual manera. El escritor Avdenko,

en un discurso pronunciado en el Congreso de Escritores de 1935, difundido por la TSH y reproducido por toda la prensa soviética, repite a cada frase: «¡Gracias, Stalin! Gracias, porque yo me conservo bien, porque soy feliz, gracias porque...», y termina diciendo: «¡Mi mujer espera un niño; la primera palabra que pronunciará nuestro hijo será el nombre de Stalin!».

Y los escritores aplaudían, aplaudían estruendosamente. En la sala se hallaban André Malraux, Ehrenburg, Jean-Richard Bloch, Aragon. No dudo de que éstos aplaudieran también. Pero todo esto no es sino ridículo, y los escritores en cuestión tienen razones suficientes para soportar cualquier ridiculez con buena voluntad. He aquí lo doloroso, en cambio: los campesinos de los koljoses, en los que la hambruna ha cesado, por haber decidido, al fin, el Gobierno dejarles de qué alimentarse este año, escriben al Jefe bien amado para agradecerle su buen vivir. He leído esto entre los campesinos, y sé en qué triste privación viven. Veo a los cosacos demacrados detenerse en grupos, apestando a botas rancias, delante de un cine.

Han llegado los delegados de una conferencia local, en la que se va a proyectar para ellos un nuevo filme, justamente *Los campesinos,* donde los miembros de un koljós comen hasta vomitar. Y la pantalla muestra aquello a los koljosianos, quienes no matan el hambre sino en las grandes circunstancias, tres o cuatro veces al año.

Se ve, también, en un cuadro, a una bella campesina adormecida, que sueña de felicidad: atraviesa suavemente un jardín, empujando el cochecito de su bebé, y el Jefe genial, en su capa de suboficial, la acompaña a paso suave. ¡Oh, qué felicidad tener un hijo suyo!

He aquí algo odioso. Con ocasión de un congreso que tuvo lugar en Moscú en pleno invierno, entre 1934 y 1935, se decidió hacer una ascensión a la estratosfera para batir los récords americanos y belgas, y desde las alturas del azul dirigir por la TSH un mensaje de devoción al Jefe genial. Una evidente locura; el frío de 60 grados bajo cero provocó la inevitable catástrofe; los estratonautas tuvieron una muerte espantosa: emplearon casi un cuarto de hora en caer. El Jefe llevó las urnas a la Plaza Roja y donó 10.000 rublos como socorro a las familias; la prensa publicó una carta firmada por las viudas, los huérfanos, los padres, quienes le agradecen su *inmensa bondad.* A partir de este momento, se convirtió en una costumbre. Todos los supervivientes de catástrofes le agradecían en todas circunstancias los beneficios con los cuales su amor colmaba al pueblo.

El Jefe genial, puede decirse, goza del poder de por vida. Le corresponde, puede decirse también, elegir a su sucesor eventual.

Si mañana le place, hace proclamar el poder y el genio hereditario en su familia, ¿quién se opondrá?

Una evolución se cumple así bajo nuestra vista y ella nos permite comprender mejor cómo la réplica romana de Bruto se convirtió en el imperio del divino Augusto y la república de gorro frigio, en el imperio napoleónico.

> No más salvadores supremos.
> Ni Dios, ni César, ni Tribuno.
> ¡Obreros, salvémonos nosotros mismos!

Estas palabras de *La Internacional,* inspiradas por la justa desconfianza de los trabajadores respecto a los grandes personajes, quienes no sirven, según costumbre, a la clase obrera sino para servirse de ella y traicionarla, está en profundo acuerdo con el pensamiento socialista sobre uno de los puntos en que su aporte científico no se puede poner en duda.

El marxismo ha reducido en mucho el papel del individuo en la historia. Sabemos hoy día que no existen hom-

bres providenciales; dejamos voluntariamente a los apologistas del antiguo régimen la historia de los «40 reyes que en mil años hicieron la Francia».

Sabemos que el destino de las colectividades está dominado por sus condiciones de existencia, dependiendo en último lugar de factores económicos.

Esta nueva noción de las relaciones de interdependencia del individuo, de las masas, de los intereses, de los acontecimientos, es un elemento de la conciencia moderna tan importante, en suma, como la noción de la esfericidad de la Tierra. Y renunciar a ello deliberadamente, como lo hace la reacción burocrática, es hacer retrogradar varios siglos el pensamiento europeo y las costumbres.

Y éste sería el momento de invocar una vez más la ejemplar simplicidad de Lenin. Yo lo veo garabateando notas sobre sus rodillas al pie de una tribuna del Congreso. Atravesando las salas del Kremlin, vestido con su chaqueta bien cepillada y con las mangas zurcidas. Mezclándose entre los delegados extranjeros en una sala del Smolny. Y pienso que el rumor que se hizo de que se le quería dar el título de «Jefe Genial» nos pareció una locura y lo hizo estallar en esa gran risa jovial, que era su mejor defensa contra los imbéciles y los aduladores.

Tercera parte
LA EVOLUCIÓN POLÍTICA
(1917-1936)

I
De la democracia soviética a... (1917-1923)

Recordemos estas grandes fechas y estas grandes ideas.

En su comienzo, la dictadura del proletariado se anuncia al mundo como «un tipo superior de democracia». Después de la democracia burguesa, puramente formal desde que descansa sobre la sujeción económica y la explotación de los trabajadores, el régimen de los soviets o consejos de diputados obreros libremente elegidos en las empresas constituye una democracia real que no tiene privilegios económicos. No son privados de derechos políticos sino los poseedores expropiados, cuyo interés evidente es el provocar la subversión dentro de un régimen todavía mal asegurado.

Tal fue el ideal de la Revolución de Octubre, muchas veces proclamado por Lenin, consagrado por los congresos y hecho Ley Orgánica por la Constitución de 1918.

La Revolución llama a la vida política, en un Estado como no ha habido jamás, a las masas oprimidas la víspera y privadas de todo poder. Las causas del descalabro de la democracia soviética merecen ser consideradas de manera profunda. No me parece que la falta de preparación del pueblo ruso para la libertad ni su ignorancia hayan tenido una importancia decisiva.

En muchas circunstancias, los obreros y los campesinos, a veces analfabetos, dieron pruebas de capacidad para

organizarse y gobernarse entre ellos mismos. La falta de organizaciones obreras, y en primer lugar de sindicatos, fue efectivamente un factor negativo. Pero las causas principales del fracaso fueron extrañas al nuevo sistema.

> El funcionamiento normal de un conjunto de instituciones de una amplitud y de una complejidad muy grandes —soviets, comités ejecutivos de los soviets, congresos, comité ejecutivo panruso, comités de fábricas, etcétera, destinados a facilitar la actividad política de miles de trabajadores— suponía, después de un impulso revolucionario, la paz, la seguridad, un nivel de bienestar que permitiese en el interior una vida política libre, variada, rica, constante, traducida por innumerables iniciativas. Pero el peligro mortal imponía en esta hora a la República un régimen de campo atrincherado defendido —en primera línea— por una falange de revolucionarios conscientes y resueltos, entre cuyas manos la dictadura iba a ser un arma decisiva. Observemos que hasta este momento nadie ha formulado la teoría, que tomará fuerza de ley en el futuro, según la cual la dictadura del proletariado es ejercida, naturalmente, por el Partido Comunista. Esta teoría la impondrá la vida.[23]

Lejos de eso, la constitución soviética no implicaba ningún monopolio del poder.

> Sólo —había dicho Lenin en 1917— el poder de los soviets podrá asegurar el desarrollo amplio y

23. Víctor Serge, *El año I de la Revolución Rusa*, Librería del Trabajo, pág. 331.

> constante de la Revolución y la emulación pacífica de los Partidos en el seno de los soviets.[24]

Los bolcheviques debían conservar la hegemonía política, pero basada ante todo en la justicia de su política. Lenin definía como sigue las características del Estado-Comuna, estado proletario profundamente nuevo, inspirado en el ejemplo de la Comuna de París:

1. El principio del poder no está en la ley, deliberada y promulgada por el Parlamento, sino en la iniciativa directa de las masas populares, iniciativa local, tomada abajo...

2. La policía y el ejército, instituciones distintas al pueblo y opuestas al pueblo, son reemplazadas por el pueblo armado...

3. Los funcionarios son reemplazados por el pueblo mismo, o, por lo menos, colocados bajo su control; son nombrados por elección y pueden en todo momento ser llamados por sus mandantes...[25]

Sin dejar el taller, revocables en todo momento, los diputados de los soviets debatían la política general, aplicaban las leyes y los decretos, administraban con sus comisiones la ciudad o el distrito, designaban a los delegados para el Congreso que, gracias a un sistema un poco complicado, es verdad, formaban el Comité Ejecutivo Panruso de los Soviets o el Gobierno.

En el Congreso Panruso de los Soviets, la representación de los obreros era cinco veces más fuerte que la de los campesinos (un diputado por 25.000 habitantes de la ciudades o 125.000 campesinos; en realidad, la hegemonía del proletariado era total).

24. Lenin, *Obras completas*, tomo XXI, pág. 17, edición francesa.
25. *Id.*, *La dualidad de los poderes*, abril de 1917. Véase Víctor Serge, *Lenin, 1917* (Librería del Trabajo).

Refutando a sus adversarios, Lenin exclamaba:

> Sí, nosotros no admitimos la igualdad entre los obreros y los campesinos, y ustedes, los que defienden esta igualdad, sois los partidarios de Kolchak... (El almirante Kolchak organizaba por aquel entonces la contrarrevolución en Siberia). [...]
> La voz de un solo obrero vale por muchas voces de campesinos. ¿Dirán que esto es injusto? No, esto es justo en una época en la que se trata de echar abajo el capital. No sé dónde apoyan ustedes sus nociones de justicia. Sin duda alguna, en vuestra experiencia capitalista de ayer. El proletariado, su igualdad, su libertad, he aquí vuestras nociones de justicia. Ésos son los restos de vuestros prejuicios pequeñoburgueses. Nuestra justicia, nuestra igualdad, están subordinadas a los intereses de la destrucción del capitalismo...

Estos intereses exigían la hegemonía de la clase obrera en relación con los campesinos adheridos a la propiedad privada.

En el seno de la revolución proletaria, la guerra civil entraña, poco a poco, la desaparición de las libertades democráticas.

Sería necesario trazar aquí un cuadro de esos terribles años, mostrar a la revolución cercada por sus enemigos, con una labor de zapa hecha en el interior por los vendidos, las conspiraciones, el sabotaje, la hambruna, la desorganización de los transportes, las epidemias, las divisiones, el conflicto entre la vanguardia combatiente de la clase obrera y sus elementos de retaguardia, los menos conscientes, los más egoístas, los menos inclinados a los sacrificios impuestos por el interés general. El peligro de los partidos o de los grupos disidentes en esos momentos era

que su oposición amenazaba reunirse con esas retaguardias desalentadas, listas para secundar por inconsciencia una contrarrevolución.

En 1919, los socialdemócratas (mencheviques) y los socialistas revolucionarios de izquierda intentan en Petrogrado, hambriento, amenazado de los dos lados por los blancos, con fábricas en las que todos los revolucionarios han partido, ¡una huelga general!

Es posible que sus críticas contengan algo de justicia, pero también es cierto que su política en esas circunstancias tendían al suicidio. Suicidio de la Revolución si una huelga general de los obreros menos capaces la paraliza, suicidio del Partido que intentó esta empresa criminal, si fracasa.

Por luchas semejantes, los socialdemócratas pierden el beneficio de la legalidad, que les es devuelto un poco más tarde, cuando parecen orientarse con un poco más de buen sentido revolucionario.

En 1918, fue necesario desarmar en Moscú a los guardias negros anarquistas, de los cuales sus propios estados mayores no respondían ya...

Los socialistas revolucionarios de derecha habían fomentado la contrarrevolución con las tropas checoslovacas, en la región del Volga. Los socialistas revolucionarios de izquierda habían intentado —y fracasado— un golpe en julio de 1918, para adueñarse del poder y recomenzar la guerra contra Alemania.

Eran estas luchas las que traían, como consecuencia, la supresión de los partidos en el régimen de los soviets, y esta supresión no sería completa sin el advenimiento del régimen burocrático. En los años de mayor peligro, los soviets y el Comité Ejecutivo Central de los Soviets comprendían a los socialistas revolucionarios de izquierda (que formaron parte del gobierno durante los nueve primeros meses), los maximalistas, los anarquistas, los socialdemócratas mencheviques y, asi-

mismo, los socialistas revolucionarios de derecha, estos últimos enemigos irreductibles del nuevo poder.

Lejos de temer la discusión, Lenin la busca, haciendo invitar a Martov y a Dan, excluidos del Ejecutivo Panruso, para venir a tomar la palabra. Estima que tiene que aprender algo de su crítica sin piedad.

El Partido bolchevique debía la conocida firmeza de su disciplina más a la unidad de su doctrina que a la violencia. El centralismo democrático, es decir, una dirección fuertemente centralizada, democráticamente elegida y sostenida en la base por un partido democrático, implica una amplia libertad de discusión y la más estricta disciplina en la acción.

En la época de las negociaciones de Brest-Litovsk, se vio a Lenin en minoría en el Comité Central. En los momentos en que la dirección del Partido se le escapaba, Lenin amenazó con renunciar como miembro del Comité Central para volver a tomar entre la filas del Partido, entre los militantes, su libertad de agitación.

Se vio en 1918 a los comunistas de izquierda, dirigidos por Bujarin y Radek, formar una oposición que preparaba abiertamente la escisión y negociaba en secreto el arresto de Lenin.

Se publicaban periódicos y se sostenían conferencias. Como eran de buena fe, no hubo ni escisión ni sanciones, habiendo modificado los acontecimientos la política y la situación del Partido. La oposición desaparece. Las costumbres democráticas del Partido fueron sustituidas en 1919 y en los años siguientes por el estado de movilización, impuesto por el comunismo de guerra. Para asegurarse y encontrar a hombres, el Partido los reclutaba sin tener tiempo para educarlos; la guerra civil no le permite una hora de espera y es necesario organizar todo en un campo atrincherado, víctima del hambre.

El conflicto entre los elementos avanzados y los atrasados del proletariado encuentra también su expresión en el Partido, al cual es necesario depurar de aventureros y de aprovechados; no se sabría depurar de los pequeños advenedizos, quienes no son ni aventureros ni aprovechados ostensibles y que frecuentemente son buenos combatientes obreros que empiezan a formar la masa. Comienzan, sin saberlo, la conquista del Estado.

Las rutinas del antiguo régimen, abolidas en las instituciones, son todavía muy potentes en su espíritu; aportan, por consiguiente, poco espíritu socialista a las oficinas llamadas a dirigir...

Desde 1920 se hace sentir el mal burocrático, se entrevé netamente el fracaso del Estado-Comuna. La oposición obrera (Chliápnikov y Aleksandra Kollontai) denuncia por entonces el peligro, casi al mismo tiempo que Miásnikov (el grupo de *La Verdad Obrera)* y el grupo Paniuchkin, que intenta fundar en Moscú un nuevo partido comunista (1922).

Estas oposiciones caen mal. Sus protestas coinciden con varios levantamientos en los campos, el apogeo de la hambruna, el terrible episodio de Kronstadt: la crisis, en una palabra, del comunismo de guerra, que no es viable. Reposa sobre las requisiciones en los campos y el embargo total del Estado sobre la producción y la repartición, el abastecimiento por categorías en las ciudades, a fin de proveer las necesidades de los obreros.

Se nacionalizó demasiado al nacionalizarlo todo para quebrar todas las resistencias. Esto se sabe bien porque se deseó seguir por otros caminos. Por desgracia, la clarividencia de Lenin fracasó en este momento; no veía la posibilidad de salir del comunismo de guerra sin ceder a la contrarrevolución rural. Trotski, recorriendo el país en todo sentido, tiene más contacto con la masa, sobre todo en los campos, y desde febrero de 1920, de regreso del Ural, propone el

reem-plazo del sistema de requisiciones por una suerte de impuesto en especies, es decir, la pacificación de los campos por una nueva política económica.[26] Ante el fracaso de su proposición al Comité Central, va en busca de otras soluciones, mucho menos felices.

Los levantamientos de Kronstadt y de Tambov colocan a la República a dos dedos de su pérdida al comienzo de 1921, y Lenin, dándose cuenta de la evidencia, hace adoptar el impuesto en especies por los campesinos y el conjunto de medidas que se ha denominado Nueva Política Económica (NEP): libertad de pequeño comercio (monopolio del trigo), concesiones a los capitalistas extranjeros, estímulos a los artesanos, en resumen: compromisos con los campesinos.

La cuestión de la libertad política va a presentarse bajo dos aspectos diferentes. No se trata de facilitar a la contrarrevolución la agitación sobre el terreno inestable de la NEP sino de detener la burocratización creciente del Estado y dar la palabra al proletariado revolucionario organizado en el Partido, el único partido que ha sobrevivido poderosamente a las pruebas de la guerra civil, el único partido al cual, a pesar de sus errores, la revolución debe la victoria y la vida.

Los últimos años de Lenin van a ser trágicamente atormentados con estas preocupaciones. «Nuestro Estado —dice él— es un Estado obrero y campesino con deformación burocrática».

¿Cómo reformarlo? ¿Cómo curarlo?

Lenin, enfermo, emplea sus últimas fuerzas en buscar los medios de reforma. Una especie de angustia revelan sus últimas manifestaciones:

> La máquina se escapa de vuestras manos, puede decirse que otro la dirige, corre en otra dirección que

26. Trotski, *Mi vida*, S. de Chile, Ercilla, IV vol., págs. 120 y sigs.

> la que se le ha fijado... (Discurso del 29 de marzo de 1922 en el XI Congreso del Partido). «Si nosotros consideramos a Moscú con sus 4.700 comunistas responsables y toda la máquina burocrática, ¿cuál de las dos dirigirá a la otra? En verdad, los comunistas no dirigen, son dirigidos.

Propone a Trotski unirse para combatir en la cumbre del Partido al núcleo burocrático ya cristalizado alrededor de Stalin. Propone la exclusión por dos años de Ordjonikidze, que se ha distinguido en el Cáucaso por sus procedimientos dictatoriales. Escribe un estudio sobre la Inspección Obrera, llamada a convertirse en un órgano de lucha permanente contra la burocracia, pero a la cabeza de la cual se halla enseguida colocado un burócrata auténtico, que ha recurrido a bajas estratagemas para engañar a Lenin, clavado en su asiento de enfermo, llegando a proponerle no publicar sus artículos, sino imprimirlos para él sólo, en algunos números de *Pravda*. En el documento que se ha llamado su «testamento», Lenin recomienda relevar de sus funciones de secretario general a Stalin, «torpe y desleal». La última carta que escribió fue una carta de ruptura con Stalin, convertido desde entonces en el amo del aparato del Partido, en otros términos, el personaje más representativo de la burocracia ascendente.[27]

La oposición de 1923 despierta un instante al Partido. Trotski reclama en sus artículos un nuevo *curso* en el seno del Partido.

27. Además de la autobiografía de Trotski, se consultará con fruto el *Stalin* de Boris Souvarine, y *Después de la muerte de Lenin* de Max Eastman. Un sabio contrarrevolucionario ruso ha hecho de las obras de Lenin de 1917 a 1923 una selección honestamente realizada y traducida: Lenin, *La Revolución bolchevique*, traducida por Serguéi Oldenbourg, Payot Editores.

Traduzcamos: el regreso a los hábitos democráticos, la libertad de tendencias para evitar la formación de fracciones, la palabra a los jóvenes. La juventud de las universidades, los cuadros comunistas del ejército rojo y de la Checa sostienen este programa.

El Comité Central, dirigido por una fracción oculta, a la cabeza del cual se hallan Zinoviev, Kamenev y Stalin, «el inquebrantable triunvirato», según dirá pronto Zinoviev, maniobra, publica una resolución muy democrática, la que no será jamás aplicada, depura brutalmente las universidades, agita, asimismo, el espectro de un complot militar, porque todavía es Trotski el jefe del Consejo Superior de la Guerra.

La muerte de Lenin, el 2 de enero de 1924, parece hundir el debate bajo un inmenso duelo.

En realidad, la oposición está vencida. La pandilla burocrática afirma todas sus posiciones.

Se ha censurado mucho esta derrota. Algunos van hasta reprochar a Trotski el no haber recurrido en aquella época a un golpe de fuerza, que hubiera tenido éxito probablemente, teniendo en consideración su popularidad y la actitud de los círculos militares. Esto es olvidar que el socialismo y la democracia obrera no deben nacer de pronunciamientos. El mérito del revolucionario está en haber rechazado empeñarse en esta vía, tentadora para todo ambicioso.

En resumen, la explicación de la derrota de la oposición de 1923 no hay que buscarla ni en la indisposición de Trotski, que se halla fuera de combate en las jornadas más críticas, ni en su repugnancia por el golpe de fuerza. Se debe buscar en causas más profundas y más generales.

En ningún momento de su historia la revolución socialista que se desarrolla en Rusia podría ser considerada separadamente del movimiento obrero internacional. El partido ruso y la III Internacional se hallaban ya muy entorpecidos, muy anquilosados en 1923; no lo bastante, sin embargo, para que el proletariado no fuese, en el curso de la crisis revolucionaria que atravesaba Alemania, sacudido por una esperanza sin límites.

Los rusos estuvieron listos para apoyar la revolución alemana. Trotski hizo, sin gran misterio, adoptar las medidas de preparación necesarias para una acción de apoyo completamente efectiva. Militantes rusos tomaron parte en la preparación de la insurrección abortada en Sajonia.

Constataron en la conferencia de Chemnitz que el Partido Comunista Alemán (PCA) no estaba listo en el sentido técnico de la palabra. La vanguardia del proletariado alemán no pedía sino batirse por el socialismo contra una burguesía en la cual el fracaso era rotundo; las masas hubiesen seguido, la situación general parecía netamente favorable, pero faltaban las armas y los cuadros del Partido no representaban gran valor. Prácticamente, la burocratización de la Internacional comprometía todo.

El presidente socialdemócrata Ebert dio plenos poderes dictatoriales al general Von Seekt y el Partido Comunista fue disuelto sin resistencia. No hubo sino una corta batalla en las calles de Hamburgo, donde la contraorden no había llegado a tiempo. Ésta fue, desde el fin de la guerra, la tercera derrota definitiva, para toda una época, de la revolución europea. (El proletariado alemán no había sido vencido por las armas en 1918-1919; en Italia, la contrarrevolución preventiva acababa de llevar a Mussolini al poder el año anterior).

Sobre el terreno ruso las repercusiones de este fracaso fueron muy graves. La esperanza de romper el círculo de hierro en el cual se asfixiaban los soviets había galvanizado las últimas fuerzas de la generación de Octubre. La derrota de Chemnitz-Hamburgo significaba para ella un aislamiento duradero, dificultades económicas aumentadas, depresión moral, el debilitamiento de las tendencias revolucionarias

internacionales, la afirmación de las tendencias burocráticas, nacionalistas y moderadas.

La conquista del Estado Socialista por la burocracia se explica, antes que por ninguna otra cosa, por la derrota de la revolución obrera en Europa central.

II
El advenimiento de la burocracia (1924-1927)

A la muerte de Lenin, las oficinas realizaron un golpe de ingenio. Una campaña de prensa, aprovechando la profunda emoción por la desaparición del viejo Illich, hizo ingresar en el Partido a 240.000 obreros, lo que aumen[illegible]us efectivos de 351.000 miembros a 591.000.

¿Qué valor tienen estos nuevos comunistas? No habían venido en vida de Lenin; habían permanecido apartados del Partido durante la guerra civil; venían ahora hacia Lenin embalsamado, al poder fuerte, al orden establecido, que no exigía sacrificios y por el contrario prometía ventajas.

La atmósfera espiritual de Rusia cambia de golpe en 1924, mientras que se construye a los pies de los muros del Kremlin un mausoleo para la momia de Lenin.

El pensamiento marxista se coagula en repeticiones verbales; fue necesario estereotipar las fórmulas para que su contenido se desvaneciera, y el leninismo inventado la víspera, con sus disquisiciones sobre los textos, muy pronto cambiados. Sus violencias verbales, sus juramentos, sus deformaciones, su gazmoñería, sustituyen solemnemente al marxismo revolucionario de Lenin.

Poco tiempo antes, el Partido contaba 350.000 miembros, 50.000 obreros y 300.000 funcionarios. No era, pues, un partido obrero, sino un partido de obreros convertidos

en funcionarios. Se acaba por admitir a un cuarto de millón de obreros atrasados. El aspecto de la estadística se modifica, se sostiene que el Partido es de nuevo un partido obrero; esto no es, en ningún caso, respecto a la vanguardia, sino más bien a la retaguardia.

Como los funcionarios retienen todas las palancas del comando, estamos obligados a definirlo como un partido de masas de obreros atrasados, dirigidos por advenedizos burócratas.[28] En las organizaciones de base, los militantes que han pasado por la acción ilegal bajo el antiguo régimen, los verdaderos guardianes de la tradición bolchevique, son tan pocos que no se les puede tomar en consideración; los que han participado activamente en la Revolución no constituyen sino un débil porcentaje.[29]

28. Stalin y su equipo dirigente lo saben tan bien que denunciaron como criminal la proposición de Trotski de instituir el voto secreto para la designación en las oficinas de la organización. «Ustedes desearían —responden ellos— procurar a la contrarrevolución una fácil victoria en el Partido».

29. Un poco más tarde, en 1928, describí como sigue la situación, en una carta a Jacques Mesnil: «En el fondo, todo lo que pasa se reduce —descartadas la raíces económicas de los problemas— a la eliminación de una generación por otra. Los que han hecho la Revolución son eliminados por los que suben. La nueva generación no ha conocido la lucha de clases bajo sus formas netas y directas, ni el yugo del antiguo régimen. Se le ha repetido, al contrario, que ella está victoriosa y termina por creerlo, sin tener el menor medio de darse cuenta de que se coloca así en la imposibilidad de obtener la victoria sobre sí misma, que es la condición de todo progreso. Tampoco ha hecho la guerra civil, de la que ignora los heroísmos y los jefes. Todo lo que nosotros hemos vivido en el pasado, la elaboración difícil y peligrosa de las convicciones, el temple del militante por la devoción y el esfuerzo individual, el valor de estar en minoría, la inteligencia teórica escrupulosa, esto, con una mentalidad simplificada, ávida y revolucionaria, le es extraño. Se nutre de una práctica de advenedizo que desea subir. Deforma, naturalmente, como convenga a sus intereses, las nociones más claras, renuncia conservar las viejas etiquetas prestigiosas, vertiéndoles un contenido nuevo.

Y la cuestión de la sucesión de Lenin se plantea en este partido enfermo. Precisemos que no se trata aquí de un presidente de partido ni de un secretario general, ni de un jefe proclamado: miembro del Comité Central, presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, primer ministro de la Revolución, su ascendiente personal era de una superioridad intelectual y moral tan reconocida que no había necesidad de imponerla.

Su simplicidad de militante, la rectitud de su espíritu socialista, no le permitían jamás tolerar la menor adulación. Un solo hombre podía, por el brillo de sus servicios y por su superioridad no objetada, pretender su sucesión: Trotski.

Lenin lo había, en cierta forma, recomendado antes de partir. Pero él no pertenece a la camarilla de los viejos bolcheviques, y ha discutido mucho, durante catorce años, desde 1903 a 1917, las ideas de Lenin; además, y esto era lo más grave, fue el promotor de la batalla contra la burocracia.

Como las herencias pasan, como el país es de pequeña propiedad campesina, como la presión del cerco capitalista es enorme —es bonito negarlo, aunque risible— hay en todo eso una nueva burguesía virtual, latente, pujante y grande a veces, pero infinitamente hábil para disfrazarse. Conozco íntimamente a escritores, intelectuales, que son en el fondo nuestros enemigos mortales y en los cuales las convicciones antisocialistas tienen firmeza de roca: ellos profesan en términos marxistas eliminando en las redacciones a los heréticos. Comprenden muy bien lo que hacen. El todo, para ellos, es sostenerse algunos años. Ya les llegará el turno.

»Este proceso ha ganado al Partido. He aquí las proporciones efectivas de una célula que conozco bien: 400 hombres, de los que 20 datan de agosto de 1921, y de éstos, tres o cuatro, de agosto de 1917. Por consiguiente, 380 contra 20 han venido no a la Revolución militante o dolorosa, sino al poder, al buen olor de la sardina, y después de la NEP. Será necesario discernir allí dos elementos: los de edad madura, que se han abstenido deliberadamente de adherirse antes de la NEP, queda bastante claro, y los jóvenes que no conocen ni el capitalismo ni la guerra civil; el creador de un ejército rojo sacado de la nada tiene a sus ojos menos prestigio que el ministro del día».

Cuando las masas pasivas y fatigadas guardan silencio, las intrigas personales pueden adquirir una importancia capital. Dos hombres pelean a Trotski la sucesión de Lenin: Zinoviev, en primer lugar, claramente, y Stalin, medio oculto entre bastidores.

Zinoviev, el más próximo de los colaboradores de Lenin desde los comienzos del Partido, presidente del Soviet de Petrogrado, presidente de la Internacional Comunista, agitador notable, un poco vulgar de tono, del cual se puede decir que fue el error más grande de Lenin. Stalin, viejo militante georgiano, poco conocido del Partido, desconocido de las masas, carácter firme, inteligencia oriental, limitada, vivo y astuto, se incrustó por mucho tiempo en el ejército e hizo de la secretaría general del Partido, puesto inferior hasta entonces, un puesto secreto de comando.

Su actividad consistía en colocar por todas partes a los suyos. Su olfato político, en traducir con gran habilidad práctica las aspiraciones de los advenedizos de la revolución.

Fue necesario, para empañar la popularidad de Trotski, inventar toda una ideología, el trotskismo, funesta antinomia del leninismo. Uno de los viejos bolcheviques que hicieron esta triste y mentirosa falsificación de la historia y de las ideas, Kamenev, debía más tarde hablar a Trotski con el cinismo más inaudito. El Estado totalitario puso en obra todos sus medios de presión. La prensa fue inundada de artículos antitrotskistas. Las bibliotecas se llenaron de obras de circunstancias, fabricadas sin fe ni talento, pero abrumadoras, alucinantes por la potencia del número, la impudicia y la monotonía.

Se hicieron tirajes de millones. Los partidos comunistas del extranjero fueron quebrantados por la indecisión y se pronunciaron contra el trotskismo. Esta destrucción de los primeros cuadros de la Internacional Comunista comienza por el partido francés, el más importante, del que fueron

eliminados, por los peores procedimientos, militantes de la primera hora, tales como Souvarine, Monatte y Rosmer.

Fue la época de la bolchevización «rápida y completa» de los partidos de la Internacional Comunista (tesis de Bela Kun); de la concentración hasta el extremo de la Internacional Comunista, «partido mundial único» (Zinoviev); en el seno de los partidos, el régimen totalitario.

Los términos oficialmente consagrados son estructura «monolítica» de la organización, «aprobación al cien por cien» de la política de los dirigentes por los adherentes.

La máquina burocrática se aproxima a la perfección.

Hacia 1926, la situación se esclareció y el trotskismo fue vencido. Trotski, despojado de órganos dirigentes, quedó en silencio. La Internacional vegeta después de sangrientas derrotas en Estonia y en Bulgaria. Zinoviev, primer personaje del Buró político, incensado por los periódicos, acogido por las asambleas de funcionarios con ovaciones frenéticas, parecía imponerse en el lugar de Lenin.

No era ni una gran inteligencia política, ni un verdadero jefe, ni aun un militante escrupuloso frente a las masas y al Partido; muy lejos de ello: era un burócrata bolchevique sinceramente unido al internacionalismo revolucionario. La conquista lenta del aparato del Partido fue consumada por su pandilla. Stalin la esperaba emboscado en el recodo de la crisis latente del régimen.

La producción alcanzó en 1926-1927 casi el nivel de antes de la guerra, con una población aumentada. Buen resultado, cuando se piensa que fue adquirida, después de terribles devastaciones, por una nueva clase, ayer explotada e ignorante, de repente llamada a administrar toda la economía de un vasto país.

La industria, muy débil, no asegura sino imperfectamente el abastecimiento de los campos en artículos manufacturados.

Pagado el impuesto, los campesinos comienzan a enriquecerse, acumulando reservas de trigo. Hay cerca de un millón de parados inscritos y cerca de un billón de *puds* de cereales, por valor de un billón de rublos oro, en los graneros de los campesinos acaudalados.

Responsables ellos mismos de las dificultades de la política interior, Zinoviev y Kamenev descubren que una burguesía embrionaria se está formando: campesinos acaudalados, comerciantes, especuladores, funcionarios y especialistas bien retribuidos.

En el XIV Congreso del Partido, una batalla tan súbita como confusa pone en peligro la organización de Leningrado (Zinoviev) y el congreso entero, todo preparado por el secretariado general.

Stalin se apodera de todo fácilmente, hace remover al Comité Central y al Buró Político, dejando a sus adversarios reducidos a la impotencia y se instala fuertemente en el poder. «Esto es el consulado de por vida, la secretaría inamovible. En cinco años, Stalin ha realizado su golpe de Estado molecular» (B. Souvarine).

Desde entonces, un rasgo de humor soviético explica bien las victorias en serie del aparato burocrático: un obrero pregunta a su camarada de taller si es verdad que este último, miembro del Partido, simpatiza con la oposición. «¿Crees tú? —respondió el otro—. ¡Yo tengo mujer e hijos!».

Cargado de familia, el comunista medio no siente ningún deseo de ser enviado inmediatamente, después de la menor manifestación de opinión, a las regiones frías del norte de Rusia o a las ardientes de Asia Central (en misión oficial, naturalmente).

Aprende, desde luego, a callar.

El Partido está virtualmente liquidado y los antiguos conductores de la Revolución no deberían ignorarlo; pero

unos, como Zinoviev, están apresados por sus propias frases antes de ser estrangulados por la máquina burocrática que montaron; otros, como Trotski, piensan que, si no hay más que una posibilidad contra cien de obtener un resurgimiento interior, hay que tentarla. Desde el punto de vista del interés superior del proletariado, éstos tienen innegablemente razón. ¿Cuál hubiese sido, para el movimiento obrero de todos los países, el efecto desmoralizador de una degeneración burocrática del régimen de los soviets, sin lucha, sin oposición, sin el sacrificio de los mejores?

En 1927 se produjo una reagrupación inesperada que fue incomprensible y que denotaba la más triste falta de escrúpulos políticos. Los inventores y perseguidores del trotskismo de la víspera, Zinoviev y Kamenev, se vuelven hacia Trotski, le ofrecen su alianza, reconocen que tuvo razón contra ellos, hacen el elogio de su probidad revolucionaria y reclaman con él una nueva manera en el Partido.

Un programa común de la nueva oposición está firmado por Trotski, Zinoviev, Kamenev, Piatákov, Bakáev, Evdokímov, Smilga, Preobrajenski.

Este documento denuncia el peligro que hace correr a la revolución la formación de una nueva burguesía (el kulak, el *nepman* y el burócrata, es decir, el campesino acaudalado, el comerciante y el funcionario); critica la industrialización lenta que profundiza el foso entre las ciudades proletarias y los campos: la industria, demasiado débil, no puede satisfacer las necesidades rurales; preconiza la revisión de los planes quinquenales ridículamente recortados, propuestos por la burocracia; denuncia el dominio de los burós sobre el Partido y de la fracción de Stalin sobre los burós; reclama el regreso a la democracia interior.

En el dominio de la doctrina se abre un gran debate entre la concepción nacional del socialismo (Stalin: el «socialismo en un solo país») y el internacionalismo socialista,

que reviste su forma más neta en la teoría de la revolución permanente, formulada por Trotski.

Esta teoría considera la revolución socialista, aun cuando venza momentáneamente en un país aislado, como esencialmente internacional, constituyendo un proceso continuo, cuyas formas podrán modificarse y conocer momentos de calma, pero que no se interrumpe hasta llegar a la victoria internacional del proletariado.[30]

30. Del libro de Trotski *La revolución permanente:* «El marxismo procede de la economía mundial, considerada no como una simple adición de sus unidades nacionales, sino como una potente realidad independiente creada por la división internacional del trabajo y por el mercado mundial que, en nuestra época, domina desde lo alto los mercados nacionales. Las fuerzas productivas de la sociedad capitalista han pasado desde hace mucho tiempo las fronteras nacionales. Es una utopía reaccionaria el querer crear en el terreno nacional un sistema armonioso y suficientemente compuesto de todas las ramas económicas, sin tener en cuenta las condiciones geográficas, históricas y culturales del país, que forma parte de la economía mundial» (pág. 11). «La revolución permanente, en el sentido que Marx había atribuido a esta concepción, significa una revolución que no desea transigir con ninguna forma de dominación de clases, que no se detiene en el estadio democrático y que pasa a las medidas socialistas y a la guerra contra la reacción exterior... Una revolución que no termina sino con la liquidación total de la sociedad de clases» (pág. 33). «La revolución proletaria no puede ser mantenida en los cuadros nacionales sino bajo la forma de régimen provisional, aunque dure mucho tiempo, como lo demuestra el ejemplo de la Unión Soviética. Y, más aún, allí donde exista una dictadura proletaria aislada, las contradicciones interiores y exteriores aumentan inevitablemente, al mismo ritmo que el éxito. Si el Estado proletario insiste en permanecer aislado, sucumbirá al fin, víctima de sus contradicciones. Su bienestar está únicamente en la victoria del proletariado de los países avanzados. Desde este punto de vista, la revolución no constituye un objetivo en sí; no representa más que un eslabón de la cadena internacional. La revolución internacional, a pesar de sus detenciones y alternativas provisionales, representa un proceso permanente» (pág. 37). «El internacionalismo no es un principio abstracto; no constituye sino el reflejo político y teórico del carácter mundial económico, del desarrollo mundial de las fuerzas productivas y del impulso mundial de la lucha de clases» (pág. 36).

Es necesario, a este respecto, recordar la palabra tan clara de Lenin: «Nuestro bien está en la revolución europea» (Discurso en el VII Congreso de los Soviets, en 1918).

Si la revolución alemana, es decir, la revolución socialista en un país provisto de una base industrial más avanzada y de un proletariado más numeroso, exigía el sacrificio de la revolución rusa, Lenin estimaba que este sacrificio debía ser aceptado.[31]

Sería suficiente volver la vista honestamente hacia atrás para convencerse de que la República Federativa de los Soviets lo debía todo al proletariado occidental, porque la permanencia y el carácter internacional de la acción obrera y sus vicisitudes se reflejaban a la vez sobre el conjunto económico mundial y la situación de los trabajadores de los otros países. ¿No fue en Berlín, en Viena, en Glasgow, en París, en Tolón, *en el mundo entero,* donde la intervención fracasó porque los proletarios no deseaban batirse contra sus hermanos de Rusia?

Pero durante el debate no fue presentada por la parte dominante ninguna propuesta inteligente o que contuviese buena fe. Los que han vivido estos momentos no olvidarán jamás la pesadilla: era imposible respirar en un ambiente de mentira, al ver falsear todos los razonamientos, deformar cada palabra pronunciada, asistir, en definitiva, a este ofuscamiento de la conciencia social.

Marcaba un índice de gravedad trágica. No se trataba en ningún modo de la verdad; el poder único era la cuestión, y cuanto más desastrosamente falsa era la posición de los que lo detentaban, tanto más contrarias a sus propias declaraciones era su política, por lo cual debían deformar con escarnecimiento la visión de todas las cosas.

31. Víctor Serge, *El año I de la Revolución Rusa,* págs. 388 y sigs., y también pág. 235.

Para terminar la conquista del Estado obrero era necesario que la burocracia impusiera su socialismo nacional, sus nuevas mentiras convencionales, sus falsificaciones de doctrina.

La revolución china da fuerza al debate colocando a la tendencia revolucionaria en la necesidad absoluta de plantear netamente, cueste lo que cueste, todas las cuestiones de principio y de táctica.

Sin los acontecimientos de Cantón-Shanghai-Hankeu, la oposición hubiese podido esperar por algún tiempo, quizá hasta el momento en el cual, después de algunos meses, la crisis del trigo hubiese colocado a los gobernantes en situación de reconocer la existencia del campesino acaudalado y el serio problema de la industrialización.

Pero la revolución china, mediante grandes victorias, iba a compensar, por sus consecuencias internacionales, el apaciguamiento del proletariado de Europa. La toma de Shanghai por los sindicatos, la ocupación de las concesiones y de las fábricas de Hankeu, después de la sorprendente campaña de sur a norte, dirigida en realidad por el antiguo jefe de los partidarios del Ural, Blucher, el movimiento de los campesinos, todo significaba que se abrían posibilidades inapreciables.

Nosotros sabíamos, mientras tanto, que Chiang-Kai-Sek se había aliado personalmente con Stalin —a quien engañaba— y que el Kuomintang preparaba el desarme, si no el asesinato de sus miembros comunistas (siempre se degüella bajo el pretexto de desarmar).

Por primera vez, a plena luz del día, el régimen burocrático saboteaba obstinadamente un formidable movimiento revolucionario, porque sus propios intereses (nacionales), contrarios a los del proletariado, lo obligaban a hacerlo.

Una revolución de los obreros y los campesinos chinos, triunfante con el apoyo de la URSS, entró pronto en

conflicto con las potencias imperialistas. El Buró Político no deseaba historias. Deseaba prestigio, y por el prestigio corrió a torrentes la sangre de los coolíes, como en la insurrección insensata y magnífica (magnífica por el valor de la víctimas) de Cantón, llevada a cabo por agentes capaces de todo, como un Lominadzé, un Heinz Neuman, con la esperanza criminal de festejar un suceso retumbante el día de la apertura del XV Congreso de Partido Comunista de la URSS.

Mientras caían la cabezas por millares en China, el Congreso pronunció la exclusión de la oposición. La Internacional Comunista aprobaba todo sin molestarse, sin sentir la menor angustia ante las vastas rociadas de sangre y las estafas más enormes o más mezquinas.[32]

Desde entonces se empieza a saber que la exclusión representa la detención, la prisión, la deportación. Retengamos esta fecha en que el Partido deja de ser una organización voluntaria, ya que se debe permanecer en él, en silencio, bajo pena de prisión. Las cárceles soviéticas van a llenarse con los combatientes de Octubre.

Trotski, llevado por la fuerza a Moscú, parte de noche para Alma-Ata, condenado por medida administrativa a tres años de deportación.

32. En todas las horas negras, llegaban por series a los periódicos soviéticos los telegramas entusiastas de los comités centrales de los diversos partidos. Será necesario para sondear este abismo de servilismo o de inconsciencia releer, ahora que el pasado se ha refrescado, los artículos asombrosos de Cachin, de Sémard y de Doriot sobre la Revolución China. Releerlos pensando que cada línea de esos comunicados costaba sangre a los trabajadores de allí. He seguido estos acontecimientos, día a día, en un largo estudio publicado por esa época en *Clarte:* «La lucha de clases en la Revolución China». Para evitarme la partida prematura para alguna casa central, una camarada parisiense tuvo que firmar en mi lugar el artículo consagrado a la Comuna de Cantón.

La prensa de la Agencia Tass difundió la víspera un comunicado oficial desmintiendo los rumores concernientes a deportaciones.

Zinoviev trata de sustraerse a las responsabilidades maniobrando. Se somete con Kamenev y su equipo, no sin acumular antes todas las reservas mentales imaginables. Este jesuitismo va a convertirse para los últimos bolcheviques en un fermento desmoralizador de la peor especie.

Mañana, la pandilla dirigente del Buró Político va a destrozarse entre sí, nuevamente.

«Jamás —declara Stalin— la dirección del Partido ha estado más unida que hoy día». Poco importa, el Partido se callará. Mañana va a comenzar el drama de la colectivización, donde todas las fuerzas del país van a estar dispuestas a sacrificarse en medio de inmensos sufrimientos inútiles. El Partido calla. ¿Qué es, por consiguiente, lo que ha pasado?

No menciono episodios secundarios, a fin de explicar mejor la fisonomía del acontecimiento. Esto es: la burocracia, separándose de la clase obrera, acaba de liquidar al Partido bolchevique. No se conserva de él más que el título y algunos rehenes.

La burocracia se instala en el poder por su propia cuenta. Racovski tuvo razón al escribir, desde el fondo de su exilio de Barnaul, parafraseando la palabra de Lenin: «Nosotros tenemos un Estado burocrático con supervivencia de obreros y campesinos». La doctrina del socialismo nacional, «en un solo país», se convierte en oficial.

Cualquiera que haga objeción alguna desaparece entre las 12 de la noche y las tres de la madrugada en un Ford de la Guepeú.

Resumamos: la derrota de la oposición significa la derrota del Partido de la clase obrera, vencido por una casta o una clase de advenedizos. Ello no se explica, bajo el ángulo

internacional, sino por las dos derrotas de la revolución en Europa y en Asia, a las que se halla unida directamente: Alemania en 1923 y China en 1927.[33]

33. Se hallará la descripción más estricta de estos acontecimientos, por lo que respecta a la URSS en *Stalin* de Boris Souvarine, capítulo IX: «La oposición sucumbía antes que todo bajo el peso de sus propias faltas», escribió el autor (pág. 436). No pienso negar que la oposición cometió una multitud de errores capitales, sobre todo desde el punto de vista del observador aislado que juzgaba después del golpe. Pero bastaba considerar desde un poco más alto, es decir, sin prestar una importancia exagerada a las actitudes individuales y a los detalles, el encadenamiento de los hechos para darse cuenta de la injusticia y de la falta de exactitud de esta apreciación. Comparando la actitud de Trotski hacia el Partido que lo exilia y la «deferencia de Robespierre para la Convención de Termidor», nuestro camarada concluye: «en los dos casos, el poder efectivo de los políticos empíricos tuvo razón, por una combinación cínica de fuerza y de astucia, sobre doctrinarios mal provistos de sentido práctico». ¿No es evidente que el sentido práctico de los revolucionarios es esencialmente diferente del de los políticos empíricos, que representan otras formaciones sociales? El sentido práctico de Liebknecht tiene poco que ver con el de Noske. El sentido práctico de los revolucionarios, que tienen que arrojarse bajo las ruedas de un carro porque tal es el interés superior del proletariado, es completamente diferente del de los aventureros, en los cuales a los días siguientes a las grandes derrotas de la clase obrera se les ofrecen ocasiones preciosas para instalarse en el poder. Souvarine debe saberlo a fondo, pues fue también un *doctrinario* vencido por los *empíricos*, a causa de su devoción por la Internacional de tiempos gloriosos.

Sobre el estado de espíritu de los comunistas opositores y la situación de la URSS en esta época, véase Panait Istrati, *Hacia la otra loma*, sobre todo el t. II, *Soviets*, 1929, Rieder Editores.

III
La industrialización y la colectivización (1928-1934)

Dos meses después de haber consumado la derrota de sus adversarios por los medios empleados por la policía política, Stalin, en el atolladero, se vio obligado a aplicar con toda precipitación su programa, pronto groseramente ampliado y deformado.[34]

En febrero de 1928, *Pravda* constata que el trigo se esconde; los campesinos, pagado el impuesto, rechazan venderlo al Estado colectivista; las tesis de la víspera se las lleva pronto el viento. La burocracia se empeña a fondo en una nueva dirección: viraje brusco. Es necesario convenir que, dominada por su espíritu de conservación, tendrá que dar pruebas de una potencia extraordinaria.

Se prescindió de prever y se deportó a los que preveían, porque primaba la cuestión del poder. Ahora va a faltar trigo para las ciudades y el ejército. En lugar de aplicar un programa político, Stalin se reduce a improvisaciones. ¿Habría pensado estimular, como lo preconizaban Bujarin, Rikov, Tomski —la derecha—, el enriquecimiento de los campesinos y el deslizamiento hacia un régimen de pequeños burgueses?

[34] «Esto muestra —escribe Trotski— cómo una política justa permite a la tendencia marxista fecundar el desarrollo», aun cuando sea vencida y batida... *(El Estado obrero, Termidor y el Bonapartismo).*

Se podría creer al considerar el celo que desplegó en la defensa de la NEP, es decir, del compromiso con los campesinos, contra una oposición que no exigía sino reparación. Pero, para batir a la oposición, la pandilla dirigente tuvo que defenderse sin cesar contra la insoportable acusación de ser termidoriana. Y, como tiene mala conciencia a este respecto, practica la subasta.

Imposible retroceder ahora. Todas las ideas de Stalin parecerán una caricatura, alejadas en meses o en años de las ideas de Trotski. Las comisiones especiales revisan con precipitación las variaciones del primer plan quinquenal y la batalla se empeña en los campos.

Durante muchos años el régimen burocrático irá de éxito en éxito, acumulando dificultades para vencerlas, movilizando todos sus recursos en hombres y en riquezas naturales, girando sobre el porvenir compromisos insensatos a primera vista.

La colectivización parece por momentos una prodigiosa segunda etapa de la Revolución: conquista y transformación de los campos.

Los intelectuales simpatizantes, demasiado alejados de la clase obrera y demasiado extraños al marxismo para hacer la discriminación necesaria entre la violencia y la acción revolucionaria —no toda violencia es revolucionaria y toda acción revolucionaria no es forzosamente violenta—, admirarán holgadamente los resurgimientos de la fuerza en la historia.

Éste sería quizá el momento de reflexionar sobre la naturaleza de este Estado, el más viril hasta este momento. Forjado por una clase nueva que acaba de llegar al poder, sus cuadros de funcionarios se componen de arribistas rudos de un nuevo género, entre los cuales muchos se han batido bien, han tenido sus momentos de verdadera grandeza y de heroísmo, han aprendido a destruir obstáculos, a ser sufridos y pasar privaciones, y sinceramente se inclinan a pensar que «la Revolución somos nosotros».

Ciertamente se han moderado, suavizado, una vez instalados; pero lo que no son capaces de hacer para y con el proletariado lo sabrán hacer para sí mismos. Han retrocedido ante las vastas dificultades de la industrialización, cuando se les pedía afrontarlas para la revolución; ahora que se trata de defender sus propios privilegios, su condición en el Estado, su poder, no retroceden. El posible conflicto con los campesinos los espantaba; se agarraban ayer a la NEP; ahora que su falta de inteligencia ha dado a este conflicto latente una gravedad excepcional, declaran la guerra a los campesinos. Se trataba antes de continuar la revolución socialista, se trata hoy día de su propio bienestar. Ayer, además, todas las cuestiones se ligaban a la democratización del Partido y de los sindicatos, es decir, a su abdicación. Incapaces, en lo sucesivo, de la menor hazaña para la Internacional y sobre todo incapaces de la menor renuncia para permanecer van a dar pruebas de una gran energía. Rindámosles esta justicia y dejemos a los literatos conformistas el mediocre placer de admirarlos.

La burocracia dispone de recursos morales todavía inconmensurables: las masas han sido removidas a fondo, las ideas, las promesas, las palabras de los años ardientes no han perdido aún eficacia. Se puede movilizar la oscura conciencia socialista de millones de hombres, los grandes recuerdos, la tradición de Octubre. La habilidad de los estalinistas consistirá en combinar estas fuerzas espirituales con otras netamente retrógradas: el viejo individualismo burgués vestido con los atavíos proletarios del nuevo arribismo, el espíritu nacional, los instintos serviles de los pueblos que nunca conocieron la libertad, la dureza de los militares formados en la escuela del terror, el amoralismo de los marxistas vulgares.

Paradójicamente, los fracasos que conducirían a la pérdida a otras castas dirigentes reafirmarán a ésta. Cuanto más impopular y responsable se sienta de las calamidades infligidas al país, más resuelta se mostrará, por todos los medios, a su defensa. Una inmensa miseria nacerá de su política, pero en esta miseria las ventajas materiales más ínfimas adquieren valor; será suficiente ofrecer a un trabajador un plato de sopa aunque sea poco nutritivo y un albergue más o menos habitable en el invierno para verlo, en la negación general, agregarse a los privilegiados.

Una capa de burócratas subalternos se formará de esta manera en las empresas, en la células del Partido, en los pueblos, donde la colectivización tendrá por resultado una nueva diferenciación entre dirigentes y dirigidos. Alrededor de los primeros gravitará una clientela ávida de servirlos. La miseria se eternizará entre los que protestan.

La industrialización es dirigida como una marcha en país conquistado. La propaganda inventa todo un vocabulario de comunicados: líneas de fuego, brigadas de choque, asalto de fortalezas, posiciones inexpugnables, brechas, orden de la bandera roja del trabajo, orden de Lenin, insignia de honor.

La colectivización es una instalación en un país conquistado, según los rigores de la guerra.

Volvamos a los hechos. A finales de 1927, Stalin reprocha a los trotskistas el preconizar la industrialización «hasta el extremo» porque ellos condenan la industrialización moderada. Denuncia su proyecto en un empréstito forzoso, a emitirse en los campos, como susceptible de quitar apoyo a la NEP y de malquistar a los partidos con los campesinos. La oposición es excluida.

En enero-febrero de 1928, Stalin declara la guerra a los kulaks, es decir, a los campesinos ricos, y comienza la liquidación de la NEP.

Destacamentos de obreros se reparten por los campos para obligar a los campesinos a entregar el trigo al Estado y a las cooperativas estatizadas, a precios irrisorios.

Es el regreso a las requisiciones. Como se choca contra una resistencia encarnizada, tanto mayor cuanto las requisiciones son ilegales, contrarias a las promesas hechas a los campesinos numerosas veces, y ya que nada permite augurar el fin de esta resistencia, se impone una solución: desposeer al cultivador haciéndole ingresar en una explotación colectiva: el koljós, a la que aportará todos sus bienes y en la cual se hallará bajo el control de una administración designada por el Partido.

Pero ¿si resistiera? Se le obligará. De las requisiciones se pasa, entre 1929 y 1930, a la colectivización obligatoria.[35]

Al comienzo, la idea no era la de una colectivización total. Mucho más razonablemente, el Gobierno no pensó en crear explotaciones colectivas sino en la medida en que se pudiera proveer a los koljoses del material agrícola necesario para la gran *motocultura.* Ésta fue la única, la verdadera política socialista, y los campesinos se fueron prontamente convenciendo de las ventajas del nuevo modo de producción sobre el pequeño cultivo parcelario y primitivo. Pero nosotros sabemos cuál es el margen entre las intenciones socialistas del Gobierno burocrático y su acción real, impuesta por los intereses que no son los de la colectividad.

Encontramos ahora que los cultivadores más tenaces en su resistencia a la colectivización, que quedaron como propietarios individuales a pesar de la persecución, están en me-

35. Al principio procedió a hacer inventario de los stocks de trigo, de lino, etcétera, en poder de los campesinos. Los propietarios fueron obligados a dar a conocer sus reservas y venderlas al Estado a precio legal. No habiendo dado resultados satisfactorios estas medidas, se echó mano de las confiscaciones.

jores condiciones que los desposeídos de los koljoses, que no disponen libremente de sus brazos.

Stalin constata que la coexistencia en los mismos pueblos de cultivadores libres y de cultivadores colectivos amenaza la existencia misma de los koljoses. Es necesario, por consiguiente, que la colectivización sea total, y así lo ordena. Los que se resistan serán denominados kulaks, declarados enemigos del pueblo y «liquidados como clase».

Los campesinos satisfechos, o llamados como tales para las necesidades de la causa (muchos se batieron en otro tiempo por los soviets), se expulsan repentinamente de sus hogares, amontonados en vagones para animales y enviados, por vagones enteros, hacia las tierras subárticas, los bosques de Siberia, los pantanos de Narym, los desiertos de arena de Kazajistán...

Las pequeñas cruces blancas van a abundar en todos los vastos desiertos de Rusia. Varios millones de campesinos correrán esta suerte. Será la transplantación de poblaciones más amplia que conozca la historia, y la más atroz en sus detalles concretos.

Tengo presente todavía lo que me narró un camarada sobre la resistencia de las mujeres de una aldea cosaca de Kubán. Se habían desnudado, pensando que no se atreverían a sacarlas de sus habitaciones en este estado, para llevarlas por la fuerza al tren. Los jóvenes comunistas, los hombres del Partido y de la Guepeú rodearon la población, donde previamente habían detenido a todos los hombres; las sacaron de las casas, junto con sus niños, desgreñadas, locas de terror y rabia, y empujaron a este rebaño desnudo hacia la estación. Los niños, los viejos, los débiles, sucumbieron en masa. Los periódicos, mientras tanto, multiplicaban las noticias sobre el entusiasmo colectivista de los campesinos. Se leía en *Mundo* las prosas pavorosas de Barbusse sobre el milagro de la colectivización. ¡Abominable miseria de intelectuales capaces de todo! ¿Qué se puede imaginar más en contra del espíritu socialista que estas mentiras y estas atrocidades? ¿Sería necesario recordar la opinión de Engels sobre la actitud de los socialistas para con las clases medias y más particularmente para con la pequeña propiedad campesina? ¿Sería necesario recordar las recomendaciones incesantes de Lenin?: combatir al agricultor enriquecido que se convierte en un pequeño capitalista, pero no reprimir a las masas campesinas, haciendo un aliado del campesino moderado.

En su momento, la política de Lenin con respecto a los campesinos, a pesar de los errores y de los abusos, asegura la victoria de los rojos en la guerra civil.

La política de Stalin resultó en los años 1930-1931 un desastre. Campos sin cultivar, cosechas podridas sobre los campos, disminución de tierras de barbecho, desaparición del triste inquilino, abandonado a los koljoses organizados por circulares en la malevolencia general, que lo dejaban perecer.

Cuando se cuentan por centenares los levantamientos, cuando se ve a las multitudes de agricultores llevando sus animales y sus pequeños, pasar las fronteras con peligro de ser masacrados —muchos lo fueron— para refugiarse en el Turkestán chino, en Rumania, en Polonia, Stalin comprende y detiene la maniobra. ¡Basta ya! *El vértigo del éxito* —escribe— hace perder la cabeza a los burócratas subalternos (porque la política del Comité Central es, fue y será justa). Ni que decir tiene: han abusado de la violencia.

No se ve bien el éxito en todo esto. En lo sucesivo, la colectivización debe ser estrictamente voluntaria y considerada como total en un 68%, y se está en lo justo; no hay lugar para continuar la demolición de las iglesias.

Los campesinos van a recibir concesiones inciertas, acordadas como un arrepentimiento, pero más en el papel

que en la realidad. Por otra parte, la miseria es tan grande, que ninguna medida podría tener efecto de inmediato.

El poder vacila entre el sistema de los sovjoses, grandes explotaciones agrícolas estatizadas donde los trabajadores son asalariados, los koljoses y los arteles, de un estatuto más libre, más parecidos en realidad a las cooperativas.

Elegirán finalmente el artel, en el que se buscará interesar al campesino.

Los mercados de los koljoses, donde el agricultor puede vender por su cuenta con ciertas condiciones, se abren en 1932. Se autoriza poco a poco a los miembros de los arteles y de los koljoses para tener, a título privado, habitaciones, una huerta, volatería, ganado menor, una vaca... En 1935 se proclama la palabra de enriquecimiento de los koljoses. El Estado entrega solemnemente y a perpetuidad las tierras a los koljoses.

En 1931, la escasez se convirtió en hambruna. En 1932-1933, la hambruna es general en los campos de Rusia, que fueron y deberían ser los graneros de Europa.

Se mencionan, secretamente, casos de canibalismo. Hambruna organizada por el Estado, es preciso decirlo. Las cosechas, sensiblemente disminuidas por la desorganización y la resistencia de los campesinos, no fueron tan malas; pero se da el caso de que el Estado lo toma todo para abastecer a los pueblos, dar reservas para el Ejército y exportar.

Durante muchos años el país no consumirá los frutos que da en abundancia, porque se venderá a precio miserable en Occidente.

Hay que decir que la industrialización, según planes cada vez más amplios, se falsea completamente. No estaba prevista la colectivización casi total. Necesita la creación de fábricas gigantes, de maquinaria agrícola y mina la base misma de la industria soviética provocando la escasez de materias primas.

Los cultivos industriales como el lino, el algodón, el cáñamo o las plantas oleaginosas no se hallan en situación menos molesta que el cultivo de cereales.

Imposible, por lo tanto, volverse atrás sin reconocer la bancarrota de una política y sin cambiar de equipo dirigente. No hay más que perseverar, dando a la prensa instrucciones de proclamar todos los días las victorias económicas envidiadas por el universo.

Solución efectiva: obligar a los obreros a trabajar más, consumiendo menos, lo menos posible. Las masas campesinas proletarizadas por la fuerza ofrecerán inmensas reservas de mano de obra, sin respetar ley alguna de salarios, ni tener en cuenta ningún desgaste fisiológico.[36] (La ración alimenticia del obrero se reducirá frecuentemente muy por debajo de lo estrictamente necesario).

No importan los desfallecimientos: serán rápidamente reemplazados. El primer Plan Quinquenal anunciaba para finales del quinto año un aumento de salarios del 71%. En realidad, los salarios casi se doblaron nominalmente, pero el rublo cae en el mercado en la cuarentava parte, exactamente, de su capacidad de compra de 1926 y las cooperativas no abonaron a los trabajadores sino raciones de hambruna.

Un mecánico de precisión que trabajaba en Moscú me decía en 1933: «Gano 270 rublos, pero vivo mucho peor que en 1926, con un abono de cesantía de 27 rublos...» Estaba huesudo y pálido. Las brigadas de choque, uniendo al obrero a su equipo, lo obligaban a sacrificar, terminada su jornada, la mitad de las horas de descanso para trabajar gratis en el taller.

36. Los médicos que se permitieron establecer las relaciones entre el descanso, las condiciones de trabajo, la alimentación y los accidentes laborales fueron denunciados como enemigos públicos.

La emulación socialista hacía rivalizar entre ellas a las brigadas de choque.

El reparto de los productos a los trabajadores tenía lugar en secreto en los almacenes reservados, en los que se creaba una infinidad de categorías privilegiadas o desfavorecidas. Se vivía del pequeño favoritismo, de combinaciones, de pequeña especulación, de trabajos clandestinos a domicilio o para el mercado libre. A la primera oportunidad, el obrero huía de la fábrica o se cambiaba a otra con la esperanza de ganar con el cambio.

Según la estadística oficial, el personal de las grandes fábricas de Ucrania se renovaba cada tres meses.

El Partido exigía de los obreros el compromiso solemne de no dejar la fábrica antes del fin del Plan Quinquenal. Los obreros votaban las resoluciones por unanimidad y desertaban al día siguiente.

Medidas administrativas intervinieron más eficazmente en el mismo sentido. La ley del 7 de agosto de 1932, declarando sagrada la propiedad colectiva, instituye para los ladrones la pena capital. Se fusilará a pobres diablos campesinos por algunos kilos de grano. Los campos serán puestos en estado de sitio, vigilados por aviones en misión especial, recorridos por guardias a caballo. ¡Pena de muerte para toda especie de sabotaje! ¡Pena de muerte por negligencia grave en los servicios de los ferrocarriles!

Las catástrofes en los ferrocarriles se sucedían en serie creciente; se fusila, según el caso, al encargado de los cambios, al maquinista, al jefe de estación, sin lograr remediar la desorganización de los transportes.

En 1932, una nueva ley prescribe el despido inmediato por toda ausencia injustificada, y este despido significa la retirada del carné de pan para el obrero y su familia, como también la pérdida de la habitación, cuando la habitación va unida a la empresa. La hambruna es más fuerte; estas medidas draconianas no suspenden el mal. El personal de las fábricas continúa con su nomadismo.

A finales de 1932, el Consejo de los Comisarios del Pueblo restableció —agravándolo mucho más— el régimen de pasaportes interiores abolido por la Revolución por considerarlo «un instrumento policial de opresión de las masas» *(Pequeña Enciclopedia Soviética)*. Los pasaportes se entregarán en las fábricas, y el trabajador privado del derecho de desplazamiento a voluntad, porque los pasaportes son sometidos a estrictas formalidades de inscripción, será en principio retenido en el lugar de trabajo.

El terror, último medio de violencia cuando los hombres no tienen nada que perder, tan sólo la vida, comprende también directamente a los técnicos y los intelectuales. Los unos, honestos, ponen en duda el valor de los planes apresuradamente retocados, militarmente aplicados; prevén resultados desastrosos; rechazan el plegarse a exigencias que juzgan absurdas, que no son más que demagógicas; estiman que se trata de un montaje ante la opinión extranjera, de engañar a la opinión interior, o que administradores celosos pretenden engañar con falsas apariencias al gobierno. Otros hacen una política peor pensando «que esto no puede durar»; algunos sabotean creyendo al fin llegada la hora de la catástrofe del bolchevismo, esperada desde hace tiempo.

Jamás la situación fue tan mala desde los peores momentos de la guerra civil y del bloqueo. Algunos ingenieros son sobornados por exiliados a quienes informan o por espías que los adulan.

La política del Comité Central provocó la destrucción del ganado por los campesinos, que preferían su desaparición antes que entregarlo a los koljoses; no hay más carne ni habrá más cueros.

Se fusila al profesor Karatiguin y a 47 especialistas más y administradores de los servicios de abastecimiento en car-

nes y conservas, acusados de sabotaje. Los desgraciados han confesado infinitamente más de lo que se puede creer, sin duda porque se les amenazaba con fusilarlos si no confesaban más. Se fusila a cinco ingenieros de Chajty, casi convictos de inteligencia con legaciones extranjeras. Se juzga la utilidad industrial del ingeniero Ramsin y se le acusa de ser un agente provocador.[37] Se juzga y condena a fuertes penas de reclusión a viejos socialistas inverosímilmente acusados de haber fomentado la intervención en la URSS según las directivas de la II Internacional. Éstos son extraños procesos, en los cuales los acusados se acusan en lugar de que se les acuse, yendo en su celo de flagelación hasta la enormidad flagrante.

Se duda de lo que hay en el fondo. No se sabrá sino más tarde, parcialmente, cuando en las prisiones ciertos condenados descubran los resortes secretos de las comedias siniestras montadas en varios actos. Los que no se prestan al juego desaparecen, como el viejo Bazarov, uno de los fundadores del socialismo ruso, y el erudito Riazánov. Se detiene a todo el personal dirigente del Comisariado de Agricultura, formado por hombres de derecha, partidarios del regreso a la pequeña propiedad campesina (Kondrátiev, Makarov). Se fusila dos años más tarde a sus sucesores, dos subcomisarios del pueblo, varios comunistas influyentes (Connor-Poleschuk, Wolf, Kovarski) y a 35 personas en marzo de 1933, bajo una vaga acusación de sabotaje y de inteligencia con el extranjero.

37. Condenado a muerte y perdonado con todos sus coacusados, Ramsin no cesa jamás de enseñar y de trabajar para la industria soviética, hasta el momento en que, en 1936, fue rehabilitado en razón de los servicios prestados. El tratamiento que ha gozado con sus cómplices este organizador de la traición, del sabotaje y de la intervención, según sus propias confesiones, contrasta singularmente con el que se inflige a tanto socialista y comunista.

Los historiadores, los médicos, los geólogos, los bacteriólogos, llenan las prisiones. El historiador Platonov muere allí; el historiador Kareev es libertado agonizante; el historiador Tarlé es enviado a Alma-Ata, después de largos meses de secreto; el físico Lazarev tuvo una suerte análoga, uno de los más grandes bacteriólogos rusos muere en la enfermería de la prisión de Leningrado.[38]

Después se dan cuenta de que la Guepeú ha exagerado, nuevas directivas exigen que se tranquilice a los intelectuales; he aquí que se detiene a jueces de instrucción demasiado hábiles; he aquí que se fusila —todo esto en secreto—, mientras que los ingenieros encerrados ayer con la angustia de la ejecución sobre sus cabezas reciben primas y condecoraciones.

El Plan Quinquenal se cumplió en tres aquí, en cuatro allá, en cinco acullá, y en seis o siete también más allá, como en los transportes fluviales, sin un plan, en una palabra.

Los informes (que no están redactados por humoristas) señalan el desarrollo prodigioso de los transportes de viajeros por ferrocarril.

Una fiebre de desplazamiento se ha apoderado de la población inquieta y hambrienta. Se viaja para encontrar botines, té, pan, jabón, para evitar una explotación excesiva. Se viaja porque se está mal en cualquier parte donde uno esté; y todas las previsiones de los economistas del transporte son deficientes. ¡Se viaja más que en California en el tiempo de la carrera hacia los placeres del oro!

Otra cosa sería decir cómo se viaja. Las ciudades crecen a la vista, desde la opinión de la población al menos, más rápidamente que Chicago y más que San Francisco: porque las aldeas se han vuelto inhabitables.

38. Lazarev y Tarlé han sido después rehabilitados tan arbitrariamente como habían sido condenados.

En el Partido, la guillotina seca funciona sin detenerse. No siempre seca... En 1930, el presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de la República Socialista Federal Socialista de Rusia (RSFSR), Sirshov, con un grupo de estalinistas de izquierda, es denunciado como contrarrevolucionario y destituido.

En 1932, los viejos bolcheviques, dirigentes del Comisariado de Agricultura, Eismont y Tolmachev desaparecen en las prisiones. El antiguo secretario de la organización del Partido en Moscú, Riutin, la familia del viejo obrero comunista Kayurov, los intelectuales de la escuela de Bujarin, los Slépkov, Astrov, Maretzki, Eichenwald, son excluidos y encarcelados. La tendencia de derecha que preconiza en sordina la paz con los campesinos y una política moderada (Rikov, Tomski, Bujarin, Smirnov) es retirada del Buró Político, perseguida por turnos, reducida a las abjuraciones reiteradas. Las tendencias nacionalistas se abren paso entre los comunistas y surgen repúblicas federadas en Ucrania y en Asia Central.

La Guepeú vigila, y se excluye, se detiene, se deporta a gobiernos enteros. Millares de comunistas e intelectuales ucranianos son arrestados en 1933. Skripnik, antiguo miembro del Comité Central, combatiente de Octubre, estalinista de primera hora, comisario del Pueblo en Instrucción Pública en el Gabinete de Jarkov, se destapa el cerebro por no ver fusilar a algunos de sus protegidos. Chumski, líder de los comunistas ucranianos, es enviado a las islas Solovieshki.

Fábricas gigantes surgen de la tierra. Moscú tendrá su metro, la Guepeú edifica por todas partes y en el corazón de las ciudades verdaderos torreones. Surgen nuevas ciudades en la estepa boreal, como Kirovsk (ayer Jibinogorsk), cerca de los yacimientos de apatita en el norte de Rusia; los ríos dan fuerza potente a centrales eléctricas; se crea una gran industria automovilística; la aviación de la URSS se convierte en la mejor del mundo. El plan ha sido ejecutado caóticamente. Al analizar todas sus previsiones (precios de costo de fabricación, moratorias, éxitos) se revelan falsas o equivocadas, pero siempre significa que se le ha dado al país una nueva y potente armadura industrial. Al precio de la sangre, levantada literalmente sobre osamentas (como el zar Pedro construyó su capital de Petersburgo y comenzó la construcción del puerto de Rogerwick...).

En ciertos momentos, el gobierno, con un campesinado completamente turbulento y en el cual la resistencia pasiva amenazaba con transformarse de un momento a otro en resistencia activa, impopular entre los proletarios fatigados y entre los intelectuales molestados, sintió sobre la cabeza el frío de la muerte.

Un ataque sobre una de las fronteras podría provocar la caída del régimen. Stalin colocaba a la URSS al borde del abismo.

Dominado por el temor a la guerra, hizo sufrir al Plan Quinquenal una nueva transformación discreta y costosa, convirtiéndolo en un plan de armamentos único en el mundo. Los recursos que podían haber permitido al pueblo un poco de bienestar pasaron a ese plan.

En compensación, el general italiano Graziani, confidente y enviado de Mussolini, fue el primer maravillado de lo que vio en 1934, de los resultados obtenidos, grandiosos en verdad.

¿Cómo no recordar ante este cuadro, las páginas de *El Capital* donde Marx describe el mecanismo inhumano de la acumulación capitalista primitiva? Podríamos hablar de una acumulación socialista primitiva, tan cruel como la otra, tan antisocialista por sus métodos y por el tratamiento infligido al hombre. Pero nos hallamos todavía muy lejos de terminar.

IV
La gran calamidad de los años 1931-1934

A partir de 1929 y 1930, la hambruna se extiende como la lepra sobre el inmenso país. Se aprende a hacer pan de residuos de granos, a comer hierbas y cortezas. Los niños tienen el vientre hinchado, las epidemias se eternizan: tifoidea, tifus exantemático transmitido por los piojos (el jabón es un producto raro), disentería, cólera...

El rumor público señala casos de peste en Stavropol (Cáucaso septentrional) en el curso del invierno de 1932-1933. Regiones enteras —he vivido allí— son minadas por el paludismo. Faltan los medicamentos. Las poblaciones nómadas de Asia Central son diezmadas por el hambre y las enfermedades.

Se construye, se construye, se construye, se exporta, se fusila y se sigue construyendo. Esto es lo que se llama la epopeya del gran Plan.

¿Qué es lo más característico, en estos años, de la condición de las poblaciones?

1. En los campos: la expropiación y la deportación de cualquiera que se atreva a resistir, aunque sea pasivamente, a cualquier directiva, no importa cual sea, de las autoridades —¡y Dios sabe lo que pasa si se cambian, si se contradicen! La colectivización obligada y sus consecuencias.

2. En los centros industriales: la sobreexplotación. La jornada de trabajo no es limitada. Las brigadas de choque, las brigadas de entusiastas, los jóvenes comunistas, ejecutan jornadas ilimitadas. Los días de descanso se convierten en jornadas de trabajo voluntario, impuesto en realidad para sobrepasar el Plan de la producción, perfeccionar la estadística, satisfacer un déficit, publicar un bello comunicado.

3. En el abastecimiento de los pueblos: el sistema de almacenes reservados. Cada categoría de trabajadores, cada fábrica —y en ésta los simples obreros, los obreros de choque, los técnicos, los burócratas—, tiene un almacén particular, cerrado para las otras categorías, con raciones y precios especiales, confidenciales o secretos. Nada de ostentación ni malos modos para entrar. Como regla, los almacenes reservados a los extranjeros, a los altos funcionarios, a los de la Guepeú, a los especialistas bien retribuidos, están bien surtidos.

Los de los simples obreros y los de la población en general están sucios y casi vacíos. El gobierno interviene para fijar las raciones mínimas para los obreros, raciones que están por debajo de sus necesidades. El carné de carne se creó en 1932 en los grandes centros para los obreros que realizaban trabajos de fuerza y daba derecho a dos kilos de carne de buey por mes. Las raciones varían mucho y no son entregadas frecuentemente sino sobre el papel. El ama de casa llega al almacén para protestar porque no tiene azúcar. Se le promete para febrero el azúcar que le corresponde en enero, pero en febrero se anula el cupón de azúcar de enero. Nada más simple. En las grandes ciudades el obrero recibe, en general, de 400 a 600 gramos de pan negro por día; de 200 a 300 para la mujer y cada hijo; un kilo de azúcar por mes y cédula de cooperador; por mes, medio litro de aceite de girasol, 50 gramos de té, un kilo de arenques salados, un poco de jabón y de lejía y 800 gramos de pasta alimenticia.

Las raciones eran sensiblemente menores en provincias, donde generalmente la mujer, los niños, los viejos, veían rechazados los carnés de víveres.

He visto en un buró un cartel con la inscripción siguiente: «Los abuelos no tienen derecho al carné de víveres». Se suprimía el pan algunos días; no existía en el mercado y el comercio estaba prohibido. Los granos alimenticios, como el mijo, se vendían por vasos, llegando a costar hasta dos y tres rublos.

4. Inflación por todas partes. La moneda de plata es retirada de la circulación, no sin que antes se haya pasado por las armas a algunos acaparadores poco listos; el papel se deprecia poco a poco porque no tiene curso real sino en el mercado semiclandestino, donde vale 40 veces menos que en 1926. En los almacenes reservados, la capacidad de compra del rublo varía según la condición del comprador. Una dactilógrafa de la Guepeú, con un salario mensual de cien rublos, provista de carné de entrada a los almacenes de la policía política, recibe, por sus cien rublos, productos con un valor en el mercado de 2.500 a 3.000 rublos. En otro almacén reservado, los cien rublos de la dactilógrafa de un buró de técnicos valían prácticamente 1.200 rublos. El mismo salario de una dactilógrafa de un buró del Soviet valía, todo lo más, 300. En fin, el sueldo de cien rublos de la dactilógrafa de una escuela, de una cooperativa, de un hospital, de una pequeña empresa, valía justamente... cien rublos papel.

Este sistema descansaba sobre la división de los explotados, el privilegio secreto, la combinación.

Prohibición a los economistas de hablar de inflación. El curso obligado de un cambio puramente teórico, desde que los extranjeros hacen sus compras en el Torgsin y pagan el hotel con *valuta*, permanece invariable. Se elabora una teoría de la moneda socialista que no necesita garantía oro de mercaderías, pero que sirve entre las manos del Partido para

la repartición de productos con un espíritu de clase. ¿De qué clase?

5. Por todas partes las extorsiones de oro y el Torgsin. La posesión de los metales preciosos de los particulares, bajo la forma de alhajas, relojes, platería, estaba y permanece permitida. La posesión de la *valuta* extranjera lo estaba también y jamás fue prohibida legalmente.

Los bancos alquilaban cajas para valores a los ciudadanos y les garantizaban el secreto de los depósitos. Ninguna campaña de prensa los invitaba a deshacerse de la *valuta*. Las extorsiones de oro, completamente ilegales, no clandestinas al principio, probablemente negadas en el extranjero, significaron, por consiguiente, el arbitrario desprecio total de las personas y de la ley. Los almacenes del Estado, tales como el *Mostorg* de Moscú, continuaban vendiendo alhajas de oro.[39]

Las extorsiones empezaron en los años 1930 y 1931 mediante visitas domiciliarias nocturnas a las casas de gentes acomodadas: médicos, dentistas, abogados, antiguos relojeros (es curioso que los escritores, enriquecidos en general, no fueron tocados); continuaron por requisiciones sistemáticas a casi todas las personas que se suponía que se hallaban en posesión de alhajas o *valuta*.

El oro desaparecía en los escondites; la Guepeú, que ejecutaba también un plan previendo un cierto rendimiento para cada localidad en un tiempo fijo, procedía al secuestro. Se podría señalar a las personas que no fueron arrestadas ni inculpadas. Hombres y mujeres permanecieron semanas o meses tras las rejas, ultrajados, amenazados, obligados a vivir de pie, embarrilados como arenques, desde 30, 40 y hasta 50, en pequeñas piezas, privados de

39. Por esta causa las extorsiones ocultan una especie de bandolerismo de Estado, absolutamente opuesto a la expropiación revolucionaria, cuya gran honestidad puede ser brutal o dolorosa; la expropiación, haciéndose a plena luz, invocaba y creaba un derecho nuevo.

bebidas, de aire, privados de la posibilidad de satisfacer sus necesidades, maltratados, sometidos a tratamientos que prefiero no describir.

He conocido a muchas víctimas de estas extorsiones, que no eran ni capitalistas, ni antiguos capitalistas. Aquellos que habían ocultado un reloj, los anillos de desposados, un brazalete, un billete de 20 dólares, terminaban por entregarlo; los que no poseían nada, terminaban por convencer a sus torturadores de que no tenían nada que sacarles. Uno de mis vecinos de Leningrado fue, de esta manera, secuestrado tres veces en un año.

Por la misma época, al lado de las cooperativas vacías y de los almacenes reservados con puertas confidenciales, se abren los almacenes ricamente acreditados del Torgsin, «sociedad estatizada para el comercio con los extranjeros», donde los ciudadanos soviéticos pueden, a cambio de oro (alhajas, dentaduras, polvo, monedas ¡todo recibido al peso y sin consideración del valor artístico o numismático!) y con *valutas* extranjeras, procurarse productos que no se encuentran en ninguna otra parte. El Torgsin demostraría si la posesión del oro o de las *valutas* era legal, pero ¿quién cuidaba de ello? Un nuevo privilegio escandaloso se estableció en pleno día en provecho de los poseedores de algunas migajas de oro, de los extranjeros y de los parientes de emigrados. Los almacenes del Torgsin se convierten naturalmente en focos de especulación, en los que la Guepeú multiplica la cosecha. Eran los únicos almacenes en los que se podía obtener medicamentos, géneros, zapatos, jabón, víveres de buena calidad, todos *artículos de exportación*. Los crímenes se multiplicaban por el oro.[40]

40. Un gran médico de Sarátov, conocido por su ciencia y su abnegación, fue asesinado por los bandidos que le arrancaron la dentadura de oro. Los directores y subdirectores comunistas del Torgsin de Astrakán fueron fusilados en 1935. Hechos como éste han sido muy numerosos.

Lo descomunal, en todo esto, además del reto a la conciencia pública, es que el trabajador soviético no puede, si no tiene una tía emigrada capaz de enviarle algunos dólares, procurarse los productos que él mismo fabrica.

6. Por todas partes: aplicación atrozmente generosa de la pena de muerte por medidas administrativas y secretas. Ejecuciones de campesinos a menudo calificados como terroristas por haber golpeado en la cara a un funcionario, o como dilapidadores por haber ocultado un saco de grano. Ejecuciones de obreros calificados como saboteadores o contrarrevolucionarios. Ejecuciones de reincidentes de derecho común y de prostitutas declaradas incorregibles. Ejecuciones de sacerdotes rusos por haber protestado contra la demolición de las iglesias. Ejecuciones de atesoradores de monedas de plata menudas. Ejecuciones de técnicos acusados de sabotaje. Ejecuciones de funcionarios corrompidos. Ejecuciones de personas de diversas condiciones acusadas de espionaje. Ejecuciones de rehenes en los campos de concentración, después de tentativas de evasión. Ejecuciones de antiguos oficiales. Ejecuciones de agentes de la Guepeú.

Ninguna estadística se ha publicado, ni es publicable. Cualquiera que conozca la vida rusa sabe que la pena de muerte entra en las costumbres y que la sangre inocente fue derramada a torrentes.

7. Por todas partes el Estado burocrático acentúa cada vez más su fisonomía de Estado policial. La Guepeú se inmiscuye en todas las cosas. No hay establecimiento científico o industrial, ni buró que no tenga sus servicios secretos y sus soplones. Los hay en los alojamientos, en los hospitales, en las cooperativas, entre los escritores, los artistas, los sacerdotes,[41] en todos los lugares. Los miembros del Partido

41. Me sorprendí en Leningrado de la elección para la Academia de Ciencias de un profesor sin mérito discernible. «Pero veamos —se me

son obligados a convertirse en soplones al primer requerimiento.

En 1933, se crearon Servicios Públicos en los transportes y en los koljoses. Se ve a los agentes de la Guepeú sustituir de hecho a los soviets rurales y a los comités inferiores del Partido, y hacen una labor tan mala, y la organización policial del trabajo en los campos se revela tan utópica, que son suprimidos en 1935 por los Servicios Públicos en las Campiñas, en el momento en que la Guepeú se convierte en un Estado dentro del Estado. A finales de 1933, el restablecimiento de los pasaportes interiores coloca a toda la población bajo el control meticuloso de la policía política.

Es necesario, para tener una idea de la vida de los ciudadanos soviéticos durante estos años, contemplar al obrero preocupado por la obtención, el timbre, la verificación y la inscripción de los carnés de pan, que se rechazan bajo diversas excusas a la mitad de los suyos; el ama de casa corriendo a los almacenes vacíos e inscribiéndose en una cola a las puertas de una pescadería, desde la noche, con el número 758, para disputar al día siguiente del turno una ración de pescado salado; el obrero expuesto al espionaje en el taller, esperando regresar a su casa para comentar en la mesa las detenciones de la noche; leyendo en el periódico apologías versificadas de la pena de muerte; sin saber dónde obtener una camisa para cambiarse; temiendo ser arrojado de la ciudad por el rechazo de su pasaporte, debido a que su hijo se ha casado con la hija de un antiguo y pequeño comerciante; pensando qué combinación peligrosa usar para procurarse un dólar y comprar en el Torgsin algún medicamento necesario. Cercado por la policía, la miseria, la mentira.

dijo—, ¿no comprende? ¡Pertenece a ella!» La Guepeú llevó la impudicia hasta convocar, para sermonearlos, a los sabios poco dispuestos a votarlo. La iglesia autónoma de Ucrania tuvo, durante un cierto tiempo, un indicador a la cabeza.

En el orden político, los soviets, los sindicatos, las cooperativas, el Partido Comunista, desaparecen en conjunto. No quedan más que consignas fuertemente costosas y bastante embarazosas, un ejército de funcionarios *papelucheros*, y palabras. Se va a votar en comitiva en las elecciones de los soviets, música a la cabeza, manos levantadas por unanimidad; o bien, el voto tiene lugar en la fábrica durante la hora del trabajo, a puerta cerrada. Ciertos soviets no se reúnen jamás. Nadie sabe quién los ha elegido, nadie se interesa por ellos. Los sindicatos perciben las cotizaciones y reparten entre los elementos activos, es decir, que tienen una buena opinión, los billetes de favor para los veraneos y los teatros; mantienen una numerosa burocracia en la fábrica, construyen clubes para obreros, que son palacios inútiles, en medio de chiribitiles en donde viven los obreros. Las cooperativas entregan a sus miembros las raciones mediocres que conocemos y colocan en venta ínfimas cantidades de telas de baja calidad y muy caras. Exhortan a los cooperadores a aumentar benévolamente su cotización, que no puede ser inferior al salario mensual del interesado y que sube cada año. Se discurre dar crédito a los consumidores. ¿Quiere comprar un abrigo? Obtenga, por intermedio del comité de la fábrica y en su calidad de trabajador de choque, el favor de ser inscrito en una solicitud, entregue, con una antelación de diez meses, el precio del artículo y puede ser, lo que no es seguro, que termine por recibir al año siguiente el abrigo.

El Partido existe poderosamente, pero no es ya un partido obrero en el sentido tradicional de la palabra; tiene a la vez algo de la orden religiosa, en el sentido jesuítico, de la milicia y del ejército profesional. Sus burós distribuyen los grados, los empleos, las prebendas, las pensiones, los pasaportes, las raciones de víveres, el vestuario, los alojamientos, las tesis, las cátedras, los ultrajes, los años de prisión, las condenas a muerte, la gracia.

V
Las leyes

Consideremos por un momento la evolución de la legislación soviética en el transcurso de los últimos años. Las leyes de un país reflejan su estado social. Conocemos ya la ley del 7 de agosto de 1932, que declara sagrada la propiedad socialista. Por primera vez en estos tiempos en un país civilizado, la pena de muerte se aplicará por hurto, y muchas veces por robos ínfimos, esto es, en las condiciones en que el robo se da a causa de una profunda miseria.[42]

Una ley sobre alta traición había sido promulgada a continuación de numerosas defecciones que se habían presentado en el personal diplomático, militar y comercial de las misiones en el extranjero. Numerosos funcionarios, te-

42. He visto condenar en Moscú, en 1932, a diez años de reclusión a un obrero que había hurtado un paquete de lápices en la fábrica. Tomo del camarada Ivon, de la *Revolución proletaria*, los ejemplos siguientes sacados de la prensa rusa: «Por haber utilizado sin autorización artículos pertenecientes al koljós (caballo, barca de pesca), algunos koljosianos pobres fueron condenados a muerte por aplicación del decreto de 7 de agosto». «Paraskeva, de 28 años, madre de tres niños pequeños, y Pachenko, Anna, 40 años, analfabeta, koljosianas pobres, fueron condenadas en virtud del decreto del 7 de agosto, por el juez de la región de Eysk, a diez años de prisión, por robar cuatro kilos de grano. Por protesta del procurador, la Corte Suprema anula la condena y aplica otra reduciendo la pena a un año de trabajos obligatorios» *(Pravda,* 28 de abril de 1934).

miendo el terror, se quedaban en el extranjero. Algunos traicionaban, como el primer secretario de la legislación en París, Besedovski, el agente de la Guepeú en Estambul, Agabekov, encargado de vigilar a Trotski, el agregado militar en Estocolmo... Defecciones y traiciones se sumaban por centenas. El director del Banco del Estado desertaba en Berlín, un secretario personal de Stalin se escapaba. Estos episodios denunciaban el profundo malestar de la burocracia y la baja calidad del personal llamado a reemplazar a la generación eliminada de Octubre. (Los escándalos que se producían en el país demostraban lo mismo). En lo sucesivo, sería puesto fuera de la ley todo funcionario que rechazase regresar del extranjero. En caso de detención en el territorio soviético, será pasado por las armas una vez constatada su identidad. Para los ciudadanos soviéticos en viaje privado, la pena podría ser reducida en un grado.

Una ley del 30 de marzo de 1935 castiga con cinco años de prisión al que lleve, fabrique o posea cuchillo o cualquier arma blanca, lo que demuestra que el número de asesinatos llegó a ser inquietante.

Una ley del 8 de abril de 1935 extiende a los niños de 12 años todas las penalidades del derecho común, comprendida, evidentemente, la pena capital. Los adultos que hayan estimulado la criminalidad, la mendicidad, la prostitución infantil, serán condenados a cinco años de prisión. Por primera vez en un país civilizado, los niños serán acreedores a la pena de muerte. Esto es confesar inmensas miserias, declarar que se pierde la cabeza ante ellas, que no se sabe cómo combatirlas, que para el legislador armado del Browning las antiguas ideas socialistas sobre la responsabilidad social frente al criminal, sobre la educación y la reeducación de los delincuentes, sobre la pena de muerte, en fin, solemnemente condenada por el Congreso Socialista Internacional de Copenhague (1910), no tienen ninguna

importancia. Desde antes de dictarse esta ley, la pena de muerte se aplicaba por medidas administrativas a los jóvenes reincidentes. Y la vida de un niño de 14 años enviado a los campos de trabajo del norte no pesaba sobre la conciencia.[43]

El 9 de junio de 1935, *Pravda* publica el texto de una ley draconiana sobre el castigo de crímenes contra la patria. El espionaje, el pasarse al enemigo, el irse al extranjero sin pasaporte, son castigados con la pena de muerte y la confiscación de todos los bienes; ningún atenuante podrá admitirse si se trata de un militar. Los miembros mayores de la familia del culpable, si conociendo sus intenciones no lo denunciaron, serán encarcelados de dos a cinco años y también les serán confiscados sus bienes. Completamente ignorantes de sus designios, serán deportados por cinco años a las regiones alejadas de Siberia. ¡Por primera vez, en un país civilizado, la ley impone la delación en el seno de la familia, castiga inhumanamente a los inocentes, y pena con la muerte el simple paso de la frontera! (Y subrayo que el tra-

43. En la región de Orenburgo, donde estuve deportado, hubo, entre 1934 y 1935, varios crímenes cometidos por niños; según los periódicos, los zapadores que defendían la propiedad socialista fueron asesinados por pequeños contrarrevolucionarios. Se votaron en las escuelas mociones que exigían que se les aplicase la pena de muerte. Después se dio orden de cesar la campaña. Ignoro el epílogo de estos asuntos. Habiendo provocado la ley en cuestión vivas protestas en el Congreso de la Federación Unitaria de la Enseñanza (Angulema, agosto de 1935), pedagogos de la tendencia estalinista imaginaron defenderla, sosteniendo que la excelencia de la pedagogía soviética otorgaba la mayoría de edad a los 12 años. Estos singulares educadores, visiblemente ignorantes de la fisiología del desarrollo, no pensaron en explicar cómo la precoz madurez de los jóvenes se traduce sobre todo por un crecimiento de la criminalidad. Si fuera lo contrario, el legislador soviético debería acordar a los niños de 12 años el derecho al voto, el de ser elegidos y el derecho de ocupar puestos llamados responsables. Se enrojece uno al discutir estos asuntos que sólo revelan la decadencia de una ideología.

bajador no tiene ninguna posibilidad de obtener un pasaporte para el extranjero). ¿A qué responde esta ley monstruosa? El texto prevé la huida al extranjero en avión. Algunos aviadores habían desertado en Extremo Oriente. La prensa no justifica la nueva ley sino por el amor creciente de la Patria dentro de los trabajadores soviéticos, amor que los lleva a mostrarse inhumanos con los traidores. Krilenko, procurador de la República, usará este lenguaje en el Comité Ejecutivo Central de los Soviets. Es necesario tomar al pie de la letra el contrapié de esta jerga oficial para explicarse una ley que no podría responder en realidad sino a la más alarmante onda de desafección y derrotismo.

Una ley de 1935 castigó la homosexualidad con tres años de prisión. Krilenko la justifica diciendo que la inversión sexual es la tara de las clases burguesas degeneradas. El tratamiento a los degenerados por la prisión le parece, pues, indicado.[44] ¿Y cómo admitir que las taras de la burguesía vencida hace 20 años existan todavía? No se sabe verdaderamente de qué sorprenderse: si de la vulgaridad de este argumento o de la inconsciencia del legislador contemporáneo a Freud y de Havelock Ellis, que ignora deliberadamente las adquisiciones científicas de medio siglo de sexología.

Una ley castiga con tres años de prisión la confección y la difusión de obras pornográficas; la pornografía no estaba definida. Me es suficiente recordar que la aplicación de un texto de este género en Francia hubiera alojado por muchos años en prisión a Flaubert, Baudelaire, Richepin, Zola, Descaves, y en nuestros días a Jules Romains, André Gide, Victor Margueritte, Céline y otros muchos.

Sería de derecho esperar de un poder que se precia de socialista el ejemplo de respeto humano, alguna inteligencia científica, la aplicación de los principios por los cuales los socialistas de todos los países han luchado desde el alba de la primavera internacional. Nos hallamos, al contrario, en presencia de una legislación netamente retrógrada en comparación con la de los países capitalistas avanzados y que no admite comparación sino con la de los países fascistas. Todas las reacciones se parecen.

44. El diplomático soviético Florinski, jefe del Protocolo en el Comisariado de Negocios Extranjeros, fue uno de los primeros condenados en virtud de esta ley.

VI
Un cambio: la valoración del rublo (1934-1935)

En 1934 se determina un cambio. Los campesinos están liquidados, el poder lo ha comprendido.[45] Las concesiones que ha hecho a los cultivadores colectivizados le permiten fortalecerse y seguir viviendo. Se adaptan. Por suerte inesperada, las cosechas han sido buenas varios años seguidos. La producción de oro intensificada en los yacimientos de Siberia ha permitido reconstruir un tesoro agotado al principio de la industrialización por las compras hechas en el extranjero y por las pérdidas sufridas por la bajada del dólar y la libra esterlina. Se puede parar la exportación desastrosa de víveres en el mercado extranjero. El gobierno ha reconstruido los *stocks* de trigo. Se percibe que, a pesar de una hábil dosificación de castigos inhumanos y de recompensas

45. Lo comprendió cuando la mitad de la ganadería había sido destruida en cuatro años.

	Caballar	Vacuno	Lanar y caprino	Porcino
1929	34,0	65,1	147,2	20,3
1933	16,6	38,6	50,6	12,2

La destrucción del ganado caballar continúa en 1935. Estas estadísticas oficiales me parecen que están por debajo de la realidad.

mínimas, la mano de obra subalimentada es de un empleo netamente desventajoso. El obrero se oculta por todos los medios, y esto parece, en el fondo, una inmensa huelga disimulada. El rendimiento del trabajo es muy bajo. Las nuevas maquinarias exigen por parte del trabajador un mayor esfuerzo que no podrá suministrar sino cuando reciba, a cambio de su trabajo, un salario que represente un equivalente alimenticio más o menos suficiente. El Buró Político decide con este fin la valoración del rublo por el pan.[46] No desea la reforma financiera y desmiente los rumores que circulan a este respecto; porque, evidentemente, una reforma hubiese llevado consigo una valoración mucho más general de los salarios y una readaptación de éstos a los precios. A partir del 1 de enero de 1935 fueron suprimidos los carnés de pan; se venderá libremente en los almacenes del Estado y en los mercados, pero el precio será mucho mayor. El kilo de pan moreno se convierte en el equivalente en mercaderías de un rublo papel.

Examinemos esta operación más detenidamente. A primera vista, la reforma parecía molesta para el obrero; el precio del pan, recientemente doblado, sufriría todavía otro alza. El Estado concede, es verdad, un aumento general de los salarios del 10%, publicado con gran bombo y destinado a cubrir este alza. Lo que los periódicos no dicen es que el aumento no recae sobre el salario, sino sobre la cantidad gastada en compras de pan con el carné. De esta manera, la obrera que gana cien rublos al mes no tocará diez rublos más; se le dirá: según su carné de pan, que le da derecho a 400 gramos por día, a 60 copecs el kilo, con lo cual gasta mensualmente en pan 18 rublos: el 10% por encima

46. Sobre la inflación: según los documentos oficiales, la circulación del papel moneda pasa de 2.028 millones de rublos en 1929 a 7.734 millones de rublos en 1935.

de esto, le da un aumento de salario mensual de 1,80 rublos. Helos aquí. Pero según esto, la ración de pan de esta obrera se halla muy por debajo de sus necesidades; en adelante no comprará menos de 800 gramos de pan negro por día, a un rublo el kilo, lo que significará un gasto mensual de 24 rublos, y, por consiguiente, una disminución efectiva del salario de 4,20 rublos. Sólo que se ríe de un salario papel, cuyas fluctuaciones perturban o pasman en el extranjero a los economistas inocentes. Lo que le importa es poder comprar el pan a voluntad y a un precio razonable. Antes de la reforma, sus cien rublos de salario representaban 12 kilos de pan negro al precio de las cooperativas, y a lo sumo 20 kilos a cuatro rublos en el mercado clandestino; ganaba, por consiguiente, en realidad, 32 kilos de pan negro por mes y estaba condenada a la inanición permanente. En la actualidad, sus cien rublos valen por cien kilos de pan. Padecerá hambre. Esquematizo un poco estos cálculos. Quedan literalmente exactos. La inmensa mayoría de las obreras soviéticas ganan todavía menos de cien rublos. En el mercado clandestino, el precio del kilo del pan negro varía entre tres y ocho rublos; lo principal es encontrarlo.

La valoración del rublo por el pan fue para los trabajadores un inmenso alivio: salieron del hambre. El observador que vive en el país tiene la impresión de ver palpitar un organismo económico puesto al desnudo. ¿Cuáles son los misterios de la moneda? La valoración del rublo tiene por efecto el renacimiento del comercio soviético bajo la forma de almacenes abiertos por el Estado de forma creciente y de una activación del mercado libre. ¿Dónde están los misterios de la explotación del trabajo? Se perciben de golpe las grandes ventajas del mecanismo burocrático y de la economía dirigida; la explotación es visible a simple vista. Es necesario tener, para discernirlo, la candidez sin límites de un burgués guiado en su paseo por un jefe de turismo, o la inge-

niosa buena voluntad de un escritor de izquierda unido a la revolución diez años después del embalsamamiento de Lenin. Sigamos con la operación comercial que tuvo lugar en 1935. El gobierno decretó el cierre de los almacenes reservados, estos lugares de corrupción, de desmoralización, de enredos y de privilegios. Son reemplazados por almacenes abiertos al público, que transforman en pocos meses la fisonomía de las ciudades.[47] El abastecimiento cooperativo de los trabajadores a precio mínimo es suprimido. Los nuevos almacenes del Estado venden a precios «comerciales», éste es el término consagrado, es decir, al precio de mercado, de diez a 20 veces más caro. Pero allí se encuentra de todo.

No teniendo a mano el índice numérico comparativo, se me permitirá hablar según mi experiencia personal. En Leningrado, en 1926, una familia de cuatro personas, gozando de un estándar comparable al del obrero cualificado en Francia o Bélgica, gastaba en alimentarse 2,50 rublos al día. Más o menos, en 1935, necesitará alrededor de 40 rublos al día. Por lo que se refiere a la alimentación, el rublo ha bajado 16 veces de su valor con respecto a diez años atrás. ¿Cómo han aumentado los salarios nominales en este lapso? Las desigualdades sociales han aumentado, los salarios de la inmensa mayoría no se han duplicado, el aumento ha sido del 80%, más o menos. La valoración del rublo nos llevará así a constatar en diez años una gran disminución de los salarios reales. De 1931 a 1935, las masas obreras y campesinas vivieron de raciones de hambre, no hubo salarios, en realidad. Se trabaja en las fábricas no para ganar cien rublos

47. Los almacenes reservados del personal gubernamental, de la Seguridad General, de los comités del Partido, subsisten en una secreta ilegalidad. Regla: en ausencia de todo control de la opinión pública, la burocracia no obra jamás honestamente, y viola ella misma todas las leyes y las reglas que ha dictado.

papel, mucho más fácil de obtener especulando un poco en fósforos, sino para no perder el carné del pan, el alojamiento, el pasaporte, la cédula del Partido. Progreso inapreciable: por bajo que sea, el salario será, de ahora en adelante, una realidad. Fuera de los años negros, los trabajadores tienen pocas exigencias. El estándar de vida de los nuevos obreros implicados en la industria por la miseria de los campos es muy primitivo; sienten únicamente la alegría de no pasar hambre. Las fisonomías se esclarecen; Stalin, que desde hace dos años, al principio de la colectivización, no se había mostrado en público, sube a la tribuna y declara: «La vida se vuelve más alegre». Los escuadrones, al regresar de las maniobras, proclaman con voz varonil que «la vida se hace más alegre». Los turistas emocionados anotan en sus libros de apuntes que «la vida se hace más alegre». Los periódicos publican todos los días el retrato del Jefe genial, rodeado de colaboradores que lo aplauden sonrientes. Todos se han hecho más alegres.

Los periódicos muestran al Padre de la Patria estrechando contra su corazón a una pequeña tártara, a una mongola, a una uzbeka, a una tayika, a una pequeña samoyeda. Hay una lluvia de condecoraciones.

VII
El 'asunto Kirov'. Un año de terror

Se debía producir en política interior un respiro después de esta reforma. La política extranjera hacía el cambio infinitamente deseable. Las ofertas de frente unido hechas a los socialistas de Occidente no podían razonablemente acompañarse de la continuación de las persecuciones políticas en el país. La URSS podía tentar el hacer plataforma de Estado avanzado, civilizado, en contraste con la Alemania hitleriana, en la que caían las cabezas de militantes comunistas, donde se quemaban los libros en las plazas públicas, donde los judíos, los intelectuales liberales, los socialistas y los comunistas poblaban los campos de concentración, donde Adolf Hitler mandaba asesinar, el 30 de julio de 1934, a sus propios compañeros de armas. Pero, por muy hábil que fuese para maniobrar, la burocracia no es ni perfectamente dueña de sí misma ni capaz de dominar las fuerzas que suscita en su contra. Su mentalidad realista, egoísta, militar y administrativa, sin escrúpulos, le hace ignorar los valores morales, que tienen siempre una cierta existencia. En la ausencia de todo control, va lejos en el abuso. En la ausencia de todo contacto con las masas, más bien hostiles, está propensa al pánico.

En la víspera de la supresión de los carnés de pan, el representante del Buró Político de Leningrado, Kirov, hom-

bre de confianza de Stalin, cae derribado de un tiro en la nuca disparado por un comunista, Leónid Nicoláev. Hecho sin precedentes: uno de los jefes reconocidos del Partido cae bajo los golpes de un miembro del Partido. Quizá hubiese sido más juicioso el considerar este atentado como el acto de un desesperado o un loco (es posible que lo fuera en realidad; todo es tiniebla en esta tragedia: tinieblas, provocación policial, mentira, masacre). El gobierno prefiere conferirle, con un escándalo horrible, un aspecto político. Convencido sin duda en su fuero interno de que a los ojos de sus adversarios bolcheviques, fundadores del Partido, combatientes de Octubre, que permanecen en el Partido, ella merece la muerte, la burocracia inculpa a toda una tendencia y le parece buena ocasión para hacerlo.

Sigamos los acontecimientos. El primero de diciembre, día del atentado, aparece un decreto del Comité Ejecutivo Central de los Soviets modificando el procedimiento penal y prescribiendo la instrucción en diez días de los asuntos terroristas, traspasándolos, lo más pronto posible, a los tribunales militares, que juzgan a puerta cerrada y sin admitir defensa. Las sentencias de muerte deberán ser ejecutadas inmediatamente después de pronunciado el veredicto. Más expeditivo y más duro que los déspotas, el Ejecutivo renuncia a sus derechos de gracia.

Los días 2 y 3 de diciembre se arresta a todos los jóvenes comunistas amigos del círculo de Nicoláev. Revocación de los jefes de la Guepeú de Leningrado: Medviédev, Fomin y otros. Serán más tarde condenados a penas severas por no haber impedido un atentado cuya preparación conocían. (Los considerados de esta sentencia constatan la provocación policial). El mismo día se descubre en las prisiones de Leningrado, Moscú, Minsk y otros centros a más de cien personas inculpadas de terrorismo, arrestadas antes del atentado de Nicoláev, sin haber cometido ningún atentado; la

mayor parte, según parece, por haber entrado ilegalmente a la URSS. Por aplicación retroactiva del decreto de la víspera, 114 personas van a ser condenadas e inmediatamente ejecutadas en los días 5, 10 y 11 de diciembre.[48]

Los inocentes son fusilados, pero con respecto al culpable, la ley que acaba de promulgarse, fijando en diez días la duración de la instrucción, es violada. Diez días no son suficientes para obligar a Nicoláev ni a sus coacusados a hablar. La instrucción se prolonga hasta el 20 de diciembre.

El 16 de diciembre, arresto en Moscú de 15 antiguos líderes de la oposición de Leningrado, reintegrados al Partido después de varias abjuraciones. De este número, el más antiguo miembro del Comité Central del tiempo de Lenin, el antiguo presidente del Soviet de Leningrado y de la Internacional Comunista, Zinoviev, y el heredero de las obras de Lenin, antiguo presidente del Soviet de Moscú, Kamenev. Los dos pertenecieron, con Stalin, al triunvirato dirigente que despojó a Trotski del poder. Un comunicado oficial anuncia que «no habiendo sido establecida su complicidad en el atentado, serán deportados».

El 30 de diciembre, proceso secreto, condena y ejecución sobre la marcha, de 14 jóvenes comunistas de Leningrado. Según un comunicado oficial, confesaron haber formado un grupo de oposición de la tendencia Zinoviev, y declararon haberlo secundado. Todos son antiguos militantes activos de las juventudes comunistas.

48. Aquí se imponen reflexiones amargamente desagradables. No retrocedemos ante ellas. Se fusiló a varios búlgaros y la prensa de Sofía subraya la mansedumbre de Goering para con Dimitrov, Popov y Tanev. Si al día siguiente del atentado de Marsella, en el que pereció Alejandro de Yugoslavia, el gobierno de Belgrado hubiese obrado como el gobierno estalinista, ¿a cuántos socialistas y comunistas se hubiera ordenado masacrar? ¿Se imaginan qué pueden dar impunemente al enemigo, en la lucha de clases, tales ejemplos y tales precedentes?

En diciembre y enero, en la URSS entera, de 2.000 a 3.000 miembros del Partido que habían pertenecido antes a la tendencia Zinoviev son arrestados.

El 18 de enero, Zinoviev, Kamenev, Evdokímov, Safárov, Fiódorov, Guertik, Bakáev y varios de sus camaradas son condenados, por haber formado en el Partido una tendencia, a penas que varían entre diez y cinco años de reclusión. Otro centenar de comunistas son enviados a los campos de concentración o deportados. Tales son las cifras publicadas; pero en realidad el número es muy superior. Según el incalificable uso, los acusados han declarado contra sí mismos, sin medida ni dignidad. Cualquiera que haya sido su complacencia ante el tribunal, no han confesado sino el crimen de haber murmurado alguna vez.

En diciembre, enero y febrero, en casi todos los lugares de deportación, los trotskistas más notorios, la mayoría salidos de prisión recientemente, después de cinco años (desde 1928), son detenidos, enviados a Moscú e incomunicados. Serán castigados muy pronto, por medida administrativa, con nuevas penas de cinco años de cárcel. Tal es la suerte de mis camaradas de Orenburgo Pankrátov y Pevzner. Iakovin es detenido en Stalinabad; Solnshev, en Siberia occidental. Solnshev, uno de los líderes jóvenes más dotados de la oposición, va a morir pronto a consecuencia de una huelga de hambre.

A finales de febrero comienza la depuración en Leningrado. La Agencia Tass comunica a la prensa que 200 antiguos nobles, oficiales superiores, gendarmes y policías del antiguo régimen son expulsados de esta ciudad por infracción de la ley sobre pasaportes. La Agencia Tass miente, como de costumbre. *Treinta mil, cincuenta mil, quizá cien mil personas* no son expulsadas de Leningrado, pero son deportadas a Siberia desde las regiones del Volga, del Ural, de Asia Central. Todas estaban provistas de pasaporte en regla, lo que significa que su lealtad política no daba lugar a dudas. Ciudadanos que no fueron objeto de ninguna inculpación son enviados por millares a los campos de concentración. Los decretos de la Guepeú dicen simplemente: «Es considerado como socialmente peligroso e internado por tres (o cinco) años». El hombre en el campo de concentración —trabajos forzados—; la mujer, deportada. Éstos no son frecuentemente viejos servidores del antiguo régimen, sino ingenieros, sabios, artistas, funcionarios, obreros, colaboradores, en una palabra. Las familias se terminan enteras, con enfermos, inválidos, mujeres embarazadas, moribundos que fallecen en los ferrocarriles; las mujeres embarazadas dan a luz en las estaciones. Un técnico francés, simpatizante con el comunismo, que vivía en Leningrado por esa época, escribió:

> He asistido en marzo y abril últimos (1935), en Leningrado, a detenciones seguidas de deportaciones en masa; el número total de los deportados, entre los que se contaban familias, debió de ser aproximadamente de cien mil. Las estaciones se embotellaron durante semanas. Los ferrocarriles rechazaban llevar los equipajes. Los desgraciados vendieron su mobiliario en los andenes y ocho días después se podían ver los almacenes del Estado repletos de muebles de ocasión para vender. Varios de los deportados que yo conocía, honestos colaboradores de la técnica y de la ciencia soviéticas, de origen pequeñoburgués, fieles o en todo caso muy resignados, culpables a lo más de imprudencias de lenguaje, delatados por los espías. Algunos eran antiguos socialistas o demócratas parecidos a los que hoy forman en las filas del Frente Popular.

Confirmo en todos sus puntos este testimonio.[49] De 1.200 a 1.500 deportados llegaron a Orenburgo. Entre ellos, muchas mujeres, niños, ancianos, que la miseria diezmaba rápidamente. Trenes enteros pasaban repletos de pobres gentes enviadas a Kazajistán. Se rechazaba frecuentemente el darles trabajo; generalmente se les pagaba menos que a otros por la imposibilidad de no poderse ir. La Guepeú los enviaba a los pueblos alejados o los transfería a las canteras del norte. Stalin pronuncia, entretanto, un discurso en el que la prensa vio un giro hacia el humanitarismo. Recomienda pensar en el hombre y revela que «los cuadros deciden todo». Pudimos ver esta palabra de orden escribirse en todos los muros con letras de medio metro. Encontré, bajo estos letreros, arquitectos, médicos, juristas, marinos, constructores de navíos, ingenieros de gran categoría, físicos, músicos, deportados sin saber por qué, inútiles, ociosos, desmoralizados, expuestos a las vejaciones de las autoridades locales, completamente incultas. Las personas de origen alemán o polaco eran numerosas entre estos deportados. Otros tenían parientes en el extranjero y pensaban que había sido suficiente una anodina correspondencia para considerarlos sospechosos. La depuración de Leningrado parece haber sido una iniciativa personal de Stalin.

En mayo las sociedades Viejos Bolcheviques y Los Antiguos Presidiarios son disueltas por medida administrativa.

49. Berger, «La URSS en 1935», *Revolución proletaria,* 25 de septiembre de 1935, reproducido en folleto por la Sociedad de los Amigos de la Verdad sobre la URSS. Tuve conocimiento de la deportación de dos conservadores del Museo del Ermitage, Troinitzki y Filósofov, bien conocidos del mundo científico; de la del joven arquitecto Tkachenko, pronto indultado, pero dejando a su familia en deportación; de la doctora Kerenski, hermana del antiguo jefe del Gobierno provisional. Artistas de los teatros de Leningrado fueron enviados a las arenas del Kazajistán, al caserío de Turgay, a donde sólo se llegaba en caravanas y a lomo de camello.

Sus miembros guardaban, en círculos muy restringidos, una cierta franqueza para manifestar sus pensamientos. Muchos son arrestados (particularmente los anarquistas Novomirski y Sandomirski), se cierran los dos clubes. Vera Figner, Lidia Akímova, Anna Corva, que han consagrado a la revolución más de medio siglo de servicio ejemplar —20 años de presidio— no tendrán un rincón tranquilo donde poder, en la intimidad, manifestar lo que piensan...

El *asunto Enukidzé* estalla en el verano. Avelí Enukidzé, viejo bolchevique georgiano, desempeñaba desde 1918 las delicadas funciones de secretario del Ejecutivo Central de los Soviets; refrendaba las decisiones de la presidencia de la URSS. Respetado por su honradez inatacable, es acusado de desmoralización política, expulsado del Partido y de la vida pública. Desapareció. Se murmura que enviaba paquetes a su sobrino Lado Enukidzé, joven trotskista encarcelado desde hacía años. Esto es grave. Sus amigos, sus colaboradores, sus familiares, los amigos de éstos, sus conocidos, son encarcelados, internados, deportados. Los hilos reales de este asunto permanecen completamente oscuros. Quizá el viejo Enukidzé conocía demasiado la historia del bolchevismo en el Cáucaso, historia que un arribista celoso, Lavrenti Beria, cuya rápida ascensión coincide con la eliminación de este anciano, se halla en camino de retocar para así agrandar la figura del Jefe. En las grandes asambleas del Partido, los oradores del Comité Central no retroceden ante ninguna enormidad, afirmando que la complicidad de Enukidzé en el asesinato de Kirov estaba demostrada. ¡Y este drama de Palacio sirve a la propaganda en el extranjero para demostrar cómo el régimen lucha contra la corrupción democrática!

El segundo *proceso Kamenev* se desarrolla poco más o menos por la misma época. Proceso secreto en el que figuraban 36 acusados, dos de ellos ejecutados (uno es agente de

la Guepeú). Se trataba de un pretendido complot contra Stalin. Kamenev opone a la acusación las pruebas negativas más claras. Fue condenado a diez años de reclusión. Quien conoce la fisonomía moral de este escritor, uno de los hombres más cultos y más moderados del Partido bolchevique, no tiene necesidad de estos desmentidos. Este proceso ha sido narrado por el doctor Antón Ciliga, que encontró a Kamenev en la prisión de Verjnéuralsk.

Una depuración policial del Partido se efectuaba entretanto. Todos los miembros que entre 1927 y 1928 hubiesen manifestado simpatías por la oposición, aunque llegaran a ser, después de seis años, hombres de buena opinión y colocados en puestos de confianza, son excluidos, arrestados, enviados a los campos de concentración o deportados, la mayoría acusados de trotskismo. Se descubre el trotskismo en las matemáticas, la música, el juego de ajedrez. Varios millares de comunistas van en esta hornada.

Enseguida comienza la depuración oficial del Partido, por la verificación del expediente individual. Envía a las prisiones de 150.000 a 200.000 comunistas.

Mi convicción, basada en el conocimiento de los hombres, del medio y de las doctrinas, es que el atentado de Nicolaev fue un acto individual. El terrorista hizo sólo algunas confidencias a dos o tres camaradas más próximos, entre los cuales la Guepeú reconoció que había un soplón. El significado de este atentado es profundo. Ocurriendo repentinamente dentro de una pesada atmósfera de unanimidad, saturada de optimismo oficial, revela una crisis ahogada, ¡y qué crisis! Muestra también el *impasse* al que converge la táctica de renuncias y de apostasías, adoptada con más cinismo que cobardía por los elementos de oposición reintegrados en el Partido detrás de Zinoviev y Kamenev. La acción revolucionaria no sabría acomodarse dentro de estas retractaciones, impuestas sin duda por una especie de Inquisición, pero convertidas por un bajo cálculo extraño al verdadero valor socialista. Desgraciados aquellos que olvidan que no se puede servir al proletariado con maniobras oscuras o ambiguas, con abdicaciones de conciencia, reservas mentales, capitulaciones y engaños. No nos sorprendemos de que un joven, dentro de este ambiente asfixiante, haya desesperado de todo, salvo de su propia desesperación. No nos sorprendemos de que la burocracia aproveche esta ocasión para desembarazarse de sus adversarios ocultos. La locura y la crueldad que les hace perder toda medida sorprenden como la confesión de una inmensa debilidad moral: pero el cálculo político de donde proceden las medidas tomadas contra la tendencia Zinoviev es miserablemente, sórdidamente exacto. Ocasión semejante para sepultar a estos hombres no se le presentará más.

El punto de vista de la única oposición cuya intransigencia ha roto desde hace ocho años con estas práctica lo explica Trotski en estos términos:

> Las injustificables atrocidades nacidas de los métodos burocráticos de la colectivización, al igual que las medidas de violencia abominable infligidas a los mejores elementos de la vanguardia proletaria, suscitan inevitablemente el encarnizamiento, el odio, la sed de venganza. Se ven nacer, entre los jóvenes, estados de espíritu terroristas. [Pero] si los burócratas, en su propia adoración, se imaginan que ellos hacen la historia, no participamos de su ilusión. No es Stalin quien ha creado el aparato burocrático; es este aparato el que ha creado a Stalin a su imagen. El reemplazo de Kirov por Jdanov no ha cambiado nada. El reemplazo de Stalin por algún Kagánovich no provocará tampoco ningún cambio.

La burocracia establecerá la autoridad de su nuevo personaje representativo por los medios de publicidad que le sirven para hacer plebiscitar a Stalin, cuya autoridad es, en definitiva, la suya propia.

> Por esto el terrorismo individual se presenta a nuestra vista como importante y ridículo. Nosotros no hemos olvidado los primeros elementos del marxismo. Los destinos de la burocracia y del régimen soviético dependen de factores de una importancia histórica mundial. Sólo los éxitos del proletariado internacional pueden devolver al proletariado soviético la confianza en sí mismo.[50]

50. L. Trotski, *El terrorismo como defensa propia burocrática*, «Bol. de la Op». En ruso, septiembre de 1935.

VIII
Una Constitución democrática (1936)

El 19.º año de la revolución podría, en su momento, ser un año de desahogo. El alza de la condición material de las masas se acentúa un poco. Medidas de tolerancia son decretadas para con los creyentes: se van a abrir algunas iglesias, se podrán tocar las campanas. Una circular atenúa el ostracismo, en materia de trabajo, contra las personas que pertenecieron en otros tiempos a la burguesía. Los cosacos, restablecidos en sus derechos, vuelven a lucir el uniforme y son invitados a renovar sus tradiciones de pequeños propietarios y de soldados. El acceso a los establecimientos de enseñanza superior se abre para los hijos de capitalistas, de comerciantes, de sacerdotes o de oficiales. La prensa anuncia, al fin, la adopción próxima, a propuesta del Jefe, de una nueva Constitución soviética que será «la más democrática del mundo». Sufragio universal, escrutinio secreto, libertades. El proyecto se somete a la masa para su discusión. Un concierto de elogios se dirige pronto hacia el Jefe. Los periódicos relatan que un universitario estima «imperfectible este monumento de sabiduría estaliniana» y que una profesora de piano de provincias lo compara con la novena sinfonía de Beethoven. No son éstos tratamientos excepcionales; son de carácter general. El texto constitucional, traducido a varios idiomas, sale a la venta en el extranjero con el título *Un pueblo feliz*.

El artículo 1 de la nueva Ley Fundamental define a la URSS: «Un Estado socialista de obreros y campesinos». ¿Y los funcionarios? Se da el caso de que son ignorados los verdaderos detentadores del poder. El artículo 10 reconoce la propiedad particular de los ciudadanos, protegida por la ley. El derecho de herencia está garantizado. Lo fue siempre así, por lo menos en derecho.

El artículo 124 garantiza, como en el pasado, la libertad religiosa y la libertad de propaganda antirreligiosa, lo que parece superfluo. El artículo 125 garantiza la libertad de palabra, de prensa, de reunión y de manifestación; esto es una copia sin modificaciones de las constituciones anteriores, que no fueron nunca aplicadas. El artículo 127 garantiza la inviolabilidad de las personas: «nadie puede ser detenido sin decisión del Tribunal o de la Corte». Parecen suprimidas las penalidades administrativas. Pero ¿qué valor tendrán las decisiones de la Corte y qué nos garantiza el respeto por la Constitución mañana más que hoy día?

El artículo 128 establece la inviolabilidad del domicilio y el secreto de la correspondencia, ya establecido por las convenciones postales internacionales, lo que jamás ha impedido al Gabinete Negro leer toda la correspondencia con el extranjero y confiscar una gran parte. Los ciudadanos tienen derecho al trabajo, al descanso (vacaciones pagadas), a la instrucción. He aquí lo nuevo, en cambio, y lo más serio: el artículo 126 precisa que "los ciudadanos más activos y más conscientes de la clase obrera y de otras capas de trabajadores se unan en el Partido Comunista [...], que constituye el medio dirigente de todas las organizaciones de los trabajadores, tanto sociales como del Estado".

La Constitución afirma así el papel dirigente del Partido Comunista, único partido legal, y significa implícitamente que los ciudadanos que no son comunistas no pertenecen ni a los más activos ni a los más conscientes.

¿Qué queda de las libertades de expresión, de prensa, de reunión, de manifestación, desde el momento en que un solo partido las puede ejercer? Es, en realidad, un inmenso retroceso con relación a las constituciones soviéticas anteriores.

¿Qué queda del sufragio universal si las elecciones deben realizarse sobre las listas de un solo partido y de las organizaciones filiales dirigidas por él? Una comedia plebiscitaria a la italiana o a la alemana, que permitirá, a lo sumo, la eliminación de los candidatos más odiosos a la población por su venalidad o brutalidad.

La estructura del Estado sufre una profunda modificación. Desaparecidos de hecho después de largo tiempo como órganos del poder, los soviets desaparecen de derecho, reducidos al papel de municipalidades.

El sistema soviético daba a los obreros, considerados como constituyendo la clase revolucionaria, la hegemonía política sobre las masas campesinas; la igualdad de voto permitirá en el futuro a la burocracia imponer, en caso de fracaso, a las mayorías campesinas. El nuevo organismo legislativo y ejecutivo, el Consejo Supremo formado de dos Cámaras elegidas por cuatro años (Consejo de la Unión y Consejo de las Nacionalidades, iguales en derecho) no es un parlamento, puesto que no está formado sino por un simulacro de consulta del cuerpo electoral, y no es un Congreso de Soviets. ¿Se pregunta por qué la palabra *Soviets* figura todavía en la nomenclatura del Estado? No es más que un abuso de la tradición histórica.

En lugar de siete repúblicas federadas, habrá en lo sucesivo diez, disolviéndose la Federación Transcaucásica: Rusia, Ucrania, Azerbaiyán, Georgia, Armenia, Turkmenistán, Uzbekistán, Tayikistán; Kazajistán, Kirguizistán (comprendiendo un gran número de repúblicas menores y de territorios autónomos).

El artículo 17 concede a cada república el derecho de separarse de la Unión. Solamente los comisariados del Pueblo, de la Defensa, de los Negocios Extranjeros, del Comercio Exterior, de las Vías de Comunicación, de los PTT, de los Transportes por Agua, de la Industria Pesada, de las Industrias de la Defensa, son comunes a todas las repúblicas; el aparato del Comisariado del Interior, verdadero ministerio de Policía, es, en efecto, el más centralizado y el más fuerte, aunque debe haber formalmente Comisariados del Interior paralelos en todas las repúblicas; el aparato de la Justicia está también centralizado. De manera que las Repúblicas Federadas no tienen la posibilidad de expresar una intención de separación que el elector no votará como socialista por falta de candidato socialista.

En el extranjero, este proyecto de Constitución, calificado de «liberal y democrático», es bastante bien acogido. En el mismo país, el Partido abre una campaña de discusiones, algunas personas se permiten emitir críticas y la prensa nos informa pronto de que «los elementos contrarrevolucionarios» que se han manifestado de esta forma son tratados según sus méritos...

El año liberal cambia de golpe su fisonomía en agosto. El día 12 aparecía un decreto cambiando de los 21 a los 19 años la edad del servicio militar. Las clases de 1914 y 1915 van a ser llamadas bajo las banderas en breves fechas y, como consecuencia, habrá un aumento de efectivos inmediatos disponibles de 500.000 hombres. Los periódicos finlandeses y suecos señalan la deportación en masa, por medida estratégica sin duda, de los habitantes de las regiones fronterizas de la Karelia, hacia Vologda, en el interior. El 14 de agosto, un comunicado del Procurador Supremo de la URSS anuncia que se abrirá un proceso ante el Tribunal Militar Supremo, contra tres de los más antiguos jefes del Partido, Zinoviev, Kamenev e Iván Smirnov y 13 de sus

cómplices, acusados de haber organizado atentados terroristas.

La sola redacción de la acusación no deja ninguna duda: lo verosímil y la verdad no tienen nada que ver en la operación política en curso. Los compañeros de Lenin están destinados a la pena de muerte.

En el Congreso Extraordinario de los Soviets, en noviembre de 1936, la nueva Constitución fue triunfalmente aprobada por unanimidad.

IX
El 'proceso Zinoviev-Kamenev-Smirnov'

Desde el 5 de junio, *Pravda* había dirigido a los «monstruos trotskistas», acusados vagamente de entregarse al «espionaje, a los complots y al terrorismo», una extraña amenaza de aniquilamiento. El 1 de agosto, bajo indicación del Buró Político, la Seguridad General entra en campaña. No pasa un día sin que la prensa deje de anunciar el descubrimiento de focos de contrarrevolución trotskistas en las organizaciones del Partido y en las redacciones de órganos oficiales. Se publican muchos arrestos, pero otros permanecen en secreto. En Minsk, los redactores de *Zvezda (La Estrella)* se revelan contrarrevolucionarios, igual que los dirigentes de la enseñanza y de la censura. En Leningrado, comités enteros del Partido sufren también la misma suerte. En Stalinabad (Tayikistán), los medios gubernamentales son diezmados. En Armenia también; allí, el secretario del Partido, Jandjian, se voló la tapa de los sesos antes que prestarse a las proscripciones. En Leningrado, Moscú, Jarkov, Dniepropetrovsk, Kiev, Bakú, Gorki (Nijni-Novgorod), sólo son detenciones. Aparecen complots en todas las repúblicas de Transcaucasia y de Asia Central. Se detiene a los dirigentes. En relación con un vasto asunto de traición en Ucrania, se nombra, entre los culpables, a uno de los fundadores de los primeros soviets de ese país (con Evguéni Bosch y Piátakov), vuelto por

milagro de las matanzas de la guerra civil, a Iuri Kotziubinski, más tarde secretario de legación en Viena y en Varsovia. El antiguo comisario de guerra de la Comuna de Petrogrado, Kliavs-Kliavin, es detenido; un primo de Stalin, Dmitri Djugachvili, arrestado. El lenguaje de los periódicos cambia de golpe: no es cuestión de manejos contrarrevolucionarios, sino de traición, de separatismo, de terrorismo, de espionaje, de sabotaje. Y es evidente que la gran operación política en curso difiere profundamente de todas las precedentes: las víctimas son escogidas esta vez del seno del partido estalinista, entre sus funcionarios más fieles y los de mayor importancia, pero todos pertenecientes a la vieja generación bolchevique, que acepta todas las responsabilidades de 1917 a 1923. Antes de abrirse, el *proceso Zinoviev-Kamenev-Smirnov* aparecía como un ataque dirigido a esa generación. Quizá sea también que no se pueda preparar la muerte de los antiguos jefes del Partido sin debilitar antes, por el terror, todo el antiguo partido. Los innumerables acusados de trotskismo son en realidad dóciles funcionarios del partido estalinista, que han hecho carrera en la lucha contra todas las oposiciones.

El acta de acusación no se publica hasta el mismo día de la apertura de los debates, no sin razones. Se coloca cien veces en causa a Trotski, el indomable desterrado en estos momentos y exiliado en Noruega. Es necesario que Trotski no pueda responder en la prensa; que no pueda presentar antes de la ejecución de los que le acusan ninguna cuestión susceptible de torpedear la acusación. Es el *asunto Kirov,* ya agotado por dos procesos y varias olas de represión, el que resurge de nuevo. Una parte de los acusados en el proceso de complicidad moral en 1935 ha desaparecido. ¿Por qué? En represalia, se han encontrado nuevos culpables, entre ellos varios que han sido grandes figuras de la historia de la revolución y que habían sido arrestados 23 meses antes del

atentado de Nicoláev. Son Iván Nikítich Smirnov, antiguo obrero mecánico de precisión, uno de los fundadores del Partido, veterano de la ilegalidad bajo el antiguo régimen, combatiente de Octubre, posteriormente el inspirador del V Ejército Rojo que desafió a Kolchak, presidente del Comité Revolucionario que sovietiza Siberia. Comisario del Pueblo en los PTT, opositor de 1923, unido a Stalin en 1928, nombrado director de la fábrica de automóviles de Nijni-Novgorod; Serguéi Mrachkovski, uno de los colaboradores de Trotski durante la guerra civil, en la cual se ilustra; Ter-Vaganian, diez años más joven (nacido en 1883), militante y teórico marxista; un viejo administrador bolchevique, Goltzman, Zinoviev, Kamenev, Evdokímov, antiguo obrero, uno de los defensores de Petrogrado en 1919, enseguida secretario del Comité Central; Bakáev, que fue jefe de la Checa de Petrogrado en las horas más graves de la guerra civil, han sido ya juzgados, lo sabemos en enero de 1935, como los responsables políticos del asesinato de Kirov —una investigación profunda no habría permitido establecer contra ellos ninguna apariencia de complicidad efectiva— y condenados a largas penas de reclusión. Rheingold, antiguo subsecretario de Estado en las finanzas; Dreiser, uno de los que vencieron al almirante Kolchak en 1919; Pikel, hombre de letras, que fue secretario de Zinoviev, termina de formar el grupo bolchevique de acusados. Todos, ex opositores, capitularon desde 1928-1929. Smirnov y Goltzman han conservado en secreto simpatías para la oposición de Trotski. Zinoviev y sus amigos rompieron con ella, lo sabemos ya desde 1928. Otros cinco de los acusados son desconocidos. Jóvenes de origen o de formación alemana, que sus *coacusados ven por primera vez* (a excepción sólo de Moisés Lourié, conocido de Zinoviev). La tesis de la acusación, *sostenida únicamente sobre la confesión de todos los acusados,* es la que sigue:

A finales de 1932, los ex trotskistas reintegrados al Partido Iván Smirnov, Mrachkovski y Ter-Vaganian se acercaron a Zinoviev y a Kamenev para constituir con ellos un Comité Central clandestino (se dice un *Centro* para no profanar las palabras respetadas de *Comité Central)* de oposición y preparar contra los dirigentes del Partido atentados terroristas. Una instrucción de Trotski los invitaba a ello. A finales de 1934, Kirov fue asesinado: se hizo por orden de Zinoviev, que la habría recibido de Trotski. Éste y su hijo, León Sedov, enviaron del extranjero a Rusia varios terroristas que obtienen los pasaportes y los visados necesarios gracias al concurso de agentes de la Gestapo o policía secreta del Reich. Son Olberg, Berman-Yurin, Fritz David, Moisés y Nathán Lourié, quienes reconocían haber preparado los atentados contra Stalin, Kagánovich, Vorochílov, Jdanov, Kosior, Postichev, Ordjonikidze *y otros* (sic).[51]

El proceso se abre el 19 de agosto a las 12 horas y 10 minutos, en la Casa de los Sindicatos de Moscú, en la gran sala de columnas, en presencia de un auditorio numeroso, escogido uno a uno por la Seguridad, y de algunos periodistas extranjeros. Tres jueces militares, un secretario, el juez suplente. Ulrich, «jurista del ejército», uno de los más antiguos jueces de los tribunales revolucionarios, reputado por su dureza, preside; Vichinski interroga. Vichinski, procurador general de la URSS, es un antiguo socialdemócrata menchevique unido a finales de la guerra civil, y el cual, en 1918, participa en la guerra contra el bolchevismo, en el sabotaje del abas-

51. No se trata de un atentado contra el presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo, Mólotov...

tecimiento en Ucrania. Tiene la experiencia de todos los grandes procesos desde 1930. Los acusados comienzan por renunciar a la asistencia de los abogados. Varios, sin embargo, tendrían mucha necesidad de ellos. Pero tenían también sus razones para no defenderse, puesto que van a acusarse sin descanso. Los abogados, aun sin refutar las confesiones de sus clientes, ¿no hubiesen solicitado del Tribunal que dijera si la intención de cometer un crimen que no ha sido cometido constituye ante la ley soviética un crimen sujeto a la pena capital? ¿Si la complicidad por adhesión a un plan no ejecutado, por esbozo o promesa de concurrencia, puede ser castigada tan severamente como un crimen realmente realizado? ¿Si, en fin, la no ejecución de un crimen proyectado constituye una circunstancia fuertemente atenuante? Nueve de los acusados,[52] reconocidos extraños en el *asunto Kirov,* no serán condenados sino por atentados que no han tenido lugar y cuya evocación haría sonreír, si la menor de las sonrisas tuviera cabida en todo esto.

Berman-Yurin debía disparar a Stalin en el XVIII Congreso Pleno del Ejecutivo de la Internacional Comunista, pero no obtuvo éxito para conseguir un carné de ingreso. David logró penetrar en el Congreso de la Internacional Comunista, pero se encuentra demasiado lejos y le falta decisión. Nathán Lourié vio en la calle el auto de Vorochílov y estimó que iba demasiado rápido para que fuera posible disparar. Por otra parte, en Cheliabinsk, piensa dirigirse a una fábrica donde debían hablar Kagánovich y Ordjonikidze, para dispararles. En Gorki, Olberg no pudo sino «trazar el plan» de un atentado que el arresto le impide realizar. Estas cosas son expuestas con seriedad en un país en el que el terrorismo ha tenido virtuosos y técnicos meritorios.

52. Dreiser, Pikel; Olberg, Berman-Yurin, Goltzman, Fritz David, Rheingold, los dos Lourié.

Los acusados que se culpan —sin aducir la menor prueba material de sus alegaciones— de estos crímenes intencionados han sido arrestados antes de poder realizar un gesto efectivo. ¿Cómo entraron en la URSS? Se sabe lo difícil que es obtener un visado soviético para un mortal común. Olberg, de origen letón, que habla ruso y alemán, pudo, sin embargo, permanecer en la URSS con un pasaporte de ciudadano de Honduras, que declara haber comprado con la ayuda de un agente hitleriano. Éstos son los personajes inquietantes que organizan la intriga y la provocación. Agentes provocadores o juguetes de agentes provocadores; ninguno debió estar allí. Tres han pertenecido al Partido Comunista alemán y, dentro de este partido, a la pandilla de Heinz Neuman,[53] no a la oposición.

El único informe oficial de los debates publicados, lejos de ser estenográfico, está redactado concienzudamente con fines agitadores. Todas las veces que un acusado discute un punto de detalle, lo único que se les permite, se escribe: «el acusado intenta vanamente negar que...» ¿Cómo lo intenta? ¿Es en vano? En cambio, los fragmentos de diálogos en los que la acusación toma ventaja son redactados poco menos que íntegramente. Pero el lector iniciado descubre a cada instante lagunas, pasajes sin ilación, recuerdos mal hechos, contradicciones sobre las cuales se pasa.

La manera de conducir los debates no se califica. Asistimos a una atroz comedia. Todo se reduce a una especie de conferencia dialogada, repitiendo los textos del acta de acusación. Puja de confesiones, de pequeñas precisiones sobre los propósitos tenidos o entendidos. Ninguna pieza de apoyo, ningún testimonio, salvo los de los acusados seleccionados, lagunas monstruosas en las que se entrevé claramente que todo es falso.

53. Neuman fue, durante mucho tiempo, hombre de confianza de Stalin. Desempeñó un papel en la insurrección de Cantón en 1928. Caído en desgracia, su grupo fue liquidado por la Guepeú. ¿Estará preso en la URSS...?

Se pueden resumir todos estos discursos en algunas líneas:

> Sí, nosotros formamos en 1932 una organización clandestina terrorista.
> Sí, hemos recibido y apoyado la directiva de Trotski de suprimir a Stalin y a sus principales colaboradores.
> Sí, nosotros hemos preparado el asesinato de Kirov y otros atentados que han fracasado.
> Sí, nos arrepentimos; no nos hemos dado cuenta de la obra magnífica de Stalin y que hemos sido derrotados completamente como opositores.
> Sí, no teníamos programa político alguno, porque el triunfo de la línea general nos dejaba en bancarrota y nos faltaban principios que defender.
> Sí, somos los últimos de los miserables, los cómplices de la Gestapo, los instrumentos del fascismo; merecemos el castigo supremo.
> Sí, admiramos ahora al Jefe genial; desearíamos vivir para él, estamos dispuestos en morir por él.
> Sólo un hombre en el mundo es peor que nosotros, más criminal, más fascista, más vil y desnaturalizado: Trotski.

He aquí el tono, y esto dura y dura audiencias enteras.

Un aullido de muerte sale de esta sala hacia el exiliado de Noruega, se eleva y se ensaña con tal odio, tal perseverancia, que toda comparación es poca y no se escucha más que una terrible necedad.

¿Pero qué significan estas revelaciones hechas en plena audiencia por Kamenev, Zinoviev y Rheingold, su confi-

dente, nuevo personaje surgido para desempeñar, junto a los viejos jefes, el papel de un observador atento y contarlo todo hoy día? Se finge estar sorprendido, como si no hubiese estado todo preparado en la instrucción. Se observa que Sokólnikov, que en 1917 colaboraba con Lenin en la redacción del programa del Partido, que firmaba en 1918 el Tratado de Brest-Litovsk, que representaba hace poco a la URSS en Londres, es del complot, y con Serébriakov, un antiguo secretario del Comité Central, y Karl Radek, de quien los periódicos publicaban las diatribas envenenadas contra los acusados y Trotski, admiten la inculpación; Bujarin, el más reputado de los teóricos del Partido en otro tiempo, hoy director de *Izvestia,* reclama sobre su propia firma que se le investigue; Rikov, que sucede a Lenin en la presidencia del Consejo de Comisarios del Pueblo, hoy comisario del Pueblo en los PTT; Tomski, fundador y líder durante largos años de la organización de los sindicatos soviéticos; Smilga, que desempeñó un papel importante durante la Revolución de Octubre y la guerra civil; Piatakov, subsecretario de Estado de la Industria Pesada, miembro del Comité Central; Uglánov, antiguo secretario del Comité Central.

Se sabe que los viejos bolcheviques Guertik, Grünstein, Radin, Faivíllovich, Herzberg, Arkus (uno de los directores del Banco del Estado), Charov, Chiápnikov, Medvédiev, Eismont; los héroes de la guerra civil Schmidt, Gaevski, Putna (agregado militar en Londres); los historiadores y publicistas Slépkov, Anichev, Seidel, Friedland, Iakovev; el antiguo dirigente de la Internacional de Jóvenes Comunistas Chashkin; Stickgold, que perteneció al primer equipo de los organizadores del Ejército Rojo, ¡todos estos hombres y otros muchos son terroristas o cómplices de terroristas!

La mayor parte está en prisión; varios, como Eismont, Riutin, Smilga, desde 1932-1933...

El velo cae y la verdad salta a la vista. Todos los miembros sobrevivientes del Comité Central que hicieron Octubre, excepto Stalin, están acusados; toda la vieja guardia bolchevique se halla comprometida.

Es el proceso de una generación y de una época.

Un periódico de exiliados podrá publicar este dibujo sarcástico: dos ciudadanos bajo un monumento de Lenin se interrogan: «¿Qué dice él?» «Se arrepiente de haber colaborado con Trotski». Otro velo cae de golpe, la maquinación policíaca con toda su monstruosidad. ¿Por qué hay 16 acusados en el banquillo? ¿Quién los ha escogido? ¿Y cómo?

El procurador Vichinski declara que 12 acusados del mismo complot son objeto de una instrucción distinta. ¿Por qué? 38 cómplices más son mencionados en el curso de los debates. El número de los expedientes muestra que la instrucción se refería por lo menos a 38 inculpados. Pero sólo los 16 presentes consintieron presentarse a esta comedia. Los otros comercian o resisten; aún no están a punto. En qué condiciones se ha hecho la instrucción secreta se adivina constatando que las declaraciones de los personajes jóvenes más inquietantes, como Olberg, cuentan hasta 262 páginas (¡y sólo en la última página de su interrogatorio reconoce de pronto sus relaciones con la Gestapo!) Las de los viejos líderes bolcheviques contienen entre diez y 32 páginas.

La instrucción contra los primeros comienza a principios de año. Ter-Vaganian, en cambio, no confiesa hasta el 14 de agosto, es decir, el mismo día en que el procurador firma el acta de acusación, menos de una semana antes del proceso. No se ejecutó hasta el último momento.

El escenario está de tal forma enmarañado, que resiste a cualquier examen. El Comité Central (el *centro)* terrorista, ¿ha existido? Según la acusación, se había formado a *finales de 1932;* se ve en ciertas declaraciones que cesa, sin embargo, en su actividad, *en el otoño de 1932.* ¿Antes, por con-

siguiente, de ser formado? Smirnov dice que nunca se reunió. Zinoviev dice que existió «de hecho hasta 1936», en circunstancia de que todos sus presuntos miembros estaban en prisión, unos desde los últimos días de 1932, los otros desde finales de 1934. El procurador, en su requisitoria, corrige y afirma: «Hasta 1934». ¡Zinoviev exagera! Pero otro acusado exagera todavía mucho más en su declaraciones: Goltzman, viejo bolchevique con aspecto de hombre de negocios bien comido, que se mantiene dignamente, y quien, después del veredicto, rechaza solicitar una gracia, declara haber dado cita para una reunión al hijo de Trotski, Sedov, en el hotel Bristol de Copenhague, haber ido con Sedov, en esa ciudad, a casa de Trotski, y haber recibido instrucciones sobre lo necesario para el terrorismo.

Nos informamos luego de que no existe un hotel Bristol en Copenhague y que Sedov no ha ido jamás a esa ciudad, en la que Trotski no ha pasado sino ocho días en 1932, rodeado de gente que puede dar testimonio de ello. Nos informamos de que se puede probar fácilmente la presencia de Sedov en Berlín por entonces, desde donde tenía con su padre conversaciones telefónicas diariamente, de las que se puede recoger la lista en los registros de comunicaciones en las dos extremidades del hilo. Acude la idea de que Goltzman ha dado estos datos para facilitar la refutación de la mentira que se le imponía declarar. Éstos son los únicos datos verificables en este proceso, pero se cuidan muy bien de solicitarlo.

Si todo no hubiese sido secreto hasta el último momento, si el proceso y la ejecución no hubiesen sido expedidos en algunos días, Trotski hubiera podido plantear a los agentes provocadores, desde la prensa extranjera, preguntas tan simples como éstas: «¿Afirman ustedes haberme visto en tal fecha y en tal lugar? ¿Llevaba barba o no? Describan el hotel, la habitación, el sitio...» Pero cuando pudo leer las declaraciones que le concernían, los acusadores-acusados ya estaban muertos. Uno de ellos, el más sospechoso, Olberg, ciudadano de Honduras y empleado de carreteras en Stalinabad, aporta, en fin, la prueba de que la directiva terrorista de Trotski existe. Sedov se la ha hecho leer en Berlín: «En el mensaje que escribió cuando le quitaron la nacionalidad soviética, Trotski afirmaba la necesidad de matar a Stalin». ¡Tenemos, en fin, una prueba! Este mensaje de Trotski al Ejecutivo de los Soviets, fechado en Prinkipo el 1 de marzo de 1932, ha sido publicado en diversos idiomas. Algunas líneas, hoy día, tienen una resonancia profética:

> ¡Oh, ciertamente! —escribe el desterrado—, Stalin no ha dicho todavía su última palabra. Nosotros conocemos su arsenal: Lenin le había pesado y apreciado. Pero no existe para él otro medio que la venganza personal...» «Ustedes conocen a Stalin tanto como yo. Muchos de ustedes, en sus largas conversaciones conmigo, o con mis allegados, lo han apreciado muchas veces limpiamente. La fuerza de Stalin no ha sido la suya propia, sino la de los burós: en él, a lo más en la medida en que representa la encarnación más concluyente del automatismo de los burós. Stalin les ha puesto en un callejón sin salida. No podrán salir de él sino liquidando el estalinismo. Es necesario tener confianza en la clase obrera, dar a la vanguardia del proletariado la posibilidad de revisar todo el sistema soviético, de arriba abajo, por la crítica libre... En fin, es necesario poner en práctica la última recomendación urgente de Lenin: ¡Eliminar a Stalin!

La directiva terrorista sería, por consiguiente, de Lenin. El procurador Vichinski insiste en hacer reconocer a dos de los acusados que la palabra de Lenin «eliminar» significa «matar»

cuando es pronunciada por Trotski. Ter-Vaganian declara haber recibido de Trotski la recomendación de «combatir duramente a la dirección del Partido». Se le obliga admitir que duramente significaba «por el asesinato». Así todo.

Estos informes son redactados con tal deshonestidad que nos es imposible saber, en definitiva, si Smirnov[54] ha declarado, sí o no, y qué es lo que ha declarado. Por su alta autoridad moral, aquel que se ha podido denominar el Lenin de Siberia, el antiguo jefe del V Ejército Rojo que batió a Kolchak, el hombre que, con Trotski, salvó a la República naciente en la batalla de Sviajsk, es aquí indispensable. Antiguo opositor, unido desde 1928, sus simpatías por la oposición son reales; él ha visto a Sedov en Berlín otras veces y ha colaborado clandestinamente en el boletín editado en el extranjero. El acta de acusación recoge que él ha reconocido haber pertenecido al *centro* clandestino, haber estado en contacto con Trotski hasta 1933 y haber recibido de él, por intermedio de su hijo Sedov, la directiva de recurrir al terrorismo.

En la audiencia del 20 de agosto, según el informe oficial, responde «sí» a la pregunta «¿Ha recibido usted de Trotski la consigna de recurrir al terrorismo?». Parece categórico, pero exactamente 15 líneas más arriba vemos que «Smirnov intenta negar todo»; y 40 líneas más abajo, que «intenta negar el haber transmitido la directiva», que, además, no es una directiva de Trotski, sino una opinión personal emitida por su hijo. Estas escenas son extrañas, se está al borde de una revelación o de la ruptura de alguna cosa.

El procurador leyó un fragmento de declaración de Smirnov en la instrucción del 13 de agosto (¡la víspera de

54. El viejo partido bolchevique contaba con tres Smirnov; los tres gozaban de una gran autoridad. Iván Nikítich tuvo la suerte que ya se conoce; los otros dos pertenecían uno a la extrema izquierda (Vladímir) y el otro a la derecha. Están en prisión.

publicarse el acta de acusación! Y de esta fecha resulta que la resistencia de Smirnov ha sido quebrantada en el último momento, probablemente bajo la presión de un asunto ya enteramente preparado en nombre de la razón de Estado). «¿Y bien?», pregunta el procurador. Smirnov calla. El procurador le invita a leer en alta voz algunas líneas de la declaración. Smirnov obedece, con voz mecánica, y se pasa adelante. ¿Cómo no tener la impresión, ante esta escena, de que el acusado ha estado a punto de romper el pacto con el acusador? En el futuro, Smirnov estará perdido, aunque arrestado 23 meses antes del *asunto Kirov;* este testigo incómodo no puede vivir. Esto no ha terminado: «durante tres horas —dicen los periódicos del 21 de agosto—, Smirnov se esfuerza por esquivar sus responsabilidades». El informe se convierte en un confuso tejido de contradicciones y de enlaces. Habiendo cometido el procurador la imprudencia de preguntar al acusado «¿Cuándo salió usted del *centro?*», Smirnov replica: «No he pensado en salir, porque no había de dónde salir». Vichinski: «¿El *centro* existía?». Smirnov: «¡Quiá!». Esto, dicho desdeñosamente —las palabras rusas son más significativas. El procurador se dirige a sus auxiliares, es decir, a los otros acusados. ¿Existía el *centro?* Responden a coro: «Sí, sí, sí». Y el informe oficial repite: «Smirnov intenta de nuevo negar que...» Y así todo. Cuando se le pregunta si sus coacusados mienten, él se calla. Parece que quisiera decir: «Yo juego la partida convenida, pero no esperen de mí que ponga celo en ello...» Y deja caer, con respecto a Zinoviev, esta frase llena de desprecio: «Zinoviev habla así porque él es Zinoviev». Es decir, aquel que no resiste jamás de frente.

¡Cuál no sería, en cambio, el celo de los otros acusados! Fue tal que a cada momento chocaban entre ellos. ¡Felizmente no había abogados! Se presenta la cuestión referente a una inverosímil carta de Trotski sobre el terrorismo y el

derrotismo, recibida desde el extranjero, escrita con tinta simpática sobre la página de una revista. Dréiser dice que la recibió, la reveló y la envió a 4.000 kilómetros, a Mrachkovski, en Kazajistán. Los dos han reconocido la escritura. Bien: pero el destinatario declara también haber recibido esta carta escrita con tinta simpática *¡no revelada!* Nadie insiste. Paso sobre muchos episodios secundarios, para sólo consagrarme a lo esencial. Jamás la complacencia de las víctimas se manifiesta mejor que cuando se les pregunta por los motivos que los han hecho obrar de esa forma. «El sentimiento de nuestra derrota y el triunfo de Stalin», responden. Kamenev, viejo intelectual de pelo blanco, el político más fino de aquellos tiempos, quizá el hombre de Estado más auténtico que haya tenido por entonces Rusia, responde servilmente, como de antemano está acordado que responderá (salta a la vista): «La sed de poder personal». Y la sola palabra que debía estar en todos los labios, la que implica por sí misma una acusación capital, una plataforma de combate, una explicación suficiente del proceso, la palabra *burocracia* no fue pronunciada ni una sola vez. Todas las oposiciones, claras u ocultas, veían en la burocratización del régimen la pérdida de la revolución proletaria.

Los viejos jefes del Partido que están aquí lo han dicho y escrito muchas veces. Pero, fieles a los compromisos empeñados, estos políticos no presentan ninguna cuestión política. Y se comprende por qué ni un opositor, ningún trotskista auténtico, figura en el proceso. Pero hay, sin embargo, más de medio millar en cautiverio desde hace ocho años. No complacientes del todo. Hay inculpados en asuntos conexos con éste que pretenden desembarazarse, pero serán estrangulados en la sombra. No se les permitirá explicarse ante los periodistas extranjeros, no hay que dudarlo.

Se habla por horas durante el *proceso Kirov*. Bakáev, Zinoviev, Kamenev, reconocen haber preparado minuciosamente este atentado. En el curso de las dos instrucciones de 1934-1935, tuvieron éxito en engañar a la Inquisición misma, declarando lo que solicitaba que se declarase. Pero ¿por qué no se da conocimiento al tribunal de la carta escrita por el asesino de Kirov para explicar su acto, carta que no ha sido jamás publicada? ¿Por qué no se evoca una sola vez la tentativa que se hizo entonces torpemente para implicar a Trotski en este proceso, recurriendo a los servicios de un cónsul letón? ¿Por qué no se mencionan ni una sola vez los datos, guardados secretamente, del proceso de los jefes de la Guepeú de Leningrado, condenados por entonces por no haber impedido el acto de Nicoláev, del que conocían la preparación? ¿Por qué, en fin, se hace un silencio total sobre el segundo *proceso Kamenev*, rigurosamente secreto en esa época, terminado el 27 de julio de 1935, con una condena de diez años de prisión, mencionada en el acta sin el menor comentario?[55]

Se ha reabierto tres veces la instrucción con el objeto de quebrantar la resistencia del viejo Kamenev: primer proceso, en enero de 1935; segundo proceso, en julio de 1935, y tercero, en agosto de 1936.

Zinoviev, Kamenev y Rheingold acusan uno tras otro a los antiguos grupos de la oposición obrera, de la derecha del Partido de la izquierda estalinista, de ser solidarios con ellos. Citemos a Kamenev: «Tomski me dijo: Rikov piensa como yo... Y Bujarin también. Pero Bujarin, por táctica, desea conquistar la confianza del Partido». Después de tres días de ásperas discusiones en las células del Partido, el viejo Tomski, batido por los denunciadores que lo injuriaban con palabras de mitin, entra en su casa y pone fin a sus días. Situación sin solución. ¿Hacer la luz? Imposible. ¿Defenderse?, ¿para qué? ¿Sufrir este juego horrible del gato y el ratón, declarar lo que

55. Véase más arriba, capítulo VII.

se exige que se declare, humillarse, envilecerse, recomenzar, ir a prisión? Todo se ha acabado, la reacción es la más fuerte, adiós Revolución. Tomski se suicidó el 23 de agosto,[56] el mismo día de la iniciación del un proceso contra él. Rikov y Bujarin se beneficiaron de un «no ha lugar». Un digno fin.

El dictamen fiscal emplea muchas horas en citar los mismos datos sin agregar nada, salvo una incursión desgraciada en el dominio político. Para probar mejor que Trotski preconizaba el derrotismo en caso de guerra, Vichinski perora... Aquí está, traducido, porque está muy bien logrado:

> Pero ¿puede ser esto una invención, una imaginación, una charlatanería vana de los acusados, buscando la manera de cargar lo más posible a otros para obtener una atenuación a su favor? ¡No! ¡No son invenciones, no son fantasías! ¡Es verdad! ¿Quién ignora que Trotski formuló hace algunos años, con los acusados Zinoviev y Kamenev, su *tesis Clemenceau,* diciendo que esperaba, en caso de guerra, que el enemigo estuviese a 80 kilómetros de la capital para tomar las armas contra el Gobierno de los Soviets y derribarlo?
> Es un hecho histórico que no se puede ocultar. *Y por esto* es necesario reconocer que las declaraciones de Berman-Yurin y de Fritz David corresponden, en estas partes, a la verdad *(Izvestia,* 23 de agosto, segunda página, octava columna).

El *por esto* que subrayo es verdaderamente fuerte. Pero ¿qué es la *tesis Clemenceau,* «tesis derrotista e insurreccional»?

[56] Éste es, en el camino seguido por Stalin, el tercer suicidio ruidoso, Skripnik, antiguo bolchevique, comisario del Pueblo en Ucrania, estalinista de primera hora, se destapó el cerebro en 1933. Lominadzé, no hace mucho líder de la joven izquierda estalinista, en 1935.

¿Fue Clemenceau un derrotista y tomó las armas contra el gobierno de Francia?

Interrogado en 1927 sobre la actitud que la oposición observaría en caso de guerra con respecto a la burocracia dirigente, Trotski respondió en sustancia:

> Nosotros haríamos lo que hizo en Francia Clemenceau contra Poincaré. Los alemanes estaban en Noyon, se perdía la guerra; pero la crítica de Clemenceau no amainaba por eso, al contrario. Criticaríamos sin misericordia a un Gobierno que no podría sino sabotear la defensa de la Revolución; terminaríamos por colocar a los burócratas en su lugar y hacer la guerra revolucionaria.

La oposición, en este momento, excluía todo recurso de violencia o de acción de las masas, se acantonaba dentro del Partido y deseaba convertirse en un instrumento de reforma del régimen. Fue necesario amordazarla para hacer impunemente de la «tesis Clemenceau» una tesis derrotista e insurreccional. Hemos fijado aquí el valor de los argumentos políticos del procurador.

No sabremos decididamente qué fue lo que declaró Smirnov. El dictamen fiscal dice textualmente:

> Smirnov niega con la mayor obstinación; reconoce solamente haber sido uno de los dirigentes del centro ilegal trotskista. Aún más: ha declarado con ironía. Tengo, por lo tanto, todas las razones —continúa el procurador— para sostener que ha declarado lo siguiente: [...]

Y es el haber transmitido una directiva terrorista, que niega. Se entrevé el procedimiento de análisis lógico, en que la ló-

gica es, por lo demás, muy especial, ya que sirve para elaborar tales confesiones. «Usted ha declarado ser trotskista, y trotskista significa derrotista y terrorista; ha confesado, por consiguiente, ser derrotista y terrorista...» Smirnov niega. Preso cerca de dos años antes del *asunto Kirov*, ¿cómo inculparlo? El procurador le dedica más de una hora. Y, de repente, por algunas palabras de su perorata, nos informamos de que los acusados han dicho a la audiencia una multitud de cosas que no se encuentran en los informes oficiales publicados; han hecho alusión al terrorismo del gran partido de la Voluntad del Pueblo, que ejecutó a Alejandro II en 1881. ¿No se han acordado de que el hermano de Lenin, Aleksandar Uliánov, fue colgado en 1887 por haber participado en un complot contra Alejandro III? Aquí, Vichinski levanta la voz.

> Estas comparaciones no resisten la crítica. Bolcheviques, nosotros hemos sido siempre los adversarios del terrorismo individual pero rendimos homenaje a la sinceridad y al heroísmo de los terroristas de la Voluntad del Pueblo.
> Pero son ustedes una banda de contrarrevolucionarios perdidos; representan la vanguardia de la contrarrevolución internacional. Van contra la voluntad y la felicidad del pueblo. ¡Yo exijo, camaradas jueces, que estos perros rabiosos sean fusilados del primero al último!

Los periódicos proclaman aquel día: «¡Fusilar a los perros rabiosos!»

Los acusados se levantan uno tras otro para pronunciar sus últimas palabras. Éstas son nuevas requisitorias contra ellos, contra Trotski, nuevos actos de contrición apasionados ante el Partido y su Jefe. ¡Ellos proclaman que merecen

la muerte, que no son dignos de indulgencia alguna, que se les debe fusilar, y que harán muy bien en fusilarlos!

Evdokímov exclama: «Hemos sido unos bandidos asesinos, fascistas, agentes de la Gestapo. Agradezco al procurador haber pedido para nosotros la única pena que merecemos».

Dreiser, Rheingold y Bakáev usan el mismo lenguaje.

Bakaev, trastornado, se inclina sobre Zinoviev, viejo flaco, melenudo, y le reprocha el haberlos llevado hasta allá.

Pikel diserta sobre los errores ideológicos de Zinoviev, recuerda que fue procurador y colaboró en este puesto con Ulrich, que los juzga esa noche, y de golpe lanza un elogio exaltado sobre el proyecto estalinista de Constitución que le ha revelado «el alma verdadera del bolchevismo».

Kamenev y Zinoviev denuncian una vez más al trotskismo —en lo que son probablemente sinceros, pues han pasado una gran parte de su vida combatiéndolo—, proclaman su indefectible adhesión al Partido, ratifican sus declaraciones, manifiestan vergüenza al encontrarse allí, al lado de oscuros personajes salidos de las oficinas policiales, tales como los Olberg, Berman-Yurin, David, Lourié. Y en esto todavía deben ser completamente sinceros. «¡Conjuro a mis hijos —dice Kamenev— a emplear su vida en defender a nuestro gran Stalin!» Se indigna pensando que la prensa extranjera explotará este proceso. «Tengo 54 años y no tengo miedo a la muerte. No habiendo sabido vivir para servir a la Revolución, estoy listo para servirla muriendo». Y estas palabras, para mí, tienen pleno sentido, son verdaderas.

Zinoviev se hace responsable de los complots.

Goltzman habla con desprecio de los pícaros fascistas, sus coacusados, y agrega que no pide clemencia alguna.

Como todos estos informes oficiales son sumarios y alterados, es difícil extraer de ellos el verdadero sentido de las palabras. Goltzman se ha mantenido dignamente, y parece

haber sido opositor en realidad. Sus últimas palabras increpan quizá a los agentes provocadores y dice claramente que no espera nada de los jueces. Los informes sobre las últimas palabras de Smirnov también son singulares. Según la prensa soviética, se censura haber vuelto a luchar contra el Partido en 1931, niega toda responsabilidad de lo que haya podido ser hecho tras su detención (y nada ha sido hecho antes), invita a sus camaradas a romper con el trotskismo, «porque nuestro país no tiene otro camino que el que sigue y no puede y no tiene otros dirigentes que los que la historia le ha dado». Reticente admisión de los hechos consumados. «Acepto por adelantado el veredicto de mi Partido».

Los Olberg, David y otros imploran la clemencia de los jueces.

***

Desde antes del proceso, comenzó en las fábricas una campaña, en la que los secretarios del Partido hacen votar con entusiasmo resoluciones que exigen la pena de muerte para los enemigos del pueblo. Se publican informes de este género y los periódicos se llenan de ellos.

En la fábrica de automóviles Stalin, de Moscú, la obrera sin partido Semerova, dice: «Los monstruos trotskistas-zinovievistas han intentado oscurecer nuestra vida feliz. ¡Exigimos que los aniquilen; no deben arrastrarse sobre nuestra tierra!»

El escritor conde Aleksis Tolstói, emigrado blanco al principio de la Revolución, tiene un lenguaje análogo en la asamblea de la gente de letras de Leningrado. La pequeña Eva Nerubina, colegiala de Stalingrado, escribe un poema que termina con estas palabras: «fusilémoslos como perros». Transmitido por teléfono el mismo día a *Izvestia,* es publicado en más de un millón de ejemplares.

Del fondo del Extremo Oriente, por telégrafo comunican que los viejos obreros chinos Chi-Gang-Li y Dzian-Liang-Siay declaran: «Trotski es un perro». Una obrera de Cheliabinsk grita: «¡Amamos a nuestro gran Stalin como a un hijo mayor, como a un padre querido. Sólo pido una cosa: ¡aplasten a esos monstruos!» Los mineros de la hullera Stalin escriben al «gran Jefe del gran pueblo, al amigo y al maestro bien amado, a la esperanza de la humanidad laboriosa, Iósif Vissariónóvich Stalin», que es necesario, «con una vigilancia decuplicada, desalojar y aniquilar a esos miserables».

El editorial de *Izvestia* del 23 de agosto, probablemente redactado por Bujarin, afirma que «ellos no tienen en el alma sino un odio bestial, madurado en diez años, contra *Nuestro Sol Stalin,* y su genio victorioso de la impureza contrarrevolucionaria». «¡No habrá piedad!» (El veredicto no se había pronunciado aún, debemos indicarlo, en el momento en que el órgano oficial del Gobierno lo afirma tan categóricamente). «El pueblo entero exige que... esos perros rabiosos sean fusilados del primero al último».

Estas palabras punzantes se oyen por todas partes. Sin duda, el Jefe las ha pronunciado y aprobado para la propaganda. Él mismo, en estos días, se ha convertido a la vez en *Nuestro Sol* y *Nuestro Bien Amado,* como lo llaman los miembros activos del Partido reunidos en Moscú y los campesinos en un mensaje. Los periódicos desarrollan una campaña análoga para una investigación a fondo sobre la complicidad de otros que fueron compañeros de Lenin y que le han sobrevivido, Bujarin, Rikov, Uglánov, Radek, Piátakov. No hay cuestión sobre Tomski, porque la investigación sobre su caso sería superflua. Los profesores Speranski, Lavrentiev, Oberhardt, Razenkov —y otros— suplican a Stalin no olvidar «que Él es para la ciencia un jefe, un padre bien amado, una bandera». «Éstos son bestias

con cara humana —dice un obrero de Lipeshik—, es necesario tratarlos como bandidos».

El académico Komárov piensa lo mismo. Friedrich Adler, De Brouckère, Citrine, Schaevenels, habiendo enviado al gobierno soviético, en nombre de la Internacional Obrera Socialista y de la Internacional Sindical, un breve telegrama pidiendo para los acusados las garantías de justicia consideradas normales en los países civilizados, son tachados de cómplices de los terroristas y de la Gestapo por *Pravda* e *Izvestia*. «Los únicos capaces de defender a esos malvados —los acusados— son esos cabrones que han perdido toda conciencia y que aceptan voluntariamente el papel mancillante de representantes del jefe de la Gestapo, Himmler». En Rusia, Adler y De Brouckère no escaparían como «cómplices de perros sanguinarios» con diez años de reclusión. Ocho académicos y 15 profesores reclaman la muerte de los acusados y alaban al «gran sabio estimado, nuestro Jefe...» El artista emérito de la república, Klimov, escribe, encantado de haber leído los versos de la estudiante Eva Nerubina: «Sí, fusilémoslos como a perros...» El obrero Stepanov declara: «Tengo 70 años y trabajo desde hace 52 en esta fábrica...» Desde la altura de su medio siglo de servidumbre, reclama que se extermine a esos villanos pero que no quede de ellos ninguna huella. Antónov-Ovséyenko, antiguo embajador del Soviet Supremo, uno de los hombres de Octubre, uno de los valiosos combatientes de la guerra civil, uno de los viejos amigos de Trotski, uno de sus oponentes en 1923-1927, y que fue el primero en entrar en el Palacio de Invierno a la cabeza de los marineros, escribe que «desde el año 1928, cuando reconoció su error, se declaró dispuesto a fusilar a sus amigos políticos de antaño». Piátakov, antiguo opositor suyo también, Rakovski, vinculado a Trotski por 20 años de amistad, deportado durante siete años y devoto de hace muy poco, adoran al Jefe y reclaman, en términos que nos harían enrojecer si los citamos, la muerte de sus antiguos camaradas...

Una sentencia de muerte, votada en las fábricas, proclama que «la vida de nuestro jefe Stalin es la más preciada vida para la humanidad». El redactor de *Izvestia* escribe en su editorial del 24 de agosto que «el humanismo verdadero, el único humanismo radica en la defensa del régimen que, bajo la dirección del gran Stalin, asegura a millones de hombres la vida nueva, la vida libre». Concluye citando una frase oportuna del gran humanista proletario Máksim Gorki: «Si el enemigo no se rinde, hay que aniquilarlo».

¿Quién osaría, bajo el fuego de esta artillería totalitaria, abstenerse en el voto de una resolución? ¿Para desaparecer esa misma noche, como un cómplice de Friedrich Adler, de De Brouckère, de la Gestapo, de los terroristas? En Rostov-na-Donu, el profesor de sociología Jalilov dice delante de sus alumnos que este proceso le parecía «singular». Esto último pareció sospechoso, el término llegó adonde tuvo que llegar y un periódico del día 1 de septiembre anunció, relatando dicho incidente, la detención de ese «terrorista-trotskista...».

El veredicto tuvo lugar el día 24 de agosto, a las dos de la tarde, y resultó ser el que todo el mundo esperaba: la muerte para todos. Con posterioridad a la ley del 1 de diciembre de 1934, las sentencias de muerte falladas en los procesos de terrorismo no tienen posibilidad de apelación ni de recurso, y deben ser ejecutadas acto seguido. Los 16 escuchan, impasibles. Algunos incluso —comparsas dudosas— tienen, según los periodistas, un «aspecto desenvuelto». «Nunca olvidaré —escribe el corresponsal de *The Daily Telegraph*— la expresión de Zinoviev, la cabeza gacha, las manos juntas como en oración, mientras Ulrich leía la sentencia con voz seca, con frases entrecortadas...» Una vez terminada la lectura, ¿se va a conducir a las víctimas al lugar de la ejecución? No, se les ha concedido, a título personal e ile-

gal, un plazo de 72 horas para presentar un recurso de gracia al presidente del Soviet Supremo. Goltzman e Iván Smirnov se niegan a ello. El presidente es el viejo Kalinin, su camarada de hace mucho tiempo, y él mismo recibe órdenes de Stalin. Indudablemente, el Jefe cree inteligente no dar esa oportunidad, y dado que no permite la orden de gracia, la sentencia de muerte resulta ejecutoria. Todo esto, por otra parte, ha sido ya deliberado por el Politburó. Nadezhda Konstantínovna Krupskaya, según algunas informaciones, escribe a Stalin para solicitar la gracia para los hombres a los que ella conoce desde hace tanto tiempo; le responde que no sabría presionar a la más alta magistratura del Estado. Ciertamente no sabría... La viuda de Lenin expiará pronto esta tímida intervención al firmar un repugnante escrito sobre la ejecución de los terroristas. «Es necesario, Nadezhda Konstantínovna, porque la prensa socialista se sirve de su nombre...» Pobre mujer.

Al haber rechazado el presidente los recursos, la ejecución tuvo lugar al alba del día 25, incluso antes del vencimiento del plazo legal. La razón de tal precipitación parece ser el temor de intercesiones extranjeras.

Habitualmente, el condenado es avisado durante la noche para un desplazamiento. No sabe adónde va, el guardián no sabe adónde le conduce. El ascensor desciende a la planta baja. Allí, cuando le hacen ir por una escalera de cemento débilmente iluminada, comprende al fin... Sigue por un pasillo de cemento bordeado con canales. No sabe nada; y tampoco se sabía habitualmente, cuando el OGPU (también llamada GPU) aplicaba administrativamente la pena de muerte, que estaba condenado a morir. Un hombre —que sólo sabe que debe matar a aquel que lleva— surge a paso quedo, detrás de él, y le dispara una bala en la nuca. Las cisternas hacen ruido, el cuerpo rueda por una trampilla o es empujado hacia un rincón. ¡Siguiente! Ni siquiera se les comunica a los 16 la desestimación del recurso. Cogidos por sorpresa, antes del vencimiento de los plazos legales, no se dan cuenta, hasta el último minuto; pero en este último minuto lo comprenden todo; y algunos de ellos mueren con una espantosa amargura —traicionados y engañados... Ningún testigo. El sótano amortigua los ruidos. Algunos ejecutores de confianza actúan sin saber nada a ciencia cierta. El silencio, el secreto. Yo estaba encerrado en la Lubianka cuando fueron ejecutados los 35 funcionarios del comisariado de Agricultura después de un asunto turbio de sabotaje y espionaje con Polonia (marzo de 1933). Ningún ruido perturbó el silencio de la prisión perfecta.

* * *

Los periódicos del día 25 reproducen, en primera página, los retratos sonrientes de los directores en el aeródromo de Tushino, donde tiene lugar una fiesta de la aviación. En letra minúscula, en el cuarto ángulo de la cuarta página, en la sección de varios, un entrefilete precisa que la justicia ha seguido su curso.

> Una vez consumado —escribe *Pravda*—, se respira mejor, el aire es más puro. Nuestros músculos tienen un vigor nuevo, nuestras máquinas funcionan con más alegría, nuestras manos son más rápidas [...]. Se van a conseguir nuevos récords industriales...

No se sabía que la sangre engrasa bien las máquinas...

Izvestia publica que una «tormenta de aprobación atraviesa el país; por millones, los trabajadores dan las gracias al Tribunal Supremo». ¡Se ha cumplido su voluntad! La doctora Sofía Bortman, pediatra, había escrito: «¡Ninguna pie-

dad para con los enemigos del pueblo!» El gobierno ha escuchado a la doctora. Los trabajadores del teatro dramático Gorki lo aprueban. Los campesinos de Voronpege: «Viva el gran amigo, el padre y el maestro de todos los trabajadores...»

Pravda de los pioneros expresa la alegría de los niños. La Colonia n.º 5, formada por huérfanos abandonados, le agradece a la «Checa querida» el haber fusilado a los bandidos y declara: «Este veredicto es nuestro veredicto». Chavales, niños y niñas de ocho y diez años exclaman con alegría: «Que revienten esos perros...» «¡Cómo nos habría gustado fusilarlos nosotros mismos!» Y envían un mensaje de afecto al Jefe bien amado.

Aleksis Stajanov está exultante. Mary Soban, miembro de las juventudes comunistas, hija de un obrero americano, explica ante un auditorio de obreros de Rostov cómo su madre y ella misma, al oír por un altavoz el anuncio del veredicto, no pudieron contenerse y empezaron a aplaudir. Los escritores están contentos. Los artistas aplauden. La obrera Evdokímova de la fábrica Comuna de París (Moscú) exclama feliz: «¡Esos perros han sido ejecutados como perros!» (precisamente ha sido fusilado un Evdokímov.) Los estajanovistas deploran que Trotski continúe vivo. El académico Williams cree que el veredicto ha sido «dictado por los nobles sentimientos del humanismo proletario en el interés del bienestar y de la libertad de millones de trabajadores».

¿Por qué tiene que venir un socialdemócrata a ensombrecer el brillante recuerdo de esta jornada? El profesor Tandler, médico vienés refugiado en Moscú, ha muerto súbitamente al enterarse de la ejecución. Aquí queda patente la debilidad de la naturaleza pequeñoburguesa... Éste debía ser, en el fondo, un «enemigo enmascarado»...

X
Explicación y continuación

El corresponsal de la Agencia Havas, que ha asistido al proceso, da su opinión en términos circunspectos. Estima que las acusaciones y las declaraciones no están enteramente carentes de fundamento, pero que no se podría decir hasta qué punto son fundadas las acusaciones, y que, en todo caso, el elemento de verdad que contienen ha sido ampliamente explotado con fines definidos...

Por tergiversados que sean los informes oficiales del proceso, el lector que conoce a los hombres, sus ideas y sus luchas descubre pronto lo poco de verdad que hay en todo este asunto.

Los viejos bolcheviques dedicaban y dedican a Stalin, a quien temen más de lo que lo honran por mandato, un odio sordo, a base de resentimiento, de temor, de hostilidad política. Habían capitulado ante él, pero no podían encontrarse sin murmurar entre ellos, sin preguntarse cómo acabará esto, qué hacer, qué hacer, desesperadamente, para salir de este embrollo.

Todo el falso complot laboriosamente confeccionado por los inquisidores se aclara cuando se abre un documento auténtico, fechado el 11 de julio de 1928.

Se trata de notas redactadas por Kamenev, con ideas de Zinoviev, entonces deportado en Voronege, sobre conver-

saciones con Bujarin. (La oposición trotskista tuvo conocimiento de ellas y las publicó en folleto).

Bujarin ha venido, turbado, «trémulo, los labios temblorosos»; parece estar «en las últimas». «La Guepeú me sigue y te vigila, que nadie sepa que nos hemos visto». ¿Qué dice él?

> La política de Stalin es mortal para la Revolución. Nos lleva al abismo. Es un intrigante que subordina todo a su apetito de poder. Cambia de teoría para desembarazarse de cualquiera en un momento dado.

En estas páginas intensamente trágicas, ciertas líneas, hoy día, después de diez años, se colorean de sangre. *Leitmotiv* obsesionante: «Nos estrangulará a todos».

> ¿Qué hacer? Las condiciones subjetivas en el Comité Central maduran para destruir a Stalin, pero no lo están todavía. Stalin no conoce sino la venganza, el puñal en la espalda. Recordemos su teoría de la *Dulce venganza.* («Una noche de verano conversando a corazón abierto con Dzerjinski y Kamenev, Stalin había dicho: escoger a la víctima, preparar minuciosamente el golpe, saborear una venganza implacable y enseguida irse a dormir. No hay nada más dulce en la vida»).

Bujarin lo compara con Gengis-Khan, habla de régimen policial, enumera entre los primeros personajes del Partido a todos aquellos que sueñan con la destitución de Stalin, pero no se deciden todavía, que flaquean en el último momento y que se asustan cuando se habla de ello. Ya Bujarin, Rikov, Tomski, Uglánov, todavía en el poder, se

sienten perdidos. ¿No van a unirse contra él, a defenderse? «Él nos estrangulará».

No, nada de complots, nada de terrorismo. El complot era imposible en esta atmósfera de proscripción, de vigilancia policial, de delación, de divisiones doctrinarias; nada de complots, pero el odio, el miedo, la espera, bajo la apariencia, que no engaña a nadie, de la fidelidad al Jefe bien amado.

***

Esforcémonos aquí en razonar de modo distinto al de los lectores de novelas policíacas y recordemos bien que nosotros tenemos en este asunto a hombres políticos por excelencia. Todos aquellos que han conocido a un Zinoviev en los congresos internacionales, y a un Trotski en el exilio, saben que, para ellos, la vida personal no se separa de la acción política y que ésta prima sobre todo. Saben que los hombres de esta constitución son incapaces de pensar de otro modo que no sea como políticos marxistas y que son capaces, en cambio, de romper en el instante con cualquiera que se desvíe un poco seriamente de los métodos marxistas.

Pero en tanto que nosotros les permanezcamos fieles, «descartar a Stalin» significa romper al punto la organización burocrática del Jefe, arrojarlo del poder. Se trata de una acción política y no de un asesinato, que tendría probablemente un resultado contrario, puesto que no tocaría la máquina burocrática y no haría sino decapitar a una pandilla provista en realidad de varias cabezas. Por el contrario, el asesinato comprometería políticamente a sus autores.

El secretario general puesto repentinamente en minoría, destituido en un abrir y cerrar de ojos, encerrado enseguida para mayor seguridad, he aquí lo que se soñaba en tantos conciliábulos, y lo que hubiese sido, en efecto, un

acontecimiento político que parecía posible; todos los viejos de los primeros tiempos le temían y deseaban su eliminación. El asesinato, en cambio, hubiera hecho pasar al poder a un Kagánovich (o a un Vorochílov), respaldado por el alto comisario de la Seguridad General, permitiendo precisamente a la pandilla estalinista desembarazarse, por la represión, de sus adversarios políticos.

En el momento del *proceso Kirov,* los trotskistas en prisión —que yo conocía— se preguntaban si esto no sería una reedición estalinista del «golpe de Roehm». Se puede ahora seguir, diariamente, las reacciones de Trotski en los numerosos artículos que publicaba. Citando uno que publicó en 1911, en *Kampf,* revista socialista vienesa, escribe:

> ¿Un atentado que tenga éxito llevará o no la perturbación al seno de los medios dirigentes? Esto depende de la situación política. En todo caso, esta perturbación no puede ser de larga duración: el Estado capitalista no reposa sobre sus ministros y no puede ser aniquilado con ellos. Las clases a las que sirve encontrarán servidores; el mecanismo subsiste en toda su integridad y continúa funcionando.
> El atentado causa una perturbación mucho mayor en la clase obrera. Si fuese suficiente armarse de una pistola para obtener el objetivo, ¿para qué sirve la lucha de clases? Si fuese suficiente una explosión para intimidar a los poderosos, ¿para qué sirve el Partido?

A este artículo que oponía a la aventura terrorista la preparación del proletariado para la revolución socialista, nada tengo que agregar después de 23 años.

Respecto al acto que cuesta la vida a Kirov, Trotski da el juicio siguiente:

> Los móviles subjetivos de Nicoláev nos importan poco. El infierno está enlosado de buenas intenciones. Mientras que la burocracia no haya sido barrida por el proletariado —y lo será— cumplirá una función necesaria de defensa del Estado obrero. Si el terrorismo se desarrollara contra ella, no podría, dadas otras condiciones desfavorables, más que rendir servicios a la contrarrevolución fascista.

Desde la ruptura de Plejanov con los futuros terroristas de *La Voluntad del Pueblo,* hacia 1879, tal ha sido siempre la inflexible actitud doctrinaria de los marxistas rusos, aun en las épocas en que el terrorismo, manejado por el Partido Socialista Revolucionario, se muestra eficaz en la lucha contra la autocracia. Trotski representa en este asunto medio siglo de tradición. Observemos que reconoce a la burocracia estalinista una función, a pesar de todo útil, de defensa del Estado proletario. Se sabe que no ha vacilado en romper, en el curso de los últimos años, con todos aquellos militantes de la oposición internacional que han emitido dudas sobre la naturaleza proletaria del Estado Soviético o preconizado, con respecto de este Estado y en caso de guerra, una actitud que no fuera la de defensa sin condiciones.

La política de Zinoviev y de Kamenev consistía en entrar en gracia en el Partido para estar presentes el día del reagrupamiento. Por desorientados que sean sus declaraciones mentirosas, extraordinario suicidio político y moral que terminó con su ejecución. La explicación es clara para cualquiera que conociera a estos hombres, y se concreta en pocas palabras: devoción para con el Partido, utilidad. (Traduzco por *utilidad* una palabra rusa que se puede explicar más exactamente por «confirmación para el fin perseguido», pequeña frase temible que he escuchado frecuentemente pronunciar allá).

Fundadores del viejo partido bolchevique, no concebían que se pudiese vivir fuera de él; profesaban que había que permanecer en su seno a cualquier precio, aunque fuese renegando de sus pensamientos, o abdicando de toda dignidad (¿colocar su dignidad en la balanza cuando se trata del interés de la Revolución?), inclinándose ante el Jefe oficialmente adorado, aunque interiormente se le considerara como el peor sepulturero de la Revolución.

De ahí sus capitulaciones reiteradas, su doble juego de opositor sin serlo, su situación infernal de perpetuos sospechosos. Para mejor desacreditarlos, porque eran los únicos compañeros que sobrevivieron a Lenin y porque eran, por su adhesión profunda al bolchevismo y su pasado, concurrentes peligrosos, se exigía de ellos, periódicamente la apostasía más humillante. Salían de la prisión y regresaban de las aldeas de Asia Central para trepar a las tribunas de los congresos, pidiendo honorable perdón —una vez más— ante el Jefe. Después entraban en la sombra y cada uno sabía que existía guardando en el fondo su juicio. Existían a pesar de las humillaciones exigidas y aceptadas. Existirán mientras vivan. Las renuncias ordenadas no les disminuían en nada porque se conocía la profunda razón: que era la adhesión al Partido. Y después, en un país sin derecho, cada cual sabe que no hay más defensa que la ocultación y la vileza. Se adapta, se hace el muerto, espera. Y el poder, que lo sabe, se ceba en los pasivos. Se les pudo murmurar entonces, en el sillón de una celda situada algunos pisos por encima de la cueva de las ejecuciones, más o menos estas palabras: «Ustedes son, hagan lo que hagan y digan lo que digan, nuestros adversarios irreductibles. Pero son devotos al Partido; lo sabemos también. El Partido les exige un nuevo sacrificio, mayor que los precedentes. Un suicidio político. El sacrificio de vuestras conciencias. Ustedes lo sellarán yendo por sí mismos a la pena capital. Entonces solamente, se podrá creer que se desarman ante el Jefe. Este sacrificio lo exigimos porque la República está en peligro. La sombra de la Guerra está sobre nosotros, el fascismo gira a nuestro alrededor. Es necesario a cualquier precio herir a Trotski en su exilio, desacreditar su Cuarta Internacional naciente, hacer la unión sagrada alrededor del Jefe que ustedes execran, pero que reconocen, desde que es el más fuerte. Si consienten, tienen una probabilidad de vivir. Si rechazan, desaparecerán».

Cuando se conoce —por haber vivido durante mucho tiempo allí— la psicosis de guerra que los dirigentes hacen reinar en la URSS, se comprende la importancia de esta llamada dirigida, en definitiva, a la devoción, infinitamente más que a la vileza. Tanto más eficaz cuanto que la mayor parte de los acusados eran antiguos adversarios de Trotski, dispuestos siempre a desacreditarlo por todos los medios. (Smirnov y Goltzman hacen excepción y su actitud ha sido muy bizarra; pero las mismas razones de conjunto son también aplicables para ellos. Smirnov, inclinándose ante la razón de Estado, parece haber consentido en *no declarar sino una sola cosa...*)

Rechazar sería, quizá, tener esperanza de vida, pero significaría romper con el Partido. No podían rechazar...

Otros, probablemente, han rechazado. ¿Lo sabremos algún día?

Una semiseguridad les garantizaba la vida, fuera de las promesas que les habían hecho. En primer lugar, el derecho soviético era formal en el tiempo en que había un derecho soviético.

La ley no castiga ni se venga, se limita a defender a la sociedad. El criminal a quien se ha desarmado, y que por sus declaraciones y su actitud se coloca en la impotencia de hacer daño, no puede ser castigado por lo que pudo hacer; no debe sufrir ninguna vindicta; no puede sino ser aislado

de la sociedad por cierto tiempo, por precaución y con fines de reeducación. Se vanaglorian de aplicar estos principios a los reincidentes más incorregibles a primera vista y con placer se hace visitar a los turistas la colonia de la Guepeú de Bolchevo, no lejos de Moscú, en la que numerosos bandidos que tienen varias vistas sobre sus conciencias trabajan en libertad vigilada, van al club, estudian a Stalin y forman parte de las brigadas estajanovistas.

Panait Istrati, maravillado, exclamó al salir de allí: «¡Qué lástima que sea necesario haber asesinado a varias personas para gozar de este bienestar!» Se olvidó de decir que fue necesario, además, haber traicionado y entregado a sus cómplices.

Dos precedentes no son menos formales. Los principales acusados de dos grandes procesos análogos, preparados de la misma forma con la más sutil dosificación de mentiras, de miedo y de devoción, según el caso, no han sido ejecutados. El ingeniero Ramsin, a quien se acusa en 1930 de haber formado un partido industrial clandestino, saboteado la industrialización, preparado la intervención extranjera en unión con el Estado Mayor de una potencia hoy día muy amiga, no cesa jamás de trabajar para el Comisariado de la Industria Pesada, y ha sido últimamente rehabilitado con sus principales cómplices. Es rico y está considerado. (Ya desearía saber qué se ha hecho en cambio de las dos institutrices de Leningrado que fueron expulsadas del Sindicato por haberse negado a votar la pena de muerte contra este traidor, sobre cuyo destino pesa aún esta mancha).

Los viejos socialistas que fueron acusados, un poco después, del mismo crimen, contra toda verosimilitud, en un proceso que fue, desde principio a fin, una espantosa impostura (reconocieron haber preparado la intervención extranjera bajo las directivas de la Internacional Socialista), están vivos en diversas prisiones. Preparar la intervención extranjera contra el país es un crimen mayor que aquel por el que se invitaba a Zinoviev, Kamenev y sus coacusados a responsabilizarse; y los fundadores del Partido, los héroes de la guerra civil (Mrachkovski, Smirnov, Dréiser) no podían ser, en buena lógica, tratados con mayor rigor que los traidores. Solamente que la buena lógica no servía para nada en todo esto.

Había, por consiguiente, entre los acusados y el Jefe una especie de pacto terminado, aceptado por devoción al Partido, con un resto de esperanza humana y política. «El no se atreverá, el no llegará a esto, él es también un viejo del Partido, él también...», he aquí lo que deben haber pensado en sus terribles momentos de duda. Y su error no lo comprendieron sino en el último momento, cuando se les ató las manos para hacerles descender.

¿A qué móviles obedeció Stalin al hacer desaparecer a los antiguos miembros del Buró Político del Partido? El más evidente está en la consagración del poder personal. Si se hace llamar «Jefe de los jefes», «el mayor genio de todos los tiempos», «Sol», «nuestro padre», no es únicamente para respirar el incienso de baja calidad que se eleva de su propio servicio de prensa... Su poder es absoluto, incontrolado, perpetuo. ¿Quién se atreverá a formular una objeción si se le ocurre designar a un sucesor? Pero se le pedirá, un día, como una gracia que hará a su buen pueblo. La consagración de un poder personal está en tal contradicción con los principios socialistas y la tradición bolchevique, que no podrá realizarse sin la eliminación de la vieja guardia de Octubre. Por muy pasivos que puedan ser sus últimos restos, es imposible que no piensen y constituyan desde ahora, para el futuro, una amenaza.

A pesar de la persecución, Zinoviev, Kamenev y Smirnov se beneficiaban de una situación política en cierta manera privilegiada. El Partido, el país entero, sabía que estos

viejos, después de haber fundado el Partido con Lenin y hecho la Revolución, no participaban, desde hacía diez años, de la responsabilidad del poder. Los millones de víctimas de la colectivización forzada, de los años de hambruna, de los años de terror contra los trabajadores, no podían dirigirles ningún reproche. Debido a esto, se les podía deshonrar oficialmente, encarnizarse en envilecerlos o, silenciosamente como a Smirnov, amurallarlos; ellos conservaban, a pesar de todo, una cierta grandeza y podían formar un equipo de repuesto.

No hay ya equipo de repuesto.

La consagración del poder personal no es sino uno de los aspectos de la consagración de una política. Se puede decir que el Termidor Soviético, que ha durado años, está consumado.

Il Messagero, órgano fascista italiano, no estaba equivocado al constatar la muerte de los Rabiosos de la Revolución Rusa. La burocracia teme, por encima de todo, la potente explosión de ideas, las que disimula, por necesidad, a fin de reclamar el derecho de guardián de las viejas banderas. Es necesario que ella termine con la generación que encarna estas ideas. Los viejos bolcheviques, y entiendo por tales a los hombres que se han mantenido hasta la muerte de Lenin, se encuentran actualmente en la situación anacrónica de los antiguos jacobinos bajo la reacción termidoriana.

Además, la revolución socialista, frustrada por los advenedizos, difiere en este sentido de la revolución burguesa (1789-1793-1800...) en que no ha terminado en un orden estable de acuerdo con ella misma. Mientras no haya cumplido el tratado, firmado por los insurgentes victoriosos de octubre de 1917, que le presentarán inevitablemente, mañana o pasado mañana, millones de trabajadores, vivirá bajo la amenaza de convulsiones interiores.

La burocracia no ejerce una autoridad legítima; no puede invocar ni el derecho divino del antiguo régimen ni las leyes naturales del positivismo burgués; está reducida a negarse a sí misma al afirmar que «combate la burocracia» —¡cómo no!—, no representa sino a los trabajadores, hace la dicha de los trabajadores. Situación falsa que no puede eternizarse y no puede durar sino gracias a la incesante intervención, en la base, del ministerio de policía del Estado totalitario. Pero es sabio prever próximos giros. Se prepara, sin duda. Y puede ser que nos hallemos a la vista de grandes cambios en el interior o de graves acontecimientos en el exterior.

En los dos casos, el coeficiente potencial revolucionario de las masas debe tomarse en cuenta. Se trata de aminorarlo con anticipación.[57] Limpieza de la retaguardia, en caso de guerra. Advertencia al proletariado ruso de que los acontecimientos de España, sobrevenidos después de las grandes huelgas de junio en Francia y Bélgica, emocionan profundamente, peligrosamente...

La oposición existe, mientras tanto, bajo una multitud de formas. Invisible, permanece callada, traicionándola a veces con una burla. Tanto peor para el bufón. La oposición existe también bajo una forma que puede aun aparecer absurda o ridícula a fuerza del heroísmo: algunos millares de irreductibles de todos los matices del pensamiento obrero —y de algunos sin matices, habiéndose formado como han podido y no sabiendo en justicia lo que son— la representan, en las prisiones, los campos de concentración, los lu-

57. El crimen está en que aminorándola se desarma la revolución ante el porvenir. Si no se encuentran equipos de repuesto, socialistas o comunistas, para el próximo cambio de la historia, *¿quién* tomará la dirección de los acontecimientos? No será necesario creer que la inhumana reacción burocrática no suscite, todavía latentes también, corrientes de reacción antisocialista.

gares de deportación. Los más peligrosos, los más numerosos, por consiguiente, son los que reivindican la Revolución de Octubre y desde luego los trotskistas. Tienen un líder, el irreductible por excelencia, personaje convertido en legendario por haber sido, al igual que Lenin, el organizador de la insurrección y de la victoria, el solo oponente que no capitula jamás, el deportado de Alma-Ata, el desterrado de la isla Prinkipo, el exiliado de Noruega, el exiliado de México. Está fuera de alcance, no está en las listas de los fusilados, y, mientras viva, el equipo de repuesto podrá reagruparse, porque una cabeza subsiste y es justamente la más alta. Será necesario imaginar el terrorismo, porque sólo esta inculpación permitirá ejecutar a unos y herir indirectamente a otro, a Trotski. ¿Cómo? Haciéndole la vida tan difícil como sea posible. Es necesario decir que, a este respecto, el gobierno estalinista ha tenido un extraño éxito. Esto promete. Jamás los ministros del Zar, que caían frecuentemente bajo los golpes de los auténticos terroristas, se permitieron exigir en términos parecidos a un país de Europa la expulsión de un líder socialista. Como la URSS deberá tener con todos los países donde Trotski pueda encontrar asilo, el mismo lenguaje que tuvo con Noruega, resultará que ella pretenderá que se le niegue asilo en todas partes, es decir, que trata de imponer a los gobiernos extranjeros la internacional de Trotski. Lo que es más sorprendente es que haya tenido éxito.

Un precedente se sienta de esta manera, del cual los regímenes totalitarios sabrán sacar partido, y no lo dudamos en absoluto. La reacción estalinista acaba de dar al derecho de asilo —una de las frágiles y últimas garantías de la libertad de opinión en el mundo— un golpe derecho.

Descalificando la idea de la Cuarta Internacional, que se ha convertido en inquietante para los dirigentes de la Tercera desde que abandonaron toda actividad y las perspecti-

vas revolucionarias, y desde que sienten que se ha producido en el movimiento obrero un inmenso vacío. Dimitrov escribe: «Se ve hoy día por qué Trotski tiene necesidad de crear una Cuarta Internacional, para qué sirve ese hacinamiento sucio de individualistas pequeñoburgueses, rabiosos, arribistas infatuados, agentes de la Gestapo y de otras policías».[58]

Convirtiendo a Trotski en indefendible para los trotskistas presos, a quienes se acusa de solidarizarse con un «agente de la Gestapo». Sin duda podrían responder: «Sí, nosotros conocemos esto. Es exactamente lo que se decía de Lenin y de todos nosotros en 1917; recuerden los documentos de Aleksinski, y el vagón lacrado, y los millones del Estado Mayor alemán, que fuimos acusados de haber reci-

58. Este artículo de Dimitrov, que cubre al mismo tiempo de injurias a los líderes de la Internacional Socialista, debería ser citado completamente si no estuviese lleno de vanas mentiras. Se calumnia muchas veces a los hotentotes atribuyéndoles una moral que se explicaría por este dicho: «Si yo robo la vaca de mi vecino cafre, está muy bien, pero, si él pretende robar la mía, es un crimen». Dimitrov conoce mejor que nadie cómo se organiza un proceso de alta traición en un régimen totalitario; y de regreso, sano y salvo, del de Leipzig, le es, por lo mismo, fácil hacer comparaciones no desprovistas de interés sobre la propensión más o menos grande al asesinato legal en los regímenes hitleriano y estalinista. Anoto, de pasada, que tiene la audacia de escribir: «los documentos presentados en el proceso han probado...» etcétera; y «todo lo que se exige en un proceso público para probar la culpabilidad terrorista de los trotskistas-zinovievistas estaba allí en abundancia»; pero ¡ninguna pieza material apuntalaba la acusación, no figuraba ninguna prueba en el proceso! Para terminar con la moral del hotentote: un telegrama publicado por la agencia soviética Tass protestaba al mismo tiempo contra los procedimientos escandalosos puestos en práctica por los japoneses en el Manchukuo. Deseosos de apoderarse de las tierras de ciertos rusos blancos, los japoneses los han arrestado, los han hecho declarar, en el curso de una instrucción secreta, que ellos se entregaban al espionaje a favor de los rojos, los han juzgado indignamente sin garantía de justicia y los han fusilado.

bido cuando no teníamos ni ropa para cambiarnos». Pero lo normal es no dejar responder nada. El trotskismo está actualmente fuera de la ley como una forma de oposición. A partir del proceso de Zinoviev, se encuentra fuera de la ley como alta traición, lo que justifica, contra los irreductibles, el recurso de todos los rigores...

Convirtiendo en imposible la discusión entre comunistas opositores y estalinistas, muchos de estos últimos, ignorando la historia de los diez primeros años de la Revolución, se imaginan de muy buena fe servir la causa del proletariado dando su adhesión al régimen burocrático.

Viven de una falsificación de las ideas. No es posible que en el momento en que los partidos comunistas oficiales, obedeciendo al Jefe genial, pasan del internacionalismo, de la lucha de clases a la colaboración de las mismas, del antimilitarismo al militarismo, del altivo pensamiento de Lenin a un neosocialismo ambiguo y combinado, pueda empeñarse una conversación entre obreros estalinistas y comunistas opositores. Entre los unos y los otros, corre ahora la sangre.

La lucha entre las oposiciones y la burocracia no nos pone en presencia de tendencias diferentes del movimiento obrero, sino que se convierte en una lucha de clases.

Ningún juicio de conjunto más justo se ha pronunciado sobre este crimen que el de Otto Bauer: «La ejecución de los 16 es una inmensa desgracia para el movimiento obrero internacional». No podemos todavía valorar las consecuencias. En la Revolución Rusa este proceso marca una fecha semejante a la del 9 de Termidor, sin querer estrechar demasiado la analogía.

Presentándose en el momento en que la clase obrera tiene necesidad de una moral y de una solidaridad efectivas —por encima de las divergencias de doctrinas y de tácticas— para vivir y vencer, en el momento en que, sin partido, socialistas, anarquistas, sindicalistas, comunistas estalinistas y trotskistas, se tienden en España en las mismas trincheras y mueren bajo las mismas balas, esta masacre legal de grandes militantes de la Revolución Rusa se rodea de circunstancias de tal modo odiosas, que significan, además de un atroz fermento de división, una nueva baja de valores humanos, de los cuales nosotros tenemos necesidad para respirar.

El socialismo no vencerá al fascismo si no lleva a los hombres otras costumbres. De toda esta sangre vertida, de este desbordamiento de mentiras, de estas intrigas policiales, de este envilecimiento de los vencidos, de esta ferocidad del vencedor, de esta justicia al estilo de los Borgia instituida en el primer Estado de obreros y de campesinos, de esta devoción al Partido próxima a una desmoralización sin nombre, la vergüenza, el lodo, el horror, el descrédito, la agonía, recaen sobre ideas-fuerza que tienen una importancia vital. Serán necesarios años para rehacer, después de estas infamias, en la conciencia de las masas, la idea del Partido proletario, potente cohorte de hombres libres, asociados por un pensamiento común y una disciplina de acción. Serán necesarios años para resucitar la concepción liberal de la dictadura del proletariado de Engels y de Lenin.

¿Cuánto se rebaja todavía la condición humana del tiempo presente?

Al día siguiente del proceso continúan las detenciones acompañadas de cambios en el personal gubernamental.

Karl Radek es detenido. Éste no es solamente un compañero de Lenin; estuvo en Berlín en los trágicos días de 1919, con Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Lero Tychko. Sólo el azar lo hizo escapar a su suerte en esta misma prisión de Moabit, en la cual cayó su amigo Tychko. Desde hacía años acumulaba las ignominias al servicio del Jefe; la peor es quizá la de ayer, el ignominioso artículo que

le obligaron a escribir para reclamar la pena de muerte contra sus camaradas de 30 años de lucha.

Portavoz de la palabra oficial de Stalin en política exterior, he aquí que desaparece; y cuando la prensa europea se emociona, es denunciado, al fin, por *Pravda*, como un ambiguo intrigante, contrarrevolucionario. ¿Será juzgado con Sokólnikov, Putna, Serébriakov, como se presiente? Después del proceso de los 16, semejantes escenas, fundadas sobre la complacencia de los acusados, ¿serán posibles? Sí, si ignora la suerte de los 16. El Jefe de la Seguridad, Yagoda, es bruscamente despedido; pasa a los PTT con su ayudante Prokofiev, uno de los más viejos chequistas. ¿Ha organizado torpemente el asunto de ayer? Sabe, en todo caso, muchas cosas y es también uno de los viejos de 1917. Además, simpatizó, en 1927-1928, con las oposiciones que deseaban en la sombra la eliminación de Stalin.

Rikov y Bujarin se benefician de un «no ha lugar». De esta manera, los fusilados han dicho la verdad al acusarse entre ellos, al acusar a Trotski, al acusar a Radek, pero ¿han mentido al acusar a Rikov y Bujarin? Que lo crea quien quiera. Este «no ha lugar», estrictamente político y quizá provisional, los deja a merced del Jefe. Perdonados, no tienen, en realidad, ninguna influencia; tarde o temprano se darán cuenta de que fastidian con su sola presencia y que será necesario hacerlos desaparecer.

Pitakov desaparece, sin duda inculpado. Detenciones por todas partes; las proscripciones tienen su lógica. La generación de Octubre, toda entera, debe ser proscrita. Aun cuando se pueda hacer cualquier cosa, decir y escribir a sus últimos representantes, las palabras no se tienen en cuenta. Stalin sabe que esos hombres podrían, algún día, valer de nuevo y que ellos son para él, dentro de su fuero interno, jueces implacables. Ya la precipitación con que el proceso fue anunciado, manejado y terminado demostraba una premeditación. He aquí que comprendemos el extraordinario *proceso Enukidzé* de 1935, y la disolución, por la misma época, de la Sociedad de los Viejos Bolcheviques. El secretario del Buró del Ejecutivo de los Soviets, a pesar de su devoción a Stalin, tuvo que vacilar para rechazar los recursos de gracia de los 16. Los viejos bolcheviques hubiesen podido murmurar ante la decapitación del viejo Partido.

Iagoda cede su puesto de jefe de la Seguridad General a un pequeño funcionario sacado de la nada por Stalin: Ejov. Una nueva generación formada de desconocidos de la víspera y que no representan sino el buen deseo del secretario general ocupa así, poco a poco, los puestos de los dirigentes: Jdanov en Leningrado, Jruschev en Moscú, Lavrenti Beria en Tbilisi, Ejov en el Ministerio de Policía.

XI
La primera política exterior de Stalin (1927-1934)

En sus principios, la política exterior de la Revolución proletaria es esencialmente de ruptura con el pasado. Consiste, en medio de la Gran Guerra, en llamar la atención de los gobiernos imperialistas sobre los pueblos asesinados, en publicar y romper los tratados, abolir la diplomacia secreta y proclamar la voluntad de paz de los trabajadores.

Más tarde, las altas y bajas del movimiento revolucionario en Europa hacen pasar la política soviética por varias fases diferentes, pero en las cuales se afirma una gran continuidad de espíritu. Cuando en los últimos momentos la República resiste desesperadamente a los alemanes, las notas diplomáticas de Chicherin son SOS incansablemente dirigidos a los proletarios del mundo.

Hacia 1920, habiendo sido salvada la República, la Internacional Comunista afirma su potencia de irradiación, y su política, paralela a la del Consejo de Comisarios del Pueblo, es de expansión revolucionaria, es decir, de sostén activo a las tentativas revolucionarias de Europa y Asia.

A finales de marzo de 1927, 20 comunistas chinos que estaban refugiados en la casa de Karaján, en la Legación de los Soviets en Pekín, y que habían sido detenidos despreciando el Derecho Internacional, son ejecutados mediante lenta estrangulación. Entre ellos estaba el sabio y poeta Li-Ta-Chao.

Durante la colectivización, la política exterior de la URSS se desinteresa efectivamente por lo que pasa en el mundo, pero mantiene, para uso de la propaganda en el interior, una ideología extremista que dirige a su turno la táctica de las secciones de la Internacional. Desde antes se atribuía a Stalin, en los medios comunistas de Moscú, la intención de liquidar la Internacional de los Sindicatos Rojos —para comenzar— y relegar a un segundo plano la Internacional Comunista, de la cual lamentaba amargamente su impotencia y corrupción; pero, llamado por los opositores «el sepulturero de la Revolución», intenta desempeñar otro papel en la escena del mundo. No sabría admitir la derrota de la revolución china, en la que sus responsabilidades son espantosas; y la tesis oficial, sostenida diariamente por la prensa, es que la revolución china va de victoria en victoria. ¿No existen en el Hu-Nan territorios soviéticos, poblados, según se afirma, por 40 millones de habitantes, y «tan grandes como Francia»?

La revolución crece también en Alemania y lo prueban los éxitos electorales del Partido Comunista Alemán. La Internacional prescribe a los partidos de Occidente la táctica «clase con clase», absurda táctica de aislamiento destinada a combatir en primer lugar a los socialistas llamados social-fascistas. La palabra de orden es destruir en primer lugar a la socialdemocracia para vencer al fascismo.

Se ve, después del plebiscito rojo en Prusia, unirse los comunistas a los nazis contra el Gobierno socialdemócrata de Otto Braun. Estrategia aberrante, de la cual se desearía saber qué es lo que piensa hoy día Thaelmann, que la aplicó con tanto celo.[59] En plena depresión del movimiento obrero francés, Mólotov, hablando de la «radicalización de las

59. El representante de Stalin en Cantón, Lominadzé, se suicida en 1935 en Magnitogorsk, en el momento de ser detenido.

masas», expone que la cuestión del poder va a plantearse al proletariado francés. El informe de Stalin al XVI Congreso del Partido Comunista de la URSS (1930) sería de una inconsciencia asombrosa si no fuese una obra maestra de la demagogia destinada a engañar a las masas en el mismo país. Souvarine lo resume muy exactamente en ocho líneas:

> El globo está minado de antagonismos, de los cuales el más agudo opone a Estados Unidos de Norteamérica a Inglaterra; la Sociedad de las Naciones, podrida en vida; el socialismo pierde toda influencia y los partidos comunistas marchan de victoria en victoria; la estabilización del capitalismo llega a su fin y la revolución retumba por todas partes; la burguesía busca una salida en la guerra contra la URSS, sobre todo en Francia, el país más agresivo y más militarista del mundo [...].[60]

En este momento la crisis económica coincide con una profunda crisis del movimiento obrero, la contrarrevolución es amenazante por todas partes, se la ve extenderse en Alemania con paso seguro, y se puede predecir también, infaliblemente, que la táctica antisocialista de la Internacional Comunista le facilitará la victoria. Por haber propuesto, cuando aún era tiempo, el frente único de los partidos obreros contra el nazismo, Trotski —predicando en el desierto— se ganará el trato de hitleriano por *Pravda*. Esta táctica criminal tendrá por resultado el aplastamiento sin

60. Recordemos que, desde 1925, el PCA (Partido Comunista Alemán) había elegido al mariscal Hindenburg para la presidencia del Reich, manteniendo contra el socialdemócrata Müller la candidatura de Thaelmann. Los votos reunidos de los dos partidos obreros hubiesen dado el triunfo a la candidatura socialista.

combate del proletariado alemán: porque se ha dividido en este punto, y no es capaz de ninguna resistencia eficaz. Las tentativas de frente único de último momento no serán sino pobres gestos de locura.

La explicación de esta política por las necesidades de la agitación en el interior de la URSS es insuficiente. Es necesario también tener en cuenta un fenómeno psicológico muy complejo. La burocracia invita a la industrialización y a la colectivización, a las energías revolucionarias; y su propia evolución ideológica no se halla terminada. No está madura, en 1932, para la renuncia por completo de la doctrina bolchevique. Esta renuncia no será psicológicamente posible hasta dentro de algunos años, después de la victoria económica en el interior.

Bajo otro ángulo, la responsabilidad de la reacción estalinista en el desastre de la Europa Central pasa por alto las cuestiones de la táctica. Los marxistas explican la victoria de la Revolución de Octubre en Rusia por el hecho de que, en el momento decisivo, el grueso de las clases medias (los campesinos) sostiene al proletariado.

Ahora bien, en el momento en el que se inicia la crisis alemana, la desconsoladora experiencia de la colectivización forzada se halla en curso en la URSS, tanto más atentamente seguida en Alemania cuanto que el hambre y el terror llegan a las viejas colonias alemanas de Rusia, provocando ahí un movimiento de emigración en masa. ¿Puede esperarse que las clases medias alemanas se pronuncien en estas condiciones por el comunismo? En este sentido, la reacción estalinista completa la obra del Tratado de Versalles, la que pronto se verá obligado a defender.

XII
La segunda política exterior de Stalin (1934-1936)

El hundimiento de la Alemania obrera crea de golpe, en 1933, una nueva situación. La «línea de la Internacional Comunista» trazada por el Jefe ha sido siempre justa: cualquiera en Rusia o en otra parte que se permita dudar de ella es un traidor. Pero ¿qué va a hacer Hitler? Si persevera en el camino del Tratado de Rapallo, la reacción estalinista permanecerá lista a entenderse con él como con Musssolini, único jefe de estado extranjero que no ha sido jamás atacado personalmente por la prensa soviética.

En la expectativa, *Pravda* escribió, en 1933, que la clase obrera no distingue entre los estados fascistas y los estados pseudodemocráticos. Fue necesaria la hostilidad resuelta del III Reich, sus armamentos, sus tratados con Polonia y Japón, para que la burocracia se incline por una más justa apreciación de la importancia de la democracia —aun burguesa— para la clase obrera de Occidente. Sobre este punto, las ideas de Marx, Engels y Lenin no tienen curso dentro de ella. Y ¿cómo podrá, rechazando todas las libertades de los trabajadores, mostrarse sinceramente adherida a las libertades obreras en los otros países? Pero la URSS ha perdido su aliado natural: el proletariado alemán. ¿Qué hacer?

A los éxitos y a los excesos de la reacción en el interior corresponde, como era de esperar, a partir de 1934, una

política exterior que busca ante todo el acercamiento con ciertas grandes potencias capitalistas. La URSS obtiene, prodigando seguridades que no han sido publicadas, el reconocimiento *de iure* de los Estados Unidos de Norteamérica.

Se reanudan las relaciones diplomáticas con Bulgaria y Rumania. ¿En qué condiciones? Se cuelga demostrativamente a los comunistas en Bulgaria, mientras el primer ministro plenipotenciario del zar Boris es recibido en el Kremlin. Se arrestan alrededor de 3.000 comunistas y socialistas rumanos en la víspera de la llegada a Bucarest del primer ministro plenipotenciario de la URSS. «Nosotros no cederemos una pulgada de nuestro territorio», proclama Stalin, pero renuncia a la Besarabia, todavía indicada en todas las cartas soviéticas como un territorio arrancado por la fuerza a la República.

La URSS entra en la Sociedad de las Naciones en septiembre de 1934. El organismo ginebrino cesa de ser una liga de piratas imperialistas para la defensa del tratado de pillaje de Versalles (todas estas expresiones son de Lenin, y Stalin mismo las ha repetido más de una vez) y se convierte en la salvaguarda de la paz en el mundo. La generación de Lenin y de Trotski renunciaba a medir minuciosamente las intenciones de los diplomáticos entre el 25 de julio y el 4 de agosto de 1914 sobre la cuestión de los orígenes de la guerra.

Las dos coaliciones imperialistas igualmente interesadas en una nueva partición del mundo eran, a juicio de ellos, asimismo, culpables; pero la coalición victoriosa crea, por el Tratado de Versalles, una incómoda situación para la civilización, de lo más peligrosa. Se puede ver hoy día la justicia que encerraba la crítica revolucionaria con respecto a este tratado. No importa, será suficiente depurar las bibliotecas.

El Estado totalitario pone en marcha su máquina de fabricar ideas. Los Radek van a multiplicar las alusiones sobre la culpabilidad alemana. Una indicación a la prensa, y los

artículos, los sueltos, las crónicas y los cuplés dedicados a la Patria —ni más ni menos, y no proletarios— van a continuar creando todo un nuevo vocabulario. Las escuadrillas de aviones soviéticos aterrizan en Praga y en Bourget. Escuadrillas checas y francesas llegan a Moscú. Banquetes. El 2 de mayo de 1935, los señores Laval y Potemkin firman en París el acuerdo franco-soviético «de asistencia mutua en caso de agresión no provocada por parte de un Estado europeo». (Francia rechaza claramente intervenir en caso de agresión japonesa en Extremo Oriente). Un pacto análogo es firmado entre la URSS y Checoslovaquia.

En mayo, el señor Pierre Laval se dirige a Moscú y es recibido por Stalin. A la salida de la entrevista, un comunicado oficial asevera que «el señor Stalin comprende y aprueba plenamente la política de defensa nacional realizada por Francia para mantener las fuerzas armadas al nivel de su seguridad».[61] El señor Stalin desaprueba, por consiguiente, formalmente el antimilitarismo socialista y comunista.

Las dos tesis fundamentales de Lenin —«nada de defensa nacional en régimen capitalista» y «transformación de la guerra imperialista en guerra civil»—, el señor Stalin las sustituye por su comprensión y su aprobación sin reservas. Si la burguesía francesa es obligada a batirse para defender sus colonias (y tal es en el fondo el peligro real de la guerra), podrá contar con los ejércitos rojos. Por su parte, el señor

61. «El presidente del consejo, señor Laval, precisa que sobre la iniciativa misma del señor Stalin se ha incluido en el texto el párrafo concerniente a la política de defensa nacional del Gobierno francés». *(Le Petit Parisien,* 20 de junio de 1935). Dirigiéndose al señor Péri, que representa en la Comisión (de Asuntos Exteriores de la Cámara) al grupo comunista, el señor Laval declara: «¿Por qué, si he ido a la Rusia soviética a concluir un acto de paz, debo ser en Francia perpetuamente atacado y molestado en mi acción por aquellos que dicen ser aquí los intérpretes del pensamiento y de la doctrina soviéticos? Existe en ello una hipocresía...» *(Le Petit Journal,* del mismo día).

Pierre Laval, quien por lo menos tiene el mérito incontestable de no pretender ser socialista, leninista, ni jefe del proletariado mundial, y que no hace más que un buen negocio, comprende y aprueba sin duda alguna la progresión de los armamentos soviéticos proclamada desde lo alto de diversas tribunas por el mariscal Tujachevski. Efectivos en 1930: 600.000 hombres; en 1934: 940.000 hombres; en 1936: 1.500.000 hombres.[62]

El 22 de septiembre, un decreto restableció los grados en el ejército soviético.

Otro decreto creó cinco mariscales de la URSS. Otras resoluciones anuncian la creación de nuevas insignias de comando, galones de oro y de plata. Los mariscales llevarán en el cuello y sobre las mangas estrellas de oro de medio decímetro. Los comisarios de la Seguridad no serán menos galoneados que los nuevos generales. Queda por preguntar

62. Según el informe de Tujachevski al Congreso de los Soviets de 1935, el aumento de las fuerzas de la URSS en el curso del primer periodo quinquenal ha sido para el ejército del aire del 330%; para los tanques rápidos, del 2.475%; para los tanques ligeros, del 760%; para los tanques medianos, del 192%; para los submarinos, del 535%; para los guardacostas, del 1.100%; para los torpederos, del 470%; para las ametralladoras, varía entre el 250% y el 700%. Otras cifras no menos impresionantes han sido dadas al Congreso Extraordinario de los Soviets, de noviembre de 1936. El almirante Orlov hace saber que, en relación con las fuerzas existentes el 1 de enero de 1935, el aumento de la flota submarina es, a finales de 1936, del 715%. El subjefe de las fuerzas aéreas anuncia en la tribuna que la URSS dispone de 7.000 aviones, de los cuales 2.000 son de primera clase. «Alemania y Japón se esfuerzan por colocar en conjunto y en línea 18.000 aviones. Si esto se hiciese, nosotros seríamos capaces de colocar 100.000 aviadores. Dispondremos en algunos meses de varios centenares de aviones de una velocidad de 600 kilómetros por hora. Durante toda la Guerra Mundial, 17.500 toneladas de explosivos fueron arrojadas por la aviación enemiga sobre los territorios de Francia, Inglaterra y Rusia. Serán suficientes, hoy día, cinco vuelos de la flota soviética de bombardeo para transportar la misma cantidad de explosivos». (Sesión del 29 de noviembre).

qué títulos, qué galones hay que imaginar para aquel que los dispensa y que sus panegiristas llaman «el Gran Mariscal del Socialismo». Esperemos. Los poetas turkmenos lo comparan al Sol y él sonríe.

Solos, los autócratas pueden a su antojo decidir de la paz y de la guerra sin consultar a las asambleas. Sin que los órganos constitucionales del poder hayan deliberado, el señor Stalin declara una mañana que si Japón atenta contra la integridad territorial de la República mongólica, la URSS intervendrá. El señor Stalin dice esto al señor Roy Howard, periodista burgués de América, y los trabajadores soviéticos saben así, incidentalmente, que se dispone de su sangre. Con respecto a otras consideraciones, la conversación del señor Stalin con el señor Roy Howard merece ser conocida. He aquí los puntos principales:

> Señor Howard: ¿Vuestra declaración significa que la URSS renuncia en cierta medida a sus planes de revolución mundial?
> Señor Stalin: Nosotros jamás hemos perseguido semejantes planes.
> Señor Howard: Me parece, señor Stalin, que el mundo entero tuvo, durante mucho tiempo, una impresión completamente diferente.
> Señor Stalin: Fue una mala interpretación.
> Señor Howard: Una trágica mala interpretación.
> Señor Stalin: No, cómica, o más bien tragicómica.

La tragedia de la revolución mundial, ¿terminará, por consiguiente, para el señor Stalin como una farsa? El bolchevismo de los burócratas ahogados en las combinaciones, ¿iría hasta renegar del pasado del bolchevismo revolucionario?

La costumbre de mentir impunemente y la necesidad de mentir enormemente lleva así al Jefe del Partido Co-

munista de la URSS y de la Tercera Internacional a un embrollo. Nada es más tragicómico que sus propósitos. ¡Qué! La Tercera Internacional, partido de la revolución mundial, ¿no se fundó en Moscú? ¿El señor Stalin no tomó la palabra en sus congresos y en sus comisiones? ¿No ha intervenido —¡ay!— para dirigir la acción de los diversos partidos comunistas? ¿No se ha impreso extensamente su libro *Las proposiciones del leninismo,* traducido a todos los idiomas europeos? ¿Malas interpretaciones tragicómicas; la revolución finlandesa, sostenida por las tropas rusas en 1918, las revoluciones soviéticas de Baviera y de Hungría? ¿Las insurrecciones comunistas de Alemania, la marcha del Ejército Rojo sobre Varsovia, en 1920, y la formación en la retaguardia de este ejército de un Comité Revolucionario de Polonia con Marchlevski y Dzerjinski? ¿La ayuda prestada por los rusos «en dinero, artillería, armas y consejos» a Kemal Pachá? ¿El papel del Ejército Rojo en la sovietización de Georgia? ¿La movilización del Partido ruso, en 1923, para secundar la revolución alemana, que se creía lista? ¿El papel de la Internacional Comunista en las tentativas revolucionarias en Bulgaria (1923-1924)? ¿El papel glorioso de los comunistas rusos en la revolución china de 1927? ¿El papel de un Blücher, hoy día mariscal de la URSS, en la marcha victoriosa del ejército del Kuomintang de Cantón sobre Shanghai? ¿El papel de los rusos en la organización de los territorios soviéticos de China en 1928 hasta 1935?[63] ¿El papel de los rusos en la fundación de las repúblicas de Tana-Tuva y de Mongolia, que son, en realidad, protectorados soviéticos?

63. Este papel, como el de los burócratas estalinistas en toda la Revolución China, no ha sido siempre glorioso. Se ha publicado en la URSS que la Guepeú de los Soviets de China había liquidado varias conjuras trotskistas. Los revolucionarios han sido masacrados —por orden— en las montañas del Hu-Nan.

¿No hubiese sido mucho más honesto y mucho menos necio, por parte del señor Stalin, decir simplemente: nosotros hemos hecho no hace mucho una política de solidaridad y de expansión revolucionaria y renunciamos a ella por ahora? En este momento y sin duda por esta razón, termina la epopeya de los últimos combates de la retaguardia de la revolución. Una nueva maniobra se ejecuta en China en 1934-1935 y es el abandono de la China Oriental, poblada y relativamente industrial, por los pequeños ejércitos soviéticos situados bajo el comando de un revolucionario de un temple y de un valor raros, Mao Zedong. Se retira del Hu-Han penosamente hacia Chen-Du y más al norte, a las regiones puramente agrícolas del centro. Tienden a aproximarse a las fronteras de Mongolia. Abandonan las poblaciones que se les han confiado y, renunciando a volver a encender en la China artesana e industrial un verdadero foco de revolución, ganan las llanuras de Asia Central. Cortan las comunicaciones entre Nankín y el Turkestán chino, donde se infiltra la influencia soviética. El espectro del bolcheviquismo se desvía de los fértiles valles de la vieja China, dejando el campo libre a los competidores imperialistas. No podía ser cuestión de mantener soviets en China, buscando al mismo tiempo la amistad de las grandes potencias colonizadoras.

La política de la Tercera Internacional sufre una evolución paralela. Y ¿cómo podría ser de otra manera? Al igual que el gobierno de la URSS, el Comité Ejecutivo de la Internacional recibe sus directivas del Buró Político del Partido Comunista ruso, es decir, del secretario general de este buró. La Internacional no se había reunido en congreso desde hacía siete años; he aquí que un congreso mundial es repentinamente convocado en Moscú en 1935. Dimitrov, investido por Stalin, hace en él, a los socialistas de todos los países, solemnes proposiciones de frente único. No es cuestión de «dirigir a los obreros socialistas contra sus jefes traidores» y de

denunciar al socialfascismo. La Internacional Comunista cambia de casaca y tiende a los que ha insultado ayer una mano fraternal. Para combatir la guerra y el fascismo, porque no se trata de combatir al capitalismo generador de guerras, ni de preparar la revolución proletaria, la Internacional Comunista se muestra atenta a todas las concesiones, con tal de que la cuestión de los socialistas rusos no sea planteada, con tal de que no se le pida abrir las puertas de las prisiones.

Son necesarios un gran cinismo y un gran menosprecio por la naturaleza humana para hacer esas ofertas de colaboración al socialismo internacional, pretendiendo conservar en las prisiones soviéticas a *todos* los socialistas rusos. Pero la burocracia no puede todavía hacer ninguna concesión, por poco real que sea, a la democracia obrera. La seriedad de las ofertas de Dimitrov se atestigua en Francia por el cambio de actitud de los dirigentes estalinistas de la Confederación General de Trabajadores Unitaria (CGTU), la que, después de haber resistido durante años la unidad, acepta bruscamente todas las condiciones de Jouhaux. La fusión de las dos CGT francesas reduce por rechazo a la nada a la Internacional de los Sindicatos Rojos, de la cual la CGTU era la única organización existente fuera de los sindicatos soviéticos estatizados. Los estalinistas comienzan, con la limpieza que le ha dado ya entre los intelectuales resultados sorprendentes, la conquista sistemática de la CGT unificada.[64]

64. La misma táctica produjo, además, resultados simplemente chistosos. Hallamos en el número de agosto de 1936 de *Stato Operaio,* órgano oficial del Partido Comunista Italiano, un llamamiento a la reconciliación de los italianos, del cual destacamos estas líneas notables: «¡Pueblo italiano! ¡Fascistas de la vieja guardia! ¡Jóvenes fascistas! Nosotros, comunistas, hacemos nuestro el programa fascista de 1919, que es un programa de paz, de libertad, de defensa de los intereses de los trabajadores, y les decimos: "¡luchemos todos unidos para realizar este programa!"».

El Partido Comunista Francés cambia de fisonomía, de táctica, de lenguaje, de ideología, sin esfuerzo aparente, sin cambio de personal, como un partido admirablemente bien dirigido, en el cual los que manejan los hilos pueden obtener todo fácilmente. Se une a la defensa nacional con los socialistas y los radicales, contra los cuales usaba no hace mucho tiempo la táctica «clase contra clase», se sitúa a la derecha de los socialistas, no evoca más la dictadura del proletariado, admira a Juana de Arco, pretende llevar al poder al señor Daladier, a quien trataba de asesino el 6 de febrero de 1934, defiende el Tratado de Versalles, adora hoy todo lo que quemaba ayer. Y, ante la amenaza de las ligas fascistas, los socialistas aceptan su alianza sin inquietarles seriamente la suerte de sus hermanos de Rusia. Se tiene la impresión de que, estando sellada la alianza franco-rusa, la Tercera Internacional, previendo la guerra, se esfuerza en cimentar por adelantado la Unión Sagrada. Dimitrov y Thorez desarrollan con aplicación su juego en la «política de paz» de Stalin. ¿Adónde lleva esta política de paz, si la llamamos así? La burocracia estalinista desea sinceramente la paz en la medida en que tiene miedo a la guerra. Sabe que no le estará permitido batirse antes de mucho tiempo y por varias razones serias:

1. El estado precario de los transportes (deterioro de los ferrocarriles, sin existencia de camiones, una red de caminos por debajo de toda crítica, escaso parque de automóviles, a pesar del inmenso esfuerzo cumplido —con éxito— para la creación de la industria automovilística);

2. La indigencia de las masas y el conflicto latente en su interior, sobre todo entre los campesinos y el poder;

3. El descontento de las nacionalidades, en el seno de las cuales es necesario reprimir sin cesar las tendencias nacionalistas demasiado fuertes, capaces de ir rápidamente hacia el separatismo.

¿Debo subrayar, una vez más, que estos peligros se los ha creado la reacción misma? El deterioro de los transportes resulta de la ejecución anárquica de los planes quinquenales; el conflicto con las masas, del régimen que todos sabemos. Si el problema de las nacionalidades era en sí complejo, la colectivización forzosa y la dictadura de los secretariados le dan la gravedad presente.

El Ejército Rojo deja en todo observador una impresión de juventud, de solidez, de virilidad. Rearmado de nuevo en los últimos seis o siete años por un gobierno que no pone miramiento de ningún control sobre los gastos, beneficiándose todavía de la adquisición moral de Octubre, objeto de una constante selección de hombres y de un trabajo de educación totalitario más intenso que en ninguna otra parte, hará verdaderamente maravillas en las batallas más vastas y más científicamente conducidas. Los jóvenes que lo componen no han hecho la guerra. Desde la infancia se les prepara para ello, no sin premunirlos contra el «pacifismo desmoralizante», «la sentimentalidad pequeñoburguesa», «el intelectualismo debilitante» y otros males de este orden. Las hazañas de esta generación darán, sin duda, que reflexionar al mundo y costarán caro al enemigo. ¿Podrán ser decisivas? Devorado en pocos meses este millón de hombres, el éxito de los acontecimientos dependerá para la URSS de la situación económica en el interior, del estado de espíritu de las masas y del proletariado internacional. Sabiéndolo, el régimen se empeña en diferir los conflictos que tiene por probables. ¿Sabrá mañana o pasado mañana dominar circunstancias que contribuye mientras tanto a crear? ¿Lo deseará cuando se sienta bastante fuerte?[65] ¿Qué psicosis de cercamiento va a crear su política en

65. En perspectiva, dentro de un cierto número de años, existe otro problema por considerar. Conociendo la mentalidad de los dirigentes del régimen actual, nos podemos preguntar si sabrán, cuando se

Alemania? ¿Qué empuje imprimirá a los ejércitos de los estados capitalistas, dando al país un aspecto de campo atrincherado, rodeado de tanques, aviones, artillerías motorizadas, invenciones nuevas?

Su política de seguridad es estrictamente la de la burocracia dirigente. La seguridad de la primera República de trabajadores exigirá otras medidas y reposará sobre otra gente. En otros tiempos, el Ejército Rojo (del cual Sokólnikov decía un día delante de mí a los camaradas franceses, durante un desfile bajo los muros del Kremlin: «¡Mire usted, el Ejército de la Tercera Internacional!») supo vencer sin mariscales. Conducido por comisarios obreros rústicamente vestidos de cuero negro y a quienes la oferta de galones les hubiese parecido más ridícula que afrentosa. Venció gracias al carácter profundamente revolucionario de una política en la que la honestidad, en ruptura con todas las intrigas diplomáticas, respondía en realidad a las aspiraciones conscientes o no de las masas del universo entero.

Un gobierno de obreros tendría quizá hoy día una excelente ocasión de aplicar, para terminar con el militarismo y las reacciones psicológicas que él determina de un país a otro, el antiguo programa socialista de la nación armada.

Pero para armar a la nación sería necesario ser la emanación de ella misma, no temerla. Pasando del internacionalismo militante al socialismo nacional, rechazando toda libertad a los trabajadores, manteniéndose contra ellos por

sientan listos, resistir la tentación de hacer la guerra. Una casta de advenedizos empíricos y duros parece tener todas las cualidades requeridas para entrar en el juego imperialista. Pero de aquí a ese tiempo intervendrán otros factores, si no para anular, por lo menos para contrarrestar su influencia: el sueño del proletariado de Occidente es hoy día un hecho; el sueño del proletariado ruso no es sino una cuestión de tiempo. Llegado el momento, será de la clase obrera de la URSS de la que dependerá el imponer la paz o hacer la guerra revolucionaria.

métodos policiales y de terror, el régimen burocrático se da cuenta de que no se puede contar con el apoyo sin reserva de los elementos avanzados del proletariado internacional y, por consiguiente, de las masas laboriosas influidas por estos elementos. Encuentra más seguro entenderse con la burguesía de ciertos países. Todo se encadena. En política exterior, como en política interior, la incompatibilidad de ambas concepciones es absoluta. Es necesario renegar de todo socialismo proletario para mantener la dictadura de los advenedizos.

***

Situaciones falsas y peligrosas resultan con frecuencia. Cuando, en julio de 1936, estalla la Guerra Civil en España, el gobierno estalinista se une, desde luego, al acuerdo de no intervención y lo observa escrupulosamente, contrariamente a Alemania e Italia, que envían aviones y municiones a los rebeldes. La URSS no desea una revolución española, porque teme las complicaciones europeas y, en casa propia, las consecuencias del despertar del espíritu revolucionario en el mundo. Esta última razón es quizá la del *proceso Zinoviev-Kamenev-Smirnov* y la de las vastas operaciones policiales iniciadas contra los viejos bolcheviques más fieles a la burocracia. Pero la intervención técnica de las potencias fascistas amenaza con asegurar la victoria del general Franco; esto representaría la ruptura del equilibrio mediterráneo y el acercamiento de Francia, única aliada de hecho de la URSS. La política de no intervención que se tradujo por conferencias en Plymouth mientras los italianos ocupan las Baleares y los trimotores Caproni y Junkers van a dar Madrid a los generales facciosos resulta un triste engaño. El embajador de los Soviets en Gran Bretaña, Mayski, declara simplemente al Comité de No Intervención que la URSS se comportará en lo sucesivo exactamente como algunas potencias firmantes del acuerdo. De esta manera, los Caproni encontrarán en los aires de Castilla a los trimotores soviéticos; los carros de asalto italianos chocarán con los carros de asalto salidos de las fábricas de Sormovo. A principios de noviembre, la reparación de la situación en Madrid se ha conseguido, la España republicana parece salvada. Como consecuencia de ello, Stalin, que acaba de mandar a fusilar a sus antiguos camaradas del Buró Político de Lenin, adquiere en Rusia y en los medios obreros del mundo una nueva popularidad. Se le perdonan ejecuciones si se convierte en el salvador de la clase obrera de España. Se comprende que su inacción le hubiese llevado al más profundo descrédito.

Pero no se trata, para él, de sostener una revolución obrera; se trata, según su criterio, de mantener un cierto equilibrio de las potencias y de bordear con las masas, a las que es necesario mentir. Y el Partido Comunista de España declara, obedeciendo las instrucciones que recibe, que su solo objetivo es «la defensa del orden republicano en el respeto de la propiedad». Su portavoz en Madrid, señor Hernández, agrega (en agosto) que, si los anarquistas no comparten el mismo criterio, habrá que meterlos en razón. Se desee o no, por una reacción defensiva inevitable, se cumple una revolución en la península. Ha sido necesario confiscar los bienes de los facciosos y confiar la explotación de las industrias expropiadas a los sindicatos. Mañana, la necesidad de reconstruir sobre las ruinas impondrá la economía dirigida y el racionamiento, mientras que los sacrificios y las hazañas, el armamento y la situación de hecho darán la preponderancia política a las organizaciones obreras. Los comunistas estalinistas son los únicos, en la Generalitat de Cataluña, que desean el regreso puro y simple al estado social anterior a la Guerra Civil, mientras que los radicales mismos de la izquierda catalana (la Esquerra) se declaran dispuestos a ir, en la vía de las reformas sociales, «tan

lejos como sea necesario». Se ve a la burocracia buscar asegurarse su influencia sobre el movimiento obrero de España y lo hace abiertamente. Un partido de comunistas opositores, hostiles a fondo al sistema burocrático, existe en España, más influyente allí que el partido estalinista. Éste es el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), fundado por un viejo opositor de la Tercera Internacional, Maurín,[66] y por un antiguo amigo de Trotski, Andreu Nin, que durante diez años desempeñó en Moscú las funciones de secretario de la Internacional de los Sindicatos Rojos. Entre octubre y noviembre, la embajada de los Soviets en Madrid y el PCE, obrando conjuntamente, obtienen la evicción del POUM de la Junta de Defensa de Madrid y la prohibición del periódico de este partido —es éste el primer atentado contra la libertad de opinión en el seno del frente antifascista—, mientras que una banda saquea impunemente el local de los jóvenes del POUM. En Barcelona, el consulado de la URSS va hasta denunciar, en una nota a la prensa, a los comunistas opositores como «agentes pagados por el fascismo internacional». La hoja estalinista *Treball* precisa: «agentes de Franco-Hitler-Mussolini». Y saca argumentos del proceso de Moscú. Se ve a la burocracia estalinista intervenir en España para preparar allí la represión de las tendencias revolucionarias que la combaten y sacar ventaja de la ayuda que ella presta a la República para asegurar su propia hegemonía política.

66. Maurín ha sido fusilado por los rebeldes.

Conclusión

Ningún problema ha sido resuelto

¿Ofrece este régimen garantías de estabilidad?

La importancia que en él tiene la represión demuestra lo contrario, a pesar de la solidez del armazón. El problema agrario no ha sido resuelto. Se ve formarse en los koljoses mismos toda una categoría de colonos en vías de enriquecimiento, quienes, tarde o temprano, figurarán de kulaks sobre una nueva base y en quienes el espíritu de propiedad se manifestará inevitablemente. Para ser viable, la colectivización debería ser aceptada en conformidad con los intereses y la mentalidad de los campesinos.

El problema obrero no se ha resuelto. De una manera u otra, antes de pocos años, la nueva clase obrera en formación empeñará la lucha. Tampoco se ha solucionado el problema de las nacionalidades. Mientras que éstas no hayan obtenido en el seno de la Unión un estatuto más libre, que sólo una democracia soviética podría ofrecerles, alimentarán aspiraciones separatistas.

No se ha solucionado el problema económico. No se podrá vivir indefinidamente sobre el sistema del rublo papel, cuyo empleo esencial es el de frustrar a los trabajadores una parte de su salario real y que, por otra parte, no

ofrece a la contabilidad del Estado sino un instrumento completamente defectuoso. La dificultad del intercambio entre la ciudad y el campo, la penuria de las mercaderías, el débil consumo por cabeza de habitante, la crisis de los alojamientos, la crisis de los transportes, la falta de caminos, la enorme desproporción entre las industrias de guerra y las otras, exigen soluciones que no encontrarán sin crisis. El problema espiritual no está resuelto por la dirección totalitaria de todas las actividades intelectuales y morales; esto significa, a la larga, que la esterilidad y la asfixia se harán sentir debilitando todo el organismo social. El problema político, lejos de resolverse, no puede sino presentarse en términos cada vez más inquietantes. La selección de los nuevos dirigentes se realiza por métodos que llevan inevitablemente al poder a los arribistas serviles y desprovistos de escrúpulos. Las instituciones carecen de flexibilidad. Ninguna evolución les es posible. Hasta la presente, el espíritu político de algunos viejos burócratas, marxistas por su formación anterior, les ha permitido suplir los defectos del mecanismo. Hemos visto que esto no ha sido sin imponer al país enormes gastos generales y sufrimientos inconmensurables. Pero no existe equipo de repuesto que ofrezca las garantías socialistas de la vieja generación bolchevique. ¿Quiénes serán mañana los amos de este aparato despótico?

El problema de las oposiciones no ha sido resuelto. Que estén todos en prisión y que mueran detrás de las rejas no resuelve nada. La sociedad soviética, lejos de convertirse en masa homogénea, se diferencia cada vez más, año tras año. Tiene, pues, varias ideologías. La democracia soviética podría contar con las masas para hacer prevalecer su tendencia socialista. La represión, formando el vacío en los espíritus e impidiendo la formación de un sentimiento revolucionario innovador, corre el peligro de dejar un día a la masa desarmada en presencia de corrientes reaccionarias.

SE HA IMPLANTADO UN NUEVO RÉGIMEN DE EXPLOTACIÓN

La dictadura del proletariado ha cedido su lugar a la de la burocracia sobre el proletariado y la sociedad. La explotación del trabajo es restaurada en provecho de nuevos privilegios.[67] Por intermedio del Estado totalitario, el obrero soviético es a veces explotado por el capitalismo extranjero. Cuando entre 1931 y 1932, en el momento más fuerte de la crisis mundial, la URSS exportaba maderas, petróleo, frutas, víveres por debajo del precio de fabricación, mientras que el hambre se instalaba de forma permanente en los hogares de los arquitectos del Plan Quinquenal, ¿no es evidente que, por el juego de los precios sobre el mercado internacional, el capitalismo hacía pagar a los obreros rusos el costo de la crisis? Se podría buscar qué parte de plusvalía era extraída a los salarios de los trabajadores soviéticos y consumida por la burocracia, y cuál otra ingresaba bajo formas diferentes al capital extranjero.

La explicación económica del desarme de los viejos odios entre el estalinismo y la burguesía de diversas grandes potencias no es necesario buscarla. «Nosotros iremos hacia la desaparición del Estado por el refuerzo del Estado», declaran, en 1934, Stalin y su asesor, Steshki. Esta imprudente fórmula, diametralmente opuesta al programa de la Revolución de Octubre, responde mejor a las necesidades de una clase de nuevos explotadores. No obstante, la usurpación del poder por esta clase «no ha sido posible y no será duradera sino porque el contenido social de la dictadura burocrática está relacionado por las relaciones de producción establecidas por la revolución proletaria» (L. Trotski). La

67. No puedo sino remitir al lector deseoso de profundizar en estas cuestiones al excelente estudio de Lucien Laurat *La economía soviética*, aparecido en 1931 (Ed. Valois), en el cual las principales vistas de conjunto no han recibido después sino las más fuertes confirmaciones.

burocracia no puede todavía buscar su bienestar sino en el mantenimiento de la propiedad colectiva y de la economía dirigida; en este sentido, continúa dentro de una cierta medida la obra socialista por métodos, en verdad, netamente antisocialistas. Tomados unas veces del arsenal del capitalismo, otras de las rutinas precapitalistas de la vieja Rusia, estos métodos caen por su propio peso, a veces, como lluvia de sangre, sobre los trabajadores.

Una lógica inexorable hace fluir de la usurpación el terror contra las masas y las faltas económicas más graves que, en su momento, causan el pánico, suscitan el peligro y crean entre los dirigentes funestas psicosis.

La industrialización realiza una hazaña colosal, debida no tanto al Estado totalitario cuanto a la pujanza del potencial revolucionario. ¿Si la burocracia ha podido, casi impunemente, tratar a los trabajadores como lo ha hecho, es porque les juraba todos los días emplear su sudor y su sangre en la edificación del socialismo? ¿En qué medida ha trabajado por el socialismo? ¿En qué medida ha trabajado por el descrédito y la ruina del socialismo, acumulando errores y crímenes? El porvenir lo dirá y éste no depende únicamente de ella. Si nos parece justo reconocer algunos méritos a la obra de los burócratas rusos, es a la manera en que Marx reconocía en el *Manifiesto comunista* el papel revolucionario y creador de la burguesía.

UNA DEMOCRACIA SOVIÉTICA LO HUBIESE HECHO MEJOR

Pero ya sobre un punto teórico un juicio severo se nos impone. Todo lo que, bajo la dictadura de los advenedizos, ha sido hecho en la URSS hubiese sido mejor hecho por una democracia soviética (el reverso de la dictadura contra los factores de restauración capitalista).

El Estado, auténticamente obrero y campesino, hubiese realizado la economía de los gastos de mantenimiento de la clase privilegiada. Igualitario en sus aspiraciones, cuidadoso en asegurar a todos los trabajadores un mínimo de bienestar, no hubiese estado obligado a imponer un exceso de trabajo, la hambruna y, desde luego, el terror. Su política hubiese sido fácilmente más firme, más perspicaz y más humana; los intereses especiales de camarillas dirigentes no habrían podido ni falsearla ni desviarla.

Desde 1924 y 1925, era imposible pedir la formación de una burguesía rural sin salir de los cuadros de la NEP, sin llegar, por consecuencia, por esta vía, a esa guerra contra el campesinado que fue la colectivización forzosa. Comenzada en un mejor momento, la industrialización hubiese mejorado las relaciones entre las ciudades y el campo; Rusia no hubiese conocido la hambruna de los años 1932 y 1934 y los peligros que trajo consigo. No hubiese estado, por consiguiente, obligada a consagrar la mayor parte de sus últimas fuerzas a los armamentos, convertidos en una fuente de peligros, por la ansiedad que crean en los adversarios eventuales. No faltaron útiles advertencias a los gobernantes. Desde 1932, Trotski preconizaba un plan de industrialización para detener el conflicto entre el Estado Socialista y los campos.

Sokólnikov, Piátakov y Preobrajenski repitieron continuamente estas ideas, antes de que se convirtieran en el programa de la oposición. La burocracia misma, sin gran pesar, habría podido tener una política menos desastrosa si hubiera dado prueba de más cultura general y de espíritu socialista. Su manía por los métodos administrativos y militares, unida a la inclinación al pánico en los momentos críticos, disminuyó los medios reales. En los regímenes despóticos muchas cosas dependen del tirano.

La industrialización, realizada en una República de trabajadores libres, gozando —aun pobres— de un bienestar

real, hubiese cambiado en gran medida la faz del mundo. ¿Cuál no hubiese sido el resplandor de la URSS, realmente soviética, realmente socialista, en la que la condición humana se revelara superior a la de los viejos países más ricos y mejor abastecidos? En varios países de Europa la ascensión del fascismo, arrastrando a una parte de las clases medias, ¿hubiese sido posible ante ese ejemplo?

EL PASADO DE RUSIA PESA FUERTEMENTE SOBRE EL PRESENTE DE LA URSS

Grande es, en este fracaso de la revolución socialista, la influencia de la vieja Rusia.

Los factores engendrados por su formación histórica continúan obrando con una potencia sorprendente. En las costumbres políticas, sobre todo, la continuación es terrible.

Críticos malévolos o ignorantes atribuyen, a veces, al socialismo que tratan de combatir, lo que corresponde en realidad al pasado, a la Rusia de los aares Aleksis Mijáilovich, *el Silencioso,* Iván Vassílievich, *el Peligroso,* Pedro *el Grande,* que fue también en realidad *el Insensato, el Cruel, el Trapacero, el Bárbaro,* Nicolás I, *el Policíaco.*

El historiador Kliuchevski ha consagrado un estudio a los testimonios de los extranjeros sobre la Moscovia del siglo XVI. Encontramos en cada página la realidad presente. Ausencia de nociones jurídicas, condición miserable del pueblo, astucia de los grandes, desconfianza hacia los extranjeros, deseo de un imperio cerrado, tendencia al aislamiento debido a la conciencia de inferioridad de Rusia con respecto a sus vecinos occidentales.

Se encuentran hasta las tentativas económicas: desde el siglo XVI, los zares establecen, con el concurso de especialistas extranjeros, culturas modelos, importan las maquinarias y los aparatos, recogen en sus innovaciones fracasos sobre fracasos, no sin hacer torturar y ejecutar a los que se encuentran bajo sus órdenes y a los que culpan de responsables. Establecen el monopolio del comercio de pieles, del pescado del Volga y de las ricas telas. Pescadores y cazadores deben su producción a las factorías del monarca.

Las autoridades locales viven de exacciones. Oscuras intrigas entregan el poder de una categoría de grandes a la otra; los despojados, enviados al exilio con sus familias, en las mismas condiciones que hoy día.

Asambleas de notables sancionan por la forma estos cambios; procesos inicuos organizados contra los vencidos, en la sombra de las cancillerías secretas y de los cuartos de torturas, terminan en horribles ejecuciones.

Sobre el plan de la represión, la continuación histórica converge hacia las más monstruosas resurrecciones. Los procedimientos arbitrarios y misteriosos que una denuncia bastaba para desencadenar se repiten en nuestros días. Las mismas prisiones cumplen los mismos cometidos. Monasterios como los de Suzdal y de Solovieshki, donde se enviaban a los heréticos, se han convertido en los *aisladores* para los heréticos socialistas. Ciudades perdidas en las nieves del norte, donde durante siglos los zares deportaban a sus servidores en desgracia, se pueblan todavía de deportados políticos. Como en otro tiempo, la familia entera del proscrito también se castiga con él, porque jamás en la sociedad rusa se impuso el respeto al individuo. Como otras veces, el poder, cuando se entrega a proscripciones feroces, impone a sus partidarios voluntarios e involuntarios el vínculo de una complicidad escandalosa. Pedro I exige que sus boyardos participen —con sus manos— en las ejecuciones que preside personalmente en la Plaza Roja. Stalin hace reclamar para todos los ciudadanos la pena de muerte; para aquellos de los que necesita

desembarazarse. Desgraciado quien en los dos casos rechace el doblegarse. Las garantías de justicia no han existido jamás ni han existido para nadie. Como bajo Aleksis Mijáilovich (1645-1676) y bajo Nicolás I, es un crimen el desear realizar un viaje al extranjero y se considera sospechoso mantener correspondencia con Londres o París.

Nicolás I adoptó, para toda Rusia, modelos de iglesias. Desde la compaginación de los periódicos hasta la construcción de clubes obreros, pasando por la de las prisiones, todo se hace actualmente sobre los modelos estándar del Gobierno central.

Cuanto más temido era un zar por su policía, su potencia, su fiscalización implacable, su espíritu perverso, más alabanzas de los cortesanos lo rodeaban de un concierto servil: «Nuestro padre, el bien amado, el libertador, el grande, el ungido de Dios». Ha sido necesario que Stalin hiciera fusilar a los más viejos compañeros de Lenin para que la prensa oficial lo calificara como «Nuestro Sol».

¡Qué atroces detalles hay en estos anales. No tienen semejantes! Hacia 1860, el más notable de los pensadores rusos, el guía espiritual indiscutible de la nueva generación, Chernichevski, fue misteriosamente arrojado a la fortaleza de Pedro y Pablo, juzgado por una comisión secreta, sobre documentos falsos, condenado a trabajos forzados, enviado a la cárcel, enviado a la picota. Estuvo 20 años en Siberia, obligado a quemar lo que escribía.

Kamenev, deportado también, escribió una biografía de Chernichevski, antes de que le llegara el turno de desaparecer en la cárcel, de ver confiscados todos sus manuscritos, de ser tres veces juzgado por tribunales secretos y complacientes, sobre documentos falsos que se estudiarán más tarde, y fusilado para terminar.

Chernichevski fue acusado de complicidad con el exiliado León Trotski.

¡A 76 años de distancia, el destino del biógrafo sobrepasa en tragedia al de su personaje! Los dos sucumben por el pensamiento socialista.

Nuevos trastornos son inevitables

Para transformar mejor la sociedad rusa, doblegada bajo el peso hereditario de la historia, hubiesen sido necesarios mejores obreros; una clase laboriosa más esclarecida y numéricamente más fuerte. Los marxistas rusos, aceptando todas las responsabilidades para agotar las posibilidades revolucionarias, lo veían bien. Lenin escribía, en el momento de dejar Zúrich para ir a Rusia, en marzo de 1917:

> El gran honor de comenzar las revoluciones que surgen necesariamente de la guerra cae en Rusia, en donde el proletariado está menos organizado y es menos consciente, menos preparado que los de los otros países. Rusia es uno de los países más atrasados de Europa. Pero la revolución burguesa puede tener en ella una enorme amplitud, convertirse en el prólogo de la revolución socialista mundial, un pequeño avance hacia ella. El socialismo no puede vencer inmediatamente y directamente en Rusia. Pero la masa campesina puede empujar la revolución agraria inevitable y madurarla hasta la confiscación de los vastos dominios privados. Esta revolución no sería todavía socialista, pero daría un impulso formidable al movimiento socialista internacional.

La obra titánica llevada a cabo entre los años 1917, 1923 y 1927 —entre el desmoronamiento del antiguo régimen y el

afianzamiento de la reacción termidoriana— prueba poderosamente la capacidad revolucionaria de los trabajadores y la vitalidad del socialismo.

Hoy día la continuación de esta obra dependerá de nuevas luchas, inevitables y aun inminentes. La historia colocará mañana en evidencia, primero, a la clase privilegiada reunida alrededor de la burocracia; segundo, a los campesinos; tercero, a una clase obrera nueva en vías de formación.

Millones de campesinos han entrado en la industria en el curso de los diez últimos años, debilitando la conciencia de clase de un proletariado agotado por las luchas precedentes. Las grandes fábricas los transforman en obreros. Una nueva generación ha venido a llenar los vacíos.

Mañana, esta clase obrera emprenderá necesariamente la lucha, en busca de mejores condiciones de existencia materiales y morales. Comenzará, sin duda alguna, por las reivindicaciones más elementales. Provocará, en todo caso, una evolución penosa, en espera de llevar a cabo de nuevo, muy probablemente, una revolución.

Desde hoy se puede discernir el sentido en que ella deberá orientarse. Trotski subraya en *La Revolución traicionada* que no deberá ser —de acuerdo con el estado actual de las cosas— sino una revolución política: reconquistar el poder. No deberá tocar el régimen de la propiedad. Exigirá una repartición más socialista de los ingresos nacionales: reedificación de los salarios y restricción de los privilegios, primer paso hacia su abolición; la libertad de opinión, desde luego, la legalización de los partidos soviéticos; la separación de los partidos y el Estado; libertad de expresión, de prensa,[68] de reunión, de asociación, de manifestación; garantías de libertad individual por lo menos iguales a las que la sociedad capitalista acuerda a sus miembros en los países más civilizados; desde luego, la supresión del incalificable régimen de pasaportes interiores, la destrucción del aparato policial (Guepeú, Seguridad General) dotada de poderes discrecionales, sanciones administrativas; pase del ejército permanente a la nación armada y, por consiguiente, la democratización del ejército por la supresión de grados y condecoraciones; establecimiento de la legalidad, la imparcialidad de los tribunales, el restablecimiento de los derechos de defensa.

68. ¿Qué forma podría, por ejemplo, revestir la libertad de una prensa nacionalizada? Lenin proponía, en 1917, reconocer a todo grupo representante de un cierto número de obreros (10.000), el derecho a editar un periódico.

Es necesario volver a la tradición del socialismo de afirmar la vida humana, aboliendo la pena de muerte. Todo esto sobreentiende el restablecimiento del régimen de los soviets, es decir, de una verdadera democracia, en la cual, cualesquiera que puedan ser sus instituciones representativas y legislativas, las asambleas de trabajadores tendrán el derecho a la palabra sobre todas las cosas.

La burocracia estalinista no parece ni susceptible de evolucionar en este sentido, ni capaz de abdicar. Muy consciente, por el contrario, de la amenaza obrera, está resuelta a defenderse sin tener en cuenta los medios. Todo esto indica que la clase obrera rusa tendrá que sostener una porfiada y sangrienta lucha, comenzada por la resistencia sin fin de los prisioneros políticos. Sangrienta ya lo es. Por lo tanto, la evolución no es posible. La violencia de las masas deberá, tarde o temprano, imponer la solución.

El despertar de la clase obrera rusa no se concibe sino en relación con el de la clase obrera de Occidente. Y, como para que los otros países beligerantes de 1914 y 1918, el momento de volver a la normalidad se puede situar alrededor de los años 1938 a 1940, momento en el que ya han pasado los malos años. Es entonces, cuando las masas de la URSS empiezan a recuperar sus fuerzas fisiológicas. Llegarán a la madurez un poco más tarde que el proletariado de Oc-

cidente, porque la guerra civil prolongó sus desgracias hasta 1920.

Si la potencia de la burocracia parece formidable, es cierto que chocará un día contra otra potencia obrera incalculable que tendrá la necesidad económica, las aspiraciones de las masas, la tradición sin cesar invocada de Octubre. Una huelga general espontánea fracasada en 1905 abate la autocracia. Nos parece que la clase obrera de la URSS no tendrá, al principio, por lo menos, de las luchas de mañana, arma más eficaz que la huelga general. Y, si el Estado totalitario concentra en sus manos todos los poderes, se percibirá quizá entonces que, dirigiendo contra estos privilegiados la unanimidad de los trabajadores, fomenta su propia ruina.

Una restauración capitalista tampoco es probable

Lo esencial, hoy día, es que la guerra no interrumpa la reconstrucción del proletariado soviético y la recuperación de las fuerzas del proletariado occidental. La burocracia puede, en verdad, arrojar a la URSS a alguna funesta aventura al cabo de la cual (y ella lo sabe, lo que no representa una garantía de paz) encontrará inevitablemente la ruina, pero dentro de un caos tal, que una contrarrevolución, campesina en principio —que restablecería en sus derechos a la pequeña propiedad rural— se convertiría en muy posible.

La socialización de los medios de producción responde tanto a las necesidades de la colectividad, que una restauración capitalista no parece previsible. El Termidor soviético se ha llevado a cabo sobre el plan de la propiedad colectiva.

Trotski estima que la burocracia sería obligada, si su dominación se prolongara sin encontrar resistencia, a modificar en su provecho el régimen de la propiedad.

Otra hipótesis, todavía más inquietante, me parece más plausible: los dirigentes del régimen buscarían apoyo en la burguesía extranjera, se entenderían con ella para la explotación del trabajo en cualquier forma común. La burocracia, pagando así tributo al capitalismo internacional, aseguraría preciosas alianzas, la paz o las probabilidades de victoria en la guerra; la propiedad colectiva de los medios de producción se mantendrá y la explotación capitalista —indirecta— sería restaurada, además de la explotación por el Estado.

Quedan la economía socializada, el plan y la adquisición psicológica

¿Qué queda de las conquistas de la Revolución proletaria?

La economía socializada, regida sobre un plan único, cuya potencia se ha revelado extraordinaria, mientras que el capitalismo se debatía contra la crisis, superó una etapa en la economía. La ascensión de las nacionalidades atrasadas del antiguo Imperio a la civilización. El vigoroso esbozo de una transformación del hombre. No es, pues, negable que las masas puedan vencer, imponer un nuevo régimen de propiedad, organizar la producción colectivista; que el hombre pueda vivir sin poder directo de explotación sobre su semejante, sin necesidad ni deseo profundo de enriquecerse; que nuevos estímulos para el trabajo, más eficaces que los antiguos, puedan ser adoptados por el interés colectivo; que la igualdad de razas y de sexos, la primacía del trabajo, la ética y el sentimiento socialistas han comenzado poderosamente la renovación de la sociedad; que hemos adquirido una experiencia histórica de un alcance incalculable.

Diecinueve años después de haber conquistado el poder, los trabajadores de Rusia deben prepararse para re-

conquistarlo, al precio de nuevos combates. Pero su punto de partida no se halla en los siglos de opresión y de derrota. Tienen detrás grandes victorias. Se les ha podido arrebatar sus frutos, no hay duda. Lo saben y presienten, por lo tanto, que ninguna maldición pesa sobre ellos. Las hazañas de ayer les garantizan el porvenir. Nada está terminado; todo comienza.

Bruselas, enero de 1937.

EPÍLOGO

Treinta años después de la Revolución Rusa

Los años 1938-1939 han marcado un nuevo rumbo decisivo. Se ha concluido la transformación de las instituciones y de los hábitos de los cuadros del Estado, llamado todavía soviético aunque no lo sea para nada, gracias a las *depuraciones* implacables, dando lugar a un sistema perfectamente totalitario, pues sus dirigentes son los dueños absolutos de la vida social, económica, política y espiritual del país; el individuo y las masas no poseen ningún derecho. La condición material de las ocho o nueve décimas partes de la población se mantiene en un nivel muy bajo. El conflicto abierto con los campesinos se prolonga bajo formas atenuadas. Se hace evidente que, poco a poco, una contrarrevolución ha triunfado. La URSS, al intervenir en la Guerra Civil Española, ha intentando controlar al gobierno de la república y se ha opuesto, con los peores medios —corrupción, chantaje, represión, asesinato— al movimiento obrero que se inspiraba en ideales que fueron en un día compartidos. Una vez consumada la derrota de la República española, no sin que Stalin tenga parte de responsabilidad, la URSS pactó pronto, al principio en secreto, con el Tercer Reich. En el punto más álgido de la crisis europea pueden verse a las dos potencias, la fascista y la antifascista, la bolchevique y la antibolchevique, abandonar sus máscaras y

unirse en el reparto de Polonia. La URSS extiende, con el consentimiento de la Alemania nazi, su hegemonía sobre los países bálticos que se separaron de Rusia durante las luchas de 1917-1919. Este cambio de la política internacional rusa se explica por los intereses de una casta dirigente ávida e inquieta, reducida a una capitulación moral frente al Tercer Reich al que teme por su superioridad técnica. Las similitudes internas de las dos dictaduras lo han facilitado.

¡Qué espantoso camino hemos recorrido en estos 30 años! El acontecimiento más esperanzador, más grandioso de nuestro tiempo, parece volverse contra nosotros. ¿Qué nos queda del entusiasmo inolvidable de 1917? Muchos hombres de mi generación, que fueron comunistas desde el primer momento, no guardan otro sentimiento que el rencor hacia la Revolución Rusa. Quedan muy pocos testigos y participantes. El partido de Lenin y Trotski ha sido fusilado. Los documentos han sido destruidos, escondidos o falsificados. Sobreviven sólo y en gran número los exiliados que estuvieron siempre en contra de la revolución. Escriben libros, son enseñantes, cuentan con el apoyo del conservadurismo, todavía poderoso y, por otra parte, incapaz, en esta época de convulsión mundial, de desarmarse o de demostrar objetividad... Una pobre lógica, mostrándonos el negro espectáculo de la URSS estalinista, afirma la debacle del bolchevismo, del marxismo, del socialismo... Escamoteo fácil, en apariencia, de los problemas que aquejan al mundo y que no dejarán de lastrarlo de inmediato. ¿Olvidan las otras debacles? ¿Qué ha hecho el cristianismo durante las catástrofes sociales? ¿Qué ha pasado con el liberalismo? ¿Qué han producido el conservadurismo ilustrado o el reaccionario? ¿No han engendrado a Mussolini, a Hitler, a Salazar o a Franco? Si se tratara de plantear con honestidad las debacles de las ideologías, tendríamos trabajo para largo. Y nada ha acabado aún...

Todo acontecimiento es a la vez definitivo y transitorio. Se prolonga en el tiempo bajo aspectos, a veces, imprevisibles. Antes de esbozar un juicio sobre la Revolución Rusa, recordemos los cambios de rumbo y de perspectivas de la Revolución Francesa. El entusiasmo de Kant ante la toma de la Bastilla... El Terror, Termidor, el Directorio, Napoleón. Entre 1789 y 1802, la república libertaria, igualitaria y fraternal fue absolutamente negada. Las conquistas napoleónicas, creadoras de un orden nuevo, sólo en el nombre, chocan por su similitud con las de Hitler. El emperador se convirtió en *el Ogro*. El mundo civilizado se unió contra él, la Santa Alianza pretendía restablecer y estabilizar en toda Europa el antiguo régimen... Sin embargo, vemos que la Revolución Francesa, con la irrupción de la burguesía, del espíritu científico y de la industria, alimentó al siglo XIX. Pero 30 años después, en 1819, en el tiempo de Luis XVIII y del zar Alejandro I, ¿no parece como uno de los más costosos fracasos históricos? ¡Cuántas cabezas cortadas, cuántas guerras, para llegar a una mezquina restauración monárquica!

Es natural que la falsificación de la historia esté hoy al orden del día. Entre las ciencias inexactas, la historia es aquella que lesiona más intereses materiales y psicológicos. Sobre la Revolución Rusa pululan leyendas, errores, interpretaciones tendenciosas, aunque sea fácil informarse sobre los hechos... Pero, evidentemente, es más cómodo escribir y hablar sin informarse.

A menudo se afirma que «el *golpe de mano* bolchevique de octubre-noviembre de 1917 derribó una democracia naciente...» Nada más falso. En Rusia, la República no había sido proclamada, no existía ninguna institución democrática fuera de los soviets o de los consejos obreros, de campesinos y de soldados... El gobierno provisional, presidido por Kerenski, se había negado a llevar a cabo la reforma agra-

ria, a abrir las negociaciones de paz reclamadas por la voluntad popular, a tomar medidas efectivas contra la reacción. Vivía una transición entre dos *complots* permanentes: el de los generales y el de las masas revolucionarias. Nada hacía pensar en el establecimiento pacífico de una democracia socializante, la única que hubiera sido hipotéticamente viable. A partir de septiembre de 1917, la alternativa se daba entre la dictadura de los generales reaccionarios y la de los soviets. En esto coinciden dos historiadores desde posiciones opuestas: Trotski y el hombre de Estado liberal de derechas Miliukov. La revolución soviética o bolchevique fue el resultado de la incapacidad de la revolución democrática, moderada, inestable e inoperante que la burguesía liberal y los partidos socialistas contemporizadores dirigieron después de la caída de la autocracia.

Se continúa afirmando que la insurrección del 7 de noviembre (25 de octubre al viejo estilo) de 1917 fue la obra de una minoría de conspiradores: el Partido bolchevique. Nada se opone más a los hechos verificables. 1917 fue un año de acción de masas asombroso por la multiplicidad, la variedad, la potencia, la perseverancia de las iniciativas populares que empujaron a levantarse a los bolcheviques. Las demandas agrarias se extendían por toda Rusia. En el ejército, la insubordinación aniquilaba la vieja disciplina. Kronstadt y la flota del Báltico habían rechazado categóricamente obedecer al gobierno provisional y sólo la intervención de Trotski en el soviet de la base naval evitó un conflicto armado. El Soviet de Taskent, en Turkestán, había tomado el poder por su propia cuenta... Kerenski amenazaba al Soviet de Kaluga con la artillería... Un ejército de 40.000 hombres en el Volga se negaba a obedecer. En las afueras de Petrogrado y de Moscú se formaban guardias rojos obreros. La guarnición de Petrogrado se ponía a las órdenes del Soviet. En los soviets, la mayoría de los socialistas moderados se pasaban pacíficamente a los bolcheviques, sorprendiéndoles a ellos mismos este cambio. Los socialistas moderados abandonaban a Kerenski, que no podía contar más que con los militares que llegaron a ser tremendamente impopulares. Éstas son las razones por las cuales la insurrección venció en Petrogrado, casi sin derramamiento de sangre, con entusiasmo. Hay que volver a leer, sobre estos acontecimientos, las formidables páginas de John Reed y de Jacques Sadoul, testigos presenciales. El complot bolchevique fue literalmente conducido por una colosal ola ascendente.

Conviene recordar que el imperio se había hundido en febrero-marzo de 1917 bajo el empuje del pueblo desarmado de las afueras de Petrogrado. La confraternización espontánea de la guarnición con las manifestaciones obreras decidió la suerte de la autocracia. Más tarde se buscaría a los desconocidos que tomaron la iniciativa de esta confraternización; se encontró a muchos, la mayoría de ellos ha quedado en el anonimato... Los dirigentes y los militantes más cualificados de todos los partidos revolucionarios estaban en esos momentos en el extranjero o presos. Los pequeños grupos que existían en Petrogrado estaban tan sorprendidos y sobrepasados por los acontecimientos ¡que los bolcheviques se proponían publicar un llamamiento a la vuelta al trabajo en las fábricas! Cuatro meses más tarde, la experiencia del gobierno de coalición de los socialistas moderados y de la burguesía liberal suscitó una cólera tal que a principios de julio la guarnición y los barrios obreros organizaron, ellos mismos, una gran manifestación armada bajo la consigna de «Todo el poder a los Soviets». Los bolcheviques desaprobaron esta iniciativa tomada por desconocidos, uniéndose de mala gana al movimiento para conducirle a una liquidación tan dolorosa como peligrosa. Estimaban, probablemente con razón, que el país no segui-

ría a la capital. Se convirtieron, naturalmente, en la cabeza de turco. La persecución y la calumnia («agentes de Alemania») cayó inmediatamente sobre ellos. A partir de ese momento supieron que, si no se ponían a la cabeza del movimiento de masas, se ganarían la impopularidad y los generales cumplirían su objetivo.

El general Korníloy se mete en la aventura en septiembre de 1917, con la complicidad manifiesta de una parte del gobierno Kerenski. Lenin y Zinoviev escondidos, Trotski en prisión, los bolcheviques están acosados. Las tropas de Kornilov se disgregan al contacto con los ferroviarios y los agitadores obreros.

Los funcionarios de la autocracia vieron venir la revolución; no supieron impedirla. Los partidos revolucionarios la esperaban; no supieron, no pudieron provocarla. Una vez desencadenados los acontecimientos, no les quedaba más que participar con más o menos clarividencia y voluntad.

Los bolcheviques asumieron el poder porque, en la selección natural que se produjo entre los partidos revolucionarios, ellos fueron los más aptos para expresar de una forma coherente, clarividente y voluntariosa las aspiraciones de las masas movilizadas. Conservaron el poder, vencieron en la guerra civil porque las masas populares finalmente les apoyaron, a pesar de las vacilaciones y los conflictos, del Báltico al Pacífico. Este gran hecho histórico ha sido reconocido por la mayoría de los enemigos rusos del bolchevismo. Helena Kuskova, propagandista liberal en el exilio, escribía recientemente que es «incontestable que el pueblo no apoyaba ni al movimiento de los Blancos [...] ni la lucha por la Asamblea Constituyente [...]». Los Blancos representaban la contrarrevolución monárquica; los Constituyentes, el antibolchevismo democrático. Por eso, hasta el final de la guerra civil, en 1920-1921, la revolución rusa aparece ante

nosotros como un inmenso movimiento popular al que el Partido bolchevique dota de un cerebro y un sistema nervioso, así como de dirigentes y cuadros.

Se afirma que los bolcheviques quisieron inmediatamente el monopolio del poder. ¡Otra leyenda! Al contrario, temían el aislamiento en el poder. Muchos de ellos fueron partidarios, al principio, de un gobierno de coalición socialista. Lenin y Trotski rechazaron la coalición con los partidos socialistas moderados que habían conducido la revolución de marzo al fracaso y que se negaban a reconocer el régimen de los soviets. Pero el Partido bolchevique solicitó y obtuvo la colaboración del Partido Socialista Revolucionario de Izquierda, partido campesino dirigido por intelectuales idealistas hostiles al marxismo. Desde noviembre de 1917 hasta el 6 de julio de 1918, los socialistas revolucionarios de izquierda participaron en el gobierno. Rechazaron, junto a un tercio de conocidos bolcheviques, admitir la paz de Brest-Litovsk y, el 6 de julio de 1918, dieron una batalla insurreccional en Moscú en la que proclamaban su intención de «gobernar solos» y de «recomenzar la guerra contra el imperialismo alemán». Su mensaje radiado ese día fue la primera proclamación de un gobierno de partido único. Fueron vencidos y los bolcheviques tuvieron que gobernar solos. A partir de ese momento, su responsabilidad aumentó, su mentalidad cambió.

¿Constituían antes o después de la escisión del Partido Obrero Socialdemócrata ruso en mayoría (bolcheviques) y minoría (mencheviques) un partido profundamente diferente a otros partidos revolucionarios rusos? Se les imputa un carácter autoritario, intolerante, amoral en la elección de los medios; una organización centralizada y disciplinada que contenía el germen del estatismo burocrático; un carácter dictatorial e inhumano. Tanto los autores eruditos como los ignorantes coinciden en señalar la *amoralidad* de

Lenin, su *jacobinismo proletario,* su *revolucionarismo profesional.* Una mención a la novela-panfleto de Dostoievski *Los poseídos* y el ensayista cree haber esclarecido los problemas por él creados.

Todos los partidos revolucionarios rusos, ya desde 1870-1880, fueron autoritarios, fuertemente centralizados y disciplinados en la ilegalidad, para la ilegalidad. Todos formaron *revolucionarios profesionales,* es decir, hombres que vivían exclusivamente para la lucha. Todos podrían, ocasionalmente, ser acusados de una cierta amoralidad práctica, aunque sea justo reconocerles un idealismo ardiente y desinteresado. Casi todos estaban imbuidos de una mentalidad jacobina, proletaria o no. Todos crearon héroes y fanáticos. Todos, con excepción de los mencheviques, aspiraban a una dictadura, y los mencheviques georgianos recurrieron a procedimientos dictatoriales. Todos los grandes partidos eran estatalistas, tanto por su estructura como por la finalidad que se asignaban. En realidad, había, más allá de las divergencias doctrinales importantes, una única mentalidad revolucionaria.

Recordemos el temperamento autoritario del anarquista Bakunin y sus métodos de organización clandestina en el seno de la Primera Internacional. En su *Confesión,* Bakunin preconiza una dictadura ilustrada, pero sin piedad, ejercida por el pueblo... El Partido Socialista Revolucionario, imbuido de un ideal republicano, más radical que socialista, formó, para combatir la autocracia por el terrorismo, un *aparato* rigurosamente centralizado, disciplinado, autoritario, presa fácil de la provocación policial. La socialdemocracia rusa, en su conjunto, ambicionaba la conquista del Estado. Nadie tuvo un lenguaje más jacobino en relación a la futura revolución rusa que su dirigente Plejanov. El gobierno Kerenski, donde los socialistas revolucionarios y los mencheviques tenían bastante fuerza, utilizaba sin cesar un lenguaje dictatorial, totalmente veleidoso. Los mismos anarquistas, en las regiones ocupadas por el Ejército Negro de Néstor Macknó, ejercían una auténtica dictadura, acompañada de confiscaciones, requerimientos, arrestos y ejecuciones. Y Macknó fue *batko,* Padrecito, Jefe...

Los socialdemócratas mencheviques de derecha, como Dan y Sheretelli, deseaban un poder fuerte. Sheretelli recomendó la represión del bolchevismo antes de que fuera tarde... Los mencheviques de izquierda, de la tendencia de Martov, parecen haber sido el único grupo político profundamente interesado en una concepción democrática de la revolución, lo que constituye, desde un punto de vista filosófico, una honrosa excepción.

Las características propias del bolchevismo que le confieren una innegable superioridad sobre los partidos rivales con los que compartía una amplia mentalidad común son: a) la convicción marxista; b) la doctrina de la hegemonía del proletariado en la revolución; c) el internacionalismo intransigente; d) la unidad de pensamiento y acción. Entre muchos hombres, la unidad de pensamiento y acción condujo a la fe en su propia voluntad.

El realismo marxista de 1917 nos parece hoy un poco esquemático. El mundo ha cambiado, las luchas sociales son mucho más complejas de lo que eran entonces. Durante la Revolución Rusa, este realismo, apoyado por importantes conocimientos económicos e históricos, estuvo a la altura de las circunstancias. Contenía eficaces antídotos contra la fraseología liberal, el doble juego, la dilación interesada, la abdicación honorable e hipócrita. Los socialistas moderados estimaban que Rusia llevaba a cabo una *revolución burguesa,* destinada a abrir al capitalismo una era de desarrollo, dotándose del estatuto político de democracia burguesa... Los bolcheviques creían que sólo el proletariado podía hacer la revolución *burguesa,* pero sin ir más

allá; que el socialismo no podía triunfar en un país tan atrasado, pero que correspondería a una Rusia socializante dar el impulso al movimiento obrero europeo. Lenin no preveía, en 1917, la nacionalización completa de la producción, sino sólo el control obrero sobre ella; más tarde pensó en un régimen mixto, de capitalismo y estatalismo. Sin embargo, en 1918, el estallido de la guerra civil impuso la nacionalización completa como medida inmediata de defensa... La intransigencia internacionalista de los bolcheviques descansaba en la fe en una próxima revolución europea, más madura y más fecunda que la rusa... Esta visión de futuro no les era exclusiva. Era compartida, también, por la ideología socialista europea, aunque, de hecho, los grandes partidos no creían en la revolución. El continuador alemán de Marx, Karl Kautsky, había teorizado hasta 1908 la próxima revolución socialista; Rosa Luxemburgo, Franz Mehring y Karl Liebknecht profesaban la misma convicción. La diferencia esencial entre los bolcheviques y los otros socialistas parece haber sido de naturaleza psicológica, debido a la formación particular de la *intelligentsia* revolucionaria y del proletariado ruso. No había lugar en el Imperio de los zares ni para el oportunismo parlamentario, ni para los compromisos cotidianos; una realidad social tan simple como brutal engendró una fe completa y activa. En este sentido, los bolcheviques fueron más rusos y estuvieron más al unísono con las masas rusas que los socialistas revolucionarios y los mencheviques, cuyos cuadros estaban empapados de una mentalidad occidental, evolucionista, democrática, según las tradiciones de los países capitalistas avanzados.

Abramos el difícil capítulo de los errores y las responsabilidades, no sin lamentar que en un estudio tan breve no nos sea posible considerar los errores, las responsabilidades y los crímenes de las potencias y de los partidos que combatieron

la revolución soviética-bolchevique. A falta de este contexto decisivo, estamos obligados a contentarnos con una visión unilateral.

Yo escribía, en 1929, en mi libro *Retrato de Stalin*, publicado en París (Ed. Grasset):

> el error más incomprensible —porque fue deliberado— que estos socialistas (los bolcheviques), dotados de grandes conocimientos históricos, cometieron fue el de crear la Comisión Extraordinaria de Represión de la Contra-Revolución, de la Especulación, del Espionaje, de la Deserción, llamada abreviadamente Checa, que juzgaba a los acusados y a los simples sospechosos sin ni siquiera escucharlos o verlos, sin permitirles, en consecuencia, ninguna posibilidad de defensa [...], deteniendo en secreto y ejecutando. ¿Qué era sino una Inquisición? Sin duda, un estado de sitio o una dura guerra civil necesitan medidas extraordinarias; pero ¿les está permitido a los socialistas olvidar que la publicidad de los procesos es la única garantía contra la arbitrariedad y la corrupción para no retroceder más allá de los procedimientos expeditivos de Fouquier-Tinville? El error y la responsabilidad son patentes, las consecuencias han sido espantosas, ya que la GPU, es decir, la Checa, ampliada bajo nuevo nombre, acabó por exterminar a toda la generación revolucionaria bolchevique [...].

No queda más que remarcar, en favor del Comité Central de Lenin, algunas circunstancias atenuantes, importantes a los ojos de la sociología. La joven república vivía expuesta a mortales peligros. Su indulgencia hacia generales como

Krasnov y Kornílov les costó sangre a raudales. El antiguo régimen había utilizado ampliamente el terror. La iniciativa del terror fue tomada por los Blancos, ya en noviembre de 1917, para masacrar a los obreros del arsenal del Kremlin; vuelta a tomar por los reaccionarios finlandeses en los primeros meses de 1918, a mayor escala, antes de que el *terror rojo* fuera proclamado en Rusia. Las guerras sociales del siglo XIX, después de las jornadas de junio de 1848 y de la Comuna de París en 1871, estuvieron caracterizadas por el exterminio en masa de los proletarios vencidos. Los revolucionarios rusos sabían lo que les esperaba en caso de derrota. Sin embargo, la Checa fue benigna en sus comienzos, justo hasta el verano de 1918. Y cuando el *terror rojo* fue proclamado, después de los alzamientos contrarrevolucionarios, después del asesinato de los bolcheviques Volodarski y Urishki, después de los dos atentados contra Lenin, la Checa empezó a fusilar a los rehenes, a los sospechosos y a los enemigos, sólo para canalizar, para controlar el furor popular. Dzherjinski temía mucho los excesos de las Checas locales; la estadística de los chequistas fusilados es, en este sentido, edificante.

Releyendo últimamente un pequeño libro, deplorablemente traducido al francés, *Recuerdos de un comisario del pueblo*, del socialista revolucionario de izquierda Steinberg, he vuelto a encontrarme con esos dos significativos episodios. Habiendo sido disparados dos tiros contra Lenin a finales de 1917, una delegación obrera vino a decirle que si la contrarrevolución hacía derramar una sola gota de su sangre, el proletariado de Petrogrado le vengaría con creces... Steinberg, que colaboraba entonces con Lenin, hace notar el embarazo de éste. El episodio no fue difundido, justamente para evitar consecuencias trágicas. Por otro lado, los dos socialistas revolucionarios que dispararon fueron arrestados, perdonados y, más tarde, pertenecieron al Partido

bolchevique... Dos ex-ministros liberales, Chingarióv y Kokochkin, al encontrarse enfermos en la cárcel, fueron trasladados al hospital. Fueron asesinados en sus lechos; cuando informaron a Lenin, éste, absolutamente trastornado, ordenó al gobierno abrir una investigación y descubrieron que los autores de los crímenes eran marineros revolucionarios, apoyados y protegidos por el conjunto de sus camaradas. Rechazando la *mansedumbre* de los que estaban en el poder, los marineros la habían suplido mediante una iniciativa terrorista. De hecho, la tripulación de la flota rehusó entregar a los culpables. Los comisarios del pueblo decidieron *dejar pasar* el asunto. ¿Podían, en el momento en el que el sacrificio de los marineros era cada día más necesario para el bien de la revolución, abrir un conflicto con el terrorismo espontáneo? En 1920, la pena de muerte fue abolida en Rusia. Se creía próximo el final de la guerra civil. Yo creía que todo el Partido deseaba una normalización del régimen, el fin del estado de sitio, una vuelta a la democracia soviética, la limitación de los poderes de la Checa o, mejor, su supresión. Todo esto era posible, lo que equivale a decir que la salud de la revolución era posible. El país, agotado, quería comenzar la reconstrucción. Sus reservas de entusiasmo y de fe continuaban siendo grandes.

El verano de 1920 marca una fecha fatal. Hay que tener muy mala fe, por parte de los historiadores, para no señalarlo. Rusia entera vivía con la esperanza de la pacificación en el momento en que Pilsudski lanzó los ejércitos polacos contra Ucrania. Esta agresión, claramente inspirada por ánimos de conquista, coincidió con el reconocimiento acordado por Francia e Inglaterra al general barón Wrangel que ocupaba por entonces Crimea. La resistencia de la revolución fue instantánea. Polonia vencida, el Comité Central pensó en provocar una revolución soviética. El fracaso del Ejército Rojo ante Varsovia hizo cambiar los propósitos de

Lenin, pero lo peor fue que, a resultas de esta penosa guerra, en un país desangrado y empobrecido, ya no entró en consideración abolir la pena de muerte ni comenzar la reconstrucción sobre las bases de una democracia soviética... La miseria y el peligro esclerotizaron al Estado-Partido inmerso en ese régimen económico, intolerable para la población e inviable en sí, que se ha dado en llamar el «comunismo de guerra».

A principios de 1921, la sublevación de los marineros de Kronstadt fue, precisamente, una respuesta contra ese régimen económico y contra la dictadura del Partido. Sean cuales sean sus intenciones, un partido que gobierna a un país hambriento no podrá mantener su popularidad. La espontaneidad de las masas se había apagado; los sacrificios y las privaciones habían agotado a la minoría activa de la revolución. Los inviernos helados, las raciones insuficientes, las epidemias, las requisiciones en el campo, extendían el rencor, la desesperanza, la ideología confusa de la contrarrevolución por el pan blanco. Si el Partido bolchevique hubiera aflojado las riendas del poder, ¿quién lo habría sucedido? ¿No era su deber mantenerlo? Hizo bien en hacerlo.

Se equivocó, sin embargo, al enloquecer ante la sublevación de Kronstatd, ya que le era posible hacerlo de otra forma, como sabemos los que estábamos allí, en Petrogrado. Los errores y las responsabilidades del poder se funden en lo que respecta a Kronstadt en 1921. Los marineros se sublevaron porque Kalinin rehusó escucharles. Donde eran necesarias la persuasión y la comprensión, el presidente del Comité Ejecutivo de los Soviets empleó la amenaza y el insulto. La delegación de Kronstadt al Soviet de Petrogrado, en lugar de ser recibida fraternalmente, fue arrestada por la Checa. La verdad sobre el conflicto fue hurtada al país y al Partido por la prensa, que, por vez primera mintió, publicando que un general blanco, Kozlovski, ejercía la autoridad en Kronstadt. La mediación propuesta por los influyentes y bienintencionados anarquistas americanos Emma Goldman y Alexandre Berkman fue rechazada. Sonaron los cañones en una batalla fraticida y la Checa, después, fusiló a los prisioneros. Si, como indica Trotski, los marineros habían cambiado después de 1918 y expresaban las aspiraciones del campesinado atrasado, hay que reconocer que el poder también había cambiado.

Lenin, al proclamar el fin del «comunismo de guerra» y la «nueva política económica», satisfizo las reivindicaciones económicas de Kronstadt después de la batalla y de la masacre. Reconocía así que el Partido y él mismo se habían aferrado a un régimen insostenible del que ya Trotski había alertado sobre sus peligros y propuesto un cambio un año atrás. La Nueva Política Económica abolía las requisiciones en el campo, reemplazándolas por un impuesto en especie, restablecía la libertad de comercio y de la pequeña empresa, desterraba, en una palabra, el armazón mortal de la estatalización completa de la producción y del intercambio. Hubiera sido natural aflojar, al mismo tiempo, la armadura del gobierno por una política de tolerancia y reconciliación hacia los elementos socialistas y libertarios dispuestos a situarse sobre el terreno de la constitución soviética. Rafael Abrámovich reprocha a los bolcheviques, con razón, no haber entrado en 1921 en esta vía. Por el contrario, el Comité Central puso fuera de la ley a los mencheviques y a los anarquistas. Un gobierno de coalición socialista, si se hubiera formado en esa época, habría implicado algunos peligros internos, menores, sin embargo —a las pruebas me remito—, que los del monopolio del poder... En efecto, el descontento del Partido y de la clase obrera obligó al Comité Central a establecer, en lo sucesivo, el estado de sitio; un estado de sitio clemente, es cierto, en el interior del Par-

tido. La oposición obrera fue condenada, y una depuración acarreó exclusiones.

¿Qué profundas razones motivaron la decisión del Comité Central para mantener y fortalecer el monopolio del poder? En primer lugar, en estas crisis los bolcheviques no tenían confianza más que en ellos mismos. Acarreando solos las pesadas responsabilidades, singularmente agravadas por el drama de Kronstadt, temían abrir la competición política a los socialdemócratas mencheviques y al partido *campesino* de los socialistas revolucionarios de izquierda. Finalmente, y sobre todo, creían en la revolución mundial, es decir, en la inminente revolución europea, sobre todo en Europa central. Un gobierno de coalición socialista y democrático hubiera debilitado la Internacional Comunista llamada a dirigir las próximas revoluciones. Quizá estamos tratando el error más grande y grave del Partido de Lenin-Trotski. Como ocurre siempre en el pensamiento creativo, el error se mezcla con la verdad, con el sentimiento voluntarioso, con la intuición subjetiva. No se emprende nada sin creer en la empresa, sin medir los datos tangibles, sin perseguir el éxito, sin entrar en lo problemático y lo incierto. Toda acción se proyecta en el presente real hacia el futuro desconocido. La acción justificada por la inteligencia es aquella que se proyecta a sabiendas. La doctrina de la revolución europea, ¿estaba, desde éste ángulo, justificada?

No creo que seamos capaces de responder a esta cuestión de forma satisfactoria, solamente me propongo delimitarla. No queda ninguna duda de que el capitalismo estable, creciente, relativamente pacífico, del siglo XIX, acabó en la Primera Guerra Mundial. Tenían razón los marxistas revolucionarios que preconizaban que se abría una era de revoluciones que abarcaría al planeta entero y que, si el socialismo no lograba imponerse en los principales países de Europa, la barbarie y otro ciclo de «guerras y revoluciones», según lo definía Lenin citando a su vez a Engels, se impondrían. Los conservadores, los evolucionistas y los reformistas que creyeron en el futuro de la Europa burguesa, sabiamente recortada por el Tratado de Versalles, apañada en Locarno, empapada de frases huecas por la Sociedad de Naciones, aparecen hoy como políticos sin visión. ¿Qué estamos viviendo sino una transformación mundial de las relaciones sociales, de los regímenes de producción, de las relaciones intercontinentales, de los equilibrios de fuerzas, de las ideas y las costumbres, es decir, una revolución mundial tan viva en Indonesia como incierta y titubeante en Europa? América, con sus formidables progresos técnicos, sus abrumadoras responsabilidades a escala mundial, sus impulsos sociales contradictorios, mantiene un lugar privilegiado, como corresponde al país industrial más rico y mejor organizado; pero nada de lo que pase en Grecia, en Japón, en las más remotas zonas árticas de la URSS, nada de lo que se haga o trame en Trieste o en Madrid puede serle ajeno...

Los marxistas revolucionarios de la escuela bolchevique deseaban, querían, la transformación social de Europa y del mundo mediante la toma de conciencia de las masas trabajadoras, mediante la organización racional y justa de una sociedad nueva. Se proponían trabajar para que el hombre dominara, por fin, su propio destino. Y es aquí donde se equivocaron, pues fueron vencidos. La transformación del mundo se desarrolla en medio de la confusión de las instituciones, de los movimientos y de las creencias, sin la aparición de una clara conciencia o de un humanismo renovado e, incluso, poniendo en peligro todos los valores, todas las esperanzas de los hombres. La tendencia general sigue siendo, sin embargo, la que el socialismo de acción ya indicaba desde 1917-1920: hacia la colectivización y la planificación de la economía, hacia la internacionalización del mundo, hacia la emancipación de los pueblos y las colonias, hacia la forma-

ción de democracias de masas de un nuevo tipo. La alternativa continúa siendo la que el socialismo preveía: la barbarie y la guerra, la guerra y la barbarie, el monstruo con dos cabezas.

Los bolcheviques creían, con razón, que la salud de la Revolución Rusa dependía de la posible victoria de una revolución en Alemania. La Rusia agrícola y la Alemania industrial hubieran vivido, bajo el socialismo, un desarrollo extraordinario y pacífico. Con esta hipótesis cumplida, la República de los Soviets no hubiera padecido la asfixia burocrática interna... Alemania hubiera escapado de las tinieblas del nazismo y de la catástrofe. El mundo hubiera podido conocer otras luchas, pero nada nos autoriza a pensar que esas luchas hubieran producido maquinarias infernales como el hitlerismo y el estalinismo. Por el contrario, todo nos induce a pensar que una revolución triunfante en Alemania después de la Primera Guerra Mundial hubiera sido infinitamente fecunda para el desarrollo social de la humanidad. Tales especulaciones sobre las posibles variantes de la historia son legítimas e incluso necesarias, si se quiere comprender el pasado y orientarse en el presente; para condenarlas, habría que considerar la historia como un encadenamiento de fatalidades mecánicas y no como el desarrollo de la vida humana en el tiempo.

Luchando por la revolución, los espartaquistas alemanes, los bolcheviques rusos y sus camaradas de todos los países luchaban para impedir el cataclismo mundial que acabamos de sobrevivir. Ellos lo sabían. Maduraron con una generosa voluntad de liberación. Quienquiera que haya estado con ellos no los olvidará nunca. Pocos hombres fueron tan devotos de la causa de los hombres. Ahora está de moda imputar a los revolucionarios de los años 1917-1927 una intención de hegemonía y de conquista mundial, pero conocemos muy bien los rencores y los intereses que trabajan

por desnaturalizar la verdad histórica. En lo inmediato, el error del bolchevismo fue, no obstante, patente. La inestabilidad reinaba en Europa, la revolución socialista parecía teóricamente posible, racionalmente necesaria, pero no se hizo. La inmensa mayoría de la clase obrera de los países occidentales rechazó impulsar o sostener el combate; creyó en la vuelta del progreso social de antes de la guerra; se encontraba lo suficientemente bien como para temer los riesgos; se dejó alimentar por las ilusiones. La socialdemocracia alemana, conducida por dirigentes mediocres y moderados, temía los esfuerzos generales de una revolución fácilmente iniciada en noviembre de 1918 y siguieron las vías democráticas de la república de Weimar...

Cuando se reprocha al bolchevismo haber llevado a cabo una revolución por la violencia y la dictadura del proletariado, no sería justo dejar de considerar la experiencia contraria, la del socialismo moderado, reformista, que intentó agotar las posibilidades de la democracia burguesa hasta la llegada de Hitler. Los bolcheviques se equivocaron al valorar la capacidad política y la energía de las clases obreras de Occidente y, en principio, de la clase obrera alemana. Este error, deudor de su idealismo militante, arrastró graves consecuencias. Perdieron el contacto con las masas de Occidente. La Internacional Comunista pasó a ser un anexo del Estado-Partido soviético. La doctrina del «socialismo en un solo país» nació de la decepción. En su momento, las tácticas estúpidas e incluso perversas de la Internacional estalinista facilitaron el triunfo del nazismo en Alemania...

Un primer balance de la Revolución Rusa hay que hacerlo sobre el año 1927. Han pasado ya diez años. La dictadura del proletariado se ha convertido, después de 1920-1921, —datos aproximados y discutibles— en la dictadura del

Partido Comunista, sometido éste, a su vez, a la dictadura de la *vieja guardia bolchevique*. Esta *vieja guardia* constituye, en general, una élite notable, inteligente, desinteresada, activa, tenaz. Los resultados obtenidos son grandiosos. En el extranjero, la URSS es respetada, reconocida y, a menudo, admirada. En el interior, la reconstrucción económica ha llegado a su fin, sobre las ruinas dejadas por las guerras, con los únicos recursos del país y de la energía popular. Un nuevo sistema de producción colectivista ha sustituido al capitalismo y funciona bastante bien. Las masas trabajadoras de Rusia han demostrado su capacidad de victoria, de organización y de producción. Se han instalado nuevas costumbres y un nuevo sentimiento de dignidad en el trabajador. El sentimiento de la propiedad privada, que los filósofos de la burguesía consideraban como innato, está en vías de extinción natural. La agricultura se ha reconstruido a un nivel que alcanza e incluso sobrepasa al de 1913. El salario real de los trabajadores está sensiblemente por encima del de 1913, es decir, del de antes de la guerra. Ha surgido una nueva literatura llena de vigor. El balance de la revolución proletaria es netamente positivo. Pero ya no se trata sólo de reconstruir, sino de construir: de ampliar la producción, de crear nuevas industrias (automóvil, aviación, química, aluminio...); se trata de remediar la desproporción entre una agricultura restablecida y una industria débil.

La URSS está aislada y amenazada. Se trata de asegurar su defensa. Los marxistas no tienen mucha ilusión en el pacto Briand-Kellog que pone a la guerra *fuera de la ley*... El régimen está en una encrucijada; el Partido, desgarrado por la lucha por el poder, y por el programa del poder, disponiendo a los viejos bolcheviques los unos contra los otros. Los continuadores más lúcidos de los tiempos heroicos se han agrupado en torno a Trotski. Pueden cometer errores tácticos, formular tesis insuficientes, vacilar,

pero su mérito y su coraje no serán puestos en duda. Preconizan la industrialización planificada, la lucha contra las fuerzas reaccionarias y, sobre todo, contra la burocracia, por el internacionalismo militante, la democratización del régimen, empezando por el Partido. Han sido vencidos por la jerarquía de los secretarios, que se confunde con la jerarquía de los comisarios de la GPU, bajo la égida del secretario general, el oscuro georgiano de hace poco, Stalin. Los miles de fundadores de la URSS que habían dado ejemplo de su devoción al pensamiento socialista se encuentran ahora en prisión o deportados. Lo que les imputan es contradictorio, pero poco importa. El hecho esencial es que, en 1927-1928, gracias a un golpe de mano dado en el Partido, el Estado-Partido revolucionario ha pasado a ser un Estado-policial-burocrático, reaccionario, sobre el terreno creado por la revolución. El cambio de ideología se acentúa brutalmente. El marxismo de fórmulas planas elaborado por los verdugos sustituye al marxismo crítico de los hombres con ideas. Se establece el culto al Jefe. El «socialismo en un solo país» ha pasado a ser el cliché válido para todos los advenedizos que tienen, como único interés, conservar sus privilegios. Los opositores observan, con angustia, cómo se perfila un nuevo régimen, un régimen autoritario. Cuando los viejos bolcheviques que acabaron con la oposición trotskista, los Bujarin, Rikov, Tomski, Riutin, se den cuenta, espantados, pasarán ellos mismos a la resistencia. Demasiado tarde. La lucha de la generación revolucionaria contra el totalitarismo duró diez años: de 1927 a 1937.

Las peripecias confusas y a veces desconcertantes de esta lucha no nos deben oscurecer su significado. Las personalidades han podido enfrentarse las unas a las otras, combatirse, reconciliarse, incluso traicionarse; han podido perderse, humillarse ante la tiranía, intentar ser astutos ante los ver-

dugos, dejarse utilizar, alzarse desesperadamente. El Estado totalitario utilizó a unos contra otros eficazmente, ya que había aprisionado sus almas. El patriotismo del Partido y de la revolución, cimentado por el sacrificio, los servicios, los resultados obtenidos, el apego a prodigiosas visiones de futuro, el sentimiento del peligro común, borró el sentido de la realidad en las mentes más claras. La resistencia de la generación revolucionaria, a la cabeza de la cual se encontraban la mayor parte de los viejos socialistas bolcheviques, fue tan tenaz que en 1936-1938, durante los procesos de Moscú, debió ser exterminada para que el nuevo régimen se estabilizara. Fue el golpe de mano más sangrante de la historia. Los bolcheviques perecieron por decenas de miles; los combatientes de la guerra civil, por centenares de miles; los ciudadanos soviéticos, portadores de un idealismo condenado, por millones. Algunas decenas de compañeros de Lenin y Trotski consintieron en deshonrarse, en un supremo acto de abnegación hacia el Partido, antes de ser fusilados. Miles más fueron fusilados en los sótanos. Los campos de concentración más grandes del mundo se encargaron de la aniquilación física de masas de condenados. La sangrienta ruptura fue llevada a cabo entre el bolchevismo, forma rusa ardiente y creadora del socialismo, y el estalinismo, forma igualmente rusa, es decir, condicionada por todo el pasado y el presente de Rusia, del totalitarismo. A fin de que este último término tenga su sentido preciso, definámosle: el totalitarismo, tal y como se estableció en la URSS, en el Tercer Reich, y esbozado en la Italia fascista y en otras partes, es un régimen caracterizado por la explotación despótica del trabajo, la colectivización y la producción, el monopolio burocrático y policial (mejor valdría decir terrorista) del poder, el pensamiento sojuzgado, el mito del jefe-símbolo. Un régimen de esta naturaleza tiende, por fuerza, a la expansión, es decir, a la guerra de conquista, ya que es incompatible con

la existencia de vecinos diferentes y más humanos, ya que sufre, inevitablemente, de sus propias psicosis de inquietud, ya que vive sobre la represión permanente de las fuerzas explosivas de su interior.

Un autor americano, James Burnham, sostiene que Stalin es el verdadero continuador de Lenin. La paradoja, llevada a la hipérbole, no carece de un cierto atractivo estimulante en los medios de pensamiento perezoso e ignorante... Es evidente que un parricida es el continuador biológico de su padre. Y es, asimismo, evidente que no se continúa un movimiento masacrándole, una ideología renegando de ella, una revolución de trabajadores mediante la más cruda explotación de esos mismos trabajadores, la obra de Trotski asesinando a Trotski y quemando sus libros... O las palabras *continuación, ruptura, negación, renegar, destrucción,* no tendrían sentido inteligible, lo que podría interesar, por otra parte, a los intelectuales brillantemente oscurantistas. Yo no sueño con meter a James Burnham en esta categoría. La paradoja que ha desarrollado, sin duda por amor a la teoría irritante, es tan falsa como peligrosa. Bajo miles de formas planas se encuentra hoy en la prensa y en los libros, justo antes de la preparación de la Tercera Guerra Mundial. Los reaccionarios tienen un interés evidente en confundir el totalitarismo estalinista, exterminador de los bolcheviques, con el bolchevismo, a fin de perjudicar a la clase obrera, al socialismo, al marxismo e, incluso, al liberalismo...

El caso personal de Stalin, ex viejo bolchevique, así como el de Mussolini, ex viejo socialista de *Avanti,* es totalmente secundario a efectos sociales. Que el autoritarismo, la intolerancia y ciertos errores del bolchevismo hayan labrado un terreno favorable al totalitarismo estalinista no se puede negar. Una sociedad contiene, como un organismo, gérmenes de muerte. Pero hace falta que las circunstancias históricas les faciliten su eclosión. Ni la intolerancia ni el

autoritarismo de los bolcheviques (y de la mayor parte de sus adversarios) permiten poner en cuestión su mentalidad socialista o las conquistas de los diez primeros años de la revolución. Y estas conquistas son tan reales que dos sabios americanos, estudiosos del desarrollo cíclico de los organismos y de las sociedades, constatan que «en 1917-1918, Rusia entró en un nuevo ciclo de crecimiento, de suerte que hoy podemos situarla como la más joven de las grandes naciones del mundo [...]».

En el momento del estallido de la Revolución Rusa, los efectivos organizados de todos los partidos revolucionarios eran inferiores al 1% de la población del Imperio. Los bolcheviques constituían una fracción de ese menos del uno por ciento. La ínfima levadura creció, pero rápidamente se agotó. La revolución de octubre-noviembre de 1917 fue dirigida por un partido de hombres jóvenes. El mayor de entre ellos, Lenin, tenía 47 años; Trotski, 38; Bujarin, 29; Kamenev y Zinoviev, 34. Diez a 20 años más tarde, la resistencia al totalitarismo fue llevada a cabo por una generación envejecida. Y esta generación no sucumbió solamente bajo el peso de una joven burocracia policial ávidamente agarrada a los privilegios del poder, sino, además, por la pasividad política de las masas agotadas, subalimentadas, paralizadas por el sistema terrorista y la intoxicación de la propaganda. Por otra parte, se encontraron sin el más mínimo apoyo eficaz en el exterior. Durante su resistencia en la URSS, la escalada de las fuerzas reaccionarias en el mundo fue casi ininterrumpida. Las potencias democráticas trataban con miramientos o alentaban a Mussolini y a Hitler. El impulso de los frentes populares, ese combate de retaguardia de las masas trabajadoras de Occidente, quebrado en España por la coalición del nazismo, del fascismo y de Franco, en el momento preciso en que los verdugos de Stalin procedían, en Rusia, a la liquidación del bolchevismo...

¿Podemos defender algo de la Revolución Rusa después de esos diez primeros años exaltantes y de los 20 negros años que les siguieron? Sí, y no poco: una inmensa experiencia histórica, recuerdos llenos de orgullo, ejemplos inapreciables... La doctrina y las tácticas del bolchevismo necesitan, sin embargo, un estudio crítico. Se han producido tantos cambios en este mundo caótico que ninguna concepción marxista —o socialista— válida en 1920 tendría aplicación práctica sin una revisión esencial. No creo que en un sistema de producción en donde el laboratorio ha adquirido, en relación al taller, una creciente preponderancia, la hegemonía del proletariado pueda imponerse si no es bajo formas morales y políticas que impliquen, en realidad, la renuncia a la hegemonía. No creo que la *dictadura del proletariado* pueda revivir en las luchas del futuro. Habrá, sin duda, dictaduras más o menos revolucionarias. La tarea del movimiento obrero será siempre, estoy convencido, mantener un carácter democrático, no sólo en beneficio del proletariado, sino también para el conjunto de los trabajadores y de las naciones. En este sentido, la revolución proletaria no es, según creo, nuestro fin; la revolución que nos proponemos debe ser socialista, en el sentido humanista de la palabra; más exactamente, socializante, democrática, libertariamente realizada... Fuera de Rusia, la teoría bolchevique del Partido ha fracasado. La variedad de los intereses y de las formaciones psicológicas no ha permitido constituir la cohorte homogénea de militantes dedicados a una obra común tan noblemente loada por el pobre Bujarin... La centralización, la disciplina, la ideología dirigida, nos deben inspirar una justa desconfianza, por más que necesitemos organizaciones serias...

¿Y qué le queda al pueblo ruso? Por ironía de la historia, sólo perder sus cadenas. Espero que pronto se traduzca al francés el libro objetivamente implacable de

David J. Dallin y Boris I. Nicolaevski sobre *El trabajo forzado en la Rusia soviética*. En él se nos habla de que en 1928, en la época del Termidor soviético, en los campos de concentración de la GPU se hallaban unos 30.000 condenados. Nos es imposible saber, sin embargo, cuántos millones de esclavos encerrados hay hoy en los campos de Stalin. Las cifras más modestas los sitúan entre diez y 12 millones que, según estos autores, constituyen el 16% de la población adulta masculina, siendo sensiblemente inferior el de las mujeres. Reciente he subrayado en *Masses* la importancia decisiva de estos datos. Admitiendo la cifra del 15% de privilegiados del régimen, que gozan en la URSS de una condición comparable a la de europeos civilizados, cifra probablemente optimista en este momento y que habría que dividir por dos para obtener el porcentaje de trabajadores adultos privilegiados, yo escribía: «Desde entonces: 7% de trabajadores adultos privilegiados, 15% de parias, 78% de explotados en condiciones pobres o miserables [...]». ¿Cómo quieren calificar a esta estructura social? ¿Es defendible?

En el exterior, la influencia de este *universo concentracionario* ha sido capaz de impedir la andadura del socialismo y la reorganización de Europa. La tragedia no es específicamente rusa, es universal. La Tercera Guerra Mundial parece ser la salida lógica. No nos resignamos, sin embargo, a las soluciones catastróficas siempre y cuando haya otras posibilidades. La agresividad del régimen estalinista en el exterior está condicionada por la gravedad de su situación interna. La rebelión latente de las masas rusas y no rusas contra este régimen ha sido demostrada por el derrotismo de las poblaciones que, al principio de la invasión, acogieron a los invasores como a liberadores; probada por los disturbios del día siguiente de la victoria; por el movimiento mucho más complejo de lo que se creía del ejército Vlassov

que se batía alternativamente por los nazis y contra ellos; por los 200.000 o 300.000 refugiados rusos en Alemania; por la población de los campos de concentración. Opino que los regímenes totalitarios constituyen colosales fábricas de rebeliones. Aquél más que otro en razón de su tradición revolucionaria.

La documentación sobre el estado de espíritu de las masas rusas crece día a día. Cualquiera que conozca Rusia sabe que, bajo el caparazón de bronce del régimen, existe una profunda vitalidad. Las nueve décimas partes de los hombres que trabajan, construyen, inventan o administran podrían, si rompieran sus cadenas, convertirse rápidamente en ciudadanos de una democracia del trabajo... ¿Podrán librarse a tiempo de sus cadenas para que una Rusia socialista pueda prevenir el desencadenamiento de la guerra?

Lo que ha hecho el estalinismo por inculcar a sus oprimidos el horror y la repugnancia por el socialismo es inimaginable, siendo previsible que se produzcan reacciones tanto en Rusia como, y sobre todo, entre los pueblos no rusos, como los musulmanes de Asia Central, recorridos por aspiraciones panislámicas. Estimo, no obstante, fundándome sobre muchas observaciones hechas en la URSS en años particularmente crueles para las masas, que la gran mayoría del pueblo ruso se da perfectamente cuenta de la impostura del socialismo oficial. No es posible la vuelta al antiguo régimen o, incluso, a un capitalismo desarrollado, en razón del alto grado de desarrollo conseguido por la producción estatalizada, en el momento en el que Europa entera camina hacia las nacionalizaciones y la planificación. La democracia rusa tendría que sanear, limpiar de mugre, reorganizar, en interés de los productores, la producción socializada. El interés técnico de la producción, el sentido de la justicia social, la libertad recobrada, se conjugarían, por la fuerza de

las cosas, en volver a poner la economía al servicio de la comunidad... No está todo perdido, ya que nos queda esta esperanza racional, fuertemente motivada.

VÍCTOR SERGE
México, julio-agosto de 1947.

Jack London
TIEMPOS DE IRA
Textos anticapitalistas
Edición de Pepe Gutiérrez Álvarez

Tiempos de ira es el título que le hemos dado a esta antología de relatos y de escritos del Jack London socialista militante, compañero de Eugene V. Debs. Los primeros son de signo autobiográfico y describen la trayectoria del Jack London como trabajador «machacado» y explican cómo tomó conciencia de lo que tendría que ser el socialismo. Otros son narraciones breves tan representativas como *Los vagabundos*, *La fuerza de los fuertes* o *La huelga general*, que muestran a un London que trata de aunar al escritor con el agitador. En una línea paralela se sitúan algunos artículos y conferencias de un autor famoso que, aunque ganaba una fortuna con su trabajo, desafió a las autoridades académicas y a la prensa, escribiendo artículos que —salvando algunos detalles obvios— parecen clamar contra el triunfal capitalismo que nos ha tocado vivir, una selección que se cierra con una carta de León Trotski a la hija del escritor, Joan London. Hemos añadido simbólicamente *El amor a la vida*, una de las narraciones más vibrantes de London y sobre la cual Nadia Krupskaya contó en sus memorias que entusiasmó a un Lenin moribundo... El conjunto se cierra con una aproximación a la variopinta filmografía de London, una curiosidad que, entre otras cosas, revela cómo el autor de *El talón de hierro* ha sido asimilado por un medio como el cine, y que trata de dejar constancia de magníficas adaptaciones fílmicas que merecen ser conocidas y disfrutadas por los lectores y las lectoras de London que siguen renovándose en las nuevas generaciones, y a las que, al igual que a él, les ha tocado vivir en unos tiempos de ira.

Papeles de ensayo /12
ISBN 978-84-8255-080-0
1ª edición: 2009
196 págs.